

TORCUATO LUCA DE TENA

La obra narra la odisea de los soldados de la División Azul que, capturados por los rusos en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, quedaron prisioneros en los campos de concentración soviéticos. Luca de Tena recoge en esta narración las memorias de uno de estos hombres, el capitán Teodoro Palacios Cueto, que asumió el mando de los españoles y se erigió en defensor de sus derechos durante sus once años de cautiverio. He aquí un documento histórico de gran interés y a la vez un relato intenso y apasionante.

Lectulandia

Torcuato Luca de Tena

Embajador en el infierno

Memorias del capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia

ePub r1.0
loto 17.07.14

Título original: *Embajador en el infierno. Memorias del capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia*
Torcuato Luca de Tena, 1955
Retoque de cubierta: loto
Imagen de cubierta: Augusto Ferrer-Dalmau

Editor digital: loto
ePub base r1.1

A todos cuantos lucharon en el frente del Este en defensa de una civilización que no se resigna a perecer. Allí se jugó y perdió la primera carta.

A mis padres, de quien tanto aprendí.

A todos los padres que supieron inculcar en sus hijos los altos principios que marcan la diferencia entre la civilización y la barbarie.

A mis hijos José Antonio, Fernando, Teodoro, Mary Paz, Patricia y María Cristina.

TEODORO PALACIOS CUETO

Prólogo

EL 28 DE MARZO DE 1954, una motora de la Policía turca desatracó del muelle, en el puerto de Estambul, y se hizo a la mar en busca del *Semíramis*: un buque poblado de fantasmas.

Yo fui uno de los pocos afortunados que, a bordo de la motora, y después de surcar, quebrándolo, aquel paisaje de Pierre Loti, alcanzó, aguas del Bósforo arriba, en el punto mismo descrito por Espronceda, Asia a un lado, al otro Europa, el barco aquel fletado por la Cruz Roja Francesa. Había zarpado de Odesa la víspera y traía a bordo doscientos ochenta y seis hombres, rescatados de Rusia después de un cautiverio cuya duración oscilaba entre los once y los dieciocho años.

A lo largo de los cinco días que invirtió el *Semíramis* en llegar de Estambul a Barcelona, fuimos espiando, fui espiando, las reacciones de aquellos hombres en su nuevo despertar a la vida. «Es como si en un muerto —dijo uno de ellos más tarde, explicando la torpeza de sus reacciones— renaciera de pronto la sensibilidad y comenzara a percibir en torno suyo rumores y reflejos de luz emergiendo del silencio y de las sombras infinitas. El resucitado no sabría nunca cuáles pertenecían aún al mundo de las sombras y cuáles eran ya fruto de su actividad consciente».

Como periodista, redacté entonces mis impresiones —hilos sueltos de un reportaje no escrito aún— de aquel viaje a bordo del *Semíramis*, «nueva barca de Caronte, entre las dos orillas de la muerte y de la vida». Describí en presente de indicativo cuanto iba aconteciendo y anticipé el impacto, porque aquélla era la verdadera inquietud informativa del momento, del choque entre aquellos hombres y su propio futuro. Es decir, olvidé su pasado. La pregunta inquietante, de qué había sido de ellos en aquel mundo desconocido, durante aquellos años desconocidos, estaba en la mente de todos, pero no era aún el momento de formularla.

Ya ha llegado la hora de saberlo todo. De escuchar el estupendo relato, la increíble aventura.

* * *

Este libro, un libro muy semejante a éste podría haber sido escrito por cualquiera de los repatriados retenidos once, quince, dieciocho años en la Unión Soviética, porque su gran protagonista es la Ausencia y la Muerte rondándole la espalda. Sin duda alguna no es el primero ni será el último. No pretende tampoco ser el mejor.

Ha querido, tan sólo, responder, bien sea de manera parcial a ese «¡cuéntame!» genérico y universal de un país al recibir, después de tan larga aventura, a los que creía muertos.

Ahora bien. Este libro, aunque histórico, no es un libro de Historia. Que no se le

achaque *no ser* lo que nunca pretendió. Escribir la Historia de la División Española de Voluntarios en Rusia es un empeño dignísimo, pero no ha sido ése nuestro empeño. Una cosa es la Historia del Renacimiento, y otra muy distinta las Memorias de Benvenuto Cellini, aunque, dicho sea de paso, las Memorias del genial artista prestan singularísima luz al estudio del Renacimiento. Pero ¿por qué no escribir —puede argüirse— la de Miguel Ángel o Leonardo? No se culpe a quien levanta un edificio de no haber querido o podido erigir una ciudad. Digo esto anticipándome a posibles recelos. En realidad, la común y descomunal aventura de Rusia ha tenido múltiples y dignísimos protagonistas de muy varias nacionalidades. Si en una cesta se barajaran sus nombres y se escogiera al azar uno de ellos, cualquier escritor con la pluma bien puesta hubiera podido escribir páginas mejor cortadas que las mías con otros personajes centrales. Pero ese escritor no sería yo. Desde que el azar periodístico me lanzó a bordo de la motora turca contra el *Semíramis* sentí la necesidad imperiosa de escribir este libro y no otro, seleccionando, como personaje central del reportaje que iba tomando cuerpo dentro de mí, a uno de los prisioneros.

No sé qué vi en él, que me impresionó vivamente: su apostura, su serenidad, su sencillez…

—No hable usted de mí —me dijo, cuando acudí a interrogarle—. Hable de los «soldadicos».

Pero fueron los «soldadicos» los primeros que me hablaron de él.

Al llegar a Barcelona tenía terminada su «ficha» para el reportaje. Ésta:

«Teodoro Palacios Cueto, nacido el 11 de septiembre de 1912 en Potes, Santander. Hijo de hidalgos pobres. Cristiano viejo. Capitán de Infantería. Hecho prisionero el 10 de febrero de 1943, en el frente de Leningrado, sector de Kolpino, cerca de Krasni Bor. Prisionero en los campos de concentración de Cheropoviets, Moscú, Suzdal, Oranque, Potma, Jarkof, Borovichi, Rewda, Cherbacof y Vorochilograd. Condenado tras las celdas por insubordinación en Kolpino (por negarse a declarar desnudo, pues aquello atentaba contra su dignidad militar); en Suzdal (por negarse a realizar trabajos agrícolas, ante un piquete de soldados con armas cortas y perros policías, pues aquello según él violaba la Convención de Ginebra sobre Prisioneros de Guerra); en Oranque (por acudir en defensa de unos rojos españoles secuestrados por los rusos en una barraca); en Potma (por defender al teniente Altura, que había sido agredido por un centinela); en Jarkof (por negarse a trabajar como en Suzdal); en el número 1 de Borovichi (por encerrarse voluntariamente por solidaridad con un alférez a quien habían maltratado); en Rewda (por escribir al Gobierno soviético dos cartas replicando a un discurso de Vichinsky) …».

Había que añadir, para la confección de la ficha: tres huelgas personales de hambre; cuatro cartas directas al ministro de Asuntos Exteriores de la Unión

Soviética; una Historia de España escrita para el uso de los «soldadicos» cautivos; una «Universidad» creada e improvisada por él para intercambiar clases de idiomas entre los prisioneros de diversas nacionalidades; la inspiración (pues la organización corrió a cuenta de otras manos) de un servicio de ayuda alimenticia a los compañeros enfermos o depauperados, y, por último, una defensa de cinco horas, de sí mismo y de tres compañeros, en el primer Tribunal Militar que le condenó a muerte por agitación política y sabotaje.

Ésta es la «ficha» incompleta que yo tenía del capitán Palacios cuando el *Semíramis* llegó a Barcelona. Allí, entre vítores, aplausos, flamear de banderas, estampidos de cohetes y repique de campanas, mientras el resto de la expedición estaba poseída de un loco histerismo, la serenidad de este hombre era casi insultante para los testigos que, contagiados por la intensa fuerza dramática del momento no sabíamos ni podíamos contener la emoción. Aquel día escribí en *ABC*:

«Allí vi al tremendo e increíblemente sereno capitán Palacios —aquél a quien en el *argot* de los campos de concentración llamaban, si no por su estatura física, por su estatura moral, "el Gigante"— caer en brazos de sus hermanos y de una comisión de Santander que, con pancartas, acudió a rendirle el primer homenaje anticipo de los que este hombre, héroe singularísimo de esta callada aventura, merece».

Y para que fuera cierto el pronóstico, busqué en España, tras unos días de respeto, al capitán Palacios para rogarle que escribiera sus Memorias, brindándole mi colaboración. No fue fácil el hallazgo, pues en este tiempo, el repatriado se encerró en su pueblo natal entre los Picos de Europa, para gozar de un necesario y soñado descanso, y más tarde contrajo matrimonio.

Al fin, estando en puertas el mes de diciembre del mismo año del retorno, iniciamos, en colaboración, las páginas que siguen. El tormento de los mil y un interrogatorios sufridos en Rusia, se reprodujo en cierto modo para él durante las ocho o diez horas de trabajo común. El libro estaba ya en marcha, pero avanzaba con dificultad. El capitán Palacios, excelente narrador de episodios ajenos, se resistía, en cambio, por pudor, a relatar los propios. Y su resistencia era mayor cuanto más fundamental había sido en determinadas acciones su actuación personal. La defensa ante los Tribunales Militares, por ejemplo (pieza de extraordinario valor humano y oratorio), ha sido casi textualmente reproducida gracias a la colaboración de terceros. Yo he sido, pues, responsable —así como el título— de la narración completa de muchos episodios que, escritos en primera persona, pueden parecer inmodestos, pero que de haber hecho caso a la modestia del protagonista hubieran quedado cojos y desfigurados.

En cuanto a los múltiples episodios acaecidos a los compañeros de cautiverio del capitán Palacios y conocidos por referencias más o menos directas, los autores responden de la veracidad, mas no por su rigor cronológico, geográfico y documental.

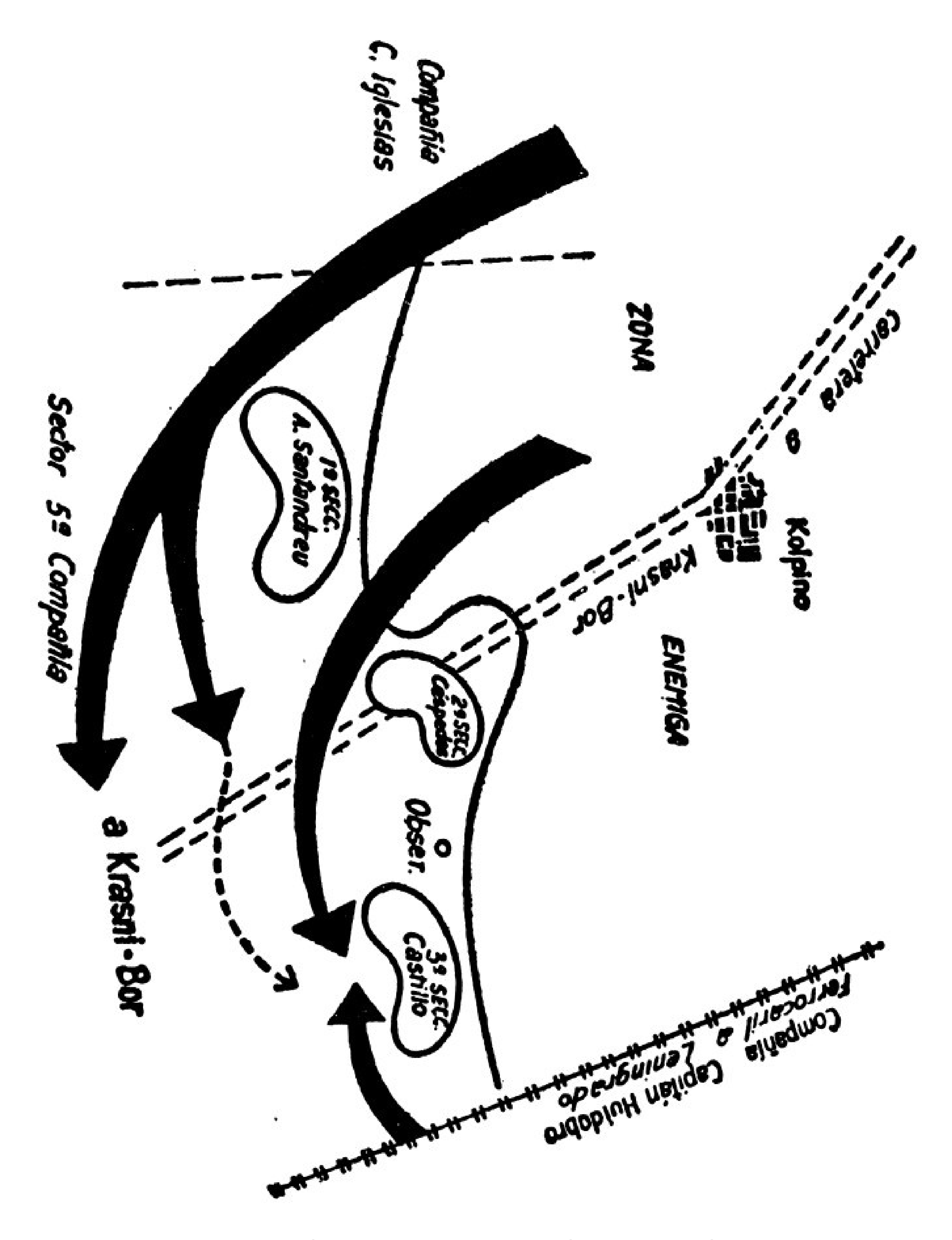
Es posible, a pesar de las múltiples purgas y comprobaciones a que han sido sometidas estas páginas, que se hayan deslizado olvidos, erratas y aun errores en lugares, fechas o nombres.

De aquí que no sólo serán bien recibidas, sino sinceramente agradecidas, cuantas observaciones se remitan para rectificar posibles lagunas en ediciones ulteriores.

La dificultad para retener nombres de complicadas fonéticas extranjeras, sin haber sido leídos, sino tan sólo oídos por quienes ignoraban el idioma en que se pronunciaban, es sólo un indicio de las muchas dificultades con que han tropezado los autores para dar «rigor histórico» a la «veracidad histórica» del estupendo relato.

He procurado, en fin, prescindir de toda afectación retórica o literaria, ciñendo el estilo a la pura narración y hasta olvidando, que no buscando, algún que otro pecadillo contra la analogía y la sintaxis que cayeron al correr de la máquina y que no fueron retirados, por no restar espontaneidad a la narración directa, casi oral, del reportaje. Y esto es fundamentalmente —no hay que olvidarlo— un reportaje. Mejor aún: es la narración histórica de un militar, transformada en reportaje por un periodista.

TORCUATO LUCA DE TENA



Sector que le correspondía defender a la 5.ª Compañía del 2.º Batallón, Regimiento 262

Capítulo I

LA ÚLTIMA BATALLA

Este relato comienza el 9 de febrero de 1943, en Rusia, a las ocho de la tarde y a tres metros bajo tierra. Unos golpes muy fuertes sonaron en la puerta de mi *bunker*.

—¿Da usted su permiso, capitán?

—Adelante.

Entró un enlace. Al abrir la puerta penetró una ráfaga de aire helado.

—¡Cierra, cierra o nos congelamos!

Fuera, la temperatura no subía de veinte grados bajo cero, mientras que la del *bunker*, con su estufa encendida, estaba bien caldeada. El enlace venía calzado con la calentísima *walensky* rusa, bota alta de fieltro en lugar de cuero; llevaba el pasamontañas ceñido a la cabeza, dejando apenas sitio a los ojos, boca y nariz, y el camuflaje blanco, medio sábana medio gabardina, con su capucha perlada de hielo, le cubría de la cabeza a los pies. Me extendió un sobre azul y rogó le firmara el «recibí».

Dentro del sobre azul venía otro, con la palabra «secreto» escrita a grandes rasgos, y dentro de este último, un parte del comandante de mi batallón, que decía virtualmente así:

«El Servicio de Información me dice que en la madrugada de mañana el enemigo efectuará un ataque en el sector defendido por este batallón, con unos efectivos de una división en primera línea y dos de reserva. Ruégole tome las medidas oportunas y me informe por todos los medios de comunicación de que dispone, teléfono, radio y soldadograma, de las incidencias del combate. En todo caso espero que su compañía sabrá cumplir con su deber. —Firmado: José Payeras Alcina, comandante del segundo batallón. Regimiento 262».

Despaché al enlace y mandé venir a todos los oficiales de mi compañía: teniente Molero y alféreces Castillo, Santandreu y Céspedes.

—¡Mañana vamos a tener toros! —les dije.

El *bunker* era un pozo cavado en tierra, de unos tres metros de profundidad, dos y medio de ancho y otros tantos aproximadamente de largo. El techo estaba formado por cuatro pisos de troncos de pino. En realidad eran varios techos superpuestos. En el interior los troncos se extendían apretados a lo ancho del *bunker* en el siguiente los troncos se apoyaban a lo largo, y así sucesivamente. Sobre todos ellos, medio metro de hielo daba consistencia y protegía la simplísima construcción.

Las paredes del *bunker* estaban forradas de madera con mucho postín, para cerrar

paso a las raíces… y adecentarlo a la vista. En el suelo no había más que las literas, donde dormíamos Castillo y yo; un armario de pino, dos mesas, dos sillas y unas palanganas. En las mesas, el teléfono, la radio —por la que oíamos San Sebastián, Sevilla y Radio Coruña—, mapas, papeles, alguna fotografía…, todo el mundillo, en fin, de cosas menudas y entrañables que nos unía al mundo que habíamos dejado atrás. Este hilo tan leve quedaría roto pocas horas después. Cada mañana, desde que ocupamos aquella posición, había que sacar el agua que se había filtrado por el suelo pantanoso. A veces la altura del agua rozaba el borde de las literas. En las paredes quedaba la marca de la humedad como un zócalo más oscuro. Esto daba un cierto matiz gracioso a la decoración. Por último, la estufa, nuestra gran aliada. La salida de humos de todos los *bunkers* (pues la compañía entera, en grupos de a quince o veinte, dormía en ellos) la había organizado, dirigiéndolos por medio de chimeneas subterráneas que salían treinta metros atrás del verdadero emplazamiento para evitar su localización. Los rusos nos saludaban cada mañana regalándonos buenos morterazos de desayuno, a los que correspondíamos nosotros con igual cortesía. Los suyos iban dirigidos a las columnas de humo que veían salir bajo tierra. Lo más que conseguían era destrozar la boca de la chimenea, pero nunca llegó su regalo al interior de nuestras guaridas. Quiero decir que nunca había llegado hasta aquel día.

Los oficiales Céspedes, Santandreu y Molero no tardaron en presentarse en mi puesto de mando. Les impuse de las noticias recibidas, las órdenes por cursar y las medidas por disponer. No quise que se dijera nada a los soldados de lo que iba a ocurrir, para evitar que el pensamiento de la próxima batalla les impidiera dormir y no estuvieran en forma cuando llegara la hora de actuar. Todos los días, durante los largos meses que allí estuvimos inmovilizados, los oficiales se reunían con sus secciones y daban a la tropa clases teóricas sobre temas militares. Aquella tarde las clases versaron sobre medios de defensa en caso de ataque por fuerzas numéricamente superiores. Se redoblaron los servicios de vigilancia, ordené limpiar una trinchera medio inservible y mandé a los muchachos a dormir. A dormir lo que para muchos sería su último sueño.

Nuestra posición al sur de Kolpino, a un solo centenar de kilómetros de Leningrado, estaba situada en los arrabales, como quien dice, de una aldehuela en poder de nuestro Ejército: Krasni Bor. Era aquélla una llanura inmensa de hielo, sin ondulaciones ni montañas que quebraran el horizonte. Tan sólo unas manchas de pinos o abetos rompían a trozos la monotonía del paisaje. Entre los pinos, las clásicas *isbas* rusas o casitas rurales, muy aisladas entre sí para evitar los riesgos de incendio. Constan de una sola habitación-comedor, donde duerme en el suelo toda la familia, y una cocina con estufa, donde se reúnen por las tardes. Carecen de servicios higiénicos y agua corriente. Las funciones fisiológicas se realizan en la cuadra entre los animales, engordando así el estiércol. Digo, que esto era antes, en la paz, pues ahora

estaban vacías.

Aunque teníamos cuatro o cinco *isbas* entremezcladas con los *bunkers* de la compañía, ni siquiera nosotros las utilizábamos, pues eran un blanco demasiado inocente para el enemigo.

Aquella noche —del 9 al 10 de febrero de 1943, última noche de mi libertad— recorrí toda la posición. Antes de hacerlo me guardé una bomba de mano en el bolsillo por si surgían sorpresas en el paseo nocturno. En mi sector, el frente era continuo. Quiero decir que estaba marcado por una trinchera real, abierta a lo largo de centenares de kilómetros sin solución de continuidad. A mi batallón —el número 2 del regimiento 262— le correspondía un frente de cinco kilómetros, distribuido entre tres compañías. A mi derecha estaba situada la que mandaba el capitán Huidobro (muerto en esta operación) y a mi izquierda la que mandaba el capitán Iglesias (muerto en esta operación). Detrás de mí, y a unos 500 metros, el comandante de mi batallón, don José Payeras Alcina (muerto en esta operación), tenía establecido su puesto de mando. A la extrema izquierda de mi compañía estaba la sección que mandaba, a mis órdenes, el alférez Santandreu (muerto en esta operación); en el centro, la que mandaba el alférez Céspedes (muerto en esta operación) y a la extrema derecha, la que mandaba el alférez Castillo, que horas después hubiera preferido morir como todos sus compañeros. Esta última sección era, desde un punto de vista de organización de la defensa, la más delicada, pues flanqueaba la línea de ferrocarril Moscú-Leningrado, objetivo de extraordinario valor para los atacantes, no sólo por lo que era, sino por estar elevada sobre el nivel del suelo unos seis metros, dominando la totalidad de mi compañía. La del capitán Huidobro y la mía enlazaban precisamente en esta línea de ferrocarril. Para evitar que los enemigos alcanzaran este objetivo establecí mi puesto de mando en la sección del alférez Castillo. Informé de ello al comandante y solicité se me enviaran granadas de mano y minas contracarros. El comandante, a su vez, las solicitó del regimiento, y a lo largo de la noche me fue llegando cuanto había pedido. De un lado, las granadas, anunciándome que en otro envío llegarían los detonadores. De otro lado cien minas contracarros, aunque sin fulminantes, pues éstos vendrían aparte. Sin embargo, ni fulminantes ni detonadores, por impedirlo seguramente el principio de la batalla, llegaron a mi poder. Tuve, pues, que limitarme a mis propios medios en minas y granadas.

Llegó la madrugada y tuve hambre. Sorbí el jugo de un limón y me guardé varios más en el bolsillo. Ya han pasado años desde entonces y aún pasarán los de mi vida entera sin que pueda borrarse de mi memoria, mientras viva, aquel amanecer. El silencio —una vez concluidos los primeros preparativos— era total. La vida toda del campamento estaba paralizada. Los soldados, ignorantes de cuanto iba a ocurrir, dormían. Sólo el frío estaba presente, como un testigo corpóreo, vivo. Humedecer los labios con la lengua equivalía a sentir el hielo apretándose, quebrándose contra la

piel. Y empezó a clarear. Los amaneceres son largos en Rusia, como si a la luz le costara trabajo empujar a la noche, pero aquél parecía más largo que ninguno. Primero se dibujaron, como manchas borrosas de tinta, los pinos a nuestra espalda y el terraplén del ferrocarril a la derecha. Más tarde el pozo de la trinchera, culebreando en la nieve, y delante de ella, a 25 metros, las alambradas con los escuchas cuerpo a tierra, confundidos con el suelo por su camuflaje blanco. Todo estaba quieto. La quietud era la acción agazapada, el tigre inmóvil listo para saltar. ¡Y saltó!

A las siete comenzó la preparación artillera. Doscientas baterías —800 piezas— sobre un sector de 10 kilómetros machacaron la posición como lo harían 800 martillos sobre una mesa cuajada de avellanas. A las siete y diez la trinchera había desaparecido, el puesto de mando, volado; el teléfono que me unía al comandante, cortado. El ruido era tan ensordecedor que en medio de aquel estruendo el estallido de una bomba de mano no sonaba más fuerte que el chasquido que produce quebrar una nuez. Era un sonido continuo, sin lugar a separar un estampido de otro. La luz de las explosiones era cegadora. Pero, aunque no lo fuera, la vista no alcanzaba a cinco palmos: tal era el espesor de la niebla formada por el hielo triturado, la tierra pulverizada, los pinos ardiendo y las armas rotas. El olor a pólvora se agarraba como difteria a la garganta y hacía insoportable la respiración. Los soldados habían aprendido bien la lección de la víspera, y, deshechos los *bunkers* y hundida la trinchera, se pegaban a la tierra en los propios cráteres abiertos por los obuses, esperando el momento de saltar.

Hora y media después el enemigo alargó el tiro, para permitir a sus tropas lanzarse sobre nosotros. Sin pérdida de tiempo ordené emplazar las armas automáticas, y no ya en los dispositivos de defensa, totalmente destruidos, sino a la boca de los embudos abiertos en la tierra. De los huecos, como topos, empezaron a salir los muchachos. A uno de ellos le vi de espaldas dando tumbos de un lado a otro. Pensé que estaba borracho y, como no me gusta el valor «Domecq», le agarré por los hombros dispuesto a castigarle. Al volverle comprendí mi error. Tenía la cara brutalmente desfigurada por la onda explosiva de un proyectil, y los ojos —ciegos— llenos de sangre.

—¡A evacuarte!… —le ordené—. ¡De prisa!

—No, mi capitán. Que si no veo, palpo todavía…

Y enarbolaba un machete en la mano.

—¡Bravo, muchacho! —le dije—. ¡Bravo!

Y lo mandé evacuar, no sin que protestara y hasta intentara desobedecerme. Pensé arrestarle por su desobediencia y pedir un premio para su arrojo. Se llama Lorenzo Arauja.

Una compañía enemiga se lanzó entonces al asalto en sentido diagonal frente a nosotros, dirigiéndose hacia la línea de ferrocarril, que quedaba a mi derecha. Yo

tenía instrucciones de lanzar un cohete rojo cuando precisara el apoyo de nuestra artillería. Debía lanzarlo precisamente en la dirección en que necesitara el refuerzo artillero. Pude hacerlo en esta ocasión y, sin embargo, no lo hice, en primer lugar, por no distraer nuestras escasísimas piezas, y en segundo término por tener la esperanza de poder machacar, por mí mismo, esta primera oleada de atacantes. Y, en efecto, el alférez Castillo, que defendía esta sección, dio buena cuenta de la compañía enemiga, dejándola aniquilada entre el punto de salida y la línea de ferrocarril.

Por medio de Alonso Orozco-Miranda, en misión de enlace —que en nuestro vocabulario particular llamábamos «soldadograma»— yo había enviado al comandante el siguiente parte: «La compañía bien, aunque muy castigada. En este momento (8.30) el enemigo se dirige hacia la vía, pretendiendo envolver, probablemente mi tercera sección, en la que yo, accidentalmente, he establecido mi puesto de mando. ¡Viva siempre España! Salúdale, capitán Palacios».

Castillo Montoto, con valor singular y excepcionales dotes de mando rechazó un segundo ataque de flanco contra la tercera sección y la línea de ferrocarril, obligando de nuevo al enemigo a replegarse. No ocurría lo mismo en todos los puntos de mi compañía. Los alféreces Santandreu y Céspedes se vieron rebasados por su izquierda, ya que la compañía que mandaba el bravo capitán Iglesias, al morir éste en los primeros minutos, fue desbordada, y el enemigo penetró en tromba por aquella brecha. Al verse envueltos estos dos oficiales, intentaron replegarse para hacer frente a la nueva situación y sucumbieron con sus secciones, quedando reducida mi compañía a la tercera sección y a mi Plana Mayor.

El sargento Ángel Salamanca, de la sección segunda, cayó de pronto sobre mí.

—¿Por qué has abandonado tu posición? —le pregunté.

Titubeó.

—¡Estoy solo! —me dijo patéticamente.

—¡Recupérala!

Y lo hizo.

Le vi salir lanzando bombas de mano a diestro y siniestro.

Más tarde me envió un mensaje angustioso…

—Envíeme gente y podré resistir.

Entonces, sólo entonces, le ordené replegarse.

Y tomó parte, conmigo, en la última batalla. Fue herido en los ojos, como Araujo, y al no servir, por esta causa, como sargento para mandar la tropa, siguió luchando como cargador de fusiles ametralladores. Era todo un hombre.

Envié un nuevo parte al comandante. «Un fuerte contingente enemigo ha penetrado por el flanco izquierdo y me efectúa un cerco a larga distancia, fuera del alcance de mis armas. La primera y la segunda sección se han replegado. Continúo defendiendo la posición con mi Plana Mayor y la tercera sección. Mis bajas son

numerosas. La única ametralladora de que disponía, destruida por la artillería. ¡Viva siempre España! — Palacios».

En aquel momento, de la quinta compañía a mi mando quedaban en combate no más de treinta hombres; una parte, la más numerosa, se mantenía con un fusil ametrallador defendiendo el frente y el flanco de la línea de ferrocarril. Mi Plana Mayor, con un fusil ametrallador y varias pistolas ametralladoras, se trasladó a taponar la brecha del flanco izquierdo, situándonos en una trinchera perpendicular con la ya destruida, que no había sido utilizada desde hacía meses y que por verdadera inspiración mandé limpiar durante la noche, pues estaba cegada por la nieve. Esta segunda trinchera nunca creímos que sirviera para nada, pues, como queda dicho, no era paralela, sino transversal con la línea del frente.

Ahora, en cambio, que el frente había sido roto y que la infiltración se producía de flanco, daba la cara a la nueva invasión. Yo creo que en ella hubiéramos podido resistir si la línea de ferrocarril, defendida por el capitán Huidobro, no hubiera sido tomada por su flanco derecho. Al igual que la de Iglesias, esta compañía fue arrollada al morir su heroico capitán.

—Lo suponía —dije cuando me informaron—, porque si viviera, los rojos no hubieran tomado por su flanco la línea del ferrocarril.

Ante esta gravísima situación, dominados completamente por el enemigo establecido en la vía, di orden a todos los pelotones de resistir hasta morir.

A las once menos cuarto el enemigo lanzó sobre nosotros, por segunda vez, la artillería. Apenas se hizo el silencio, la aviación roja hizo acto de presencia y nos dio una pasada. Utilizando la frase de otro capitán algo más viejo que yo, pues luchó en Flandes en mil quinientos y pico, diré que «la tierra temblaba… como enjuagadientes en la boca». Entonces el enemigo reanudó el ataque. Los muertos y los heridos, entre nosotros, eran veinte veces más numerosos que los aptos para luchar. Se veía tan cerca a los atacantes, que una buena pedrada podría alcanzarles. Estaban pegados a tierra, esperando el momento para saltar. Desde la altura del terraplén del ferrocarril barrían con automáticas nuestra posición.

El comandante no llegó a recibir mi último mensaje: «La situación desesperada. Completamente sitiados desde las 10.30, combato en todas direcciones. El enemigo me domina desde la vía y me inmoviliza. Imposible replegarse combatiendo, por carecer de armas automáticas y tener que transportar numerosos heridos. En caso que usted ordene mi repliegue, ruégole proteja mi retirada. En todo caso espero sus órdenes y continúo defendiendo la posición. Como siempre, ¡viva España! — Palacios».

Once años después supe que el comandante Payeras había muerto heroicamente, por heridas recibidas aquel día.

Rodeados por todas partes, el cerco se fue ciñendo, apretándose en anillos sobre

nosotros. Las instrucciones recibidas, como ya he dicho, habían sido las de lanzar cohetes rojos a lo largo del combate, señalando las direcciones de ataque del enemigo, con el fin de que nuestra artillería le castigara de acuerdo con el código de señales acordado. A aquella hora, por primera vez, los utilicé y los lancé al norte, al sur, al este y al oeste (véase croquis). Pero nuestra infatigable artillería no existía ya. El cerco se ciñó tanto que la infantería enemiga no podía ya disparar sobre nosotros ni siquiera con armas cortas, pues corría el nesgo de causar bajas por encima nuestro a los suyos propios. Por esta causa, las últimas horas de combate se desarrollaron en un impresionante silencio.

—No nos quedan municiones —me dijeron.

—Preparad bolas de nieve. Sirven de piedras[1].

Durante todo el combate apenas tuve tiempo de atender a los heridos. Ya en esta fase di orden que los alojaran en un *bunker*, el único que no había sido deshecho. Era tan grande el silencio que, en esta espera angustiosa, sólo oíamos a nuestra espalda los ayes y los lamentos de los heridos del *bunker*. Decidí hacerles una visita y pedí al alférez Castillo que me acompañara. El cuadro era tal que me duele hasta recordarlo. Algunos agonizaban. A los que habían muerto se les cubría con un saco en espera de trasladarles a mejor lugar. No llevábamos tres minutos con ellos cuando me reclamaron a gritos. Subí a la superficie y me encontré a los rojos ya encima. Castillo disparó sobre ellos el último cargador de su pistola automática y les hizo varias bajas. En oleadas, y sin disparar, pues se hubieran herido a sí mismos, cayeron físicamente sobre nosotros. Entre la capa de polvo, nieve, sudor y sangre se adivinaban los rasgos de los vencedores. Unos eran nórdicos y se diferenciaban poco de los alemanes. Otros —pómulos salientes, ojos oblicuos— eran mongoles. Uno de los atacantes, herido en el vientre, se desplomó allí mismo ante nosotros. Un suboficial ruso le preguntó si podría levantarse, y, al contestar aquél que no, le remató de un disparo en la nuca. El muerto y el matador eran compañeros de armas.

—¡*Davai*! ¡*Palléjali*! —que quiere decir: «¡Adelante! ¡De prisa!».

La estepa se abría ante nosotros, desnuda y helada.

—¡*Davai*! ¡*Davai*!

La noche, a nuestra espalda, cayó como un cerrojo sobre Asia, la «cárcel infinita».

Capítulo II

LA PRIMERA CELDA

La columna estaba formada por treinta y cinco hombres, todos de mi compañía. Veintiuno de ellos, heridos. Si alguno caía al suelo era inmediatamente rematado por los rusos. También remataban a cuantos de los suyos encontraban heridos a nuestro paso. A trompicones, agotados, ayudando los sanos a caminar a los que no podían por sí solos, íbamos avanzando hacia las posiciones rojas. Detrás, lejos, se oía el repiqueteo de las ametralladoras. La nieve en este sector estaba cuajada de cadáveres en número infinitamente mayor que el de nuestras posiciones. Grupos de mujeres militares, que yo no había visto hasta entonces, amontonaban a los muertos en los barrancos y cunetas. Centenares de hombres, aquí y allá, se arrastraban por el suelo, dejando, como los caracoles, un rastro tras sí. Pero un rastro de sangre. Castillo y yo nos miramos. Ésa era, sin duda, la compañía que intentó en diagonal tomar la línea de ferrocarril y que fue segada por la tercera sección, impidiéndole alcanzar su objetivo.

—¡*Davai*! ¡*Davai*!

Los rusos, caladas las bayonetas, nos empujaban con su ¡*Davai*! como el «¡Arre!» castellano a los jumentos.

—¡*Davai*! ¡*Davai*! (¡Adelante!… ¡Adelante!).

No habíamos andado seiscientos metros cuando un capitán recorrió la columna preguntando si había algún oficial entre nosotros. El alférez Castillo y yo nos presentamos y fuimos separados de la columna. No fue ésta la última vez que tuve la evidencia de ir al paredón. Levanté la voz y los soldados detuvieron el paso y me miraron sorprendidos:

—Habéis luchado como unos valientes. A partir de hoy espero que sigáis cumpliendo con vuestro deber.

—¡*Davai*! ¡*Davai*!…

Los ojos de algunos soldados brillaban. Yo estaba seguro que cumplirían. Tenían buena·madera. Y nos separamos.

Nos llevaron a un puesto de mando situado en una *isba* o casita rural, muy próxima a unos grandes depósitos de combustibles. Me enseñaron unos planos, que yo dije no entender. Esta escena habría de repetirse en pocas horas cuatro veces. Pero en esta primera ocasión no tuvieron tiempo de reaccionar contra mi supuesta ignorancia. Un estampido brutal hizo temblar la casucha y dio con nosotros en tierra. Después otro, otro y otro más. La aviación alemana estaba bombardeando los depósitos. Si lo hubieran hecho cinco horas antes no estaríamos prisioneros. Las

llamaradas daban tanta luz que a través de las ventanas parecía ser de día. Mis interrogadores salieron de estampía a los refugios y por un segundo creí que podríamos escapar.

No pudo ser. Apretados contra el suelo, nuestros guardianes, bayoneta en ristre, no nos perdieron de vista. ¡Ah, si yo hubiera sabido entonces lo que guardaba en el bolsillo! Nunca he deseado como aquel día que un chupinazo cayera sobre nosotros. La aviación siguió bombardeando y, cuando acabó con los depósitos, ametralló a una columna de refuerzo rusa que se dirigía desde Kolpino hacia el frente. Dos horas duró nuestra caminata hasta esta ciudad. Sobre los árboles, en el suelo, incrustados en las ruinas, miembros humanos, cuerpos reventados, cadáveres vaciados, tripas afuera, en la más dantesca de las visiones que haya presenciado jamás. Entre ellos, las mujeres soldados se afanaban en sus menesteres: tender cables telefónicos, apartar los muertos, cargar material, empujar camiones.

En Kolpino nos metieron a Castillo y a mí en una casucha que debía ser un puesto de mando en retaguardia. Allí estaban todos los hombres de mi compañía y algunos de otras. También estaban los tenientes Molero y Altura. Éste hace honor a su apellido, pues no es menguado. Molero murió, cuatro años después, de hambre. Altura y él habían sido oficiales míos en la guerra de España, en un tabor de Regulares, y conocían el árabe.

—*Mektub* —les dije. Que en árabe significa «Estaba escrito».

—Sí, pero *muymalmektub* —contestó Molero, que en camelo significa «Muy mal escrito».

Y por primera vez nos reímos en el cautiverio. Me tumbé en el suelo, junto a ellos, y me quedé dormido.

No habían pasado cuarenta minutos cuando me zarandearon para llevarme a declarar. Era en la habitación contigua y no tardé en despabilarme. Ante mí, un oficial ruso, de aspecto irascible, sentado ante una mesa de pino. A su izquierda, sobre unos sacos de Intendencia llenos de pieles —pues algunas emergían de su envoltorio—, un general tumbado boca arriba, con una colilla apagada en los labios. Entre los dos un hombrecillo moreno, enjuto, de aspecto derrotado. Este último iba de paisano. Vestía una blusa negra cerrada al cuello, la típica *rubaska* rusa, y sobre ella un abrigo también negro, muy sucio y raído. Desde el primer momento me fijé en él, más aún que en el general medio dormido y en el oficial que me miraba con aspecto feroz como queriendo asustarme. Yo estaba tan cansado que no tenía fuerzas para hablar, cuanto menos para asustarme ante aquella mirada un tanto teatral. El hombrecillo del abrigo me habló en castellano. Era un intérprete español, comunista exilado. Creo que se llamaba Ortega. En la habitación no había más luz que la palidísima de un farol de petróleo.

Me hicieron dejar sobre la mesa cuanto traía en los bolsillos; un paquete de cura

individual, en su bolsita de tela con la cruz roja estampada, un pañuelo, unos limones… y —yo fui el primer sorprendido— una bomba de mano. (La explicación es tan sencilla como a primera vista parece increíble la posesión, a aquellas alturas, del artefacto: cuando me registraron en el primer minuto de ser cogidos prisioneros empezaron a sacarme limones de los bolsillos y, palpándome, creyeron que el resto de los bultos serían limones también. Me los devolvieron y dejaron la bomba dentro. Yo ignoraba que la tenía. De haberlo sabido, hubiéramos podido escapar en el primer interrogatorio durante el bombardeo). Asustados, me obligaron a desnudarme por si llevaba más armas escondidas. Comprobaron que no, y así, como estaba, desnudo, comenzó el interrogatorio.

—¿Su nombre?

—No diré una sola palabra mientras no se me permita vestirme.

El intérprete tradujo mis palabras y me miró sonriendo con aspecto protector. El oficial pegó un puñetazo en la mesa y a grandes gritos dijo algo que no entendí.

El intérprete continuó:

—¿A qué batallón pertenecía?

—Es indigno para un oficial ser interrogado de esta forma. Vestidme con mi uniforme de capitán y accederé a ser interrogado.

El oficial, que tenía unos pulmones envidiables, comenzó a gritar, a golpear la mesa e incluso se incorporó amenazador.

Entonces, por primera vez, el general tumbado sobre los sacos, sin mirarme siquiera y sin retirar su colilla de los labios, dijo que me dejaran vestir.

Lo hice, saliéndome con la mía. El intérprete era incapaz de mantener la mirada. La dejaba resbalar sobre mí como si fuera transparente. Pero a los ojos no podía. Muchas veces se me ha felicitado por este interrogatorio. Yo sé muy bien cuán poco mérito tuvo. En aquel momento me daba igual que me mataran o no. Y es más: la mirada del comunista español me dio por primera vez la sensación de ser yo más fuerte que él. Le miré de abajo arriba; parecía un delincuente declarando ante un juez. Y el juez, para él, para su conciencia, en aquel ·momento, era yo. Como más tarde lo fueron mis oficiales.

—¿Cómo se llama usted?

—Teodoro Palacios Cueto.

—¿De qué batallón?

—Quinta compañía del segundo batallón.

—Observe este mapa.

El oficial, muy satisfecho, se removió en su silla.

—Sitúenos el puesto de mando, el de socorro y el lugar donde tienen emplazada la artillería.

—No puedo.

—¿Dónde están situados los municionamientos?

—No puedo. No sé leer el plano.

—¿Es usted capitán profesional?

—Sí señor…

—¿Y no sabe leer un plano? ¿Qué aprenden ustedes en las academias entonces?

Tres cuartos de hora duró la lucha. Menudearon los golpes sobre la mesa y los gritos. Yo creo que aquella violencia la dedicaba el oficial a su general, para demostrarle su firmeza de carácter. En lo que más insistieron fue en que hablara por radio, invitando a la división a deponer las armas y rendirse. Esta petición fue reiterada con promesas, con razonamientos humanitarios —tales como evitar más derramamientos de sangre— y con amenazas.

—Las 7000 bajas causadas al Ejército rojo serán vengadas —añadió.

El general no se movió en todo este tiempo ni para encender su colilla. Al fin me mandaron retirar. Me acerqué a la mesa para recoger mis cosas: el pañuelo, los limones y el paquete de cura individual. El oficial violentamente me lo retiró:

—No lo necesita usted. Quien hace armas contra la Unión Soviética y pierde, paga con la vida su derrota.

—Yo sabré perder —respondí—. En cambio, la U. R. S. S., no sabe ganar.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta.

—Está usted a tiempo —me gritó—. De lo contrario, la misma suerte que va usted a correr la correrán sus oficiales…

—Ellos sabrán también cumplir con su deber.

El general, por primera vez, inclinó levemente la cabeza y se dignó mirarme sorprendido. El intérprete, muy pálido y serio, ya no sonreía con superioridad. Al entrar en la pieza donde estaban los soldados yo estaba seguro de que mi sentencia de muerte había sido decretada ya.

Me senté entre mis compañeros. Uno a uno fueron interrogándoles como a mí. Volví a oír los puñetazos y los gritos del oficial, al interrogar a Castillo, Molero y Altura. Esta cantinela me tranquilizaba y hasta me permitió dormir unos minutos, pues me confirmaba, como anuncié al ruso, que ellos también sabrían cumplir con su deber. Cuando acabó el último interrogatorio nos trasladaron a una celda de castigo.

Es muy difícil saber el tiempo —dos, tres días— que allí estuvimos. La celda no pasaba de metro y medio de altura, de forma que era imposible estar de pie. Debíamos mantenernos de rodillas, sentados o tumbados. Era la cárcel normal del pueblo. Tenía una ventanuca no más grande que una cajetilla de cigarrillos canarios, que daba a un sótano, pero como éste, a su vez, no tenía más ventilación que otra semejante, la luz no penetraba en nuestro rincón ni de día ni de noche. La oscuridad era total. La parca ventilación la descubrimos a tientas, ayudados por el aire de hielo que penetraba por ella. ¡El aire de hielo! Esto es fácil decirlo, pero imposible

describirlo. El frío era tan grande que dormimos como las ovejas en el aprisco, apretados unos contra otros, buscando el calor animal. Ni la dureza del suelo, ni la oscuridad, ni el hambre —yo desde la víspera de la batalla no había ingerido más que el zumo de los limones helados— podía compararse con el tormento del frío. Todos pensamos, sin decirlo, que allí nos dejarían morir. Hasta que al cabo del tiempo —dos días, quizá tres— la puerta se abrió y aparecieron cuatro soldados con bayonetas caladas y un hombre con un farol. Preguntaron por mí y me empujaron afuera.

—Todo llega —dije—. Amigos, hasta el valle de Josafat…

—A sus órdenes, mi capitán —dijo Castillo, que esperaba la misma suerte que yo —. Y… hasta luego.

Tampoco esta vez fueron ciertos mis temores. Me llevaron por unas callejuelas, hasta un barrio de más calidad. Allí penetramos en una casa guardada por centinelas. Al entrar, un calor maravilloso me dio en el rostro. Nunca he sentido mayor placer físico que este aire tibio, quieto, confortable, que me devolvió la vida, o al menos, las ganas de vivir. Me hicieron pasar a una habitación muy modesta, aunque cien veces más lujosa que las hasta ahora conocidas en Rusia. No sé en qué consistía el lujo. Quizás en dos mecanógrafas jóvenes, bien vestidas, que fueron las primeras personas que vi. Quizás en un militar muy alto, de gran distinción, impecablemente vestido, de unos cincuenta años, que me esperaba de pie, y que al verme entrar se acercó y me tendió la mano, diciendo algo que no entendí. Entonces descubrí en un extremo de la habitación al intérprete español envuelto en su abrigo raído.

—Dice el general que soldados del Ejército Rojo han dado respetuosa sepultura a los españoles de su compañía en la posición que tan bravamente defendieron…

Aquel idioma, quiero decir, aquella manera de expresarse, me sorprendió. Y, en efecto, a lo largo de once años en Rusia, jamás lo volví a oír. El general se inclinó levemente hacia mí, y señalando una mesa a su espalda me dijo:

—¿Quiere sentarse, capitán y tomar conmigo una taza de té?

El té humeaba en un bol de porcelana. Si hubiera tenido que pagarlo con dinero no habría fortuna que hubiera escatimado para conseguirlo.

—No puedo aceptarlo —dije—. Tres oficiales, compañeros míos de celda, no han comido desde que fuimos hechos prisioneros hace ya… (no sabía cuánto) varios días. Por eso no puedo aceptarlo.

—¿Cómo, es eso posible?…

El general se acercó a la puerta y dio una voz. Habló, con fingida o real indignación, con un oficial y después se volvió hacia mí.

—He dado orden de que sirvan té a sus compañeros, rogándoles se consideren mis invitados.

Yo empezaba a dudar si aquel caballero era, en efecto, un militar soviético o un lord británico camuflado. El propio intérprete que traducía sus palabras estaba tan

extrañado como yo. Él, a pesar de su comunismo y de haber vendido a Rusia su vida y su alma, no había sido tratado jamás en la Unión Soviética con tanta consideración como lo era yo por aquel personaje.

—¿Acepta usted ahora una taza de té?

—Sí —dije.

Y él mismo, sin olvidar el azúcar, me lo sirvió. El té caliente penetró en mi organismo como una maravillosa medicina.

—¿Está bueno?…

—¡¡Excelente!!

Y debió ser tal la expresión de mi sinceridad que el general se echó a reír.

—Le he llamado para charlar con usted de cosas de España. Gran país. Yo empecé a conocer España por sus naranjas. Magníficas, realmente. Sin embargo, creo que 1as de Argelia comienzan a hacerle la competencia. Aunque las de ustedes tienen la ventaja, aparte su calidad, de tener muy bien trabajado el mercado inglés.

Yo no sabía bien adónde iba ni qué pretendía el correctísimo general con aquellos rodeos. Añadió que el pueblo español era muy bravo. Como el ruso. España y Rusia eran los únicos países que supieron vencer a Napoleón, cuando toda Europa se rendía bajo el peso de sus botas. Me habló del Dos de Mayo en Madrid y del sitio de Zaragoza.

—¿Y usted —me interpeló de pronto—, qué conoce usted de la historia rusa?

Afortunadamente yo había leído algo de Dostoievski, Tolstoi, y en mis no tan lejanos tiempos de estudiante de Medicina, en Madrid, había leído a Paulov, el famoso fisiólogo ruso.

—Pero ¿es posible que conozca usted a Paulov? ¿Qué es lo que sabe usted de él?

—Conozco sus experimentos. Sobre todo el famoso de excitar a unos perros determinadas glándulas con el sonido de un violín…

—¡Es extraordinario! Ignoraba que en España conocieran ustedes a Paulov.

—Todo el mundo lo conoce —dije, mintiendo como un bellaco.

Me sirvió otra taza de té. Y entre frase y frase intrascendente me hizo preguntas, con aparente ingenuidad sobre temas militares, organización de las Academias en España, material de reserva del Ejército alemán, a las que yo —con la misma corrección con que era tratado— me negaba a contestar. Todavía, durante unos minutos, hablamos de toros, de Historia y de temas militares no relacionados con la guerra actual. Al fin se incorporó, dando por terminada la conversación.

—Su visita ha sido muy agradable —me dijo—, pero «militarmente» hablando… muy poco interesante.

Me acompañó hasta la puerta. Se inclinó, tendiéndome la mano. Cuando iba a salir, el general, muy suavemente, me preguntó:

—¿Pasan ustedes mucho frío en la celda?

La visión de la celda negra, helada y dura, chocaba cruelmente, sádicamente, con aquel ambiente confortable, tibio, y aromado de té. ¿Por qué me hacía esta pregunta? ¿Era acaso una esperanza en nuestra claudicación? ¿Había pretendido mostrarme el cara y cruz de nuestra suerte según claudicáramos en lo que se nos pedía o nos negáramos a secundar sus planes?

—¿Pasan ustedes mucho frío en la celda? —repitió.

No. La pregunta no me pareció esta vez una simple fórmula de cortesía.

—Somos soldados —dije— y no nos asustan las penalidades.

El general se inclinó, sonrió y cerró tras sí la puerta.

Los cuatro centinelas con las bayonetas caladas y el hombre del farol, me depositaron de nuevo en la mazmorra.

Cuando llegué, mis compañeros (aunque sin azúcar, pues la habían robado los soldados) estaban tomando té. El té con que les obsequiaba mi anfitrión, el extraño y correctísimo general.

Capítulo III

«YO SOY MASÓN»

NOS LLEVARON EN CAMIÓN de Kolpino a Leningrado. Éste fue el primero de una serie interminable de desplazamientos que durante el cautiverio habríamos de sufrir a través de la inmensa geografía soviética. Si hubiera que reducir a una fórmula gráfica nuestra estancia en Rusia, yo dudaría entre la viñeta que representara una alambrada o la de un camión o un tren repleto de prisioneros cruzando en todas las direcciones y en todo momento la helada inmensidad.

De aquel viaje mis recuerdos se limitan a una doble pared de nieve, no más baja de tres metros, en medio de la cual se extendía la carretera, y las brigadas de mujeres campesinas encargadas de picar el hielo y retirar la nieve del asfalto. Tenían la cabeza envuelta en tocas y mantillas. Llevaban un pañuelo cubriéndoles —como a las moras— la boca y la nariz; un pañuelo acartonado, pues el vaho del aliento se helaba sobre él y lo endurecía. Cuando se inclinaban sobre el suelo no se veían las corvas bajo sus cinco o seis faldas superpuestas, sino unos pantalones militares forrados a su vez con trapos mugrientos y papeles, hasta esconderse bajo la bota. Si no las hubiera visto después centenares de veces, mal podría describirlas. En cambio, las afueras de Leningrado se me grabaron mejor. Líneas y líneas de defensa —nidos de hormigón para las automáticas, aspas de hierro para los tanques, zanjas— se extendían hasta seis veces rodeando la ciudad. Y aún, dentro de ella, los barrios extremos estaban fortificados; las casas, acorazadas. Cada edificio era una pequeña fortaleza con su hormigón, sin más huecos que el justo de las aspilleras. La ciudad entera era un bastión.

Cruzamos el famoso puente de Leningrado, sobre el Neva. Abajo, en el puerto, los destructores y dragaminas parecían, más que helados, tallados ellos mismos sobre el hielo. Estaban inmovilizados, prisioneros del frío. Sólo sus antiaéreos giraban sobre la cubierta buscando, más que aviones enemigos, huir de la peligrosa inmovilidad. Sobre el río sólido cruzaban, junto a los buques, camiones y caballerías.

Y llegamos a nuestro destino. Penetramos en un gran edificio de reciente y no terminada construcción. Doscientos cincuenta españoles, aproximadamente —prisioneros todos el 10 de febrero—, yacían por los suelos dormitando, charlando o encerrados muchos de ellos en un terrible mutismo, desalentados, vencidos. Mal momento era éste para la prueba policíaca a que estaban siendo sometidos.

Ante una mesa, al extremo de una de las piezas más espaciosas, unos funcionarios les tomaban declaración y llenaban con sus respuestas las casillas impresas de unas

fichas de archivo. Iban llamando a los soldados desordenadamente, sin más turno que el de su proximidad. Les preguntaban su nombre, su religión, su ideología política y las razones por las que habían ido a Rusia a combatir. Las declaraciones de los primeros eran alarmantes. No sabían qué responder y, temiendo represalias, la mayoría chaqueteaba ante aquellos burócratas, armados de pluma y papel, como no lo hicieron ante el Ejército Rojo con toda su artillería. Era la eterna canción española. El valiente, que sabe morir por un ideal y no sabe, en cambio, vivir defendiéndolo. La cobardía cívica frente al coraje físico. ¡Cuántas veces España ha prostituido o falsificado sus hechos más gloriosos por no saber en la paz mantener la pureza y la integridad de los mismos principios que supo defender heroicamente con las armas! «Lo que ganó la espada perdió la política», como dice el refrán. Algunos soldados se aturullaban, haciendo sonreír a los propios policías:

—¿A qué religión perteneces?

Contestaban las cosas más peregrinas.

—¡Al comunismo! —decían; o bien—: ¡Yo soy masón!

Nos acercamos a la mesa los tenientes Molero y Altura, el alférez Castillo y yo, y pedimos que nos tomaran declaración. Era urgente hacerlo así. De la actitud de los oficiales en esos primeros momentos dependía la suerte entera de nuestra dignidad. Muchos soldados nos siguieron e hicieron corro en torno nuestro.

—*Posalst* —me dijo el ruso, que quiere decir: «Cuando usted quiera»[2].

—¿Su religión?

—Católica, apostólica, romana.

—¿Partido político?

—Falange Española Tradicionalista.

—¿Motivos de su incorporación a Rusia?

—Luchar contra el comunismo.

El funcionario, que tamborileaba en la mesa con los dedos, me miró fijamente a los ojos.

—*Idite*: «Retírese».

Un largo rumor acogió entre los soldados cada una de nuestras respuestas. Si alguno había quedado rezagado se le acercaba un compañero.

—¿Has oído lo que ha dicho el capitán? Mira, mira. Ahora va a declarar el teniente Altura.

—¡Qué bárbaro! ¡Lo que ha dicho el teniente Molero!…

—Mi alférez —le dijeron a Castillo—. Es usted un jabato.

Un soldadito pequeño, de pelo crespo, fue el primero en seguir nuestro ejemplo.

—Apostólico, romano.

Después otro, y otro más.

—A luchar contra el comunismo.

—A luchar contra el comunismo.

—Católico…

—Católico…

Mentiría si dijera que no he tenido en Rusia satisfacciones morales. Ésta fue, quizá, la primera. El ánimo del soldado desalentado, temeroso, moralmente entumecido, se encendía como yesca y engallaba cuando el ejemplo que recibía era, a fin de cuentas, lo que a él, sin saber hacerlo, le hubiera gustado hacer. Y si en un comienzo no supo, bien pronto lo aprendió. Estas páginas están llenas de estos heroísmos, pequeños para leerlos aquí, inmensos por haber sido realizados allá; heroísmo fuera de precio, porque muchos de sus protagonistas eran gentes oscuras, que hicieron cosas increíbles en el anonimato, sin poder siquiera volver la cara a la galería y pedir un aplauso. Porque estaban solos. La satisfacción de aquel día fue pronto vencida por una intensa amargura. No todos los que debían dar buen ejemplo supieron darlo. Entre nosotros nació un germen de deserción. No quiero aquí dar los nombres de quienes se abandonaron a la ignominia, pues en su delito llevan su mayor castigo, sin que yo precise manchar estas páginas con sus nombres ni manchar los nombres de sus familias con el recuerdo de sus actos. Muchos fueron los débiles; los traidores, pocos. El mayor de todos y más responsable, pues arrastró muchas voluntades, un compañero mío, militar de menor graduación, a quien llamaremos en estas páginas alférez X, ha pagado ya su culpa con el más severo de los castigos: quedándose en Rusia voluntario. Y no por vocación, sino por miedo de, al regresar, no poder sufrir cara a cara las miradas de sus compañeros. La mayor parte de los nombres que a lo largo de estas páginas se han de citar son nombres auténticos y corresponden a personas vivas o muertas que, en mayor o menor grado, en unos momentos o en otros, supieron cumplir con su deber. Sólo ocultaremos, cuando sea posible, por discreción, los nombres de los débiles o los traidores, pues no son estas páginas alegato de fiscal, sino testimonio de historia.

Los soldados nos rodeaban comentando, alborozados, nuestra declaración, cuando se me acercó, cuadrándose ante mí, un oficial:

—A sus órdenes, mi capitán. Se presenta el teniente Rosaleny, de la tercera compañía, primer batallón, regimiento 263.

Le estreché la mano. Rosaleny era un muchacho moreno, muy pálido, de grandes ojos incompatibles con la insinceridad. Su comportamiento fue siempre admirable y su nombre habrá de repetirse a lo largo de estas páginas cuantas veces, que fueron muchas, tuvo ocasión de demostrar su coraje y su lealtad.

—¿Vienes solo?

—No, mi capitán; el alférez X está conmigo.

Volví la cabeza y, en efecto, algo más lejos le vi charlando con unos soldados. Me sorprendió no se me hubiera presentado, como prescriben las ordenanzas y exige la

cortesía. No tardé mucho en conocer la causa. Presionado por la policía, se había avenido a lanzar una proclama por radio, doblegándose a las presiones —no mayores que las padecidas por nosotros— que ejercieron sobre él. He aquí el texto de su proclama: «Vendidos y abandonados por nuestros jefes, hemos sido hechos prisioneros. ¡Pasaros!».

Cuando lo supe, más que ira fue pena lo que sentí. Pena, y desazón y asco. Mucho más que preocuparme por reprenderle o avergonzarle de su comportamiento, fue el deseo de atraerle y recuperarle lo que me movió a acercarme a su grupo. Vi que los soldados le llamaban por su apellido, omitiendo su grado.

—¿Qué es eso, te han degradado? —le pregunté.

¡Me dijo que, para evitar compromisos, había rogado a la tropa que suprimiera, al dirigirse a él, el título de alférez! Éste fue su principio. A lo largo de los años, X fue testigo de cargo en los procesos que contra varios oficiales y contra mí se nos instruyeron, los años 48 y 49, y al final, como se ha dicho, se quedó voluntariamente en Rusia, perdiendo su nacionalidad. Dios le haya perdonado. Él mismo dictó la sentencia que le correspondía.

Estaba con él cuando me llamaron por enésima vez a declarar. Volvieron a invitarme a hablar por radio. La cantinela empezaba a cansarme. Me dijeron que me ofrecían un micrófono, no ya para invitar a la División a que se rindiese, como en otras ocasiones, sino para dirigirme a mi familia.

—Cuando salgo a hacer la guerra —les dije— mi familia la traigo en la maleta. No me dejo nada atrás.

No sé si era fácil o no decir aquello. Sólo sé que el recuerdo de los míos —recuerdo que había procurado desde el primer día alejar de mí como una pesadilla— se me vino encima aquella noche.

No eran pensamientos que debilitaran el ánimo los más propicios para esas horas. Rechacé la invitación que se me hizo, pero no pude apartar en toda la noche el recuerdo de mis hermanos, mis hermanas y mi padre; mi padre, que murió cuatro años después sin la alegría de volverme a ver. El recuerdo de su austeridad, de su honradez, de su fortaleza, ha estado siempre vivo en mí. No soy hombre que dude en sus decisiones, pero siempre me ha confortado la idea de que mi padre, en las mismas circunstancias, hubiera hecho lo mismo que yo. Aquella noche luché por no pensar en los míos. Pero fueron más fuertes que yo, y, con el sueño, me vencieron. Toda la noche los tuve cerca, junto a mí.

Capítulo IV

ENTRE ALAMBRADAS

Mi padre era un pequeño agricultor en Potes, provincia de Santander. Tenía una ferretería con su almacén de hierros, y era maurista: uno de los dirigentes, en el pueblo, del partido conservador. Los recuerdos de mi primera infancia están todos invariablemente presididos por él, por mi madre, que murió muy joven, cuando yo apenas tenía seis años, y por los Picos de Europa, con sus praderas húmedas y sus barrancos con osos ocultos entre los robles. Estudié en los jesuitas de Zaragoza y como interno en los escolapios de Villacarriedo. El lujo mayor y el mayor sacrificio que se permitió mi padre fue la educación de sus hijos. Digo el mayor y podría decir el único, pues la tierra era pequeña, y los hijos nueve. Un día, siendo ya un hombretón, me metí en la bodega, probé cuanto había y salí malparado. Recuerdo a mi padre diciéndome «Has conseguido a los veinte años lo que yo no conseguí en cincuenta: salir a cuatro patas de la bodega». En Madrid estudié Medicina. Allí, en los libros, conocí a Paulov, el fisiólogo ruso que tanto me sirvió en la conversación con el cortés general. También conocí a una muchacha de grandes ojos negros, que me miraba asustada cuando le hablaba de mis correrías políticas. Su nombre, en contraste con lo que había de ser mi vida, era el de Paz. Y también conocí, por vez primera, como un anticipo brevísimo de lo que me esperaba, los barrotes de una cárcel. Era en 1933. Estaba yo en la calle con un grupo de estudiantes, entre los que se encontraban Manuel Hermida Linares y Antonio Alonso Pagazaurtundúa (que más tarde emparentarla conmigo por su matrimonio con mi hermana Maruja), cuando un grupo de comunistas pasó junto a nosotros dando vivas a Rusia —¡qué destino el mío!— y a la Pasionaria. Replicamos gritando: «¡Viva José Antonio!»: y «¡Viva el Rey!» y se produjo la colisión. Un guardia se echó la tercerola a la cara, y yo, temiendo que disparara, de un buen manotazo se la quité. Nos detuvieron y procesaron. El juez se portó bien. Cinco días entre rejas. Y a la calle. En aquella época ingresé en Falange, en la Falange primitiva, la de José Antonio, la de «armas al brazo y en lo alto las estrellas»; la que luchaba contra los abusos del poder, contra la falsificación de nuestras esencias más entrañables, contra el comunismo que asomaba cada vez más en España sus orejas. Mis estudios de Medicina no fueron demasiado brillantes. En el verano de 1936, estando en Potes, nos llegó la noticia de que Calvo Sotelo, el jefe de la minoría monárquica, había sido asesinado por orden del Gobierno procomunista. Se rumoreaba y se decía que el Ejército estaba a punto de rebelarse contra el estado de anarquía que vivía España. Llegó la noticia de que la guarnición

de Santander se había sublevado y había sido vencida, que el Gobierno había armado al pueblo y que fuerzas de choque comunistas y socialistas no tardarían en ocupar todos los pueblos de la provincia.

—Si vienen por aquí…

—Peor para ellos —dijo uno de mis hermanos— si vienen por aquí…

Y vinieron. Yo estaba bajo la arcada del pueblo, leyendo el periódico, frente por frente del castillo de los duques de Infantado, cuando dos camiones con mineros asturianos armados de rifles y bombas de mano, se detuvieron a la entrada de la plaza. Me retiré a casa a buscar una pistola. Allá me encontré con mis hermanos Tomás, Felipe y Carlos y mi cuñado Ramón Bustillo, que habían ido a lo mismo. Entre todos reunimos tres pistolas del 6,35, una *Parabellum* y una escopeta. «Nos sobran armas», dijimos. Mi hermana Maruja nos detuvo: «Rezad primero el Señor mío Jesucristo». Lo hicimos y nos dirigimos a la plaza. Sin orden de ninguna clase, parapetándonos tras los arcos, comenzamos a disparar. Ellos se fueron replegando, ignorando cuántos éramos. Tomamos la plaza, y las arcadas nos sirvieron de bastiones. A mi cuñado Ramón una bala le rozó la cabeza y otra le inutilizó la mano derecha. Con la cabeza echando sangre y la mano machacada siguió disparando con la izquierda. Mi hermano Tomás cayó malherido en una pierna y siguió asimismo disparando. Los fuimos reduciendo, y a los que no huyeron los encerramos en la cárcel. Encerramos también al secretario del partido comunista de la provincia de Santander, que encontramos debajo de una cama, donde se refugió cuando empezaron los disparos, y a varios «sospechosos» más. En realidad, nos hicimos los amos del pueblo, que fue nuestro durante varias horas. Esto lo hicieron cuatro hermanos Palacios y Ramón Bustillo, secundados por José del Barrio, Nicasio Robles, Santos Miguel, Mariano Fernández y alguno más. Los testigos, el pueblo de Potes, que tiene dos mil almas. Cuando tuvimos noticias que llegaban refuerzos rojos desde Asturias, reunimos a los mandamás comunistas que teníamos encerrados y les dijimos que nos íbamos, que ya los suyos se encargarían de libertarlos, pero que tuvieran en cuenta que si a uno sólo de los nuestros que allá quedaban le pasaba algo, pagarían con sus vidas. Y los tres hermanos —menos Tomás, que quedó malherido en la refriega— y Ramón Bustillo, y mi tío carnal el ingeniero Manuel Palacios, y Ramón Cabo, nos echamos al monte. Confesamos y comulgamos en un pueblecito llamado Espinama.

El párroco de Potes, Cecilio Fernández, se unió a nosotros, y a pie, pasando el puerto de San Glorio y Piedrasluengas, tras siete días de viaje, llegamos a Palencia, donde nos unimos a las tropas del general Mola. Cuando la guerra acabó, el antiguo estudiante de Medicina era capitán. Yo no he forjado mi destino. De estudiante deseé la paz sin rehuir la guerra. Más tarde, en España, hice la guerra por conseguir la paz. Después, el azar me lanzó al cautiverio.

De Leningrado, Rusia adentro, nos llevaron a Cheropoviets. Cruzamos en

camiones abiertos sobre las aguas heladas del lago Ladoga a cuarenta grados —léase cuarenta grados— bajo cero. Sobre el bigote, quien lo tuviera, las cejas, las ventanillas de la nariz, se formaba una capa de hielo que nos encanecía, envejeciéndonos artificialmente. Cada grado que bajaba la temperatura era como si nos arrancaran con la mano un trozo de vida. En este y otros recorridos, a un soldado canario, llamado Medina, se le helaron las manos y hubo que amputarle cuatro dedos, arrancándoselos con tenazas. También, a lo largo de estos u otros desplazamientos, sufrieron heridas y mutilaciones de frío el salmantino Félix Alonso, el sargento Antonio Moreno, de Granada, y varios más. Dormimos en una casucha y al día siguiente, en vagones cárceles primero, y andando después —levantando a culatazos a los que caían—, llegamos al campo de prisioneros de Cheropoviets.

Para evitar inútiles repeticiones a lo largo de los muchísimos campos de concentración que recorrimos, vale la pena describir con toda minuciosidad el primero de ellos. Pues al hacerlo, describimos todos los que —a lo largo de once años de cautiverio— fueron, al mismo tiempo, hogar, cárcel, checa y, para muchos prisioneros, cementerio.

El primer signo exterior que desde lejos se ve, anunciando la presencia de un campo de concentración, es la garita: una garita elevada a la altura de un segundo piso y sostenida por anchas columnas de madera que la aíslan del suelo. Cada cien metros, las garitas —como sillas gigantes de un árbitro de tenis— forman el perímetro exterior del campamento.

Entre ellas, la zona de los perros. Están éstos sujetos por cadenas de cuatro o cinco metros, a un cable circular que rodea la zona intermedia entre los centinelas. Una argolla los une con el cable, de manera que puedan recorrer —resbalando la argolla sobre el cable— unos treinta metros.

Tras ellos, y dejando entre sí zonas de algo menos de dos metros, hay cuatro líneas de alambradas, dos centrales de catorce alambres espinados cada una, y de ocho alambres las otras dos. Sobre la más interior de todas, los carteles: «Zona rastrillai», de difícil traducción, pero que indica que al llegar allí se dispara a matar. Y es tan cierto, que un italiano que jugaba al fútbol se acercó a recoger el balón de trapo perdido entre las alambradas y fue cosido a tiros por el mismo centinela que, desde las garitas, presenciaba el encuentro. No recuerdo su nombre. Sólo sé que era de Milán.

Detrás de estas defensas, el campamento: un espacio semejante a un campo grande de deportes, con barracones de madera, destinados los más a vivienda, los menos a cárcel, despacho del jefe del campo, cocinas, letrinas, hospital y almacén.

Tanta organización podría inducir a error. Aun siendo muchos los que allí murieron de disentería, de frío, incluso de hambre, la cárcel estaba siempre más habitada que el lazareto. Por negarse a hospitalizar al soldado Doménech, éste murió,

y no nos enteramos hasta el día siguiente, que supimos lo habían sacado a medianoche para enterrarlo.

—Como si fuera un perro —comenté indignado.

Y un chivato se lo dijo al jefe del campo, que me mandó llamar. Confesé que sí, que había dicho eso y no me arrepentía, pues era intolerable aquella manera de proceder. El jefe del campo no sabía si reírse de mí o mandarme ahorcar.

—¿Qué pretende —me dijo—, que organicemos un servicio de pompas fúnebres y enterremos a los españoles a la federica?

—Lo que pretendo —respondí— es que se nos permita asistir y acompañar a los moribundos, rezar a su lado la recomendación del alma, recibir sus consejos y su última voluntad. Ser tratados·como hombres y no como perros…

Después del valenciano Francisco Doménech, murieron en aquel trágico campo de Cheropoviets, aquel mismo año o en otros posteriores, los soldados Ángel Arambuena, de Santiago; Félix Gascón, de Vitoria; Benigno Gómez, de Badajoz; José Iglesias, de Sevilla; Francisco Marchena, de Cádiz; Bartolomé Oliver, de Palma de Mallorca; Carmelo Santafé, de Teruel, y Manuel Caballero, de León, todos ellos de tuberculosis. Ramiro Hernández, de Medina de Rioseco (de difteria); Benito Rojo, de Torquemada (de anemia); Vicente Bernal, de Madrid (de disentería). Y por causas diversas, entre las que figura el puro y total acabamiento, Elías Barrera, de Canarias; Francisco Barranco, de Jaén o Huelva; Joaquín Barreto, de Badajoz; Juan Carlés, de Madrid; Pascual Clos, de Zaragoza; Acacio Fernández, de Asturias; Hermelando Fuster, de Alicante; Cayo Gutiérrez y Manuel Gutiérrez, de Asturias; José Hernández, de Huelva; Juan Iniesta, de San Fernando; Juan Elizarraga, de Pamplona; Rafael López, de Las Palmas; Joaquín Mayora, de Lérida; Carlos Montejo, de Madrid; Juan Moreno, de Murcia; Francisco Padilla, de Barcarrota; Vicente Pascual, de Petrel; Víctor Pérez, de Logroño; Ángel Osuna, de Sevilla; Esteban Ramírez, de Toledo; Manuel o Rafael Sánchez Ponce, de Sevilla; Leopoldo Santiago, de Badajoz; Crescencio Sastre, de Piedralaves; Miguel Torre, de Urdiroz; José Vázquez Paz, de Vigo, y un tal Viñuelas; y, por último, el santanderino Juan Lavín, muerto a tiros por un centinela, y Pedro Duro Revuelto, asesinado por un ruso cuando trabajaba en una mina.

Éste era el campo al que —azuzados por el ¡Davai! ¡Davai! de los guardianes, el ladrido de los perros policías y el ansia infinita de descansar— llegamos, en la mañana del 22 de febrero de 1943, doscientos cincuenta españoles.

CAPÍTULO V

EL HAMBRE

HACÍA YA MUCHAS HORAS que era de noche y más de trece que la columna de prisioneros, antes de que clareara el amanecer, había salido del campamento rumbo al trabajo. El ladrido de los perros y las voces de los rusos —el eterno ¡Davai! ¡Davai!, que sonaba como latigazos en el rostro— fue la señal de que regresaban. Nos abalanzamos sobre la ventanuca de la chabola destinada a los oficiales. A pocos metros de nosotros las puertas del campamento se abrieron y la caravana de soldados comenzó a penetrar en su interior. El espectáculo era peor de lo que una mentalidad envenenada de sadismo podía haber imaginado, mas no inferior al que a la misma hora habíamos de ver día tras día. Los prisioneros, un millar de alemanes, doscientos cincuenta españoles y un número no menor de polacos y finlandeses, tropezando aquí, cayendo allá, levantados del suelo a culatazos, a patadas, iban cruzando la línea de alambradas. Los más fuertes llevaban sobre los hombros o arrastraban a los que no podían andar, y una vez dentro, como si una mano invisible les fuese ametrallando, calan sobre el suelo derrengados, dejando la nieve como una guarnición sorprendida por un asalto. La temperatura no subía de 35 grados bajo cero. Se retiraba a los caídos sobre la nieve, pues si permanecían unos minutos allí corrían riesgo de morir congelados. Ayudamos a levantarles. Esto fue al segundo día de nuestra llegada.

Las condiciones de vida y de trabajo, si siempre fueron durísimas, alcanzaron en aquellos primeros años grados absolutamente infrahumanos. No llevaban tres cuartos de hora dormidos cuando, a veces, les despertaban para llevarlos de nuevo, previa una hora de caminata, a descargar o cargar material a la estación de la próxima ciudad, y aun al regreso, cuando empalmaban su segundo sueño, les despertaban otra vez para la larguísima y tristísima operación de darles de comer antes de salir para el trabajo cotidiano. Consistía el «banquete» en una sopa, cuya única virtud era estar caliente, y pan, hecho las más de las veces con cáscaras de patatas. La sopa era agua, harina desleída, sal y, a veces, flotando sobre la olla —como sobre el océano el resto de un naufragio— una vaina (vacía, claro) de guisantes. A quien le tocara, se consideraba feliz y la degustaba como un *gourmet*.

Cheropoviets es un puerto fluvial, a unos trescientos kilómetros al SE de Leningrado, sobre el río Sezna, afluente del Volga. Tiene minas de carbón, fábrica de motores de aviación, centrales térmicas que abastecen la región de Vologda y según mis noticias, después de nuestra partida se ha construido en ella una gran industria, con 30 000 obreros, para trabajar el aluminio, mineral que, al parecer, está a flor de

tierra en aquella cuenca minera. Pertenece Cheropoviets al distrito de Nogorof, antiguo principado de origen de Alejandro Neski, el Cid Campeador ruso.

En nuestra época, el trabajo fundamental de los prisioneros era retirar los troncos del río y cargarlos en camiones con destino a las centrales térmicas y a las industrias del interior. El trabajo, en sí, era durísimo, pues había que romper el hielo con unas barras de hierro que a aquellas temperaturas quemaban la piel; después había que extraer los troncos, transportarlos, aserrarlos y cargarlos. El horario de trabajo durante estos primeros años era siempre superior a las diez horas, llegando muchas veces a doce y trece, descontando las marchas. Un sargento español, sintiéndose morir de agotamiento, se dejó caer sobre el suelo y fue levantado a culatazos. Al regresar al campo se personó en el hospital pidiendo se le diera de baja en el trabajo unos días y fue brutalmente castigado de obra, llamándole *simulante*, galicismo adaptado al ruso para significar que fingía. A la mañana siguiente, a la hora de levantarse, viendo los rusos que este prisionero no lo hacía, le arrastraron por los pies, sacándole de la cama. Estaba muerto. Su nombre, Ramón Blanco. Su grado, sargento. Era de Badajoz.

Aquél fue el primero de los tres años marcados con el trágico signo del hambre. ¡Ah, el hambre!

Cuando llegaba la hora de comer, cada jefe de barraca destacaba a cuatro hombres para traer el caldero desde las cocinas. Era necesario nombrar además una escuadra de forzudos para protegerles durante el camino, pues de no ser así los transportistas de tan preciada carga eran asaltados y su mercancía robada. Los incidentes entre los guardaespaldas y los atracadores —prisioneros de otras barracas— eran muy frecuentes. Pero en cierta ocasión, la cosa pasó de simple escaramuza y se convirtió en verdadera batalla a vida o muerte, en la que intervinieron los presos todos, compañeros de agredidos y agresores. Hay que decir aquí que los rusos, a una hora convenida de la tarde, se retiraban del campo, con prohibición absoluta de traspasar la línea de alambradas. Lo que ocurriera en su interior no era cosa suya. Se limitaban a disparar sobre los fugitivos que alcanzaran la «zona rastrillai», pero nunca a intervenir —¡buena cuenta les tenía!— en los incidentes que se desarrollaban de puertas adentro.

En aquella ocasión, a los gritos de los guardaespaldas del caldero, acudieron los compañeros de los agredidos. Menudearon los golpes; llegaron refuerzos a los asaltantes, se improvisaron armas con leños y trozos de muebles y la lucha se extendió de tal forma, con tanto ardor, que a los pocos minutos la nieve estaba cubierta de cuerpos. Cuando la contienda hubo terminado, los prisioneros neutrales acudieron a retirar a los heridos y los muertos, si los hubiere. Y su sorpresa fue grande al comprobar que no había muertos, ni heridos, ni siquiera contusos graves. Los contendientes habían luchado con todo el ardor y la rabia de hombres enteros,

pero sin más fuerza que la de ancianitos o niños pequeños. Se golpeaban y se desvanecían como muñecos de trapo, sin fuerza para herir, ni para resistir, sin desvanecerse, un tropiezo, un traspié o un empujón. Tal era su debilidad.

Yo no presencié este hecho. Me lo relató el capitán italiano Magnani. Ocurrió en el campo de Oranque, el año 1943, pero me parece tan gráfico para demostrar el estado de hambre y agotamiento en que vivíamos, que no he resistido la tentación de relatarlo.

Un día supimos de un español que estando enfermo, en el hospital del campo, vio morir en el jergón inmediato a un alemán. Lo cubrió con su propia ropa y cuantas veces entraban la parca alimentación, decía que su vecino estaba dormido; que él mismo le daría de comer. Y así, con esta farsa patética, conviviendo con un cadáver tres días con sus noches, el enfermo duplicó su ración de sopa y pan con la alimentación del muerto. Al médico, que era un prisionero no español, le dio tanta pena, que no denunció el hecho, y se limitó a dar de baja al fallecido con tres días de retraso, y de alta al superviviente pasado de vivo. El hambre —un hambre total que aproxima más que nada al hombre con las fieras— hizo presa en el campo, y se abatió sobre nosotros como un castigo bíblico. Cuando la epidemia de disentería comenzó a diezmar el campo, descubrimos que los soldados encargados de vaciar las letrinas pululaban entre los excrementos y seleccionaban entre los detritos de los enfermos, porciones de alimentos no digeridos. Los lavaban con nieve y los ingerían, vendiendo lo que les sobraba. Hubo semanas en Cheropoviets que, sobre una población prisionera de dos mil almas, morían de treinta a cuarenta hombres de hambre diariamente. Y surgió el canibalismo. Es preciso anticipar que entre los españoles este caso no se dio jamás. Antropófagos blancos, salvajes europeos, abrían el vientre a los recién muertos y les extraían el hígado, que cocinaban y devoraban. Era un canibalismo científico. Sólo se realizaba con muertos de hambre nunca con muertos de infección. Estos delitos eran castigados con diez días de cárcel o no eran castigados. Para los jefes del campo representaba una solución. Los cuervos, durante el invierno, invadían los campamentos, alternando con los hombres el devorar los cadáveres.

Las noticias que a través de presos recién llegados teníamos de otros campos no eran más alentadoras. Los rusos no habían previsto el número de prisioneros que iban a hacer, y como por su alianza con las potencias occidentales no querían representar un mal papel pasando por las armas a los prisioneros, utilizaban para exterminarles el más cruel de los martirios: el fomentar la «muerte natural». Era preciso reducir la población penal, y para ello se aliaban con el hambre, el cansancio, los transportes y el trabajo. Con el pretexto de alojar a los prisioneros, organizaban recorridos, que duraban días y días visitando campos en que depositarlos, y como todos estaban repletos, regresaban muchas veces a los puntos de origen, aunque con una trágica

diferencia: que al abrir por primera vez los vagones cárceles en que fueron encerrados el día de partida, la población viajera se había reducido a la mitad. De allí transportaban a los muertos a la fosa, y los vivos regresaban al campamento, que veía así aliviada su situación primitiva con la disminución de sus huéspedes. El más terrorífico de estos viajes me fue relatado por el capitán italiano De Silvestre. El transporte constaba de doscientos hombres. Dieciséis días estuvieron hacinados en las cárceles rodantes, sin que sus puertas se abrieran ni para introducir alimentos, ni para vaciar excrementos, ni para extraer a los muertos. Cuando el transporte llegó a su destino, de los doscientos hombres quedaban vivos dos. De Silvestre es conocido en España, donde ha residido muchos años, pues su padre regentaba un hotel en Madrid y otro lujoso en Barcelona.

Cuando llegaba a su destino uno de estos transportes, los rusos preguntaban mecánicamente en cada vagón:

—¿*Escolca caput*? —que quiere decir: «¿Cuántos muertos hay?».

—*Chatiri natsi*: Catorce.

—*Nie monoga*: No son muchos.

A los vivos los echaban abajo y… ¡*Davai*!

Durante estos viajes, el canibalismo se practicaba sin reparo. Hacinados los vivos entre los muertos, obligados a convivir en los vagones cárceles semanas enteras con los cadáveres de sus compañeros, evitada la descomposición por la bajísima temperatura ambiente, los supervivientes, antes que morir, preferían realizar con los fallecidos la salvaje operación y evitar así que la realizaran con ellos horas después.

Y es triste reconocer que si muchos preferían morir antes que hacerlo, muchos de los que no morían era por haberlo hecho.

Mi amigo el teniente alpino italiano Julio Leone (a quien asistí años después en su última enfermedad y a quien di en aquella tierra sin Dios cristiana sepultura) me contaba cómo un compañero suyo ató a su muslo con una correa a su hermano muerto junto a él durante uno de estos dantescos transportes, para evitar, teniéndolo cerca, que lo devoraran.

Él fue también quien me relató el más hórrido y truculento de los casos que se pueda imaginar. Fue durante una marcha a pie entre Vladimir y Suzdal. Su asistente había tomado parte en uno de estos festines humanos; sabiendo lo que ingería, mas ignorando su exacta procedencia. Antes de reemprender la marcha a pie sobre la nieve pidió y le fue concedido permiso para ver por última vez a un hermano suyo que había muerto en esta etapa. De los tres cadáveres que había, éste era el único mutilado. Comprobó entonces que era una parte de su propio hermano lo que había ingerido, y enloqueció, repitiendo en su demencia, una y otra vez, sin descanso, esta frase terrible: «¡Qué diría mi madre si lo supiera!». El muchacho se negó a comer nunca más y se dejó morir de hambre y de tristeza…

¡Pobre Julio Leone! Él mismo murió también años después. Era un dechado de buenas maneras y cortesía. No sabía qué hacer para agradecernos nuestros cuidados. Sus últimas palabras, tomándome una mano, fueron:

—*Signore capitano, io vi prego di scusarmi. Non posso farvi dei cumplimenti*!

En el campo había un club. Allí llevaban a los soldados después del trabajo, obligándoles a escuchar unas interminables conferencias de educación política, en las que se exaltaban las virtudes del pueblo ruso y se atacaba con procacidades sin cuento a los regímenes y países de origen de cada prisionero. La táctica de estas conferencias iba dirigida a dos blancos: el primero, debilitar el sentimiento nacional de los pueblos: «El hombre no tiene fronteras». «El hombre es un ciudadano del mundo». El segundo, burdamente contradictorio con el anterior, exaltaba el sentimiento nacionalista del pueblo ruso: «Un hombre sin patria es como un ruiseñor sin canto». Los prisioneros hacían esfuerzos sobrehumanos para no dormirse, agotados como estaban, y demostrar una atención fingida, pues sus sentimientos, si es que los tenían, volaban muy lejos.

Las conferencias, la propaganda y las presiones políticas corrían a cargo de los llamados grupos «antifascistas». Éstos pasaban por una triple selección. Primero los distinguían entre los pusilánimes, entre los vanidosos, entre los que tenían sed de mando, y los remitían a un campo llamado «de observación», cuyas condiciones de vida eran mil veces más halagadoras que las del que provenían. Allí los estudiaban, y a los más capaces los enviaban a la «Escuela de Propaganda». Tras unos cursos de distinta intensidad, según el fin a que los destinaran, los educandos volvían a los campos, ya descaradamente como agentes políticos rusos, ya entremezclados con los prisioneros, como soplones o chivatos. En Cheropoviets, los grupos antifascistas españoles (había uno por cada nacionalidad de prisioneros) redactaron una carta, que debía ser lanzada por medio de cohetes sobre las líneas de la División Azul. En esa carta se decía que el país del comunismo era el verdadero Paraíso, que los prisioneros disponían de habitaciones caldeadas, que los dedicaban a cuidar jardines, que la comida era buena y abundante, que abrieran los ojos y se pasaran al enemigo, ¡que aquello era Jauja! No tardé en informarme de la existencia de este escrito, y con el bochorno consiguiente supe que había sido firmado por ciento sesenta de los nuestros. Muchos de los firmantes vinieron a decírmelo, jurándome que lo habían hecho bajo las más brutales presiones. Y las presiones, en efecto —pues siempre he de distinguir aquí a los débiles de los traidores— eran en aquellas circunstancias, bestiales. Los enfermos en el hospital recibían la carta, para firmarla. Si lo hacían se prolongaba su permanencia en el hospital. Si se negaban, fuera cual fuera el estado de su enfermedad (y no olvidemos la lista de los que murieron en este campo) se les daba de alta y se les mandaba a trabajar. Bien pronto en la alimentación, en el régimen de trabajo, en el vestuario, empezó a notarse la diferencia de trato entre los

que firmaban y los que no firmaban. Había un soldado, llamado Ramón López, al que robaron las botas en el mismo sitio en que fue hecho prisionero y llevaba los pies forrados con papeles, trapos, camisas, gomas, cáscaras de patatas y cuantos medios encontró su ingenio para evitar una congelación que, a pesar de todo, en muchos casos, se presentaba irremediablemente. Este soldado se negó a firmar. ¿Podemos imaginar lo que representaba para él ver a su compañero de camastro, firmante de la carta, con unas espléndidas *walensky* de fieltro que le acababan de entregar como precio de su claudicación?

Sería injusto que yo desperdiciara epítetos dedicados a los firmantes, pues muchos de ellos se comportaron antes y después como hombres enteros, «y el caer no ha de quitar la gloria de haber subido», pero sería mucho más injusto aún si no distinguiera (saludándoles desde estas líneas con el mismo orgullo con que los abracé y alenté en los días difíciles) a estos otros muchachos estupendos que no claudicaron jamás ante el hambre, el frío, los golpes, las cárceles, la adulación o el soborno: sargentos Antonio Moreno, Ángel Salamanca, Sisinio Arroyo, José Quintela, Andrés Alcover; cabo Gumersindo Pestaña; soldados: Emilio Méndez Salas, Félix Alonso Gallardo, José Antonio Ramos, Miguel Moreno, Carlos Juncos, Gerardo González, Desiderio Morlán, José Luis Casado, José María González, Antonio Durán, Manuel Serrano, Miguel Pereda, Manuel Soba, Victoriano Rodríguez y cuantos omita mi memoria, aunque no mi gratitud.

La carta bochornosa, con sus ciento sesenta firmas, no fue cursada jamás. El teniente Rosaleny, el alférez Castillo, el sargento Salamanca y el soldado José Jiménez (que nos sirvió de enlace) se las arreglaron para hacerse con el documento y destruirlo. Más tarde fueron los propios soldados quienes aprendieron el ejemplo, y rompieron los originales de un libro «Yo acuso», que también se les obligaba a firmar respaldando las atrocidades y falsedades que en él se decían. ¿Cómo podría, en efecto, acusar de traidor a un prisionero que hubiera firmado la primera carta, cuando un mes más tarde se atrevía heroicamente a romper el segundo documento que le obligaban a firmar? Esta historia de las firmas y los libros —con sus tres procesos: redacción, recolección de las firmas y destrucción— se repitió mientras duró la guerra en cada campo donde estuvimos. En el número 27 de Moscú ocurrió otro tanto con el libro «Luz», que, como el anterior, «Yo acuso», no llegó a verla.

Por estas incidencias que diariamente surgían en el campo fui llamado al cuartelillo de la M. W. D. Cinco oficiales rodeaban muy solemnemente a un teniente Coronel. Era éste un hombre grueso, fuerte, peinado al cepillo. Llevaba la guerrera militar abierta y bajo ella la clásica *rubanska* rusa, no negra, como la de los bailarines, sino caqui, cerrada al cuello. Fue el mismo que me dijo despectivamente si queríamos enterrar a los nuestros con «pompas a la federica». Por la actitud y las miradas de sus oficiales, comprendí que se trataba, como tantas veces, de un acto de

intimidación. Y ya he dicho también que yo estaba tan agotado, que carecía de fuerzas siquiera para dejarme intimidar. A otros, el hambre y la anemia producían tuberculosis. A mí, por pura reacción fisiológica quizá, me inmunizaba contra esas prácticas tan grotescas de intimidación. No sé cómo explicarlo. Los treinta y cinco grados bajo cero, en Rusia, evitaban los catarros. Pues es algo así. Aquel «clima de terror» a mí me quitaba el miedo.

—Capitán Palacios —me dijo—, nos son perfectamente conocidas sus actividades antisoviéticas…

—Mis actividades —contesté— son pura y simplemente las de un soldado. En cualquier ocasión que se presente, el soldado puede y debe cumplir con su deber.

—Piense —añadió— que la Unión Soviética es lo suficientemente fuerte para destruir al Ejército alemán y a todos sus satélites. De usted… —e hizo un gesto como quitándose una mota despreciable de polvo sobre la guerrera—, nos desharemos como de una mosca.

—Como capitán cumpliré con mi deber mientras pueda mantenerme en pie.

—Retírese. Ya sabe lo que le espera. —El teniente coronel empezó a impacientarse—. ¡*Idite*! ¡¡*Idite*!!: Retírese…

—Perfectamente. Me doy por enterado.

Llegué a la barraca y enteré a mis compañeros de lo ocurrido. No habían transcurrido diez minutos cuando nos llegó del mando ruso la prohibición, bajo penas severísimas, de hablar con los soldados. Poco después, a nuestros soldados les fue leída otra orden similar, prohibiéndoles hablar con sus oficiales. Sin embargo, el contacto con ellos lo mantuvimos siempre, a pesar de las amenazas, por medio de enlaces que, a horas convenidas de la noche, entraban en las barracas que habitábamos y recibían, para transmitirlas, nuestras consignas.

Constituye una satisfacción hacer constar que durante nuestra permanencia entre los soldados ni una línea, ni una carta, ni un papel que comprometiera nuestro honor, salió del campo con destino a la División Azul.

Capítulo VI

EL PRECIO DE UNA FLOR

A mediados de abril llegó la primavera. La nieve fue disminuyendo de espesor, ablandándose, diluyéndose hasta dejar al desnudo la tierra. A medida que subía la temperatura, el fango iba sustituyendo a la nieve.

El campamento era un enorme barrizal de olor pútrido, en el que se incrustaban las·botas hasta media pierna. Fuera, en el campo abierto, al borde de los caminos, creció la hierba en tres días como un milagro. Recuerdo a un italiano que en pleno invierno me decía: *Che si puo aspettare d'un paese che non ha ne fiore ne ucellini?* «¿Qué se puede esperar de un país que no tiene ni flores ni pájaros?» Y, en efecto, a veces una flor se pagaba con el precio más alto que un hombre pueda abonar. Recuerdo a un soldado de su misma nacionalidad que al volver del trabajo vio una flor silvestre sobre la primera hierba naciente y se abalanzó a cogerla. Al hacerlo violentó la orden severísima de apartarse de su columna y fue acribillado a tiros, allí mismo, por el centinela. ¡Mucho precio para una flor!

A primeros de mayo fuimos trasladados los tenientes Molero, Altura, Honorio Martín, el alférez Castillo y yo, con un pequeño grupo de soldados al campo numero 27 de Moscú. El teniente Rosaleny se quedó solo en Cheropoviets. Éste fue el primer traslado en vagones cárceles que sufrí, y no me será fácil olvidarlo. El viaje duró ocho días. Mejor dicho, cinco, pero permanecimos tres más encerrados en los vagones con el tren parado en la estación de Moscú. Al salir de Cheropoviets nos habían dado la comida completa para el viaje, siendo cada uno libre de administrarla a su gusto. Eran cantidades muy parcas, pero aún lo fueron más teniendo en cuenta que los tres días de propina en la estación no estaban calculados en la ración de comida que se nos dio. Así, pues, los últimos días los pasamos en ayunas y aun hubo algunos menos prudentes que lo ingirieron todo en los dos primeros. Pero el tormento del hambre, aun siendo grande, no pudo compararse con el de la sed. La comida suministrada constaba de pan seco, tocino y arenque salado. El primer comentario inocente de la sed que aquello producía fue pronto seguido por la preocupación de no haber agua, después de la obsesión de pedirla y más tarde por la impotencia de conseguirla. Pasó el primer día y la noche primera y entramos en la siguiente con el fantasma de la sed más horrible sobre nosotros. En mi celda y en la siguiente, y a lo largo de todos los vagones, como único rumor humano, como única cantinela, se oía el lamento de los soldados pidiendo lo que se les negaba:

—*Disyurne… ¡bodi!*: Centinela…, ¡agua!

Paramos en una estación en la que había una fuente manando sin tasa agua clara y abundante. Había que ver los soldados agarrados a los barrotes pidiendo agua, mirando la fuente golpeando las paredes…

—¡*Bodi*! ¡*Bodi*! ¡*Bodi*!

Y el tren arrancó sin que se nos diera lo que estaba al alcance de la mano.

Sólo un soldado —a quien sus compañeros llamaban «el Conejo»—, y a quien le permitieron salir de la celda por padecer colitis, bebió agua, sacándola con una cuchara de palo de la taza del retrete.

A las treinta y seis horas nos dieron calderos y más calderos, hasta quedar ahítos.

Llegamos a Moscú. La estación, soberbia. Viniendo de donde veníamos, el contraste de nuestras chabolas de madera en el campamento, con el lujo de los andenes, nos pareció fabuloso. A través de los barrotes de los vagones cárceles, veíamos el ir y venir, en tráfico incesante, de trenes y más trenes, entrando o saliendo por las treinta o cuarenta vías de aquella inmensa estación. Si un tren se detenía junto al nuestro le observábamos y estudiábamos como lo haría un niño pobre viendo a través de un escaparate un juguete maravilloso fuera del alcance de sus manos. Yo no sé si eran tan buenos como nos parecieron, pero he de decir que iban limpios y cuidados; que al frente de cada vagón iba una azafata de uniforme y que al pie de cada cama, en los coches dormitorios colectivos, había una loza con una flor. Todo era extraño y contradictorio en cuanto —a lo largo de los tres días que permanecimos encerrados en la estación— vimos a través de los cristales de nuestra cárcel rodante. Los trenes, repito, y la misma estación, eran lujosos, ni más ni menos que los de cualquier gran ciudad europea, pero las gentes que pululaban entre los andenes eran pobres y raídas. Ésta fue la primera vez que advertí el contraste entre la riqueza del Estado y las gentes casi miserables del país. El ambiente de estas gentes tenía algo de cuartelero, pueblerino y fabril. Era como si se hubieran dado cita albañiles de la construcción y soldados de un cuartel en la plaza de una aldehuela muy pobre, con segadores y carreteros del pueblo. Los hombres llevaban en su mayoría bota alta, de aquí su aspecto soldadesco, pero éstas estaban viejas y rotas, o eran dispares, cada una de un color; o las dos del mismo pie, o una nueva y otra vieja. Rusia es el único país del mundo que yo conozca donde se puede comprar una bota suelta o un zapato, prescindiendo de su pareja. Entre estas gentes había muchos, muchísimos mendigos vestidos con trapos pidiendo, más que dinero, pan o restos de comidas. Algunos se establecían bajo nuestras ventanas enrejadas y nos pedían, ¡a nosotros, que éramos la estampa misma del hambre!, algo de comer con la mano extendida. De cuando en cuando, entre estos tipos que circulaban por la estación aparecía una mujer elegantísima con su *kubanska*, el clásico sombrero alto de astracán de tiempo de los zares, su manguito de lo mismo, abrigo negro de borrego rizado muy ceñido a la cintura y muy corto, para dejar movilidad a las katiuskas, botas de hule acharolado y

altísimo tacón. Invariablemente estas mujeres llevaban al lado a su protector, un jefazo del partido o al menos un general.

Cuando, a los tres días salimos al fin de los vagones cruzamos la estación en pequeños grupos, vigilados por casi tantos centinelas como presos íbamos en cada pelotón. Me llamó la atención un mendigo sentado en el suelo, con los harapos cubiertos de condecoraciones y una caja —junto a la gorra de las monedas— donde exponía los certificados de sus medallas militares. Ya en la calle nos esperaban múltiples coches celulares. En caravana rodada fuimos transportados al campo número 27 de Moscú. Las calles y autopistas que atravesamos, me produjeron la misma sensación que los trenes: limpias, bien cuidadas, muy ordenadas, pero me extrañó vivamente su angustiosa soledad. No había transeúntes, ni coches, ni autobuses. Sólo de vez en vez nos cruzamos con camiones repletos de obreros que iban o regresaban de las fábricas. El viaje, aunque corto, se me hizo interminable. Íbamos apretados como borregos. Faltaba el aire. Tenía hambre. Se me nubló la vista y me desvanecí.

El cruce por la estación y las calles de la capital, despertó en mí, junto con mil incógnitas, el deseo y la curiosidad de satisfacerlas. La desproporción entre el lujo de las cosas y la miseria de las personas; la incrustación entre esta miseria de tipos elegantes y poderosos; la infinita soledad de las calles, increíble en una ciudad tan populosa aun en tiempos de guerra; el paso de los camiones con los obreros, tan hacinados como nosotros; la existencia misma de los trenes cárceles —trenes viejos y por lo tanto anteriores a la existencia de prisioneros de guerra—, eran piezas sueltas de un rompecabezas que me interesaba apasionadamente resolver. ¿Hay clases sociales en Rusia? ¿Hay diferencias económicas? ¿El comunismo es una realidad vivida en Rusia o es un punto de referencia puramente polémico, un lema de propaganda? ¿Están las plutocracias subordinadas a los intereses del proletariado? Pero ¿existen acaso las plutocracias? Ahora, al cabo del tiempo, teniendo sobre mis espaldas un cuarto entero de mi existencia vivido en la U. R. S. S., puedo ya contestar a las mismas preguntas que entonces me planteaba. Para anticipar las respuestas pensé hacer un alto en el relato de nuestros avatares, dejar de un lado la sombra dantesca de los campos de concentración, con sus vientos de hambre y de sed azotándonos el rostro, y hacer un paréntesis para centrar, lo mejor que nos fuera dado, el ambiente social, político, laboral y económico de la Unión Soviética. Pero mejor es que los lectores vayan resolviendo por sí mismos estas incógnitas siguiendo el curso, hecho vida, de nuestro propio relato.

CAPÍTULO VII

SIN COMPAÑERA

LLEGAMOS AL CAMPAMENTO número 27 de Moscú. Mayo estaba ya crecido y hacía calor. El fantasma de Cheropoviets con su aliento de tragedia, quedaba atrás. Si más adelante no se hubiera reproducido con igual intensidad, pensaríamos que fue una pesadilla de nuestras propias mentes enajenadas. El panorama de ahora era muy otro. Los Estados Unidos acababan de enviar a Rusia una ayuda alimenticia tan importante, que la salvó sencillamente de perecer de hambre. Y de rechazo, a nosotros. Una de las condiciones más generosas y humanitarias de este envío, fue la exigencia de que una proporción determinada de los alimentos debía ser distribuida en los campos de concentración, entre los prisioneros de guerra. Del cumplimiento de esta condición dependía el éxito de sucesivas remesas. Esta premisa Impuesta por los *yankees* y considerada por los rusos como un capricho extravagante, produjo un enorme revuelo político en el Kremlin. ¿Por qué los Estados Unidos se preocupaban de los campos de concentración? ¿Tenían, acaso, noticias de lo que ocurría en ellos? ¿Y qué es lo que ocurría en ellos? La mirada todopoderosa del César de Rusia se posó brevemente sobre nosotros. El informe que recibió debió ser terrible. No olvidemos que 90 000 italianos murieron durante el cautiverio. De éstos, la mayor proporción fue, sin duda, en estos primeros meses. El zar rojo se alarmó y destituyó a un gran número de jefes de campo, fusilando a aquéllos donde la proporción de muertos fue mayor. Y ordeno se nos cuidara como a las niñas de sus ojos.

Apenas llegamos a este campamento percibimos el cambio. En Cheropoviets los prisioneros morían como chinches, sin que los rusos se preocuparan de atajar las defunciones. Por las mañanas, los guardianes sacaban los muertos de las barracas, los hacinaban frente a la *vasta* o puerta de cuerpo de guardia, allí los cargaban en un camión para transportarlos y… a otra cosa. En los demás campos durante estos primeros meses ocurría otro tanto. Un italiano, el siciliano Vitello, pidió permiso para retirar del montón de muertos uno de los cuerpos, pues aseguraba haber percibido en él leves síntomas de vida. Los rusos se encogieron de hombros.

—Haz como quieras —le dijeron.

En realidad, les daba igual que estuviera muerto o no. Hoy día aquel precadáver, gracias a la diligencia de su compañero, vive y ha sido repatriado. Su nombre es Santoro. Era sototeniente de *bersaglieri* y natural de Roma.

En este campamento de Moscú el cambio fue radical. Fuimos sometidos a vigilancia médica y a régimen de recuperación. Se nos midió la capacidad torácica, la

presión arterial, se nos analizó la sangre, y —nuevo sistema lleno de piedad— se nos catalogó por musculaturas, como a caballos de tiro de feria. La alimentación subió de tono de manera importante. Por primera vez probamos carne y mantequilla en abundancia; mantequilla empaquetada en celofanes y papeles parafinados con Made in USA estampados por todas partes. El pan emblanqueció, adivinándose una cierta proporción de harina en su composición, y recibimos chocolate y harina de soja… En fin, fuimos tratados como señoritos durante algún tiempo; el tiempo normal para que —alejada la fugaz mirada de Stalin sobre nosotros— las órdenes se fueran olvidando y su cumplimiento relajándose. Pero entretanto —y esto hay que proclamarlo— la ayuda americana salvó nuestras vidas, colgadas como estaban al borde mismo de la muerte por inanición.

Cerca del campamento había un bosque de coníferas y frente a él una laguna donde acudían los domingos, a bañarse, obreros y gente civil con sus parejas. Eran tan desastrados sus aspectos y tanta la mejoría de nuestra posición, que un centinela se permitió la broma de decir que el vigilarnos desde las alambradas no era para evitar que nos escapáramos sino para impedir que aquellas pobres gentes se metieran de polizones dentro del campo para mejorar su nivel de vida y alimentación. A través de las alambradas veíamos a los rusos con sus trajes de baño, muy púdicos por cierto, pues los signos externos de moral son muy severos, chapoteando en el agua. Y al caer la tarde les oíamos entonar al son de las balalaicas canciones maravillosas a varias voces bajo los pinos. Jamás observamos entre estas gentes paquetes de comida, botellas u hogueras que denotaran merendolas campestres o algún signo levísimo de lujo proletario. Se entretenían a solas con sus voces y el clima, en aquella sazón apacible. Eran canciones tristes y muy bien cantadas, llenas de belleza y de nostalgia. Oírlas era un sedante y una distracción. Cuando se producía este espectáculo, la proximidad de las alambradas se llenaba de prisioneros que, sin acercarse demasiado a la «zona rastrillai», las escuchaban absortos y silenciosos.

En este campamento se hizo la primera criba de prisioneros. Los rusos nos llamaban casi a diario a declarar y anotaban cuidadosamente las respuestas y reacciones de cada cual. Al poco tiempo los oficiales de M. W. D. (antigua G. P. U.) tenían una ficha de cada uno de nosotros muy semejante a la que yo utilizaba mentalmente para ir conociendo a mis compañeros no españoles de cautiverio. Pronto supieron quiénes estaban dispuestos por sincero convencimiento ideológico a colaborar con ellos; qué prisioneros eran aptos para esta colaboración por debilidad, ambición o pura cobardía, y quiénes en fin eran los huesos más duros de roer.

Conmigo utilizaron una curiosa estratagema. Me avisaron que tenía una visita que me esperaba en el puesto de mando. Acudí lleno de curiosidad y me encontré un tribunalillo presidido, ¡ah!, por una guapísima mujer.

—¿Capitán Palacios?

—Yo soy.

—Siéntate.

Era española, creo que vasca. Tenía el pelo negro, la piel muy blanca y unos ojos grandes rasgados y tristes. Me gustó.

—¿Tienes «compañera»? —me preguntó.

Aquello me gustó menos. En Cheropoviets, meses atrás, era tal el estado de agotamiento, hambre, frío y miseria en que nos encontrábamos, que pensar (como hombres) en una mujer, era cosa imposible. Como en la Canción del Legionario, no tenía más novia que la muerte. Pero aquí, en el 27 de Moscú, bien alimentados, limpios y descansados, la cosa era muy distinta. Por eso su pregunta equivalía a nombrar la soga en casa del ahorcado. Y, además, ¿con qué intención lo hacía? ¿Quería, acaso, ofrecerse ella misma para tal menester? ¿O su ofrecimiento era tan sólo de pura alcahuetería, «que es oficio de discretos (como decía Cervantes) y necesarísimo en toda república bien ordenada»?

—No entiendo —contesté.

(Yo tenía una impertinencia en la punta de la lengua, pero al principio me resistí a soltarla por cortesía hacia la primera mujer que veía de cerca en muchos meses).

Explicó lo que quería decir y volvió a plantearme la pregunta. ¡De cuántos caminos se vale el destino para doblegar las voluntades!

—¿No tienes «compañera»?

Aquello me pareció un chantaje.

—Mujeres… han pasado algunas por mi vida —contesté tristemente—. Esposa no tengo.

Hubo un silencio incómodo. Mi interlocutora cambió de conversación.

—¿Por qué crees que ganasteis la guerra civil en España?

—Porque éramos mejores. Ustedes tenían el oro, nosotros la moral.

—No es cierto. Ganasteis la guerra porque atabais a los soldados con cadenas a las ametralladoras, como pasó en los Trigales de Quijorna.

—Señorita… no me haga reír. Yo estuve allí con mi tabor. Y usted no. Si usted hubiera estado…

—Pasemos a otro asunto.

—Si usted hubiera estado la habría hecho mi prisionera…

Lo dije como galantería. Ella, en el fondo, estaba halagada.

—Llevas la bandera monárquica en la manga.

—Siempre ha sido la española.

—No es cierto.

—Bueno. Durante unos años la tiñeron con permanganato.

—Con usted —por primera vez utilizó el «usted»— hemos terminado.

Anotó cuidadosamente en un cuaderno la calificación que le merecía y me mandó

salir.

—Retírese.

Fue una pena que me echaran tan pronto. Aquel deporte me divertía. Yo estaba entrenadísimo.

El interrogatorio que realizaron minutos después con el soldado José Jiménez tuvo matices que no puedo recordar sin emoción. Este excelente muchacho tenía en Rusia cinco hermanos, pertenecientes a la expedición de 5000 niños que fueron transportados a la Unión Soviética en 1936, con el pretexto de alejarlos de los peligros de la guerra civil española. Al escribir estas líneas (1955) aquellos niños, hoy hombres y mujeres, llevan diecinueve años separados de sus padres, en el mayor secuestro colectivo que recuerda la historia.

—Por gratitud a la Unión Soviética, que da de comer a cinco hermanos tuyos —le dijeron—, firma este documento.

Jiménez se negó a hacerlo y, con el corazón en un puño, contestó:

—Yo no tengo más familia que, en España, mi madre; y en Rusia, mi capitán.

Cuando las respuestas de los interrogados eran satisfactorias los seleccionaban para destinarlos a las escuelas de reeducación política. Si allí hacían méritos y demostraban aptitudes, los preparaban para puestos de máxima responsabilidad. En los tres meses escasos que estuvimos en este campamento —verdadera máquina trilladora en lo político, pues no tenía otro destino que separar de entre nosotros los útiles y los inservibles— conocimos a un alemán gordito, de pelo cano y aspecto venerable, llamado Wilhelm Pieck. Tales fueron sus méritos que hoy es nada menos que presidente de la República Popular Oriental Alemana[3]. Por cierto que, cuando años más tarde tuvimos conocimiento de que a nuestro antiguo conocido le habían investido con este cargo, bautizamos a la flamante República presidida por Pieck con el nombre de «Pickistan». También conocimos a un comunista de origen austríaco, hombre pequeño, de rasgos hebraicos y ademanes secos y nerviosos. No recuerdo su nombre, aunque sí la circunstancia de que años más tarde fue nombrado ministro de Instrucción Publica en el primer Gobierno implantado en Viena. Como se ve, teníamos compañeros de mucho postín. A éste, nosotros le llamábamos «el Macaco».

Los rebeldes a los soviéticos fueron puntualmente anotados y fichados para futuras persecuciones, procesos y condenas. Pero ¡qué pocos en realidad fueron los rebeldes! Salvo el general alemán Schmidt, Jefe del Estado Mayor del VII Ejército, que cercó Stalingrado a las órdenes de Von Paulus, y los generales Von Brucher, Reine, Von Postel, Pfeifer, y Fasol, que mantuvieron en toda su integridad su honor militar, la mayoría de los jefes y oficiales germánicos tuvieron un indigno comportamiento. Hay que hacer excepciones, evidentemente. Excepciones tanto más dignas cuanto más aisladas; mas pecaría de insincero si no reflejara aquí la sorpresa y el bochorno que nos causó ver la entrega moral de muchos oficiales alemanes de alta

graduación a las consignas y presiones del mando soviético. Entre los complacientes de aquella hora recuerdo a Von Thomas, capitán de Carros y Caballero de la Cruz de Hierro; comandante Sultzer (aunque más tarde se arrepintió y rectificó su conducta); un coronel, ayudante del general Von Shelly, cuyo nombre se me ha borrado; el comandante Butller, cuyo nombre no se me podrá borrar. La gran responsabilidad de estos hombres fue arrastrar consigo a la casi totalidad del Ejército alemán prisionero, cuya disciplina, si fue admirable en el campo de batalla, fue, en cambio, denigrante en los campos del cautiverio.

Los oficiales españoles, desde el primer día, nos negamos a trabajar. En primer lugar, porque esto significaba una ayuda para un país enemigo en tiempos de guerra. En segundo término, porque era denigrante el espectáculo de los oficiales prisioneros haciendo de peones bajo los gritos, las amenazas y los insultos de sus jefes laborales y guardianes. Aun sabiéndolos indignos de vestir un uniforme militar, yo me sonrojaba viendo en las brigadas de trabajo a los oficiales extranjeros que aceptaban esta humillación. Salían en columnas del campamento, entre bayonetas caladas, rumbo a las obras donde cargarían piedras o cavarían el suelo, escuchando la advertencia, mil veces repetida, de que había orden de disparar sobre los que se apartaran dos metros de la columna. Era bochornoso verles, pero era tremendamente paradójico entenderles. Se sumaban a cuanto les pedían, para que no les ficharan de rebeldes. Pero en la práctica, al acceder, eran tratados mucho peor que nosotros, que, al fin y a la postre, fichados hasta el alma, nos quedábamos tranquilamente en la chabola sin recibir órdenes denigrantes, ni gritos, ni insultos, ni golpes. Sabíamos que la U. R. S. S. había suscrito la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra, comprometiéndose a no obligar a trabajar a los oficiales prisioneros salvo casos de epidemia, inundación o incendio. Por otro lado, se llegó a dar el caso, ciertamente humorístico, que, siendo nosotros los rebeldes y ellos fieles a Rusia, meses más tarde, cuando en otro campo tuvimos mesas para comer, durante el rancho, los coroneles traidores pagaban su fidelidad a la U. R. S. S. sirviéndonos ¡a nosotros! la mesa… La situación era tan ilógica que de puro serlo, de puro estar invertida, había llegado, como una pescadilla que se muerde la cola, a una posición justa. Nosotros éramos los señores y ellos nuestros camareros.

Cuando los rusos terminaron su labor de criba y supieron, sin lugar a error, quiénes les eran adictos Y. quiénes no, leyeron la lista de los que debían recoger los bártulos para ser trasladados de campo. Nos metieron en unos coches celulares y partimos rumbo a lo desconocido.

Capítulo VIII

ITALIA, SIEMPRE ARTISTA

Atravesamos de nuevo Moscú con los ojos esta vez más abiertos que en el viaje de venida. Inmensos edificios, de muy fea construcción, pero fuertes, mazacotes como paquidermos arquitectónicos. A su lado —eterna paradoja de Rusia— *isbas* miserables, de madera habitadas en plena ciudad por gentes paupérrimas y mendicantes. Cruzamos el magnífico canal Volga-Moscú verdadera obra de arte y de eficacia de ingeniería navegable aun para barcos de muy respetable tonelaje. De los coches celulares pasamos a los vagones cárceles en los que llegamos a Vladimir, y desde allí, en un viaje a pie que duró desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche llegamos al campamento número 160 del Suzdal. Para recorrer 300 kilómetros invertimos dos días. La última parte fue atroz: sin agua, bajo un calor de infierno, a todo sol y vestidos y calzados con la misma ropa de invierno con que fuimos cogidos prisioneros a treinta grados bajo cero seis meses atrás. Como, estaba prohibido a los prisioneros la posesión de ningún objeto metálico, para evitar la confección clandestina de armas, nos estaba vedada la cantimplora, y el tormento de la sed alternaba con las llagas de los pies, deshechos y caldeados, en llevarse la primacía del sufrimiento. Cuando llegamos a Suzdal aun tuvimos fuerzas un coronel alemán, Uhrmacher, y yo, antes de caer derrengados por el cansancio, para presentar al jefe soviético del campo nuestra protesta verbal por las condiciones infrahumanas en que se había realizado el viaje. El jefe de campo se llamaba Novicof. Era nuevo en sus funciones, pues acababa de sustituir a un muerto. Quiero decir que su antecesor fue fusilado, por haber sido en Suzdal donde se practicó en mayor escala el canibalismo y donde falleció por hambre más de las dos terceras partes de la población anterior. Parece ser que el jefe aquel hacía mercado negro —como en múltiples ocasiones denunciamos nosotros después— con las parcas despensas destinadas a los prisioneros.

Novicof nos escucho un poco sorprendido de nuestro atrevimiento. Nos contestó secamente que haría una investigación y nos despachó. Al día siguiente, esta vez ante el comisario político Procunarof, formulé una segunda protesta. Me acompañó el teniente Altura. Todos los oficiales habían sido agrupados por nacionalidades, mientras que los españoles fuimos dispersados. ¿Por qué?

Procunarof consideró insolente nuestra protesta. Nos contestó airadamente que éramos un grupo peligroso al que convenía separar y nos mandó a hacer gárgaras. ¡Ignoraba nuestra tozudez! Salvo estas dos visitas, pasamos las primeras semanas con

los pies en agua y sal, haciéndonos unos a otros dolorosísimas curas de las llagas producidas por la marcha brutal y vendándonos las heridas. Entretanto nos fuimos enterando de dónde estábamos y qué representaba el milagro de aquel alojamiento que ahora se verá.

Suzdal es una capital de distrito del gobierno de Vladimir, situada a unos trescientos kilómetros al SE de Moscú, en las orillas del Lamenka, cerca de su confluencia con el Malaia-Nerl. Está incrustada en una región puramente agrícola y carece de industrias de toda clase. La ciudad entera, no muy grande, se fue creando en torno a un inmenso monasterio, fundado, según se cree, en el siglo X por el príncipe Vladimiro. El monasterio constaba de diversas naves, iglesias y patios, de verdadero mérito, circunvalados por una muralla. Como muchas construcciones medievales, era mitad monasterio y mitad fortaleza. Antiguamente creo que lo llamaban monasterio de la Natividad. En nuestro tiempo se llamaba «Campo número 160 de prisioneros». Allí, con la iglesia convertida en almacén, las sacristías en cocinas, las naves en dormitorios, malvivíamos nosotros. Durante nuestra estancia el gobierno cometió el error de declararlo monumento nacional, atrayendo la atención de todo el pueblo sobre aquellos muros venerables convertidos entonces en cárcel y meses antes en centro de canibalismo. En las murallas y torres almenadas, entre las aspilleras, las tropas rojas montaban, con metralletas, la guardia.

Un día, unos prisioneros italianos descubrieron bajo un desconchado una superficie coloreada, comenzaron a raspar y no tardaron en comprender que lo que había debajo era un fresco antiquísimo, tapado por mano bárbara con un baño de cal. Montaron entonces los italianos una verdadera organización artística, que tomó muy a pecho descubrir todo aquello. Se distribuyeron el trabajo y a lo largo de varios meses de esfuerzos sin cuento regalaron a Rusia una de las obras de arte más considerables de la pintura mural universal. Yo no soy un técnico y me atengo a lo que oí: las pinturas eran de uro estilo bizantino, anteriores al Giotto, y no tienen par en el mundo, si no es en las basílicas italianas de Vicenza y Asís.

Para los rusos fue una verdadera sorpresa este descubrimiento, pues ignoraban lo que poseían. Sin embargo a; redactar estas líneas he tenido la curiosidad de buscar alguna documentación sobre este tema, y en el Diccionario de Literatura, Arte y Ciencias, editado en 1887 por la casa Muntaner, de Barcelona, veo que en la región de Vladimir eran famosas las pinturas religiosas de Suzdal. El Estado comunista, en cambio, ignoraba su existencia. Quizás a esta excelente labor, llevada a cabo por los prisioneros italianos, se deba el que Rusia declarara nuestro presidio monumento nacional.

Externamente, Suzdal fue el mejor escenario que tuvimos. Además, la existencia de las murallas evitaba la denigrante obsesión de las alambradas, aunque no de los perros policías. En el interior del campo había un parque, con pérgolas, agua

abundante y buen arbolado. Recuerdo unos tilos que hacían nuestra delicia. Una vez los talaron porque faltaba leña y protestamos en masa por aquel acto incivil. Pero el deleite de aquel campo era sólo para los ojos. Las condiciones de vida empeoraron sensiblemente y el hambre volvió a roer nuestros estómagos. Ya el primer día, en los comedores —pues aquel campo tenía comedores—, percibimos la tragedia que se avecinaba. La sopa era tan escasa y tenía tal cantidad de moscas, que nos dividimos en dos grupos: los que preferían comerlas y los que preferían sacarlas, a pesar de que cada una se llevaba una gota de sopa entre las alas.

El teniente Molero, que estaba frente a mí, me dijo señalando una latita de alubias, colocada junto a él:

—Esto es mucho para uno.

—Pero es poco para dos —repliqué.

Llamamos al rumano que hacía de camarero y nos dijo que aquella ración era para los catorce de la mesa. A los pocos días el hambre era tan dura que, sin llegar a los extremos descritos en Cheropoviets, los oficiales husmeaban en las latas de desperdicios de la cocina y extraían cuanto podían para comerlo. Un día reprendí a un español que, en compañía de unos italianos, estaba lavando unos intestinos de cordero, llenos de moho, medio pútridos, para comerlos. Había otros que robaban los cuernos de las cabras sacrificadas y los quemaban al fuego para ablandarlos y masticarlos como chicle. Olían a demonios y sabían aún peor. De aquí creo que viene el dicho español «saben a cuerno quemado».

Por aquellos días llegó la noticia de la capitulación de Italia. Esto produjo un desánimo terrible entre los soldados de esta nacionalidad. Y los rusos la aprovecharon para redoblar sobre ellos la propaganda «antifascista». Fueron muchos los que se inscribieron en los grupos políticos de este cariz. Excusado decir que por «antifascismo» entendían los rusos sólo al comunismo. Este sentido de la terminología no daba lugar a dudas. (Años más tarde Churchill y Truman fueron tachados de «fascistas»). De quinientos italianos que había en Suzdal a la sazón, cuatrocientos cincuenta, al menos, se pasaron a la disciplina rusa. Con el tiempo este número se redujo considerablemente, no·quedando más arriba de setenta u ochenta adscritos al comunismo. El resto hizo causa común con nosotros. Del espíritu de camaradería, capacidad de humor y finísima inteligencia de los italianos, guardamos los españoles que convivimos con ellos, gratísimos recuerdos. Esto no quiere decir que todos hicieran honor a su pueblo.

Un día, un tal capitán Angellosi, cretino él y degenerado como el que más, hombre de mediana estatura y cara redonda de aspecto porcino, se permitió escribir en un periódico mural un artículo político en contra de España. Yo, desde hacía días, le tenía ganas. Había hecho la guerra civil en España y estaba casado con una española. Decía pestes de nosotros y contaba con detalles cómo ayudado por su

mujer, que las escondía bajo la faja, había sacado grandes cantidades de monedas de plata que compraba a los españoles pagando el duro a seis pesetas en billetes de papel. Otro de sus temas preferidos era explicar cómo celebraría su repatriación encerrándose en su villa de San Remo con *due virgini,* que le ayudaran a olvidar las penalidades sufridas. Yo no le conocía personalmente, pero había oído hablar de sus desvergüenzas y procacidades. Al llegar a los comedores pedí al teniente Molero me señalara quién era el tal Angellosi. Lo hizo, y me levanté de mi asiento. Crucé todo el comedor, ante la expectación de quienes me conocían, Y me acerqué a él, que se puso en pie al verme llegar:

—Capitán Angellosi —le dije—. He leído su artículo sobre España. Me parece tan repugnante como su autor. Como espero que no le falten temas para hablar de su propio país, queda advertido que de España no se volverá usted a ocupar como no sea para alabarla. ¿Está claro?

Angellosi, colorado como un centollo, me escuchó sin pestañear y cuando hube acabado se sentó. Entonces me fui ante el silencio de todos sus compañeros de mesa. Por supuesto que no lo volvió a hacer.

Incidentes de éstos tuvimos a centenares. Como los españoles no teníamos comisario propio, nuestra «reeducación política» estaba a cargo de los italianos. El comisario italiano en aquel tiempo se llamaba Roncato. También hizo la guerra de España, aunque éste alistado en las Brigadas Internacionales comunistas. A Roncato le sustituyó un tal Risoli, y a Risoli, un tal Orsola, con quien hice amistad. Este último estaba casado también con una española, hermana de uno que fue secretario de las Juventudes Comunistas en España, llamado Castro, Y que, a pesar de su comunismo, escapó a Francia, donde ha escrito un libro muy duro contra la Unión Soviética. Este Orsola, por pura gentileza, me solía enviar un boletín de noticias redactado en italiano. Por él —distinguiendo lo que era propaganda de lo que era información— nos enterábamos de lo que pasaba en el mundo. Pero un día el boletín apareció lleno de injurias contra Franco, a quien se calificaba de verdugo. Me irrité y de mi puño y letra escribí una nota marginal que le remití. En ella rebatía la injuria y de rechazo calificaba de verdugo a su amo Togliatti. La firmé y rogué al alférez X se la entregara de mi parte. Éste titubeó, y antes de obedecerme me hizo ver claro que de la insolencia sólo yo era responsable. ¿Pues no iba a ser si la había firmado sin pedir permiso a nadie?

Mucho antes de que se «pasara» abiertamente a los rusos, el alférez X comenzó a discrepar de mi postura. Peor para él, que se privó de las compensaciones que tal actitud entrañaba. La mayor de todas, el retorno por la puerta grande, a la que él mismo renunció quedándose allá. Pero en Rusia misma también las hubo. Un día, un periódico del campamento reprodujo un trabajo aparecido nada menos que en *Izvestia,* en que un prisionero alemán de alta graduación arremetía también contra

España y su gobierno. No teniendo a mano al autor del panfleto, decidí retirar el saludo a la totalidad de los alemanes allí concentrados, incluso a mi amigo el general Schmidt. Suspendí mis paseos semanales con él y si tropezaba con alguno de ellos daba media vuelta para evitar el saludo. El general Schmidt me mandó llamar. Acudí dispuesto a despacharme a gusto, pero me llevé una gran sorpresa. Ante mí, y rodeando al general Schmidt, estaban el general Fasol, el general Von Bruch, el general Heine, el general Von Postel, el general Pfeifer y dos más cuyo nombre no recuerdo, todos con sus mejores uniformes y las condecoraciones puestas con mucha solemnidad. Me cuadré ante ellos y el general Schmidt me dijo:

—Le llamo a usted para manifestarle el dolor que sentimos ante el lamentable escrito de nuestro compañero. No es el momento de hacerle ver lo mucho que admiramos a su pueblo y a su Jefe de Estado. Llegará un día en que podamos exigir al autor de este artículo que retire sus injurias. Por hoy sólo está a nuestro alcance pedirle a usted, en nombre de los alemanes, que nos disculpe.

Uno por uno me fueron estrechando la mano y reiterando en el orden personal lo que oficialmente me habían comunicado.

CAPÍTULO IX

UN ÁNGEL SIN PIERNAS

MES Y MEDIO llevaríamos en Suzdal cuando un día me dieron la grata noticia de que acababa de llegar, destinado al campamento, mi compañero el capitán don Gerardo Oroquieta Arbiol. Su conducta fue siempre intachable, tenía mucho prestigio entre la tropa y su llegada representaba un aliento para la posición de rebelde dignidad que nos dictaba nuestro honor.

Acudí a abrazarle y lo encontré cuando llegaba en mi busca. ¡Quién le hubiera reconocido! En el frente como era gordo, fuerte y no muy alto, yo le llamaba «tonelete». Había perdido, lo menos, treinta kilos de peso Y en su rostro se adivinaban patentes las penalidades sufridas. Fue cogido prisionero, como casi todos nosotros el 10 de febrero. Herido de un disparo en la clavícula, no fue hospitalizado sin pasar primero por las dramáticas marchas, interrogatorios e «invitaciones» a hablar por radio, de rigor. Por cierto que, después de responder que consideraba como una ofensa tal invitación, el alférez X, que estaba con él, añadió: «Pues yo no tengo inconveniente». Del hospital, mal curado, le trasladaron a la Lubianka, de Leningrado, donde volvió a abrírsele la herida tan malamente que hubo de ser hospitalizado de nuevo. Allí vivió en el desprecio y abandono más brutales, hasta que, de la noche a la mañana, y debido a las breves semanas en que la mirada del César se posó sobre la población prisionera, todo cambió y fue tratado si no a cuerpo de rey, al menos a cuerpo de hombre. Esto no obsta para que en el hospital le robaran todos sus enseres, su ropa y hasta las gafas que llevaba al ingresar.

Las gafas inexistentes de Oroquieta se hicieron tan famosas entre nosotros como los brazos inexistentes de la Venus de Milo. Reclutaba cuantos cristales podía, intentando inútilmente adaptarlos a sus dioptrías. Al darle de alta le vistieron con la ropa de un ruso muerto. Llegó a Suzdal perdido en un enorme y raído chaquetón soviético, más grande que él. Al verle podía aplicarse más que nunca la conocida frase «el difunto era mayor».

Con Oroquieta he convivido muchos años de cautiverio. Mientras estuvimos juntos marchamos siempre al unísono. Juntos y de común acuerdo tomamos las a veces graves decisiones que más adelante se verá; juntos purgamos en Rusia sus consecuencias, y juntos alcanzamos un día por la puerta grande la libertad.

Poco tiempo después de llegar Oroquieta, el coronel Novicof, jefe del campo de Suzdal, fue ascendido a general y destinado al frente de una división rumana llamada «Tudor Wladimiresku», que fue reclutada entre los prisioneros de guerra para ser

lanzada contra su propio país. (Esta infame especulación con el hambre de los prisioneros no surtió efecto con alemanes ni italianos: estos últimos, gracias a la gallarda actitud del general Batisti, que dijo no movilizaría a un solo soldado sin autorización del Rey).

Novicof fue sustituido por un tal Krastin, más tarde general y comandante militar de Lituania. Ya dije antes que Procunarof ignoraba nuestra tozudez. Apenas llegó Krastin formulamos nuestra protesta por la dispersión de que éramos objeto los españoles, y nos autorizó a reagrupamos en la vivienda de los alemanes. Y llegó el invierno con su crudeza habitual y la primavera benigna, y julio caluroso, sin más novedad que unos cursos de lengua española que organicé bajo el pomposo título de «Universidad Internacional de Verano». Estábamos en una de estas sesiones escolares cuando, sin saber cómo, nos encontramos metidos en una de las más sonadas aventuras de los primeros años del cautiverio. Varios prisioneros «antifascistas» comenzaron a reclutar gente para trabajar en la recolección: mejor dicho, intentaron hacerlo, mas todo el mundo se negó. En aquel campamento destinado a oficiales se había presumido siempre de gran respeto a los acuerdos internacionales, e incluso en carteles murales y panfletos se aludía a las disposiciones dimanantes de la famosa convención de Ginebra suscrita por Rusia, y ya otras veces citada. Unánimemente, todos dijeron que no trabajarían. Seguimos, pues, con nuestras clases cuando por todo el campamento corrió la voz de «¡a formar!». El coronel Krastin en persona iba a dirigir la palabra a los mil cuatrocientos hombres de que constaba la población prisionera. Aquél era un acontecimiento inaudito y nos apresuramos a cumplir lo que se nos mandaba. Formamos en columnas de a cuatro. La cabeza de la columna quedaba próxima al gran portalón de entrada abierto en las murallas y el resto se extendía cuan largo era el patio. Aquello tenía una solemnidad y un aparato hasta entonces desconocidos. De pronto apareció el coronel, rodeado de un estado mayor de intérpretes. Hizo un gesto y se abrieron las puertas de entrada, por las que penetraron armadas, lo cual hasta entonces no había ocurrido nunca, las tropas rusas encargadas de la vigilancia exterior del campamento. Unos llevaban los perros policías bien sujetos con sus cadenas y los otros venían con las metralletas bajo el brazo en posición de disparo. Nos rodearon y esperaron. Del grupo que acompañaba al coronel se destacaron entonces los intérpretes, situándose cada uno frente al pelotón o pelotones de su nacionalidad respectiva. En posición de firmes, como estábamos, con los perros policías situados a nuestra espalda y los soldados con las metralletas apuntando al cuerpo, nuestra expectación era la que supondrá el lector. No sabíamos de qué se trataba, pero fuera lo que fuera, comprendimos que aquello iba en serio. El coronel Krastin alzó la voz y, en ruso, nos pronunció una arenga. Tras cada frase se detenía, y los intérpretes traducían en cinco idiomas cuanto se decía. «La cosecha se hunde —fueron sus palabras— y no tenemos brazos bastantes para la

recolección. No hay más remedio que salir a trabajar».

—¡Izquierdaaaa!

—Sall… march!

Y el batallón se puso en marcha. En un segundo medí la responsabilidad de mis actos y tomé una decisión. Di tres pasos a la derecha, separándome de la columna y quedé quieto en actitud de firme, a medio metro del comandante Mayorof, que me miró como si estuviera demente. Yo no había tenido tiempo de consultar con Oroquieta, ni de comunicarme con el resto de los oficiales, pero mi satisfacción fue inmensa cuando comprobé que cuatro hombres más habían hecho también por su cuenta lo mismo que yo había hecho. Los cuatro eran españoles: el capitán Oroquieta, los tenientes Molero y Altura y el alférez Castillo. Mayorof dio una voz y el coronel Krastin volvió la cabeza mirándonos como quien ve visiones.

—¡Halt…!

Y la columna entera se detuvo. Era tan grande el silencio que el jadear de los perros se oía como fuelles. Tres o cuatro soldados nos rodearon con las metralletas a punto, mirando expectantes al coronel, esperando sus órdenes.

Me acerqué al comandante Mayorof.

—Necesito un intérprete —le dije.

Éste se acercó al coronel.

—Dice que necesita un intérprete.

—Déselo.

Sacaron de la columna a un alemán, Stein, que aprendió en Chile el español. Stein y yo nos acercamos a Krastin.

—Los oficiales españoles —dije—, de acuerdo con los reglamentos internacionales sobre prisioneros de guerra, aprobados y suscritos por la Unión Soviética[4], para salir a trabajar necesitan una orden especial que usted no puede dar, ya que usted no puede, con su solo criterio, modificar aquellos reglamentos…

Tragué saliva y esperé. El alemán Stein repitió en alemán y con voz muy alta cuanto yo había dicho, y otro intérprete tradujo al ruso lo que había dicho Stein.

La expectación de los prisioneros formados no es para ser descrita. Me miraban con los ojos muy abiertos y casi conteniendo la respiración.

Krastin, muy enérgico y rápido, respondió:

—*Davaite Komandatur sichás prikás*…: Que vayan a la comandancia y allí se la darán.

La Comandancia estaba situada junto al portalón de entrada al campamento, de modo que para llegar tuvimos que pasar por delante de toda la columna.

Nos metimos en la Comandancia y esperamos al coronel. Entretanto la columna de prisioneros se puso en marcha y desfiló ante nosotros, que a través de la ventana la veíamos pasar. Nos hacían gestos con la cabeza y en sus ojos había un aplauso

contenido.

El diálogo con Krastin fue muy duro;

—Esa orden especial yo se la doy.

—No puede darla más que el ministro de Asuntos Exteriores y rompiendo un acuerdo internacional.

Aquella noche, claro, dormimos en el calabozo.

Los castigos que un *lacharni lager* o jefe de campo podía imponer personalmente tenían un límite de diez días de prisión. Para ser mayores debían emanar de un *lacharni pprablenia* o jefe de una provincia de campos de concentración. Las ejecuciones sólo pueden dimanar —previo juicio, de los que viviremos más de uno en páginas sucesivas— de un tribunal militar, puesto que como prisioneros de guerra dependíamos de esta jurisdicción.

Los diez días de calabozo tenían, a su vez, distinta graduación: sencillos, con rigor o régimen de *strogo*, y con pena de frío. Lo primero no tenía más gravedad que el puro encerramiento. Lo segundo implicaba, además hambre, disminuyendo la ración alimenticia a cantidades misérrimas y alternándolas con un día de ayuno total, es decir, comiendo un día sí y otro no. Lo tercero consistía en desnudar al prisionero y abandonarlo como lo parió su madre, a treinta grados bajo cero, sin manta ni jergón. Este último castigo no era entonces posible por estar en pleno estío, de modo que fuimos condenados al hambre, «con diez días de rigor». En el campamento había un calabozo, pero no nos encerraron en él. Krastin temía que nuestra presencia en el campo causara desórdenes y motines entre los prisioneros extranjeros, muy encendidos ya en nuestro favor. Así, pues, nos trasladaron a la cárcel del pueblo.

Al salir del campo, el brigada que mandaba a los soldados que nos acompañaban —y a quien desde aquel día bautizamos con el mote de *Sudatudácaput*— nos preguntó si entendíamos el ruso. Al indicarle que no, sacó su revólver y, mímicamente, señaló a izquierda, a derecha y al cuerpo (al cuerpo nuestro, por supuesto) indicando que durante el viaje no podríamos apartarnos a un lado u otro, salvo riesgo de disparo. Acompañó su mímica —y de aquí el mote que le pusimos— con estas palabras; *sudá, tudá, caput*, que quieren decir: aquí, allí… muerto. Las bromas a que esto dio lugar indican claramente que lo último que se pierde, cuando ya todo parece perdido, es el buen humor. Acompañados, pues, de *Sudatudácaput* y sus adláteres cruzamos la aldea de Suzdal camino del calabozo.

¡Cuánta miseria, cuánta porquería, qué sensación de tristeza y abandono la de aquella ciudad! Atravesamos el mercado del pueblo —moscas, barro y mendigos—. Todo era hediondo y pestilente. Olía a basurero, pozo negro y animales muertos. Los mendigos, larguísimas barbas y melenas, nidos de parásitos, rodeaban los tenderetes pidiendo algo de comer. La gente que nos veía pasar nos miraban sin odio. Llegamos a la cárcel del pueblo, instalada en el mismo edificio que el hospital. Cruzamos un

zaguán, donde un hombre sin piernas echó a correr apoyándose en las manos y las asentaderas para vernos mejor. Vino en diagonal, atravesando todo el patio a saltos, como una rana, hasta situarse junto a la puerta por la que habíamos de entrar. Nos miró a la cara y al pecho, donde llevábamos las insignias. *Sudatudácaput*, antes de cerrar tras nosotros las puertas de las celdas, nos miró sonriente como diciendo: «Que os sea leve». Y se fue.

Oroquieta, Molero, Altura y Castillo fueron encerrados juntos. A mí me dejaron solo en la celda inmediata. No había jergón, ni colchón, ni paja. Sólo un tablero cuadrado, no más grande que una bandeja, sostenido por cuatro palos, imitando una rústica mesilla de noche. En la pared frontera a la puerta, un ventanal tapiado dejaba en su límite con el techo un espacio abierto por donde entraba la luz.

He dejado para el final de esta parca descripción el primer elemento que saltó a mi vista: el agua. Por un intersticio de la pared entraba un manantial, que inundaba todo el suelo hasta el punto de no dejar un espacio sano, por pequeño que fuera. Recorrí con la vista toda la pieza. Cuando llegara la noche, ¿dónde iba a dormir? ¿Cómo iba a dormir? Una noche en vela, sentado sobre la mesilla, que se bamboleaba a mi peso, podría pasarla, pero… ¿Y la siguiente? ¿Y la de después? Por otro lado, dejarse vencer y dormir sobre el agua podía costarme la vida; equivalía a un suicidio por abandono. No eran muy alegres las perspectivas que me esperaban. En esto estaba, cuando de pronto ocurrió un hecho insólito. Junto a mí, sin poder imaginar dónde, una voz de hombre muy bien templada, empezó a cantar marchas militares españolas. Lo hacía muy bajo, como para que nadie le oyera salvo yo, o acaso mis compañeros en la celda de al lado. Golpeé la pared que me separaba de mis compañeros.

—¿Habéis oído?

—Sí…

Guardamos silencio. La voz misteriosa entonaba la «Canción del legionario». Y, más tarde, el «Cara al Sol». La emoción con que escuchábamos aquella voz amiga, no es para descrita.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Dónde estás?

—Soy el hombre sin piernas que habéis visto a la entrada —dijo la voz—. Y estoy aquí en el patio, junto a la ventana tapiada.

—¿Eres español?

—No. Soy italiano —respondió—, pero os he reconocido por la insignia. ¿Tenéis hambre?

—¡Sí!

—¿Tenéis tabaco?

—¡No!

Oímos el roce rapidísimo de sus manos sobre las piedras, y lo imaginé corriendo,

a saltos de batracio, en busca de lo que pedíamos. Al poco rato regresó. Por el hueco abierto en la ventana tapiada me tiró pan, tabaco, fósforos y un raspador para encenderlos. Tuve que hacer acrobacias para cogerlos en el aire, sin que cayeran al suelo y se mojaran.

—Gracias, gracias, amigo. Dios te lo pague.

Hubo un silencio. La gratitud, cuando es muy honda, muy honda, no encuentra cauce para expresarse. De la celda de al lado le preguntaron:

—¿Eres mutilado de guerra?

—No —respondió—. Se me helaron las piernas el pasado invierno, en Suzdal, y me las tuvieron que amputar.

La conversación no se pudo prolongar, pues alguien se acercaba. Aquella noche velé sobre la mesilla. A la segunda intenté dormir apoyando la cabeza sobre las piernas, dobladas, pero al dar una cabezada mi difícil equilibrio se rompía y la mesilla comenzaba a oscilar amenazando dar con mis huesos en el agua. Al tercer día, físicamente deshecho, me llamaron a declarar.

El teniente Altura me lo había dicho. Por una rendija de su puerta había visto pasar un soldado con una manta. Siempre que había declaración en ciernes, ponían una manta sobre una mesa, convirtiéndola en tribunal. Es de advertir que no me llamaron el primer día, cuando físicamente aún estaba entero, sino cuando calcularon que mis fuerzas no podrían soportar ya la presión moral.

Con muy pequeñas variantes, las preguntas eran las mismas de siempre, lo cual permitía irlas mejorando con el tiempo, sin dar lugar a la improvisación. A la eterna cantinela de que por qué había ido a Rusia a luchar, respondí que, en efecto, cuando vine a Rusia no sabía por qué venía. «Ahora, en cambio, ya lo sé». Meses más tarde, en otro interrogatorio, mejoré la respuesta: «La cortesía española es proverbial —dije en aquella otra ocasión—. Por eso los españoles hemos venido a devolver la visita que nos hicieron los rusos cuando nuestra Cruzada Nacional, en 1936»[5]. Pero en este interrogatorio que estoy relatando, hubo una variante que no puedo dejar de señalar. El teniente ruso, que me hablaba directamente en italiano, me señaló claramente dos delitos (agitación y sabotaje) por los que, tarde o temprano, sería juzgado ante un tribunal del Ejército rojo. Como ya he dicho antes, esta suprema jurisdicción era la única competente para condenar a muerte a los prisioneros de guerra. Me despachó, y observé que al levantarse el tribunal no retiraban la manta de la mesa, lo cual me hizo suponer que los interrogatorios se repetirían en días sucesivos. Pero no pude entonces sospechar que la manta de marras fuera a servir para el uso normal a que en otros países se la destina. Es el caso que, por la noche, el teniente Altura logró hacer saltar uno de los maderos de la puerta de su celda. Apenas lo hubo hecho estiró su larguísimo brazo por el hueco abierto y logró correr el cerrojo. Presionó sobre la puerta y ésta se abrió. Salió al pasillo y abrió asimismo la

puerta de mi celda. Después, sigilosamente, cruzó los pasillos que le separaban del tribunalillo, cogió la manta abandonada sobre la mesa y la llevó a su celda para dormir. Por un momento pensé que podría pasarme a dormir a la celda sin agua de mis compañeros, pero las continuas pasadas de los carceleros durante la noche, y la proximidad de unos pasos que se acercaban —no estaba para bollos el horno—, me hicieron desistir de esta locura. El teniente volvió a encerrarme y a encerrarse, corrió desde dentro su propio cerrojo y taponó la abertura de la puerta colocando la pieza extraída. Cuando pasó el vigilante, simulamos dormir como lirones en letargo. A la mañana siguiente, y con el mismo sigilo, devolvió la manta a su destino, repitiendo cada noche, sin que jamás le cogieran, idéntica operación.

Un día, nuestro ángel de la guarda (y me refiero al mutilado italiano, invisible para nosotros como un ángel, y como un ángel generoso) nos dio un misterioso mensaje. En los retretes a los que éramos conducidos a una hora determinada de la tarde, había escondido un presente para nosotros, de parte de los prisioneros italianos del campamento. Parece ser que, por medio de unos alemanes encargados de la recogida de basuras del hospitalillo del pueblo, del campamento y de la cárcel, nuestro entrañable mutilado logró transmitir a sus compatriotas noticias de la tristísima situación en que nos encontrábamos. Y éstos, poniendo a prueba todo el ingenio de la raza, realizaron el milagro de flanquear la dificilísima aduana del campamento para enviarnos artículos y golosinas que mejoraran nuestra situación. En una lata, debidamente precintada con esparadrapo extraído del hospital, habían metido azúcar, pescado seco, tabaco y otras delicias. La lata fue colgada de la tapa del depósito de basuras, y los alemanes que hacían este servicio, al recoger los detritus de nuestra cárcel, entregaron la mercancía al cojo del hospital. De esta manera —mucho más por la solidaridad que entrañaba que por el refuerzo alimenticio que nos remitían — pudimos soportar con el corazón esponjado el régimen de *strogo* en la *cheka* de Suzdal.

Al cabo de los diez días, *Sudatudácaput* vino a recogernos. Mi aspecto debía ser lamentable, a juzgar por el de mis compañeros, pálidos, barbudos, ojerosos y sucios. Al salir de la cárcel no vimos al mutilado. No volví a verle nunca y nunca más he vuelto a saber de él, pero guardo su recuerdo en ese espacio de la memoria sólo accesible a las más nobles y entrañables emociones.

El recibimiento que a nuestro regreso nos hicieron en el campo fue apoteótico. Gracias a nuestra bravuconada y temiendo que trascendieran los motivos de ella, el *lacharni lager* decretó al día siguiente que el trabajo para los oficiales sería exclusivamente voluntario. Estábamos reunidos junto a nuestros camastros cuando un teniente rumano se cuadró ante nosotros.

—Vengo —nos dijo— con el ruego de que acepten este modesto presente como símbolo de homenaje y gratitud de todos los prisioneros rumanos.

Y nos entregó un paquete en el que venía lo que durante nuestra ausencia habían recolectado los prisioneros de esta nacionalidad para nosotros: azúcar, té, jabón, tabaco…

Después se presentaron los alemanes con idéntica misión, y los húngaros, y al fin los italianos. Éstos habían confeccionado una inmensa tarta, un pastel gigante, con una alegoría dibujada con algo que, en su aspecto externo, parecía chocolate: una reja sombría, cruzada por un rayo de sol. Entre las rejas, las cinco flechas de nuestro emblema[6]. La trajeron entre cuatro, tan grande era. Para hacerla tuvieron que privarse, durante nuestro encierro, de su escasísima ración de azúcar y pan.

Capítulo X

LA MUCHACHA Y EL CAMIÓN

Dos años y medio llevábamos cautivos cuando al fin se produjo lo que todos esperábamos: la capitulación. Unos, como primer paso inexcusable para el retorno; otros, como quien desea no se prolongue más una lentísima agonía. Mas para nadie fue una sorpresa. Un día nos mandaron formar y nos leyeron un *pricás*, una orden cruelmente humillante para el más poderoso de los ejércitos vencidos:

«Disuelto el Ejército alemán —se nos dijo— y degradados sus mandos, a partir del día de la fecha se formarán batallones de trabajadores con todos cuantos fueron jefes, oficiales o soldados del Ejército extinguido».

En efecto, la Convención de Ginebra prohibiendo trabajar a la fuerza se refería a jefes y oficiales del Ejército prisioneros; al ser degradados, la prohibición seguía en pie, mas no para ellos, pues teóricamente ya no tenían tal categoría. Levantaron entonces la incomunicación mantenida hasta ese momento con veinte o treinta generales alemanes, a quienes dejaron de nombrar como general tal o tal, llamándoles desde entonces señor Fulano o señor Zutano.

Hasta entonces los españoles hablamos mantenido, a pesar de su incomunicación, ininterrumpido contacto clandestino con los generales de esta nacionalidad. Tenían su vivienda en el piso inmediato inferior al nuestro, y por la ventana descolgábamos a diario una caja de cerillas pendiente de un hilo, donde depositaban las consignas, que nosotros transmitíamos. Por este medio el general Offner me encargó trasladase a un coronel de su División que ocupaba un puesto destacado en los grupos antifascistas el siguiente mensaje: «En la batalla X le di la mano en nombre de Alemania y le llamé amigo. Espero no tener que avergonzarme nunca de haberlo hecho». El capitán Oroquieta hizo presente por el mismo procedimiento al general el peligro que representaba una nota así en manos de su «bravo» coronel, pues éste era un bellaco y no era de fiar. Offner insistió y, en efecto, a los pocos días, delatado por su antiguo camarada y subordinado, fue trasladado a la prisión Butirka, de Moscú.

Ya no teníamos ni siquiera el aliciente de prestar estos servicios. Nuestros superiores jerárquicos fueron degradados, obligados a quitar de su uniforme los símbolos de su jerarquía, y alistados de peones en batallones de trabajo. Nosotros estábamos en este tiempo adscritos a los alemanes en la misma vivienda. Era irritante ver cómo muchos de ellos, al menos los que rodeaban nuestros camastros, se apresuraban a quitar de sus uniformes los grados y las insignias. Aquel gesto de arrancarse los galones tenía además una especial significación: los traidores, los

pusilánimes y los inscritos en los grupos «antifascistas» de prisioneros lo habían hecho ya meses atrás, y una de las luchas más duras de todo nuestro cautiverio fue siempre resistir sus presiones y sus denuncias por no querer imitarles. Así, pues, los españoles decidimos no hacerlo en aquel momento tampoco. Mas no por negarnos a aceptar el hecho evidente de la derrota militar, sino por negarnos a reconocer la derrota política que no se habla producido hasta entonces en el interior de los tres campos en los que, un triunfo tras otro, hablamos malvivido sin gloria, mas con honor. El señor Ris, jefe político de nuestra barraca, advirtió a los rusos nuestra negativa. Por la tarde, en la formación cotidiana, el ruso levantó la voz y dijo, mirándonos a la cara: «Espero no ver mañana a nadie con las divisas en las hombreras». Todos los españoles —todos, incluso el alférez X— las llevaban. Es de advertir que este oficial, que se las había arrancado mucho tiempo atrás (al ver el entusiasmo y la admiración de que fuimos objeto al regreso de la cárcel de Suzdal, como consecuencia de nuestra negativa a trabajar el día de los perros y las metralletas), nos dio la gratísima sorpresa de recibirnos con las insignias puestas. Yo, sin poder contener mi emoción, abracé a X, y le dije:

—No puedo ocultarte mi satisfacción por estos regalos, esta tarta y este entusiasmo del campo por nosotros. Pues te juro que nada me alegra tanto como verte con estas insignias que en un momento de debilidad te arrancaste…

Excusado es decir que después de la amenaza del ruso todo el campamento estaba pendiente de si claudicaríamos o no. Algunos, incluso, cruzaron apuestas. Cuando al día siguiente nos mandaron formar para pasar lista, éramos el centro de impacto de todas las miradas. Por supuesto que las llevábamos. ¡No faltaba más!

El coronel Kaiser, segundo jefe de los Servicios de Sanidad del VII Ejército, me mandó llamar.

—Alemania ha capitulado; el Ejército alemán no existe. Se lo digo con todo el dolor del corazón, pero siendo así, todos los jefes y oficiales de este campo hemos decidido quitarnos las insignias. No nos expongan al bochorno de que los únicos que las conserven sean ustedes que, al fin y al cabo, no son alemanes…

Era difícil mantener el diálogo con aquel hombre. No era por el huevo, sino por el fuero. En definitiva, ¿qué me importaban a mí las águilas y los galones de un uniforme que no era español? España no había intervenido en la guerra mundial; en los frentes de África y Europa su neutralidad había sido absoluta; en·el Asia se inclinó diplomáticamente del lado de los americanos. Sólo en el frente del Este europeo permitió que una División de Voluntarios luchara contra el peligro comunista. Para ello, los hombres de esta División tuvieron que adscribirse a una determinada organización militar, ya que el Ejército español, como tal ejército, no había intervenido. Una vez adscritos, con los juramentos de rigor, a esta organización, nosotros no podíamos quitarnos voluntariamente los emblemas del uniforme.

Lo consulté con mis compañeros y todos, salvo X, que en esta ocasión se las arrancó sin más preámbulos, mantuvieron el mismo criterio que yo. Se lo hice saber a Kaiser. Más tarde tuve la satisfacción de comprobar que los generales Offner, Von Brusch, Scmidt, Fasol, Heine y Pfeifer habían hecho lo que nosotros. La actividad política dentro del campamento adquirió entonces un ritmo de vértigo. Las humillaciones, las presiones, el trato, los mítines y, más que nada, la docilidad de los alemanes compañeros míos de vivienda, me irritaron hasta el extremo de recurrir a una estratagema que les hiciera reaccionar.

El periódico *Pravda* había publicado una fotografía brutal. Ante el monumento de Lenin y bajo la presidencia de Stalin, el Ejército rojo lanzaba al fango, durante el desfile de la Victoria, los estandartes de los mejores regimientos alemanes derrotados en la batalla de Berlín.

Cogí la fotografía, la recorté y la clavé en la pared, sobre mi cama. A los pocos minutos una comisión de alemanes vino a pedirme que retirara aquella fotografía humillante.

—No sé por qué os humilla, cuando vosotros, con vuestra actitud, hacéis lo mismo que el Ejército rojo. Lanzáis al fango vuestros símbolos y vuestras insignias…

Meses después, un soldado español estaba junto a un alemán cuando pasó ante ellos un general de esta nacionalidad. No de los puros, que fueron dignísimos, sino de los voluntariamente degradados. El soldado alemán siguió charlando con su compañero. Poco después pasé yo, y el germano se puso en pie cuadrándose y saludándome militarmente. El español, extrañado, le preguntó por qué me saludaba a mí y no a su general. A lo que éste respondió:

—Porque tu capitán ha sabido ser capitán y mi general no ha sabido ser general.

En efecto, ya desde Suzdal, los alemanes se cuadraban siempre ante Oroquieta, Molero, Altura, Castillo y yo, no haciéndolo ante aquellos de sus jefes que con su conducta se habían a sí propios degradado.

Para huir de aquel ambiente, y ahora que nadie nos lo imponía, decidimos presentarnos voluntarios para trabajar en el campo. El jefe ruso no podía dar crédito a nuestra petición. ¿No éramos los mismos que, ante el propio coronel Krastin, nos habíamos negado a trabajar, dando por ello con nuestros huesos en la cárcel?

—Entonces era una imposición —respondimos—. Y ahora es por nuestra voluntad. La diferencia es abismal.

El ruso no se fiaba de nosotros. Pretendió exigirnos palabra de honor de que no intentaríamos escapar.

—Nuestras ordenanzas —dije— prohíben expresamente empeñar la palabra, estando prisioneros, de no escapar. Antes bien, dicen claramente que en la primera ocasión posible el prisionero debe fugarse…

Debió de pensar que bromeaba, y accedió.

Fuimos con los italianos y juro que fueron unas deliciosas vacaciones al aire libre. Segamos hierba, desentumecimos los músculos, tomamos contacto con la población campesina rusa y nos preocupamos muy seriamente de tomar datos y estudiar la organización soviética de la agricultura y su régimen laboral.

¡Cuánta miseria, Señor! ¡Cuánta farsa y cuánta burocracia no serían precisas para conseguir que el país más rico de la tierra, o al menos uno de los más ricos, mantenga a quienes lo habitan en el más bajo nivel de vida conocido en el mundo por la raza blanca! Rusia ocupa el tercer lugar del mundo en la producción de aluminio, petróleo, ganado vacuno, ganado porcino y… fuerzas navales. Ocupa el segundo lugar en la producción de carbón, oro, hierro, algodón, carne, leche, avena, ganado lanar, producción eléctrica, kilómetros de ferrocarril, acero y… fuerzas aéreas. Rusia, en fin, es el primer país de la tierra en la producción de cromo, manganeso, cebada, trigo, madera, patatas, azúcar de remolacha, ganado caballar y… fuerzas armadas de tierra.

Vive el campesino en unas *isbas* miserables, sin agua corriente, sin servicios higiénicos, sin la menor concesión no ya al lujo, sino a la mínima condición que exige un hombre en Europa para considerarse hombre. Las *isbas* están incluidas en un *koljos*. Toda la aldea y sus campos limítrofes pertenecen en realidad a un *koljos* o finca universal, en el que están incluidas las tierras de cada labrador. Cada *koljos* tiene un jefe, que es el dictador de la aldea y al que están subordinados todos sus habitantes. Cada *koljosiano* o habitante del *koljos*, cada labrador, en suma, trabaja para él. Al llegar la época de la recolección, el 40 por 100 de los productos pasan a poder del Estado; el 12 por 100 es requisado por la Compañía de Máquinas y Tractores como cobro de sus servicios. El 5 por 100 pasa a la Agrupación de Médicos y Veterinarios y el 43 por 100 restante ha de ser íntegramente vendido al jefe del *koljos*, quien le abona, a precio de tasa, el total de sus productos, revendiéndole después al propio labrador, y a precios sensiblemente recargados, los que precise para su manutención, la de sus hijos y la de su ganado. A la entrada de la gran Oficina Centralizadora hay un gran cartel que dice: «La tierra es de aquél que la cultiva». Ironía cruel.

En ningún país de raza blanca, por muy atrasada que esté su legislación social, incluso en los países donde no exista tal legislación, vive el campesino sometido a un régimen de explotación tan descarado como éste. El *koljosiano* es, sin embargo, el más sano de todos los estamentos sociales soviéticos. Esta salud moral, compatible con un extraordinario embrutecimiento, se debe a ser el menos trabajado por la propaganda; quizá por aquello de que la revolución la hace la ciudad y no el campo. Su población, de otro lado, es la más castigada por los *blatnois* o piratas de tierra adentro que escogieron en el bandidaje su libertad. En patrullas armadas y en cantidades numerosísimas, a lo largo de la inmensa geografía soviética, roban

ganados, asaltan aldeas, violan mujeres y asesinan para robar. Víctimas del bandidaje privado y de la explotación del Estado, su vida es triste, embrutecida y miserable. El jefe del *koljos* puede impunemente exportar al campesino si le sobran brazos, como si fuera una mercancía, enviándole a otras tierras lejanas donde éstos falten, sin que éste pueda llevar consigo, en sus traslados forzosos, a su mujer y a sus hijos. De la brutalidad de estos destinos obligatorios pronto tuvimos conocimiento personal y directo.

Allí conocimos a treinta muchachas muy jóvenes, con las que tontearon algunos italianos, siempre galanes y enamoradizos. Uno de ellos, Vittorio Paulossi, conde de algo, cuyo título no recuerdo, había conservado unas fotografías de Italia. Representaba una de ellas a una joven muy elegante, conduciendo un automóvil. ¡Había que ver las exclamaciones y las incredulidades de las muchachas rusas! Se negaban a aceptar, en primer término, que aquella moda no fuera un disfraz, pero sobre todo se negaban a creer que el coche fuera particular y que en él, libremente, se pudiera viajar y trasladarse no sólo de calle en calle, sino de ciudad en ciudad y aun de país en país. Sus preguntas fueron un índice de inestimable valor para comprender su nivel de vida y su mentalidad.

—Pero vamos a ver —decían—. Si le paran para exigirle un *propus* (salvoconducto), ¿ella qué dice?

—Primero, no hay salvoconducto. Segundo, si le preguntan, dice la verdad: «Voy a tal sitio o a tal otro…».

—¿Y no piensan que se pueden escapar?

—¿Escapar de dónde?

—De su casa, de su ciudad.

—Pero… ¿por qué se va a escapar? —preguntaba a su vez el italiano—. Ella es libre de ir donde le plazca y no tiene que dar cuenta a nadie, salvo a su familia, de adónde va…

—No puede ser. Es mentira…

Otra rusa preguntaba:

—¿Y si se quiere escapar de su fábrica…?

El italiano, paciente, le explicaba.

—Mira, allá es distinto, ¿sabes? Si un hombre o una mujer quieren buscar otro trabajo diferente del que tienen, lo dicen a su patrón, cobran lo que se les deba y se van… Pero nadie les persigue por eso… Está permitido hacerlo.

Las chicas se miraban y reían alborozadas.

—No puede ser… no puede ser… Propaganda, propaganda…

—Escucha, pequeña, escucha. En Italia…

Y Paulossi, o Sansone, o el admirable Fusco, o cualquier otro, tomaba la palabra y empezaba a hablar de aquel mundo increíble y lejano, donde brilla el sol en invierno,

y los hombres son libres. Algunos, al hablar o al escuchar a sus compañeros, se dejaban llevar de la nostalgia y, con los ojos llenos de lágrimas, añoraban aquello con tal acento de verdad y sinceridad, que las jóvenes rusas dejaban de reír y escuchaban absortas esos relatos, bellos como cuentos de hadas y, como cuentos de hadas, imposibles.

Las explicaciones de los italianos acerca de la vida normal en su país (y como en el suyo en cualquier otro civilizado) eran tan inaccesibles a las mentalidades de aquellas pobres chicas como para la nuestra lo fue la historia de ellas mismas.

Eran todas oriundas de Odesa, la suave y templada ciudad a orillas del Mar Negro —su Mediterráneo particular—. Todas ellas eran chóferes y estaban en posesión del título oficial de conductor. Todas ellas habían abandonado su ciudad y sus familias en cumplimiento de un contrato para ejercer su profesión en Vladimir, donde faltaban conductores para camiones. Y todas ellas, en fin, se encontraron, al llegar a su punto de destino, que lo que necesitaban en esta ciudad no eran chóferes, sino braceros para el campo. Y al campo fueron enviadas, contra su voluntad, en un sordo secuestro colectivo. Allí, adscritas a un *koljos*, estaban desde el día de su secuestro, y allí seguirían para siempre jamás, sin esperanza de torcer su destino. No me supieron explicar si el contrato de trabajo, por el cual abandonaron voluntariamente Odesa, era ya malicioso y tenía por fin recolectar braceros agrícolas con el señuelo de un contrato mejor, o si, por el contrario, su tragedia nacía de haber sido ya cubiertos los puestos de chóferes cuando ellas llegaron. En lo que coincidían todas era en que, una vez adscritas a esta nueva labor, «nada» ni «nadie» podría arrancarlas «nunca» de allá. Y estas palabras, tremendas y totalitarias, «nada», «nadie», «nunca», tienen en Rusia una auténtica y estremecedora dimensión. Por eso preguntaban con tanto afán por aquella muchacha italiana poseedora de un coche —¡un coche particular!— con el que podía desplazarse libremente —¡libremente, Señor!— de ciudad en ciudad, de país en país.

Al caer la noche, cuando nos retirábamos a descansar, yo me preguntaba si hacíamos bien en hablar con estas chicas de tales cosas y de esta manera. El ciego no es tan ciego si ignora la existencia de la luz. El esclavo no es tan esclavo si ignora la existencia de la libertad. El recuerdo de aquellas muchachas casi mediterráneas ha dejado en mí un poco de amargura que será difícil borrar.

Un día, una me dijo:

—Antes yo creía que no había más hombres que los rusos. Después conocí a los extranjeros. Parecéis de otro mundo…

Y yo le hablaba de ese otro mundo donde el hombre mira a la mujer no ya como un instrumento de placer que se desprecia una vez usado, sino con un sentido reverencial, por ser la mejor obra salida de manos del Creador.

La chica me interrumpió para decirme que ya lo había entendido. Y me puso un

ejemplo para demostrarlo. Un día —me dijo— la llevaron a visitar una fábrica de camiones. A todos los visitantes les anunciaron que el camión que iban a ver era el mejor del mundo, pues nunca se había fabricado un instrumento más fuerte ni más perfecto. Hasta los mecánicos que lo manejaron al exhibirlo lo hicieron con más cuidado, porque tenían conciencia de la calidad extraordinaria de lo que llevaban entre manos. Y todos observaron sus evoluciones con admiración y respeto.

—¿Es algo así —me preguntó— como en ese mundo de que me hablas se mira a la mujer?…

—Sí, es algo así, pero no exactamente. La mujer es más importante que un camión y…

—¿Más importante que un camión? —exclamó escandalizada—. ¿Más aún que el mejor camión del mundo?

—Sí, muchacha. Porque Dios, que la ha hecho, es también mejor que vuestro ministro de Industria…

Al regresar al campamento, ya de regreso del *koljos*, estaba muy próxima la Pascua y los italianos intentaron y consiguieron algo insólito; un permiso de los rusos para poder celebrar, con un banquete, el domingo de Resurrección. El banquete consistiría en aumentar ese día las raciones de la comida, y en incluir en el rancho algo que llevábamos años y años sin ver ni de lejos: huevos. Cuando empezó a correr entre nosotros el rumor de que se iban a incluir huevos en la minuta, la alegría y la ilusión de que llegara ese día no son para descritas. Es muy difícil comprender hasta qué punto calaban hondo en nuestro ánimo de entonces estas pequeñas cosas. Como aquel otro día en que de pronto, en medio del campamento, oímos llorar un niño: un niño pequeño de pocos meses. Es el caso que entre los prisioneros había un médico de algún renombre, y a uno de los *lacharni* de la localidad le fue permitido llevar al campamento a su hijo, aquejado de una difícil enfermedad, para que lo auscultara nuestro compañero. Pues bien, cuando de pronto empezó a oírsele llorar, todo el frente de la clínica se llenó de soldados y oficiales de todas las nacionalidades que, al grito de «¡Un niño, un niño!», se congregaron allí emocionados para oír con su llanto el más entrañable y dulce de los conciertos.

—No es un niño —decía un escéptico—, sino un gato.

—Que no, que no —replicaba otro—, que yo lo he visto.

Y todos rodeaban a éste (*È biondo…, è bruno*?), preguntándole cómo era, que hacía, qué tenía y por qué lloraba.

Para entender la dureza del hambre basta con citar los casos ya expuestos de canibalismo; pero para entender este otro tipo de emociones tan hondas y al mismo tiempo tan frágiles, hay que haberlas vivido.

Con la inclusión de los huevos en la comida ocurría otro tanto. Se aproximaba ya el día de este banquete, cuando los rusos nos anunciaron que no uno, sino dos huevos,

serían distribuidos por persona, pero que la fiesta, en lugar de celebrarse el día de Pascua, se aplazaría unos pocos días para hacerla coincidir con el aniversario de la victoria del Ejército Rojo.

Cuando lo supe me quedé de piedra.

La mayoría de los campamentarios se tranquilizaron diciéndose que lo que ellos, en su fuero interno, celebrarían sería la Pascua, pero que la pura coincidencia de fechas no iba a hacerles abandonar el ansiado festín.

Nosotros no quisimos humillarles, exponiéndoles nuestro punto de vista, pero ni Oroquieta, ni Altura, ni Molero, ni Castillo, ni yo («los cinco de la Fama», como burlonamente nos llamaron en cierta ocasión), quisimos asistir, pues nuestro concepto del honor militar nos impedía celebrar con un banquete el triunfo del Ejército de Stalin. Y no fue manco el sacrificio. Los italianos, al notar en los comedores nuestra ausencia, también hicieron el suyo. Individualmente, sin comunicarse unos a otros su decisión, se guardaron uno de los dos huevos cocidos que les correspondían y, al terminar la comida, vinieron a ofrecérnoslos. Fueron tantos los que hicieron esto, y tantos los huevos que nos trajeron, que tuvimos que renunciar a los sobrantes, no sin expresarles nuestra gratitud. Un comandante de *bersaglieri* llamado Giuseppe Lecchi casi se enfadó de que les diéramos las gracias:

—¡Si vierais —nos dijo— el orgullo que sentimos de que seáis latinos!

Ya por aquel tiempo había comenzado la repatriación de los italianos. ¡Con qué emoción los veíamos marchar! Ciento nueve mil fueron cogidos prisioneros; 90 000 quedaron para siempre en Rusia. Murieron de epidemias, de hambre, en los primeros meses, o en aquellos tremendos transportes de la muerte.

Antes de salir nos encerrábamos con ellos para que guardaran en la memoria los nombres y direcciones de nuestras familias y les escribieran al llegar a sus hogares, dándoles noticias nuestras. Como no podían llevar papeles escritos hacían difíciles ejercicios nemotécnicos, se paseaban a solas aprendiéndose la lección y después venían alborozados a recitamos, para mayor tranquilidad nuestra, cuanto se habían aprendido. ¡Que Dios les pague lo que hicieron por nosotros!

Meses después, los míos, allá en Potes, mi pueblo natal, en las estribaciones de los Picos de Europa, cabe el Cantábrico, recibían las primeras noticias de que en plena entraña de Rusia, en un cuerpo con varios kilos menos y unos cuantos años más, alentaba y aún latía entero un corazón de su misma sangre…

«Muy gentiles señores —escribía el 25 de mayo de 1946 Isióforo Capano, desde un pueblecito de Nápoles—: Su hijo está muy bien… con siete oficiales españoles… Ellos eran todos muy admirables, porque jamás se han demostrado pávidos frente a frente de los rusos… Ustedes pueden ser orgullosos de tener tal hijo, y de ser ciudadanos de una tan orgullosa nación como la de España. Mientras rumanos, húngaros, franceses, alemanes y, no me gusta decirlo pero así ha estado…, no se han

demostrado hombres por hambre o por miedo, los españoles se han llevado siempre como hombres muy a puesto (¿se dice así?)… Yo he conocido muy bien Teodoro, él es el capo moral de todos los siete… Sean orgullosos de él…».

Otro —Mariano Bosello, Vía San Antonio, 5, Piacenza—, en la misma fecha, escribió: «Soy un teniente italiano, llegado apenas ahora de Rusia, donde he vivido tres años y medio como prisionero de guerra. En el campo número 160, de Suzdal, vive el capitán Palacios. Es bien de salud, estudia mucho, ha aprendido perfectamente el italiano y el francés. Es un verdadero señor. Ha hecho honor a su patria. Ruego a Dios que pronto tenga que volver. Tiene derecho a volver. Volverá».

El mismo Bosello volvió, meses después, a escribir: «Es lástima que yo no pueda expresarme bien en su querido idioma. Yo aprendí un poquito el español solamente en escuchando al capitán Palacios y a sus compañeros (¡ah, manes de mi Universidad Internacional de Verano!)… Y ahora, señor, le digo una cosa, pero no me comprenda mal. Es necesario que ustedes y todos los familiares de los otros prisioneros hagan todos los esfuerzos a la Embajada inglesa y americana y se adresen a la Cruz Roja… intenten todo lo que es posible sin cansarse… sus queridos tienen posibilidad de vivir… pero el comida y el trato no son buenos… cuanto más pronto regresen, mejor es…».

Otro, en fin, llamado Phillippo Turola, vía Galilei, 27, Padova, no sólo escribió una vez, sino diez o doce, estableciendo una amistad epistolar muy grata para los míos y que aún se mantiene viva.

Por medio de uno de ellos que se comprometió a pasar un papel escrito, el teniente Fusca, escribí yo mismo a mi padre, con la emoción consiguiente, la primera carta de mi cautiverio. La carta llegó, pero mi padre no pudo leerla, pues había muerto, sin saberlo yo, meses atrás…

Por medio de Luigi Longo, coronel de *bersaglieri*, envié una nota verbal a la Embajada de España en Roma, con el ruego de que la transmitiera al Gobierno español. La nota fue correctamente cursada. En ella pedía que «por nuestro rescate no se hiciera a los rusos ninguna concesión». Siete años después —¡siete años después! —, estando desahuciado y en el lecho, que estuvo a punto de ser de muerte, envié por un austríaco una nota semejante, que también llegó a su destino.

Y se fueron los italianos, llevándose con ellos un trozo de nuestra vida misma, hecha amistad en los duros tiempos donde mejor se forma la camaradería. «Los amigos —dije yo entonces— se forjan en los años fáciles y se prueban en los difíciles». Con los italianos puedo decir que la forja y la prueba se hicieron en un tiempo mismo. En Suzdal quedaron el general Ricagno, el teniente Leone, el teniente Fiori y otros soldados más. Estos últimos estaban tan enfermos y tan resignados con su muerte, que apostaron a ver quién moría antes. El ganador habrá cobrado ya su apuesta en la eternidad. Murieron con muy pocos minutos de diferencia. Julio Leone

estaba también muy grave, pero había alguna esperanza de recuperación. Sus compañeros colectaron entre todos quinientos rublos y me los dieron al partir para que veláramos por él y no le faltara nunca la sobrealimentación necesaria. El alférez Castillo trepó una noche a lo más alto de una vieja torre abandonada, donde anidaban unas palomas salvajes, y provisto de una funda de almohada cazó a varias de ellas mientras dormían. Preparamos unas pechugas para Leone, y su médico de cabecera, que también era italiano, se las comió. Como enfermo, Leone tenía derecho a pan blanco, pero este mismo médico, Beraudi, y a quien denuncio solemnemente desde estas páginas, se quedaba con la ración del enfermo para sí. Intervinimos los españoles y conseguimos que aquella ración nos fuera entregada a nosotros. La cambiamos entonces por leche y se la dábamos a cucharadas. Nuestros esfuerzos por salvarle fueron inútiles. Nos turnábamos para que ni un solo minuto estuviera solo, pues habíamos empeñado nuestro honor, y nos entristecía la idea de que muriera teniendo tan cerca la repatriación. Fue entonces cuando me dijo aquellas conmovedoras palabras que ya he citado: *Signore capitano, io vi prego di scusarmi. Non posso farvi dei cumplimenti*…

Cuando murió, no nos permitieron enterrarle. Entonces conseguimos que el sacerdote húngaro Janos Galambus se presentara voluntario para cavar su fosa y bendijera la tierra, dándole así cristiana sepultura. Este mismo sacerdote fue (llamado por mí) quien le dio la extremaunción y rezó junto a él, mientras agonizaba, la recomendación del alma. Julio Leone murió a la vista ya del retorno, como un barco que se hunde cuando está entrando en el puerto.

Capítulo XI

¿LIEBRE O CAMELLO?

El 1.º de julio de 1946 nos avisaron que cogiéramos nuestras cosas y nos preparáramos para un nuevo traslado. Seis días después llegamos a Oranque. Allí nos encontramos con el teniente Rosaleny. El campamento estaba también instalado en un monasterio antiguo. ¡Peregrina dedicación ésta de los monasterios en la U. R. S. S.! Pertenece Oranque a la región de Gorki, centro industrial de primer orden. Allí se fabrican los camiones «Molotov», de dos toneladas, y un cochecito ligero de campaña, parecido al jeep, con doble diferencial. Mal recuerdo el que conservo de Oranque. Allí volvió a plantearse el eterno dilema del trabajo mal llamado voluntario, y volví a negarme, por supuesto, a aceptar esta humillación. Aunque, desgraciadamente, sin la unanimidad de criterio mantenida en Suzdal dos años atrás. Al comienzo de estas páginas clasifiqué a los prisioneros en tres categorías: los puros, los débiles y los traidores. Me dejé en el tintero una casilla adaptable para un solo hombre: la de los pedantes. ¿Cómo va a calificarse, si no, a un individuo que mantenía el criterio de que negarse a trabajar en la U. R. S. S. equivalía a «presumir de reaccionario»? En efecto, cuando el teniente Rosaleny y el alférez Castillo, solidarizándose con mi criterio, se negaron a trabajar, aquel solemnísimo majadero dijo: «Vaya, hombre: Otros dos que presumen de reaccionarios».

—Mira —le dije—. Presumir de reaccionario en una terraza de la calle de Alcalá, ante un doble de cerveza y en compañía de otros pedantes como tú, supongo que debe ser muy fácil. Pero aquí, en Rusia, a dos pasos de Siberia, con la amenaza de ir a unas minas de carbón a 2000 metros de profundidad, no lo es tanto.

Este mismo caballerete, cuando empezó la repatriación de los alemanes, sostuvo la curiosa teoría de que nosotros éramos súbditos de esta nacionalidad y debíamos, por tanto, ser repatriados con ellos. Bien sabe Dios que al solo eco de la palabra «repatriación» se me hacía un nudo en la garganta, pues ser hombre no significa ser piedra. Pero conseguirla a costa de renunciar a la nacionalidad, eso nunca. Así, pues, le respondí: «Españoles voluntarios dijimos que éramos en nuestras primeras declaraciones, españoles voluntarios dijimos después en otras tantas, y españoles voluntarios moriremos aquí, si está dispuesto que así sea».

Mi amigo el pedante fue siempre majadero, hasta la médula.

Por aquellos días, el alférez X, ya descaradamente, se destapó. Un día, el general Schmidt me mandó llamar:

—Tenga usted cuidado —me dijo—. He visto a un oficial español hablando

confidencialmente con un policía de la M. W. D. No me ha gustado.

—¿Quién era? —preguntó.

—Ése que en Suzdal era amigo de los italianos que no eran amigos de ustedes.

La descripción era perfecta: X.

Aunque convivíamos en la misma barraca, ya por aquel tiempo, debido a manifestaciones suyas que nos repelieron, ninguno de nosotros se trataba con él. Cuando entraba le volvíamos la espalda. Si nos hablaba, respondíamos con el silencio. A pesar de dormir a cinco pasos de mí, para dirigirme a él escribí una carta. Le rogué que volviese a nosotros, que no diese un paso más por el camino emprendido, que todos estábamos dispuestos a olvidar sus manifestaciones y veleidades. Me contestó también por carta diciendo que no sólo daría un paso, sino ciento, que él toda su vida había sido un hombre de izquierdas, que se consideraba amigo de Rusia y que si durante tanto tiempo nos habla engañado, se debía a su afición al teatro y a no ser mal actor. Como he dicho, este diálogo era puramente epistolar, pues la palabra (menos aún después de tal declaración) no se la dirigía. Le contesté textualmente: «Cuando se finge tan bien como lo ha hecho usted, no se pasa a la historia como actor, sino como traidor. Y sepa bien que la historia de los pueblos la hacen los condes de Benavente y no los duques de Borbón. — Capitán Palacios».

Días después un amigo suyo me dijo:

—El alférez X quiere hablar con usted.

Accedí.

Se sinceró conmigo. Él no se consideraba un traidor, puesto que era fiel a sus ideas políticas. Pero me prometió que mientras siguiera prisionero no haría nada que desdijera de la conducta del resto de sus compañeros. Le perdoné, pero no le creí. Era débil, cobarde, y estaba convencido —y ésta era la causa fundamental de su deserción — de que a la vuelta de muy pocos meses, los vencidos de la guerra de España volverían como vencedores.

«En estas cosas que digo, y otras que paso en silencio» transcurrieron los tres primeros meses de Oranque, hasta que un día, mejor dicho, una noche… vimos entrar en el campo, extenuados y con síntomas de haber sufrido mucho, a un grupo de presos, con la novedad de que entre ellos venían muchas mujeres, con niños pequeños. Con la curiosidad que es de suponer, les rodeamos. ¡Cuál no sería nuestra emoción al oírles hablar en español! Castillo, abriendo los brazos, dio un tremendo ¡Viva España!, saludándoles, y el silencio fue su respuesta. Nos miraron con curiosidad, bajaron los ojos y siguieron su camino. El alférez X (y lo digo no sin mucha emoción) levantó entonces la voz y dijo la letra de aquella jota…

Quien al oír Viva España
con un viva no responde,
si es hombre no es español

y si es español… no es hombre.

Los rusos nos apartaron, y encerraron a los recién llegados en una barraca situada en el centro del campo, y rodeada de alambradas, no sin advertirnos primero que estaba rigurosamente prohibido hablar con ninguno de ellos.

¿Quiénes serían? ¿De dónde vendrían? ¿Por qué se les aislaba? Para mí bastaba ver cómo eran tratados por los rusos para considerarles como mis amigos. La historia de sus vidas y sus desventuras excede a la más grande de las paradojas. Veámosla.

Los recién llegados eran rojos españoles, comunistas exilados voluntariamente de España cuando el triunfo de nuestras armas en la Cruzada Nacional. De España pasaron a Francia, donde establecieron sus vidas, hasta que los alemanes, al ocupar este país, se los llevaron a Alemania para que trabajaran en las industrias de guerra, y estando en Berlín, les sorprendió la entrada del Ejército rojo, esperado por ellos como el Ejército libertador. Hicieron entonces una machada muy española. No queriendo estar inactivos se apoderaron de la Embajada (abandonada a la sazón) y allí, en su balconada principal, enarbolaron la bandera roja y la tricolor, para recibir con todos los honores al Ejército ocupante. Llegaron los rusos, y sin atender las protestas de comunismo de estas pobres gentes, las detuvieron convencidos de que acababan de apresar al embajador de España, a su mujer y a todo el cuerpo diplomático español con sus familias respectivas. Empezaron los interrogatorios, reanudaron éstos sus protestas de ferviente comunismo, intentaron deshacer el equívoco de que eran objeto, sin conseguirlo. Embajadores les creyeron en los pruneros minutos y embajadores seguirían, si Dios no lo remediaba, hasta el fin de sus días. Pero Dios, en sus altos designios, no lo remedió. Así, pues, los metieron en un vagón y sacaron de Berlín. «Qué graciosos son estos rusos —decían—; lo que pasa es que no entendíamos su sentido del humor». Convencidos de que iban a París, pues a París habían pedido se les enviara, empezaron a escamarse al segundo día de viaje. Muy largo era aquel camino; seguramente habían ido por vías transversales por estar copada la principal con el retorno de los soldados a sus hogares: Al cuarto día, el tren se detuvo en la estación terminal.

—¡Ah, París, París, capital del mundo…!

Pero adonde habían llegado era a la capital de otro mundo bien distinto: Moscú. Allí, sin más preámbulos, los cogieron… ¡y al saco! Quiero decir que los mandaron al campo número 27, ya conocido por los lectores, de Moscú.

En este campamento ingresaron como diplomáticos enemigos y como diplomáticos enemigos fueron trasladados meses más tarde a Oranque, donde les encontramos.

Por aquel entonces se divulgó un chascarrillo ruso entre los prisioneros. Una liebre cruza disparada la frontera soviética y no para su carrera hasta caer derrengada y temerosa junto a una compañera de raza que le pregunta cuál es la causa de su

terror.

—Los rusos —dice temblando la fugitiva— han decretado la pena de muerte para todos los camellos de la Unión Soviética.

—Pero tú no eres un camello…

—Sí, sí… —replica la liebre fugitiva—, pero ¿quién convencerá a los rusos de que soy liebre y no camello si se empeña en lo contrario la M. W. D.?

La historia de nuestros compatriotas corrió como reguero de pólvora por el campamento. Yo decidí violar la orden de incomunicación y ponerme en contacto con ellos. Por tres veces, el centinela que guardaba la barraca me sorprendió merodeando por allí, hasta que pedí a un rumano llamado Popesku que me ayudara. El rumano se acercó al centinela soviético, le ofreció tabaco y le entretuvo charlando de trivialidades el tiempo suficiente para que el alférez Castillo y yo, por el lado opuesto, saltáramos las alambradas que rodeaban la barraca y golpeáramos los cristales de una de las ventanas. En el suelo, dormitando unos, cuidando otros de los niños, los veíamos afanarse en mil menesteres. Se acercaron dos:

—¿Quiénes sois?

—Somos prisioneros de la División Azul…

Nos cerraron la ventana en las narices.

Volvimos a llamar.

Dentro, se reunieron en conciliábulo, dudando si atendernos o no. Al fin, un grupo se acercó.

—Os advierto —les dijo Castillo— que nos estamos jugando el tipo por ayudaros.

—Dejemos las diferencias políticas —insistí yo—. Todos somos españoles. Y eso basta. Llevamos muchos años prisioneros y podemos seros útiles.

Ante la palabra «útil» uno de los que acudieron, que era catalán, y, como tal, hombre práctico, accedió:

—Mañana, a las diez, frente a las alambradas.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—De acuerdo.

—Que descanséis.

Descansamos en la cárcel, por supuesto. El centinela, escamado de tanta futilidad como le dijo el rumano por entretenerle, se dio un paseíllo y nos cogió con las manos en la masa. Afortunadamente el castigo no excedió de una noche entre rejas, de modo que a la mañana siguiente, acudimos a la cita.

¡Pobre gente! Nos contaron su tragedia, y ellos se interesaron por la nuestra. Entre los exilados recuerdo a Luis Bravo, boxeador, nacionalizado en Francia, excelente muchacho que al ser repatriado como francés años más tarde, tuvo la gentileza de

informar al Gobierno español de nuestra suerte. También recuerdo a un teniente coronel de Estado Mayor de las Brigadas de Madrid, natural de Granada; a un santanderino llamado Ignacio; al capitán Sauri, procedente de la Escuela Aeronaval de Cartagena; a una mujer, Amparo Fernández, de unos treinta y dos años, morena de facciones muy correctas, viuda de un chófer alemán que murió durante un bombardeo. A esta mujer la recuerdo muy especialmente. Era hija de Otilia Fernández, oriunda de Arenas de Iguño, cerca de Corrales de Buelna, provincia de Santander. Tenía un hijo de diez años con quien hice gran amistad. Recuerdo también el único tipejo realmente repulsivo que iba en este grupo: era un vulgar asesino que presumía de haber matado a veintisiete «reaccionarios» en un pueblecito de Jaén. Ninguno de sus compañeros de exilio le trataba. Le llamaban «matasiete» y tenía un tic nervioso que me impresionó vivamente: contraía, sin querer, el dedo índice de la mano derecha, acostumbrado a los disparos en la nuca. Salvo con éste, hice amistad con el resto de los exilados. Por cierto que entre ellos venía un diplomático de verdad: el embajador húngaro en Yugoslavia, un caballero por todo lo alto.

El estado de hambre, agotamiento y cansancio en que llegaron estas pobres gentes me movió a colectar, entre los prisioneros de guerra, ayudas alimenticias para los niños y las mujeres. Es de advertir que la generosidad de todos fue tanto más de agradecer cuanto más triste era nuestra situación. Renunciamos, pues, a parte de nuestras ínfimas raciones, y el tiempo que estuvieron en este campo niños y mujeres contaron, gracias a estas colectas, con doble y aun triple ración. Pero el drama empezó para ellos cuando a los dos días de su llegada les comunicaron la obligatoriedad de salir a trabajar. Me indigné, y gracias a la ayuda del «antifascista» húngaro Gallos, logré colarme en su vivienda para aleccionarlos acerca de lo que habían de hacer.

Les informé que la obligatoriedad del trabajo era sólo para los *soldados* prisioneros. Y que ellos debían negarse, alegando no ser «prisioneros», sino «internados». Redacté con ellos un escrito de protesta dirigido a Moscú y aconsejé a los hombres declararan la huelga de hambre mientras no recibieran respuesta.

La injusticia era tan inmensa que el propio jefe de campo carecía de fuerza para sostenerla, temiendo se elevaran denuncias contra él, de las que tendría que responder. *Yo me conocía ya muy bien aquella papeleta. Si se accede a cuanto piden los jefes de campo se convierte uno en su esclavo. Si se defiende uno en aquello en que el jefe abusa de su poder, y la defensa es inteligente y vigorosa, el* lacharni *se ve obligado a rectificar*[7]. Así, pues, aquí tenemos a nuestros compatriotas convertidos del día a la noche de enemigos en aliados, declarando la huelga de hambre, negándose a trabajar, y manteniendo ambas huelgas como jabatos. A los tres días, la orden fue derogada y Moscú les reconoció su categoría de internados. Los pobres no sabían cómo agradecérmelo. Del capitán Sauri escuché frases conmovedoras, cuando

rendido por la nostalgia me dijo que su mayor deseo sería regresar a la patria, aunque por su conducta pasada se le exigieran responsabilidades en «aquella —son sus palabras— jaula de oro».

A pesar del reconocimiento de su categoría de «internados», la incomunicación se mantuvo con extraordinario rigor. Diariamente tenía que recurrir a mil estratagemas para verme con ellos. Hasta que un día, estando en mi barraca con otros compañeros, recibimos la gratísima visita de José Luis, el hijo de Amparo Fernández.

¡Qué gran recuerdo de él! Venía a que le habláramos de España, que no conocía. Debió gustarle la charla. Diariamente se escapaba para venir a visitarnos. Tendría once o doce años. Yo le sentaba sobre mis rodillas y charlaba y charlaba con él, de mil cosas y casos, que escuchaba con los ojos muy abiertos como si viviera mis narraciones.

Le regalamos entre todos una geografía de España, en la que puse esta dedicatoria, firmada por todos los oficiales: «Te dedicamos este libro en nombre de España, que espera con los brazos abiertos a todos los buenos españoles que sufren lejos de sus fronteras».

Pocos días después los trasladaron a un campo filial, muy próximo al nuestro, donde había estado tiempo atrás el teniente Rosaleny. «¡Qué será de nosotros —nos decían al despedirse— sin su protección!». Pero nosotros ya habíamos pensado por ellos. Rosaleny, por medio de un teniente rumano, envió una carta a sus antiguos compañeros de aquel campamento, sugiriéndoles la idea de que hicieran una colecta de azúcar, leche y pan para los niños y las mujeres; lo rechazaron con gran generosidad lo cual me demuestra que la compenetración entre los seres humanos se manifiesta a veces mucho mejor en los días adversos que en los prósperos.

Nos escribieron llenos de gratitud. Nuestra satisfacción fue grande porque teníamos la evidencia de que habíamos rescatado, no ya sus cuerpos del agotamiento, sino sus voluntades del odio, para la verdadera y cristiana hermandad.

Capítulo XII

«YA NO LA QUIERO»

Para evitar, por las noches, el tormento de las chinches, los rumanos (que eran en Oranque los encargados del almacén y que por ello gozaban de ciertas facilidades para tener ropa de cama) inventaron el «submarino». Consistía este aparato en una sábana cosida en forma de saco, dentro del cual se «sumergían» los prisioneros antes de dormir, a tal profundidad que sólo la nariz emergía de aquella mortaja, como un periscopio entre la espuma del mar. La ventanilla correspondiente al apéndice nasal se cosía, a su vez, con una gasa, y de esta manera la invasión de los parásitos no penetraba en su interior. Nosotros, los españoles, que éramos los pobretones del campamento, no podíamos gozar de estas ventajas, y dormíamos sometidos a esta invasión. Por las noches yo veía a mis compañeros con grandes lunares movedizos, como lentejas, paseando sobre su rostro. Periódicamente hervíamos los maderos del camastro en grandes ollas, pero era inútil. La capacidad de reproducción de los parásitos era mayor que todos los ataques que desplegábamos contra nuestros pequeños enemigos.

Por aquel entonces empezó a roer mi organismo una enfermedad que estuvo a punto de ahorrar a los rusos todo el papeleo que invirtieron más tarde para mi eliminación. Estaba yo en la pendiente vertiginosa de una pérdida de dos kilos de peso por semana cuando una gran noticia, una nueva tremenda, me remontó moralmente: la proximidad de la repatriación, mi única posible medicina. El jefe de campo nos mandó llamar y nos comunicó la buena nueva. Tardamos unos segundos en reaccionar. No supimos decir nada; tal era el trastorno mental que aquello nos producía. Minutos después, rotos los diques del entusiasmo, nuestra barraca amenazó estallar a nuestros gritos, vivas y canciones: el campamento entero vibraba a los sones marciales del «Himno de Infantería» y del «Cara al Sol», que entonamos a todo pulmón, con las escasas fuerzas que nos quedaban. El viaje de «repatriación» fue muy feliz. Los rusos saben muy bien que en estos transportes no se fugan jamás los prisioneros. Por eso nos trasladaron sin vigilancia apenas, en un tren de viajeros, con permiso para descender en las estaciones. Cuando el revisor nos pedía los billetes, respondíamos:

—¡Prisioneros de guerra!

Y lo decíamos con tanto entusiasmo y satisfacción, como si confesáramos ser maharajás de Kapurtala. Tan satisfechos íbamos y tan grata debía ser nuestra compañía que muchos rusos civiles se colaban entre nosotros por no pagar billete…

Un general reprendió al ruso Piroscof, que nos acompañaba, por considerar peligrosa tanta libertad, a lo que éste respondió que se limitaba a cumplimentar las órdenes recibidas, pues éramos prisioneros de guerra camino de la repatriación. Este funcionario ruso había reducido a la mitad nuestra ración de comida, vendiendo la otra mitad, que, convertida en vodka ingería en cada estación en tales cantidades, que el resto del viaje lo pasaba borracho. Nosotros se lo consentíamos a cambio de la libertad que sus borracheras nos proporcionaban. Además ya tendríamos tiempo sobrado para reponernos en casa. ¡En casa, Dios mío! Si aquello parecía un sueño…

El teniente Molero desbordaba de gozo.

Y un sueño era, en efecto. ¡En noviembre de 1946, a los tres años de ser cogidos prisioneros, apenas se habla iniciado nuestro cautiverio…! Nunca hemos comprendido por qué se empapó nuestra ilusión con la miel, bien pronto convertida en hiel, de aquel engaño monstruoso. Durante una de sus trompas monumentales, Piroscof confesó la verdad: nos dirigíamos al campo de Potma, en la región de Tula, cerca de Tamboff. Pero (nuestra esperanza se agarraba a todas las grietas por no resbalar), ¿no sería aquél un campo colector, donde nos reuniríamos todos los españoles procedentes de diversos puntos para iniciar desde allí, juntos, el camino de retorno?

El campo adonde íbamos tenía mal recuerdo en el ánimo del prisionero. Españoles habían pasado pocos por él antes de ahora. Allí murió el soldado Francisco Alonso, natural de Mieres, el año anterior. Pero de otras nacionalidades se decía que había fosas de treinta y cuarenta mil hombres.

El espectáculo que vimos, apenas llegados, era digno del historial del campo. Colgados de los árboles, ahorcados, en caricaturas a tamaño natural, estaban los recién ejecutados en Núrenberg.

Diariamente iban llegando a Potma españoles procedentes de Siberia, de los Urales, del Ártico. En boca de todos la misma palabra: «repatriación».

—*Budit, budit…* —decían los rusos calmando nuestra impaciencia. «Pronto, pronto…».

Con las dudas se recrudeció mi enfermedad. Mi pérdida de peso era constante y progresiva. Mis compañeros comenzaron a alarmarse.

Un día, los tenientes Altura y Molero, el soldado Fabrés (Alejandro Fabrés, de Tauste, Zaragoza) y yo fuimos llamados a la M. W. D. Allí nos esperaba el jefe de comisarios, un hebreo polaco llamado Rot.

—Quítense los abrigos —nos dijo.

Lo hicimos.

—Me han dicho que esos colores que llevan en el brazo son los de la bandera monárquica española…

—Son los colores de la bandera española —rectificamos.

—Quítensela.
No nos movimos.
—¿Quién de ustedes es el capitán…?
Di un paso al frente.
—Quítesela.
—No.
El hebreo Rot dio una voz. Apareció ante nosotros un teniente gigantón que había pertenecido a las S. S. alemanas y que ahora estaba inscrito en los grupos «antifascistas», muy rubio, de unos veintisiete años y de enorme corpulencia. Rot le hizo un gesto y éste se abalanzó sobre mí. Con un brazo me inmovilizó, con el otro, armado de una hoja de afeitar, cortó de tres tajos el bordado del uniforme. Hecho esto, me soltó.
Cuando estuve libre y con toda la lentitud que me imponían, de un lado la contención de mi rabia y del otro mi extremada debilidad, fui desabrochándome la guerrera. Me la quité y la tiré al suelo, a los pies del comisario.
—Ya no la quiero —dije.
Recogí mi abrigo y me retiré.
Uno tras otro hicieron lo mismo con Altura, Molero y Alejandro Fabrés.
La noticia de lo ocurrido corrió pronto de boca en boca por todo el campamento. Por la tarde, desde el puesto de guardia me mandaron la guerrera. Comprendí que la rotura de mi manga, así como estaba, era, al menos, tan honrosa como una herida en el frente. Me la puse y puesta la conservé, muy honrado, hasta que el tiempo y el uso la hicieron jirones.
El clima de Potma comenzó a agriarse. Un día, el teniente Altura fue agredido por un B. K. (prisionero voluntario que hace las veces de centinela) y yo me lancé sobre él, haciendo lo poco que me permitían mis escasas fuerzas: darle un empujón. Ni siquiera se tambaleó.
Me miró de abajo arriba, pensando qué hueso era el primero que me iba a romper, pero al reconocerme, por respeto, no se atrevió. Llamó al ruso, y Altura y yo dimos con nuestros huesos en la cárcel. Esto fue por la mañana. A la tarde, nos llamaron al cuartelillo del campo, cosa extraña, pues allí no hay más gente que los soldados rusos encargados de la vigilancia. Nos hicieron pasar a los dormitorios. En sus literas los rusos, tumbados, leían o fumaban. Otros dormitaban, otros, en fin, limpiaban sus botas o sus armas. En el suelo una palangana con agua, unos estropajos y un cepillo. El sargento nos señaló los bártulos de limpieza.
—A fregar, amigos.
Yo comprendo que es mucho pedir ser conocido por los ciento noventa y cuatro millones de seres que pueblan la U. R. S. S., pero me sorprendió que aquel sargentuelo no tuviera suficientes noticias mías para comprender que acatar yo

aquella orden era tanto como pedirle fuego al agua, o al olmo peras.

—No —dije.

—Entonces, friegue usted —le dijeron a Altura.

—No —dijo éste.

El sargento se rascó la barbilla.

—¡Vamos! ¡A fregar!

—¡No!

—¡He dicho que frieguen!

—Hemos dicho que no.

Los rusos empezaron a volver la cabeza, dejando sus lecturas o abandonando sus faenas. Algunos se incorporaron, sentándose al borde de las literas.

Recuerdo a un soldado mongol, muy divertido del espectáculo.

—¿Le ayudo, sargento?

—No hace falta, me basto solo… ¡Vamos!

El mongol se levantó, acercándose a nosotros. Le siguieron diez o doce más. Altura se mordía el labio inferior. Yo apretaba los puños. El mongol, muy despacito, continuaba acercándose. Hice un gesto para hablar.

—Que venga el oficial de guardia —dije.

Una enorme risotada (aún la oigo) acogió mis palabras. El sargento, preocupado, rechazó al mongol y obligó a abrir el círculo, peligrosamente ceñido sobre nosotros.

—Que venga el oficial de guardia —dije más alto.

El sargento comenzó a asustarse. Comprendí que la idea de la friega había sido suya, y si pasaba algo podía costarle caro, pues sería muy difícil explicar la presencia de dos arrestados en aquel lugar. Un soldadote, al fin, se abalanzó dispuesto a todo, y el sargento, ya alarmado, tuvo que convertirse de verdugo en defensor. Empezó a gritos con ellos, los redujo con amenazas a sus literas, y nos ordenó retirarnos, cosa que hicimos con el gusto que es de suponer. Dos horas más tarde en la cárcel ingresaron tal cantidad de polacos que no había sitio para tantos y nos pusieron en libertad.

Al verme libre, un soldadito muy joven, Julio Sánchez Barroso, se me acercó.

—¿Cuándo nos repatrían, mi capitán?

Me lo preguntaba como un enfermo sin salvación posible le diría a su médico: ¿Cuándo me pondré bueno?

Le pasé una mano por la cara.

—Ya has oído lo que dicen: *Budit*… Pronto…

¡Pobre muchacho! Murió en Rusia cinco años después, sin que ya se hablara de repatriación.

Entre los españoles que se concentraron en el campo de Potma, venía un individuo repugnante como un reptil, el que más daño hizo a sus compatriotas con sus

delaciones, un verdadero traidor: César Astor, desertor de la División.

Era muy alto, delgadísimo, pálido y demacrado. Tenía mucho pelo, áspero y ondulado. Como jamás me miró a la cara, no sé cómo eran sus ojos, salvo que eran fugitivos. Era cruel, vengativo, cobarde y homosexual: un primor de hombre.

Cuando llegamos a la barraca el teniente Altura y yo, nos lo encontramos leyendo en voz alta propaganda antiespañola. ¡Dios Santo y cuántas majaderías juntas salían de aquella boca! Eran entonces los días en que las Naciones Unidas, abandonadas a la facilidad, decretaron el cerco diplomático contra España,·sirviendo en bandeja los intereses de la Unión Soviética contra su enemigo, si no el más poderoso, al menos el más puro y el más antiguo. La reacción de aquella campaña en las consignas políticas de los campos de prisioneros fue inmediata. Más de un puritano inglés y un demócrata americano se hubieran sonrojado oyendo sus opiniones en labios de César Astor…

Yo me quité el abrigo, dejando al descubierto mi guerrera mutilada.

Al verme llegar, los soldados que me eran fieles me miraron y sonrieron seguros de no ser defraudados.

—César Astor —dije—: donde yo esté, usted tiene que estar callado.

—Estoy leyendo información sobre España —replicó débilmente.

—La información que usted nos da —dije levantando el tono— no la necesitamos. Y la que necesitamos, usted no nos la puede dar.

Se calló y jamás delante de mí leyó su propaganda.

Yo, en cambio, leí a los soldados la protesta formal y escrita que acababa de redactar contra la cobarde agresión de que habíamos sido objeto por parte del comisario Rot, cuando su sicario nos arrancó por la fuerza los emblemas de la manga.

El soldado Victoriano Rodríguez, irritado por las mentiras y las insidias que sobre el momento español acababa de leer César Astor, vio una puerta abierta a la expansión cuando acalló al jefe «antifascista» y disparó al aire, jocosamente, un delicioso disparate que se hizo muy popular:

—Mi capitán —dijo, mirando burlonamente a César Astor—, digan lo que digan, las tortillas de patatas en España siguen siendo redondas.

Una gran carcajada acogió sus palabras y, desde entonces, cada vez que dejaban caer sobre nosotros una lluvia de burda propaganda, los soldados se defendían con aquellas palabras convertidas en lema de vacunación: «Digan lo que digan…».

A finales de enero fuimos trasladados al campo de castigo de Jarkof, que aún tortura nuestra memoria. Semanas antes —6 de enero de 1947— fue el día de los Reyes Magos. A los soldados de mi compañía Julio Sánchez Barroso, que murió, como he dicho, años después soñando en la imposible repatriación, y Victoriano Rodríguez, el de las tortillas de patatas, los consideraba un poco como a mis hijos: unos hijos grandes que me habían nacido en el cautiverio. Por eso, el día de Reyes,

siguiendo la tradición de nuestros lejanos hogares, les regalé tabaco y un cuarto de margarina de mi ración.

CAPÍTULO XIII

VENTUROSAMENTE SECUESTRADO

¡JARKOF! Si hay un infierno sobre la tierra, éste es su nombre. Allí, concluida la guerra, ejecutados en Núrenberg los jerarcas nazis, ratificada en Potsdam la victoria política, Rusia se destapó. Mandó al diablo los compromisos internacionales y, sin pudor alguno, se despojó de toda careta mostrándosenos al desnudo tal cual era. No hay tormento posible para el hombre que no estuviera allí dignamente representado; no hay humillación a que no fuéramos sometidos; no hay dureza que se ahorrara para diezmar la población prisionera. Por encima de los cuatro años hasta entonces vividos en Rusia, Jarkof y Cheropoviets, en alas de la tragedia, se dieron la mano. De este campo logró evadirse el alicantino Antonio Fabra, que fue cazado posteriormente y enviado a otro campamento donde murió. Allí perdieron la vida, que era tanto como ganar la paz, Paulino García, de Zafra; J. Montañés, de Córdoba; Ángel López, de Madrid, todos ellos de hambre o de enfermedades derivadas del hambre: anemia, tuberculosis, avitaminosis o puro y total acabamiento. Allí murió también nuestro entrañable camarada el teniente Molero, al que negaron hospitalización por no reconocerle enfermedad alguna hasta minutos antes de expirar. Cuando al fin le destinaron a un hospital, murió apenas llegado, como si sólo esperara una cama para querer hacerlo.

Durante las doce o trece horas ·de trabajos forzados a que se sometía a los prisioneros en la inmediata fábrica de trilladoras, llamada *Serpi y Molot* («Hoz y Martillo»), los soldados no recibían ni una mísera ración de pan. Sólo al regreso y al amanecer se les daba algo de comer. Después del agotador trabajo regresaban al campamento, y no una, sino varias veces, se dio el caso de que, soldados totalmente agotados, murieran allí mismo, en el paseo de regreso, cayendo sobre la nieve. Al día siguiente, cuando los forzados trabajadores pasaban de nuevo por aquel lugar, camino de la fábrica, volvían a ver el cuerpo muerto del compañero en el mismo sitio donde cayó. Como la temperatura era muy baja, los cuerpos no se descomponían sobre la nieve, y allí permanecían (sin más variación que, noche tras noche, los iban desnudando para robarles la ropa) hasta que el jefe del campo tuviera a bien darles de baja, tras haber aprovechado en beneficio propio durante estos días la ración del muerto. Más de una vez, uno de estos cuerpos aparecía al amanecer con los ojos saltados por los cuervos y los pies devorados por las ratas. Me repugna escribir esto, pero es preciso no omitir detalle alguno de las cosas, pues aún hay gentes que a nuestro regreso sonríen escépticas, pensando que veníamos de dormir once años en

un lecho de rosas. Aquí, en Jarkof, volvió a repetirse el caso, ya iniciado en Cheropoviets, de comerciar con los alimentos no digeridos por los enfermos de disentería, separándolos de los excrementos para lavarlos con nieve, hervirlos y comerlos.

Aquí, en Jarkof, fui recluido en un lazareto por enfermo. Y cuando nos echaron el caldero de la sopa para su distribución vi cómo se abalanzaban sobre él cinco energúmenos que, a mordiscos, patadas y arañazos, pretendían quedárselo para ellos solos o defender su ración en peligro. Recuerdo a uno, el más ágil, con la cabeza metida en el caldero, aun a riesgo de quemarse, para beber; a otro, tirándole de los pelos, y a otro mordiéndole en la nuca, como un perro pintado por Snyders lo haría con su presa. Un ruso blanco, prisionero también y recluido como yo en el lazareto, llamado Stavenhagen, me dijo tristemente:

—¡Y dicen que el hombre es semejante a Dios!

Aquí en Jarkof, el teniente Altura, estando en la cárcel, fue golpeado con una barra de hierro por el jefe de la prisión, un teniente alemán llamado Peter, condenado más tarde como criminal de guerra por haber torturado años antes a prisioneros soviéticos y a quien, entretanto, los rusos utilizaron como carcelero de sus compañeros de cautiverio.

Aquí, en Jarkof, yo perdí veinticinco kilos de mi peso normal, siendo un esqueleto andante, distrófico y sin fuerzas para caminar solo, teniendo que hacerlo apoyado en los brazos de mis amigos.

Aquí, en Jarkof, yo dormía en una litera elevada sobre la de otro compañero más viejo que yo, pero llegó a tanto mi debilidad que, por orden del médico ruso, Dukin, tuve que permutar el puesto con mi vecino, un polaco de sesenta años, pues por tres veces intenté y no pude alcanzar mi cama.

No, no era aquel infierno sobre la tierra de Jarkof un lecho de rosas.

Sobre este escenario, en este ambiente, discurre el relato de nuestros avatares desde principios de febrero de 1947 hasta bien entrado el mes de diciembre de 1949. Si duro era el peso del hambre y el agotamiento, aún fue mayor tortura el sufrimiento producido por las presiones políticas, que estuvieron a punto de producirnos la muerte por asfixia moral.

Nadie, sin haberlo vivido, puede imaginar hasta qué punto las torturas morales, de las que son campeones los rusos, pueden reducir a un hombre a una piltrafa más aún que el más cruel de los castigos corporales. Dice el doctor Marañón: «Tras la hipócrita supresión de la efusión de sangre, se tritura el sistema nervioso del paciente, se traslada el potro con el que antes se rompían los huesos del acusado a estratos infinitamente más delicados que los del dolor físico». «La víctima, destrozada, sueña, como en una liberación, no ya con el tiro de gracia, sino con el brasero de las Inquisiciones antiguas —la española y las no españolas— que permitían al reo morir

en unos momentos, y, sobre todo, con el alma entera, proclamando la fe en sus principios, verdaderos o falsos, hasta el final». «Porque hasta ahora —añade el doctor Marañón— se abomina de los suplicios antiguos por el bárbaro sufrimiento físico. Pero el arrancar la piel a tiras en la rueda dentada, que se consideraba la más atroz de las muertes (por cierto, desconocida en España), era juego de niños ante las técnicas modernas para deshacer el alma, arrancándola una a una las ideas y las creencias y, sobre todo, la dignidad».

Las presiones morales eran más fuertes cuanto mayor era la resistencia nuestra, como más fuertes son los martillazos en el yunque cuanto más rebelde es el hierro. Desde los primeros días entramos con mal pie. El médico del campamento, encargado de clasificar a los prisioneros por musculaturas para destinarles a uno u otro trabajo, quiso chancearse de mí.

—De modo —me dijo— que usted es el capitán Palacios.

—Sí, señor.

—¿Y qué hará usted en España cuando a su regreso se encuentre con la Pasionaria en el Poder?

—He hecho dos guerras contra ella —dije—. Haré la tercera.

Yo estaba desnudo y mis huesos podían contarse uno a uno, de delgado que estaba.

—Primera categoría de trabajo —dijo secamente.

Y me despachó. Éste fue mi principio.

Horas después, estando en la barraca, llegó César Astor. Traía unas listas bajo el brazo. Dio unas palmadas para ser atendido y dijo que acababa de ser nombrado jefe de la minoría española y encargado, por lo tanto, de distribuirnos en brigadas para el trabajo. Cuando hubo concluido y estaba dispuesto a marcharse le retuve.

—Conmigo no cuente usted —le dije.

—Ni conmigo —dijo el alférez Castillo.

—Ni conmigo tampoco —añadió Rosaleny.

Astor se volvió y, mirando al suelo, como un seminarista lleno de pudor, preguntó:

—¿Puedo saber por qué?

Le respondí en voz alta, para que todos me oyeran:

—Porque ni usted podría llegar a más mandándome a mí ni yo a menos siendo mandado por usted.

César Astor palideció.

—Me veré obligado a ponerlo en conocimiento del mando.

Cuando se fue, algún compañero me reprochó esta actitud, con el argumento de que era contraproducente desafiar la ira del mando sin motivo poderoso que lo justificara. Sin embargo, creo, y no sin fundamento, que el caso lo merecía bien. Si

los oficiales hubiéramos aceptado el mando de Astor, éste se hubiese automáticamente convertido no ya en jefe del «grupo antifascista español», del que formaban parte no más de trece hombres, casi todos desertores, sino en jefe de la minoría española de prisioneros. Pero gracias a este plante que acabo de relatar siempre fuimos los oficiales los jefes natos de los españoles. A nosotros recurrían éstos para protestar o suplicar en los mil asuntos burocráticos o políticos que exigía su protección. A nosotros recurrían los rusos en sus asuntos relacionados con los soldados. Y nosotros fuimos, en fin, en todo momento, quienes ante el mando ruso llevamos la voz representativa de aquéllos que, por la autoridad de nuestro grado, de nosotros dependían.

Hora y media después el teniente coronel Luwin, jefe superior del campamento, nos mandó llamar. Era inevitable y estaba previsto. Diez días de cárcel era lo menos que nos esperaba. Pero era un hombre contradictorio este Luwin. Muy pequeño, nervioso, esmirriado. Fumaba constantemente al hablar y apagaba sus colillas de un escupitajo, dejándolas después con todas sus adherencias mucosas sobre la mesa.

—¿Por qué no quieren trabajar?

Un compañero mío tomó la palabra.

—No es que nos neguemos a trabajar. Lo que nos negamos es a ser mandados por un soldado que ha sido desertor de nuestro Ejército.

—Imagínese —le dije— que usted hubiera sido cogido prisionero y le obligaran a servir a las órdenes de un desertor del Ejército rojo.

El teniente coronel dio tres bocanadas, apagó la colilla aplastándola esta vez entre los dedos; encendió otro pitillo…

—Tienes razón…

—¿Perdón? —dijo alguien creyendo no haber oído bien.

—¡Que tienen razón! —soltó un taco—. ¡Váyanse…!

Nos fuimos muy satisfechos, sin pensar que el cupo de benevolencia hacia nosotros del teniente coronel Luwin había sido agotado ya.

Nos separaron del grupo Astor, liberándonos así de su jefatura, y nos adscribieron, dentro de la misma barraca, a un sector habitado por oficiales belgas y holandeses. Esta batalla, al menos, había sido ganada. La del trabajo, en cambio, no. Había, pues, que trabajar, al menos un tiempo, mientras planeábamos la manera de dejar de hacerlo. Yo no tuve ocasión de ello, pues la fiebre aquella noche amenazó con llevarme a la sepultura. El teniente Altura inició el plante con una huelga de hambre de cinco días. En el entretanto sufrimos una baja dolorosa, la del teniente Molero, cuya muerte nos aplanó como un mazazo en el pecho. «Los cinco de la fama», que nos decían en Suzdal, ya no hubiéramos sido cinco nunca más si no se hubiera incorporado a nosotros, lleno de coraje, el teniente Rosaleny. Allá lejos, en esta patria casi imaginaria de puro lejana, por cuyo honor luchábamos, por cuyo

prestigio no claudicábamos, ¿sabrían apreciar un día el sacrificio hondo y silencioso, el callado heroísmo del teniente Molero, acabado en plena juventud? Tardamos quince días en conocer su muerte. Nos lo dijo un belga, De Mister, que coincidió con él una noche en el hospital. El parte que acusaba su defunción decía «por paludismo tropical», hipócrita fórmula de camuflar la muerte por inanición. Protestamos por escrito a Luwin por la muerte de nuestro entrañable camarada, e iniciamos la redacción de una serie de escritos individuales y espaciados en los que cada oficial explicaba las causas por las que se negaba a trabajar.

Por aquellos días el alférez X, convencido de que no pasaría mucho tiempo sin que los procomunistas de la guerra civil española volvieran al poder, escribió un articulejo mural, tipo Angellosi, que nos irritó. El alférez Castillo Montoto zanjó virilmente la cuestión y abofeteó a su autor, sin más preámbulos, en público. La lucha ya iniciada por resistir las presiones, las amenazas y la propaganda, alcanzó, a partir de entonces, descomunales proporciones. Éramos media docena de enfermos, secundados por diez o doce soldados fieles, luchando por atraer a nuestro lado a la masa de los prisioneros españoles, oscilante entre uno y otro bando, según pudiera en sus ánimos el respeto a nuestra actitud o la claudicación por hambre. Los rojos organizaron una compañía teatral, pomposamente denominada «Grupo Artístico Español», que representó una obra muy a tono con la finura espiritual de los rusos: obispos desalmados y militares carniceros asesinaban en masa «al pobre pueblo hambriento y analfabeto». Algunos soldados que habían sido hasta entonces fieles al honor militar colaboraron con César Astor con tal de hacer un poco el ganso en el escenario y ganarse así, como premio, una sopa miserable de propina. Nosotros comprendimos el daño que tales representaciones podían hacer en el ánimo de la tropa y saboteamos, como mejor pudimos, al Grupo Artístico. Retiramos el saludo a cuantos intervinieron en él, afeamos su conducta a quienes, avergonzados por lo hecho, se disculpaban, y con blanduras o con durezas, según el procedimiento adecuado para cada cual, les atrajimos a nosotros haciéndoles jurar que nunca más colaborarían en semejantes indignas mascaradas. El teniente Rosaleny se distinguió especialmente en esta contraofensiva artística, y batiendo todos los *records* de amenidad y talento narrativo, reunía a los soldados para contarles cuentos, historietas y, más que nada, narraciones de películas, que éstos oían boquiabiertos y entusiasmados. Esta acción constante ininterrumpida y agotadora, la mantuvimos con tal ardor que el partido de César Astor perdía adeptos de día en día, mientras que nosotros veíamos engrosadas nuestras filas con el retorno de los pródigos y los descarriados. El mando ruso se irritó y, aunque dispuesto a acabar con nuestra hegemonía al precio que fuera necesario —aun siendo a un precio de sangre—, nos sometió a la última y definitiva prueba. Engañaron a los soldados ofreciéndoles la libertad a cambio de la firma de un documento en que renunciaban

«voluntariamente» a su nacionalidad y declaraban desear permanecer en la Unión Soviética. No vea esto el lector sobre un ambiente equivoco de representaciones teatrales y narraciones noveladas, sino sobre el panorama de hambre de que antes hablé, con las catorce horas de trabajo diario, con los castigos constantes a los soldados, con la cárcel de frío abierta a las más mínimas desobediencias, y comprenderá hasta qué punto era tentador el señuelo de la falsa libertad. Desplegamos entonces la más audaz de las contraofensivas. Yo fui llamando uno por uno a todos los soldados, incluso a los traidores, y aunque mi debilidad era mucha, les hablaba, hasta perder la voz, de sus madres, de sus novias, de todo cuanto habían dejado en España y con aquel acto, si lo aceptaban, perderían para siempre.

—Para siempre, muchacho; no para unos años, sino para siempre.

Mis compañeros, los otros oficiales, hacían lo mismo hasta hacerles llorar de nostalgia y arrancarles la promesa de que no caerían en las redes de aquel chantaje. Me avisaron más tarde que el alférez X estaba pronunciando un discurso en el patio para convencer a los soldados de las ventajas que les reportaría renunciar a su nacionalidad. Sin pérdida de tiempo rogué a dos prisioneros que me llevaran del brazo hasta allí, pues, como he dicho, desde hacía tiempo mis piernas no me sostenían para andar por mí mismo. Tuve que realizar un gran esfuerzo físico para hacerme oír, porque mi debilidad era tan grande que apenas tenía voz. Y en aquella ocasión me interesaba que me oyeran todos.

—Si usted fuera hombre —le dije ante una enorme expectación— debía ser el primero en demostrar su hombría regresando a España, donde le espera un juez con una barba hasta aquí y un Código de Justicia Militar que le compromete en todas sus páginas.

Se hizo un enorme silencio. X entendió que le llamaba traidor. Y entendió bien. Como era colérico y de complexión sanguínea se puso rojo como un centollo, y apretando los puños y sin saber qué decir se abalanzó hacia mí, no ya para medir conmigo sus fuerzas (pues no teniendo yo ninguna, mal se podrían medir), sino para descargar su furor sobre el enfermo acabado que yo era. El alférez Castillo, de un salto, se puso ante mí, cubriéndome, y le esperó. X, que ya había probado sobre su rostro las caricias de Castillo, se contuvo, escupió en el suelo y se retiró. La cotización de nuestras acciones subió como la espuma y el teniente coronel Luwin decidió cortar nuestra intervención, que iba de victoria en victoria, y me mandó llamar.

Es muy difícil medir, sin haberlo vivido, la importancia que tenía en el ánimo indeciso del soldado la actitud de sus oficiales. Se inclinaban no del lado que les convenciera más, sino del lado que brillara más, aunque el brillo, dicho sea en su honor, proviniera muchas veces de los más incómodos de los candidatos a imitar. Es así que una frase, una sonrisa, un gesto, les arrebataba a favor nuestro, pasándose al

bando contrario si la luz, a la que se ciñeron mariposeando, se apagaba o palidecía. De modo que cuando el *lacharni lager* me mandó llamar y anunció delante de todos que César Astor me serviría de intérprete, me vi obligado a responder:

—Dile al jefe de campo que César Astor a mí no me sirve de intérprete.

Al poco rato volvió el mediador.

—Que no se ande con bromas y que vaya. El *lacharni* está furioso.

—Dile que no me irrite. Que iré con el intérprete que yo escoja, no con el que escoja él.

Minutos después regresó.

—Que vaya con quien le plazca.

Pues bien, siendo inexcusable, como en efecto lo era de todo punto, dejar de acudir a una llamada de Luwin, mi estrella hubiera palidecido ante el ánimo del soldado, pues indicaba bien a las claras que éste no me llamaba para condecorarme precisamente. Pero habiéndose mantenido el diálogo tal como queda relatado, lo que era, en cierto modo, una humillación se transformaba en una baladronada mucho más del gusto de la tropa que de mi gusto natural.

Para que me sirviera de intérprete llamé a Antonio Peláez, un soldado andaluz de un pueblo próximo a Almonte, provincia de Huelva, que hablaba el ruso como los propios ángeles. Tuve que ir apoyado en su brazo, pues solo apenas podía andar. El teniente coronel Luwin me esperaba en pie, nerviosísimo, rodeado de colillas. Aunque me conocía de sobra, me preguntó:

—¿Capitán Palacios?

—Yo soy.

—¿En qué sección trabaja usted?

—En ninguna.

—¡Ah! ¿No?

—No.

Luwin se llevó una mano a la barba.

—¿Tiene usted autorización para ello?

—Soy distrófico.

—Pregunto si tiene usted autorización para no trabajar.

—No.

Luwin cruzó los brazos sobre el pecho. Después cambió de postura y se las puso a la espalda. Empezó pausadamente, como recalcando sus palabras:

—Tengo entendido que es usted el verdadero responsable del fracaso del Grupo Artístico Español, que es usted el principal saboteador de nuestras órdenes, que es usted el incitador de la resistencia al trabajo de sus compañeros…

Y aquí alzó la voz y se puso a gritar frenético.

—¡Pues de mí no se burla nadie, y voy a dar una orden para que le trasladen a un

campo donde le va a sobrar el trabajo, y usted verá qué trabajo, por insolente, por saboteador!

Tales fueron los gritos del teniente coronel y tan irritado parecía, que Peláez, al salir, estaba pálido. Se me acercó entonces Ángel López, segundo jefe del grupo «antifascista», y apartando a Peláez, con mucho misterio, me dijo:

—Ándese usted con pies de plomo. Su asunto de usted no me gusta: Una noche le sacarán del campo, le darán cuatro tiros y le enterrarán envuelto en certificados médicos de haber muerto de una pulmonía. Me consta que los rusos quieren eliminarle —añadió confidencialmente—. Creo que utilizarán para ello el grupo antifascista alemán.

Al llegar a «casa» reuní a los más íntimos de mis compañeros y, con las mayores reservas, les informé de la extraña advertencia. Días después, el teniente Rosaleny fue llamado a un aparte por un antifascista rumano de mucha categoría, cuyo nombre recuerdo perfectamente pero que omito, pues se encuentra aún hoy día tras el telón de acero y citarlo podría ocasionarle disgustos. Este individuo informó a Rosaleny de que, en efecto, la maniobra iba en serio y estaba perfectamente tramado «un accidente casual». Rosaleny, con la consiguiente preocupación, me lo comunicó.

Desde aquel día, cuando salía a pasear, sorprendía miradas furtivas entre las gentes, como si me vieran por última vez o supieran que mi sentencia de muerte había sido decretada ya. Unos me miraban con compasión; otros, los más piadosos, con hambre, como si yo fuera el premio ofrecido y sólo esperaran la voz ejecutiva para saciar conmigo su rencor. Hasta que un día una altísima autoridad del campo, de cuyo nombre, para evitar represalias, tampoco quiero, como Cervantes, acordarme (pero del que ya he dado cuenta por gratitud a las autoridades españolas), me llamó a su despacho.

—Está usted muy enfermo —me dijo—. Y voy a destinarle esta misma tarde a un campo de reposo.

La noticia no me agradó, en primer lugar, porque me acordaba de la salida del teniente Molero, que al ser hospitalizado murió; en segundo término, porque la famosa campaña pro renuncia de la nacionalidad estaba en pleno auge y yo no podía, moralmente, abandonar a los soldadicos a su suerte. En aquel momento mi presencia entre ellos podía ser decisiva.

—Hay otros españoles tan enfermos o más que yo —respondí— y sería injusta esta preferencia para conmigo.

—¿Qué otros españoles están enfermos?

—Infórmese por el médico —añadí— que cuanto le digo es verdad: están seriamente enfermos el teniente Altura y el soldado Fabrés.

—De acuerdo. Ellos también irán.

—Es que yo… prefiero quedarme.

El ruso, entonces, tras mirar a un lado y a otro para confirmar que estábamos solos, me dijo estas palabras tremendas:

—Capitán Palacios, yo soy su amigo. Su conducta en este campo me llena de admiración. Permítame que haga por usted algo que hoy está en mi mano y quizá mañana no lo esté: salvarle la vida.

Lo dijo con tal acento de veracidad que me quedé de una pieza.

—No entiendo —balbucí.

—Me consta que corre usted peligro. Un peligro muy serio. La M. W. D. tiene todo en marcha para prescindir de usted.

—Me sabré defender en el proceso —dije.

—No habrá proceso —insistió—. ¿Acepta usted esta oportunidad que le ofrezco, sí o no?

—Sí —dije.

Y Altura, Fabrés y yo fuimos trasladados (venturosamente secuestrados) del infierno de Jarkof.

Capítulo XIV

HUELGA DE HAMBRE

En el campo de reposo estuve desde octubre de 1947 hasta marzo del 48. Engordé once kilos, se me deshincharon las piernas, recuperé mis perdidas fuerzas y regresé a Jarkof. Fue un paréntesis de bonanza abierto prodigiosamente en los más negros años de mi vida. Porque si fueron duros los meses que lo precedieron, los que habían de seguirle fueron peor. Ya en el campo de reposo, muy pocos días antes de regresar al campamento de origen, el médico que me atendía, y que me consideraba hombre quieto y apacible, me dijo sorprendido.

—Algo traman contra usted. Por tres veces me han pedido su ficha médica, como si tuvieran prisa de que se reponga pronto.

—¡Son tan bondadosos! —respondí.

¡Ya lo creo que tenían prisa! El expediente secreto que me iniciaron en otoño había sido interrumpido durante el invierno y necesitaban más cargos contra mí para completar la acusación. Bien pronto tuvieron uno. Fue el primero de mayo. Habían organizado los rusos una manifestación monstruo para celebrar la fiesta marxista del trabajo y pretendieron que me sumara a ella, desfilando ante los mandos con una banderita roja en cada mano. La pretensión era tan grotesca que creí perecer de risa al serme comunicada. El campo en masa (sin más excepción que los oficiales españoles) se sumó, por evitar represalias, al desfile y la jarana. Un oficial ruso, borracho como una cuba, pues en estas fiestas corre el vodka que da gusto, se personó en la barraca, ordenándonos salir. Nos negamos, por supuesto, y yo añadí:

—Y la próxima vez que quiera algo de nosotros procure no venir borracho, amigo.

El oficial me delató y la frase (aunque con efectos retardados, como las letras de cambio) la tuve que pagar.

Reunido en sesión pública, el grupo antifascista español pidió oficial y solemnemente al mando ruso que me procesara un tribunal militar.

Hubo un valiente que, aun siendo enemigo político mío, dijo que aquello era una farsa, y que él protestaba enérgicamente contra tal determinación. Entonces X, el alférez X, por cuya reivindicación tanto luché, tomó la palabra y dijo que, incluso aquéllos que no estaban de acuerdo con la medida, debían firmar la petición por compañerismo.

—Por compañerismo es por lo que no la firmo —mantuvo el disidente—. Al capitán Palacios hay que combatirle aquí, en el campo, pero no en la prisión.

Lo cual demuestra que hasta entre los traidores hay grados.

Se negaron a firmar aquella infame petición los antifascistas Pedro Pérez, de Noblejas (Toledo); Navarro, de Tomelloso (Ciudad Real); Antolín, de Jaén, y dos o tres más.

A pesar de las abstenciones la petición fue cursada. No pude menos de acordarme de la amenaza del teniente ruso cuando el interrogatorio de Suzdal, años atrás… «Algún día será usted juzgado ante un tribunal militar…». Me acordé también del general Schmidt, cuyos soldados pidieron su proceso antes de que los propios rusos le condenaran, y me acordé del famoso defensor de Veliki-Lucky, colgado de la horca, después de declarar los rusos, ante los soldados que pidieron su procesamiento, que la Unión Soviética no ejecutaba a los prisioneros…

Pero no había necesidad de remontarse tan lejos para sentir los más negros augurios cerniéndose sobre nosotros. En la plaza mayor de Jarkof ahorcaron los rusos por aquellos días a cinco alemanes prisioneros de guerra. Toda la prensa soviética reprodujo la macabra fotografía de aquellos cuerpos tambaleándose, expuestos a la curiosidad de las muchedumbres. Prisioneros recién llegados a nuestro campo los vieron y nos lo contaron. Estaban allí, no en el otro extremo de Rusia, sino allí, a kilómetro y medio de nuestro campamento. La petición de proceso de César Astor & Co. se extendía no sólo contra mí, sino contra el alférez Castillo y el teniente Rosaleny. Entonces, cuando tenían la amenaza de proceso contra ellos mismos, los llamaron a declarar; pero, entiéndase bien, no para defenderse de los delitos que les imputaban, sino para que firmaran acusaciones contra mí. Era un burdo chantaje. En la práctica, si declaraban contra mí, sus faltas serían traspapeladas. Si no lo hacían, correrían la misma suerte que yo había de correr. Las declaraciones de estos dos valientes oficiales fueron dignas de su alto concepto del honor y del compañerismo. No sólo se limitaron, cada uno por su lado, a negar las acusaciones que obraban en mi expediente (algunas eran tan evidentes como la luz del sol), sino que hicieron un canto a las virtudes castrenses y al cumplimiento del deber que, en su generosidad, veían encarnadas en mí. Y esto lo hicieron conscientes de que al defenderme, firmaban su propia sentencia.

A los pocos días, por primera vez, me llamaron.

El mayor Chorne, rodeado de papeles, notas, apuntes, carpetas, comenzó a hablar. Chorne era un hombre frío, ratón de archivo, de aspecto seco y apacible.

—Tengo aquí —me dijo— acusaciones graves, muy graves contra usted. Espero que conteste a mis preguntas con toda veracidad.

—Tan sincero seré en mi declaración —le respondí— que si me hubiera interrogado a mí el primero se habría ahorrado el trabajo de buscar a mis delatores.

Tras una hora larga de interrogatorio, el mayor Chorne separó unos papeles y dijo secamente:

—Hay algunas contradicciones graves entre su declaración y la del soldado José María González.

Se volvió a uno que hacía las veces de ordenanza.

—Que venga José Maria González.

Este muchacho, natural de Santander, había tenido siempre un excelente comportamiento. Solamente tuvo una falta: si la cito aquí, es porque su heroísmo mayor fue saber lavarla. Por hambre, accedió a trabajar en el famoso Grupo Artístico, de ingrata memoria. Pero también es cierto que, gracias a él, días más tarde, el Grupo Artístico se disolvió. Si el mayor Chorne vio contradicciones entre su declaración y la mía y yo no había ocultado nada que me pudiera perjudicar, era evidente que González había declarado en mi favor. En efecto, delante de mí, Chorne volvió a preguntarle si yo había intervenido en la disolución del Grupo Artístico y González dijo que no. Volvió a repetir varias preguntas en cuyas contestaciones este soldado había intentado favorecerme, y González mantuvo sus primitivas respuestas.

—¿Pero no ves que el propio capitán Palacios —le dijo irritado el mayor— ha confesado ser ciertas las acusaciones? ¿Por qué intentas defenderle?

Y aquí es donde José María González, acordándose de su debilidad un año atrás, contestó gallardamente:

—Porque yo tengo una mancha y la lavo como puedo.

«Bravo, muchacho, bravo», dije para mis adentros.

Desde aquel día le tuvieron fichado y, años después, en Smolensko, con el primer pretexto le procesaron y condenaron a trabajos forzados. Otra ironía rusa: ¡como si aquéllos de Jarkof no fueran trabajos y se hicieran por amor al arte!

Terminada la declaración me soltaron. A partir de entonces, casi diariamente nos llamaban a declarar. Recuerdo un día en que las preguntas que me hicieron versaban no ya sobre mi acusación, sino acerca de España, el Ejército, su organización. Si entre los invisibles ángeles que protegen al hombre sobre la tierra hay alguno burlón, amigo de chancearse y del buen humor, ése no hay duda, estuvo aquel día conmigo. Es el caso que, aburrido ya de responder a tanta pregunta indiscreta con el silencio, a la quinta que me hicieron respondí:

—No insista. En mí han encontrado ustedes un mal agente de información. Si quiere saber algo de España, vaya allá y entérese.

—Pertenezco al Servicio de Información del Ejército soviético —dijo Chorne, suavemente, sin ninguna violencia— y tengo el deber de hacerle estas preguntas.

—Yo tengo el deber de no contestarlas —respondí.

—Dispongo de medios para hacerle hablar —insistió Chorne endureciendo el tono.

—Y yo dispongo de códigos que me protegen.

—Los códigos de Franco no le sirven aquí de nada.

—Las leyes internacionales me protegen.

Chorne era un hombre paciente. Hablaba con sequedad, pero en ningún momento perdió el control de su voz, ni de sus gestos. Al revés del capitán Fedorof, que en la habitación de al lado bramaba interrogando a un prisionero.

En este tono, pues, de voz, inició un canto, en el que no creía ni él mismo, al respeto de Rusia —respeto proverbial, que todo el mundo conocía— a los compromisos internacionales.

—Y ¿cuáles eran esos medios —pregunté, no sin cierta ironía— que tiene usted para hacerme hablar?

—La persuasión… Nada más que la persuasión.

Y aquí es donde mi ángel burlón intervino, con deliciosa oportunidad… Un alarido salió de la habitación de al lado, coincidiendo con la última sílaba de la palabra «persuasión». Al punto un golpe brutal y otro gemido y otro golpe, al que no siguió ningún otro ruido ya. Era el capitán Fedorof que estaba «persuadiendo» a un prisionero alemán… Chorne palideció, se puso en pie y, muy turbado, me dijo:

—Mañana seguirá el interrogatorio. Ahora váyase…

Mi invisible compañero estaba ya, probablemente, «persuadido»…

* * *

¡Qué amargos aquellos días de espera y de incertidumbre! La preparación del proceso continuaba, mi expediente seguía engordando y la sombra de los ahorcados de Jarkof no se apartaba de los tres encartados: Rosaleny, Castillo y yo.

Pero bien pronto fuimos cuatro. Estábamos en el patio, cuando desde la barraca y hacia el cuartelillo de la M. W. D. me veo venir arrastrado a Victoriano Rodríguez (el de «las tortillas de patatas siguen siendo redondas»), acompañado de un centinela. Juan Granados, un desertor llamado Segovia y yo nos acercamos al grupo.

—¿Qué es eso, Rodríguez? ¿Qué te pasa?

—Me he negado a trabajar. Si estos miserables se han creído que he venido a Rusia para levantar la economía soviética, se equivocan…

—Viniste con un fusil para hundirla —dijo Segovia el desertor.

Granados intervino:

—El mismo que empuñaste tú, Segovia… ¿lo has olvidado ya?

El centinela siguió su camino y encerró a Victoriano Rodríguez en la cárcel.

Estaba ésta situada en un segundo piso, justo encima del despacho del mayor Chorne, de manera que las ventanas de la celda y del despacho del mayor daban ambas al patio. Al segundo o tercer día de su encierro, estando yo en el exterior, vi a Rodríguez hacerme, desde las rejas de su celda, una seña. Al poco rato desapareció y vi con horror que colgado de un hilo, Rodríguez me mandaba un mensaje dentro de una cajita de cerillas. Mi temor era grande porque forzosamente, siguiendo la vertical,

tenía que pasar por delante de los cristales tras los que trabajaba el comandante. Pero mi espanto fue mayor cuando comprobé que el hilo se quedaba corto y la cajita comenzaba a balancearse suavemente, sin bajar ni un milímetro, ante las propias narices de nuestro instructor. Julio Sánchez entonces, muy rápidamente, dio un salto, rompió el hilo y la cajita cayó al suelo. La recogí y leí el mensaje que venía dentro.

La nota de este magnífico insensato que estuvo a punto de ser cogida por Chorne era ésta: «Me amenazan con ahorcarme si me niego a trabajar. No pienso volver a hacerlo. Sabré morir cantando el Cara al Sol». Meses después, Rodríguez, junto con Castillo, Rosaleny y yo, fue procesado también.

La preparación del proceso iba lentísimamente. Es curioso observar que cuanto menos respeto tienen algunos pueblos a las garantías jurídicas, más papeleo y más tiempo invierten en los asuntos judiciales.

En octubre, estando en la barraca, el jefe de ésta me transmitió, extrañadísimo, la orden que acababa de recibir.

—Me dicen que, a partir de mañana, tiene usted que trabajar como lo hacen los demás prisioneros.

—No será una broma…

—Me temo que no.

Acto seguido llamé a un soldado y le dije que me pelara al cero. Todos mis compañeros estaban sorprendidísimos de esta aparente inconsecuencia. Pero, muy por el contrario, tenía una profunda razón de ser. Antes de encarcelar a un preso, los rusos, para vejarlo, pelan al cero al interesado. Esto es siempre un acto humillante, y yo prefería mil veces hacerlo por mí mismo, que no que me lo hicieran a la fuerza. Por otro lado, yo no estaba dispuesto a cumplir la orden de trabajo y sabía que me encarcelarían, de modo que, anticipándome a los acontecimientos, me afeité la cabeza, dejándola no más peluda que el codo o la rodilla.

Al día siguiente, tal como estaba previsto, me detuvieron por desacato a la orden y condujeron en presencia de Luwin. Allí me encontré con dos oficiales austríacos y otros dos holandeses conducidos por las mismas razones que yo. Por cierto que uno de ellos, muchos años después, cuando murió Stalin y se estableció en su honor un minuto de silencio, quiso decir algo durante este tiempo y fue automáticamente acribillado a tiros por un centinela. Se llamaba Henry Cloques y pertenecía a una división voluntaria incrustada en las S. S.

El teniente coronel Luwin nos pronunció un discurso con las amenazas de rigor conminándonos a trabajar. Sus razones convencieron a mis compañeros de aventura, menos a mí, que estaba dispuesto a no trabajar más que cuando fuera mi gusto y nadie me obligara. Salieron, pues los austríacos y los holandeses, pero me quedé esperando a que el jefe del campo decidiera algo de mí. Dio entonces una orden que no entendí, y al punto cuatro forzudos me agarraron y sentaron en una silla. Otro,

armado de una poderosa maquinilla, me quitó el gorro dispuesto a raparme hasta la partida de nacimiento, y su sorpresa fue grande cuando mi cabeza apareció más lisa que una bombilla. La cara de Luwin, que no era hombre como Chorne capaz de disimular sus emociones, no es para descrita. Yo no pude contener la risa; riéndome salí de allí y riendo entré en la cárcel, con treinta días de arresto sobre las espaldas. La cara de Luwin era impagable. ¿Impagable he dicho? Miento. Yo la tuve que pagar. Pero esta vez no con efectos retardados como las letras de cambio, sino al contado y en buena moneda.

—Por última vez —me dijo Luwin antes de mandarme a la *Straff Naia Rota*: compañía de castigo—, ¿va a trabajar?

—Antes de intentar pelarme, dije que no; y ahora repito lo mismo. Usted trata a los prisioneros de guerra como si fueran cacos o rateros.

Luwin se descompuso. Había gente delante, soldados rusos y miembros de la M. W. D. El espectáculo les mantenía suspensos.

—Trabajarás —dijo Luwin, amenazándome con los brazos—, trabajarás… y *budit, budit*; pronto… muy pronto.

—*Pasmotri* —dije en ruso—. Ya lo veremos.

Un soldado español que supo lo que me ocurría, salió de estampía para avisar al capitán Oroquieta. Éste vino corriendo, cuando ya estaban a punto de encerrarme. Me abrazó y felicitó, pero no pudo hacer nada por mí. En la celda estaba Victoriano Rodríguez.

—Pero…, ¿usted también, mi capitán?

—Sí, hijo, sí. Ya no estarás solo.

Y ni él ni yo pudimos medir entonces hasta qué punto habían de ser ciertas estas palabras.

A los pocos minutos se personó en la celda un centinela: «Prepárese para trabajar». ¡Qué tozudez! Habían llegado las cosas demasiado lejos para que yo no estuviera dispuesto a que me arrastraran, si fuera preciso, hasta el sitio de trabajo. Pero aún allí, no habría fuerza humana capaz de doblegar mi voluntad.

Ante mi negativa, me llevaron a la celda de frío. Aunque el invierno no estaba muy avanzado, en aquella latitud, ya en octubre, le zumba el bolo. Comencé a corretear por la celda y a dar saltos para entrar en calor. Todo inútil. A los pocos minutos el frío me aplastaba como si una losa hubiera caído sobre mí, privándome de todo movimiento. Si el encierro en aquella celda hubiera sido un año atrás, antes de mi recuperación en el campo de reposo, mi organismo no hubiera resistido dos horas aquel tormento. Me acurruqué como un ovillo y esperé. No sé cuantas horas habrían transcurrido cuando abrieron la celda para entrarme la comida. Me acerqué a la puerta, pues estando abierta entraba por ella, aunque muy tenuemente, algo de calor. «No quiero comer», dije. El soldado se retiró y al poco regresó con el segundo jefe de

la M. W. D., el capitán Fedorof, el que durante el interrogatorio ya descrito «persuadió» al alemán… Me volvieron a pasar la marmita. Por señas dije que no comería y pedí un papel y un lápiz para escribir. Yo en aquel tiempo conocía el ruso lo suficiente para hacerme entender, pero siempre que podía evitaba hablarlo para diferenciarme de los «antifascistas» que daban cursos intensivos de la lengua de Lenin. Me trajeron el papel y escribí en castellano: «Declaro la huelga de hambre indefinida, como único medio de protesta de que dispongo contra la injusticia que se comete conmigo».

El capitán se llevó la nota para que la tradujeran. Mi decisión estaba tomada. A los rusos, que se muera un hombre o se mueran los del campamento entero, les da igual, pero no toleran que sean éstos quienes, por su voluntad, se dejen morir. Son expertos en propaganda. Mejor dicho, tienen la obsesión de la propaganda, y saben muy bien que la noticia de un suicidio por hambre corre como reguero de pólvora, se filtra de campamento en campamento, cruza las fronteras y produce, en todos cuantos la reciben, un sentimiento de horror y de piedad. Porque es muy distinto el suicidio en que una acción, ciega las más de las veces, pone fin a la vida de un golpe, sin posible rectificación, que no este procedimiento en que minuto tras minuto el cuerpo pide rectificar la actitud emprendida. Si la huelga de hambre se prolonga hasta la total consunción, es decir, hasta la muerte, ¿cuál no será el cuadro de esa vida de la que se quiere huir por tan difícil camino? Yo sabía muy bien que los rusos deseaban mi muerte, pero también sabía que no me dejarían morir por voluntad propia, y que para evitarlo, tendrían que sacarme de aquella celda, que, era, a fin de cuentas, lo único que yo pretendía. No tardé en comprobar el impacto producido por mi nota. Al poco rato regresó el capitán. Comenzó —¡buen síntoma!—, a gritar. Yo me senté haciéndome un ovillo como si quisiera dormir y aquello no fuera conmigo. Hasta que, cogiendo la marmita, se me acercó diciendo. «Le obligaré». De un salto me puse en pie y apreté los puños. Yo ya no era el muñeco de trapo de un año antes y estaba dispuesto a pelear.

—Inténtelo —dije.

El capitán, con su marmita en las manos, estaba ante mí, todo envuelto en su flamante uniforme, las piernas abiertas en aspa, amenazador. Yo, sin perder la serenidad, pero dispuesto a todo, esperándole a pie firme.

El capitán comprendió que habría lucha, que me mataría quizás aunque no tan fácilmente pero sobre todo, que no comería.

Se retiró dando un portazo que hizo vibrar las paredes de la celda, no sin antes dejar la marmita sobre el suelo para prolongar la tentación.

No recuerdo el nombre de aquel santo fraile de la antigüedad que, encerrado en su cueva de penitencia, recibía de noche la visita de bellísimas mujeres que acudían a tentarle. El fraile agarró unas brasas ardiendo con las manos para que el dolor fuera

más fuerte que la tentación y así poder vencerla… La marmita fue para mí como las mujeres aquellas para el santo anacoreta; pero no tenía brasas al alcance de mi mano para vencer la tentación. Todo mi cuerpo me pedía a gritos aquel regalo. El olfato se me afinó y el no mirarla ya no era suficiente para olvidar su presencia a dos pasos de mí. «El espíritu está preso, pero la carne es débil…». Todos mis instintos y mis sentidos me inclinaban hacia ella. Mi voluntad estaba sola (nunca lo estuvo tanto) para oponerse a la tentación. Pero venció. Y no comí.

A medianoche, la puerta de la celda se entreabrió suavemente. Victoriano Rodríguez había logrado, qué sé yo cómo, salirse de la suya y venía a ofrecerme su propia marmita de comida:

—¡Pero, Victoriano! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Se llevó un dedo a la boca pidiendo silencio.

—Cómala usted, mi capitán, que ahora no le ve nadie…

—Me veo yo mismo. Llévatela…

—Pero…

—Llévatela…

Se fue muy triste porque había rechazado su regalo, pues él se había privado de la cena para que yo pudiera comer…

Pasé toda la noche, y el día siguiente y la noche después, aterido, hambriento, notando cómo se retiraban dentro de mí, como un ejército acosado, todas mis fuerzas. Al tercer día me interrogaron. Volví a la celda y dos veces más, siempre por las mañanas, me mandaron llamar.

Por ya conocidas, omito las amenazas de rigor. Además, ¿qué importancia podían tener, en aquellas circunstancias, las amenazas? Sólo servían para confirmarme la irritación que les producía verse obligados a enterrarme, o a ceder.

La única consecuencia inmediata de los tres interrogatorios fue el agotamiento que me produjeron. Al último ya no pude sostenerme y, por muchos esfuerzos que hice, apenas pude contestar ni mantenerme en pie. Volví a la celda y, a media tarde, volvieron a llamarme, pero esta vez nada menos que ante el coronel Kasianensko, el *lacharni uprablenia*, jefe no ya de nuestro campo, sino de todos los que como un cinturón de alambradas rodeaban la ciudad de Jarkof.

Estaba el coronel acompañado por cinco comandantes: Su Estado Mayor. En un rincón, con su bata blanca, el médico del campo, y, junto a él el eternamente irritado Luwin, mi acusador. Como intérprete me pusieron a José María González. Kasianensko me interrogó. No era fácil mi posición. Cualquier argumento en mi defensa equivalía a una acusación contra Luwin, allí presente, que me fulminaba con los ojos. Estoy seguro que estaba pasando peor rato que yo. Además, cuando se viven momentos de gran tensión como aquél, surge un instinto especial de lo más hondo de la naturaleza, que es más penetrante que la propia inteligencia y capaz de leer con

claridad los pensamientos de los demás. Y aquel instinto, aquel radar de la desesperación, me decía que en aquel momento aquel médico ruso que me miraba fríamente, y aquellos comandantes que formaban el Estado Mayor de Kasianensko, y el propio Kasianensko también, en el fondo de sus conciencias, aprobaban mi actitud. Empecé a declarar. Lo hice muy despacio dejando lugar a José María González para que me tradujera con la mayor exactitud.

—He declarado la huelga de hambre como protesta por haber sido encerrado en la cárcel fría. He sido encerrado en la cárcel fría por haberme negado a realizar trabajos forzados. Me he negado a realizar trabajos forzados porque la Convención Internacional de Ginebra, suscrita por la Unión Soviética, dice que los oficiales prisioneros de guerra no serán obligados a trabajar más que en caso de incendio, epidemia o inundación.

José María González tradujo mis palabras con la mayor puntualidad.

Kasianensko escuchó la traducción con marcado interés. Meditó unos momentos, y preguntó:

—¿Cuántos días lleva usted sin comer?…

—Tres días. Y no lo volveré a hacer mientras no sea puesto en libertad.

El *lacharni uprablenia* se volvió entonces a Luwin, y·alzando un dedo y moviéndolo muy enérgico, dijo algo que no entendí, pero que debía ser su resolución final, pues todos dejaron sus puestos como para marcharse.

—Tradúceme —dije a González.

—El coronel ha dicho que se le ponga inmediatamente en libertad y que en la cocina le entreguen a usted la comida completa de los tres días que ha estado sin comer…

Me puse en pie.

—Por favor, quiero hablar.

Todos, que estaban, como digo, a punto de retirarse, se detuvieron, y Kasianensko hizo un gesto, concediéndome la palabra.

—Estos incidentes se han repetido mil veces y se volverán a repetir mientras el mando ruso no retire su protección a un grupo de traidores que conviven entre nosotros. El campamento está dividido en dos bandos: de un lado, los que lucharon lealmente y fueron cogidos prisioneros de guerra; del otro, los desertores, que fueron traidores a su patria y a su uniforme. Entre ambos hay entablada una lucha sorda, alentada y encendida por los propios jefes de campo. Si no se pone fin a ella, no respondo de las consecuencias que puedan sobrevenir. Puede correr sangre…

El coronel Luwin echaba fuego por los ojos. Yo estaba plenamente consciente de la extraordinaria gravedad de lo que decía, pero me alentaba la evidencia de que aquellos hombres sabían que yo tenía razón y que, en el fondo, les gustaba mi actitud.

(Esta intuición mía ha sido después confirmada por numerosas cartas, que los

repatriados alemanes o austríacos enviaron al Gobierno español. Hay una, firmada por el comandante Conte Chorinsky, dirigida al ministro del Ejército y fechada en octubre de 1953 en Strassoldogase I. Graz, Austria, que confirma esta curiosa actitud de los rusos para con algunos de nosotros. En uno de sus párrafos dice así: «Este capitán es respetado y querido por todos los prisioneros de cada país, *y también temido por los rusos debido a su firme actitud*. Nosotros le hemos dado el sobrenombre de “el último caballero sin miedo y sin tacha…”»).

Debido a este respeto, pues de otro modo no es comprensible, no me hicieron tragar mis propias palabras. Salí del despacho, ya en libertad. Acompañado de los más fieles que acudieron a abrazarme, me trasladé a los comedores, donde comí con mucha prudencia, pues nada hay tan doloroso como la reanudación de todas las funciones digestivas después de un ayuno prolongado y total. Las raciones de los días anteriores, las cogí y las llevé a la cárcel, para el pobre Victoriano Rodríguez, que días antes tan generosamente había querido cederme su marmita.

Capítulo XV

LA CÁRCEL DE CATALINA

¡Qué diferencia la de los días que siguieron a mi liberación de la cárcel de frío! La noticia del fallo a mi favor pronunciado por el *lacharni uprablenia*, produjo, como inmediata consecuencia, un trato mejor, una mayor afabilidad y consideración por parte de los subalternos, hasta un respeto mayor… Las tiranías no son nunca tan arbitrarias por parte del tirano, como por parte de los súbditos pendientes del ceño o de la sonrisa de César para volcar su ira, o su adulación, sobre el motivo de las augustas reacciones. Por unas semanas creíamos que la tormenta había pasado, y hasta nos abandonamos a un leve optimismo, bienhechor para nuestros cansados organismos como la mejor de las medicinas. Pero no había de durar mucho. El trato de nuestros sicarios ha sido mil veces comparado con la pesca del salmón al que, una vez agarrado con el anzuelo, tan pronto se le da cuerda engañándole con una posible libertad, como se le tira acercándole al pescador para volverle a soltar de nuevo, jugando cruelmente con él entre los opuestos polos de la fuga y lo irremediable.

La Navidad —nuestra quinta Navidad soviética— estaba ya en puertas con su infinita melancolía. Para engañar la tristeza y celebrar con villancicos la Nochebuena, nos hicimos con unas guitarras; en estos preparativos andábamos cuando Rosaleny, Castillo y yo fuimos encerrados sin explicación alguna, en la cárcel del campamento. Seis días después, última noche del año, mientras el campo celebraba la Noche Vieja nos sacaron de allí y nos subieron a un camión. Con nosotros se llevaron también a Victoriano Rodríguez. En un silencio patético, pues toda nuestra atención estaba pendiente de los menores gestos y palabras de nuestros acompañantes, iniciamos el traslado. Nos acompañaban el capitán Fedorof, un cabo y cinco soldados con fusiles de asalto. Nos montaron en la trasera del camión, y salimos para siempre del campo de Jarkof. Un pequeño grupo de soldados españoles y oficiales, a pie firme sobre la nieve, muy pálidos y en silencio, nos miraban marchar. Allí quedaban el capitán Oroquieta, el teniente Altura… y el recuerdo de los últimos años vividos por el teniente Molero. En muchos años, a la mayoría de ellos, no les volveríamos a ver.

Salió el camión del campamento y enfocó hacia la ciudad. ¿Adónde iríamos? Calle tras calle, atravesamos barrios inmensos y vacíos. Jarkof tiene más de un millón de habitantes. Ni un alma en sus aceras, ni una luz en sus casas, a pesar de la festividad de Fin de Año… El alférez Castillo quiso asomarse un poco por mirar una calle lateral y sintió el ametrallador del cabo apretado sobre sus riñones.

—¡Atrás!

Aquello tenía mal cariz. Sentados, pues, en la caja del camión, no veíamos más que el trozo de carretera que íbamos rebasando. Llegamos a la Plaza Mayor de Jarkof. Un pino inmenso, un gigantesco árbol de Noel, adornado con centenares de lucecitas de colores era el único testigo que celebraba la entrada del año 1949. En su torno no había nadie. Sentí un escalofrío recorriéndome la médula. En aquella plaza misma, junto a aquel árbol gigantesco, colgaban meses antes los cuerpos sin vida de los alemanes ejecutados en Jarkof. ¿Adónde iríamos?

Minutos después, el camión se detuvo. El capitán Fedorof saltó a tierra, y le oímos hablar con alguien. Las armas de los guardianes se apoyaban en nuestra espalda. Al fin el roce de unos cerrojos al descorrerse, la vibración levísima de una puerta de hierro al abrirse y el camión se puso en marcha lentamente. Atravesamos una gruesa muralla de ladrillo rojo, las puertas volvieron a cerrarse tras nosotros, y la presión de las armas en la espalda se relajó. El camión se detuvo. Nos hicieron bajar. Estábamos en un patio inmenso, todo cubierto de nieve, que separaba las gruesas murallas bordeadas de garitas de un mazacote edificio ennegrecido. Nos empujaron hacia él. Una nueva puerta de hierro, como un rastrillo medieval, nos cerraba el paso. Fedorof, a través de las verjas, enseñó la documentación y las pesadas puertas se abrieron. No habíamos andado cien pasos cuando un nuevo rastrillo tuvo que ser abierto, previa idéntica ceremonia para dejarnos pasar…

Al fin penetramos en una oficina donde el oficial de guardia nos tomó las huellas dactilares. Acto seguido las comparó con las que venían en nuestra documentación. Las dio por buenas, firmó a Fedorof un recibí de la humana mercancía y éste, cumplida ya su misión, nos abandonó. ¡Cuánta ceremonia! Pasamos a una habitación en la que, por el suelo, había montañas de pastillas usadas de jabón, peines, brochas de afeitar, cepillos de dientes, en alborotada promiscuidad.

—Desnúdense…

—¿Qué?

—Desnúdense…

Hacía frío. Era el 1.º de enero y nosotros veníamos bien protegidos por ropa enguatada de bastante calidad, que, justo antes de salir, nos habían dado en el campamento.

Nos desnudamos, dejando en el suelo la ropa. Vaciaron todo cuanto teníamos. Tiraron peines, brochas, cepillos de dientes al montón de sus congéneres, menos las pastillas de jabón, que fueron descuartizadas por si guardábamos en ellas los diamantes del Aga Khan o, al menos, una lima. Después, con minuciosidad de traperos, palparon la ropa, revisaron las costuras y, al fin, cuando creímos que las iban a devolver, empezaron con nosotros la revisión corporal. Nos miraron la boca con todo detenimiento, las axilas, el pelo… y hasta nos obligaron a hacer humillantes flexiones de piernas por si guardábamos algo en los más insólitos escondrijos.

Al fin nos permitieron vestir, no sin antes quitarnos las cadenas y medallas religiosas que llevábamos al cuello. Yo tenía una de plata, de la Virgen de África, que me regaló antes de salir para Rusia una buena amiga mía. Me dieron —nos dieron— un recibo, del que se hablará en su día… Por último, nos llevaron, cruzando nuevos rastrillos y galerías, a la celda número ciento once de la planta primera. Mientras descorrían los cerrojos miramos nuestro escenario. Todas las galerías de aquella parte limitaban, de un lado, con las celdas y del otro con un hueco inmenso a través del que se veían los pisos superiores, con idéntica distribución de celdas y galerías. Todo estaba limpio y ordenado. Abrieron la puerta del ciento once y nos encerraron tras ella. Nos miramos unos a otros en silencio. Castillo se encogió de hombros, como diciendo: «¿Y ahora?». Rodríguez suspiró: «¡Ya estamos!». La celda tenía cuatro metros por dos. El hueco, muy grande, de la ventana había sido tapiado y sólo por su parte superior dejaba un espacio, inaccesible a las vistas, para luz y ventilación. La puerta era hermética, y sólo tenía un ventanuco del tamaño de un duro, por donde los centinelas podían mirar al interior… Adosadas a la pared, tres camas abatibles de madera (nosotros éramos cuatro). La pared, de ladrillo rojo. Un taburete en el suelo y, del techo, una luz permanentemente encendida, que no podíamos apagar.

—Ésta es la cárcel de Catalina la Grande —dije—. *Turmá* número 1 de Jarkof…

(En los campamentos los presos conocíamos de referencia todas las cárceles de la localidad, como los estudiantes conocen la existencia de los museos aunque no los hayan visitado).

En Jarkof, aparte los campos de concentración que rodean, como una corona de espinas, la ciudad, existen tres cárceles para la población civil, abarrotadas hasta los topes, con una población penal superior a los cálculos más previsores de capacidad… La *Turmá* número 1, en la que estábamos; la *Perisilka* o cárcel estación donde se recluye al número fabuloso de presos que son trasladados de una a otra prisión de Rusia, de uno a otro campamento de trabajos forzados, en los vagones cárceles; la *Lacharni-Cosky*, de presos políticos especiales, de increíble rigor… Entre las tres, y sin contar los prisioneros de guerra de los campamentos, albergan 18 000 presos, todos rusos, salvo rarísimas excepciones como la nuestra. Es decir, que la población penal de una sola ciudad como Jarkof, de un millón de habitantes, excede a la total de España, con veintiocho… Hizo bien Joaquín Calvo Sotelo al bautizar la U. R. S. S. como «la cárcel infinita»…

El «Campesino», en sus «Memorias», calcula en treinta y siete millones el número de presos en los campos de concentración y cárceles de la Unión Soviética. Es muy difícil alcanzar una cifra exacta y hasta dudo que la M. W. D. pudiera darla. Yo he mantenido conversaciones sobre este tema apasionante con generales alemanes e italianos, con presos rusos, con mis propios compañeros, con los guardianes incluso y centinelas de nuestros propios campos y cárceles y siempre hemos cifrado el

número de presos por encima de los veinticinco millones y por debajo de los cuarenta. Pueden subdividirse en varios apartados: 1.º Los presos políticos, médicos, ingenieros, militares, profesores, obreros, campesinos, etcétera, acusados por desviacionismo. 2.º Los *blatnois* o bandidos que en patrullas armadas y en cantidades numerosísimas, a lo largo de la inmensa geografía soviética, roban ganado, asaltan aldeas, violan mujeres y asesinan para robar. 3.º Los *banderas*[8], maquis o guerrilleros políticos, que tienen sus cuarteles en los bosques de Ucrania y Bielorrusia. Esta población penal alienta en condiciones infrahumanas, prácticamente idénticas a las vividas por nosotros y a estas alturas parcialmente descritas. Con su trabajo se explotan minas, se sierran los bosques, se construyen pantanos, se tienden puentes, etc. Con ellos he convivido en varias celdas y los españoles en múltiples campos, como se verá en su momento. Son los verdaderos esclavos de nuestro siglo y constituyen el subfondo social de la U. R. S. S.

Al día siguiente, al toque de diana, nos hicieron levantar. Un centinela plegó sobre la pared las camas abatibles, inmovilizándolas en esta posición con un cerrojo para que no fueran utilizadas, y dejando sólo una en posición horizontal para tenerla de asiento. Al poco rato, en fila india, en silencio y las manos a la espalda, nos llevaron a los lavabos. Al doblar un recodo oímos unos pasos que se acercaban. El centinela nos puso de cara a la pared, para que no viéramos al grupo de presos que se iban a cruzar con nosotros, y así estuvimos hasta que nos rebasaron y los pasos se perdieron galería arriba. Esta escena se repitió centenares de veces a lo largo de los diez meses y nueve días que estuvimos en la cárcel de Catalina. El grupo que se detenía y ocultaba su rostro, era siempre el menor. Cuando, meses después, yo fui separado de mis compañeros españoles y encerrado con rusos en sus celdas, me crucé alguna vez con mis amigos, de espaldas, cara a la pared, las manos unidas, sin poder mediar palabra ni cruzar con ellos una mirada de aliento o amistad…

Por las tardes, todos los días, durante veinte minutos, nos sacaban de paseo por el interior de un patio. Nos vigilaban mujeres centinelas. Las mujeres son siempre mujeres, aunque sean rusas, y allá lejos, bajo el flamante uniforme militar, tras la estrella de cinco puntas colgada del pecho, late a veces un corazón sensible al piropo y al halago. Una se llamaba Katia, otra Luzmila, otra Olga, muy bonita, con su pasamontañas ceñido sobre el rostro. Pero la intimidad no pasaba nunca de una mirada furtiva, un piropo bien dicho o una leve sonrisa…

El resto del día hablábamos, hablábamos hasta el cansancio para evitar que el pensamiento se centrara obseso sobre el motivo de nuestra estancia en la cárcel de Catalina, separados del resto de los prisioneros de guerra.

Hablaba Rosaleny, de Granada, su tierra natal, con tal poder evocador y dotes descriptivas que hasta conseguíamos ver y oler con la fantasía la rosa negra de Bulgaria, que aseguraba se cultiva en los jardines del Generalife. Hablaba Castillo, de

Sevilla, y de sus barrios pequeños y misteriosos, blancos de día y azules de noche por el juego de la luna sobre la cal. Hablaba Victoriano Rodríguez de sus viajes como arriero, transportando fruta entre Barcarrota y Badajoz, y de sus tres borricos, el «Periquillo», el «Malagueño» y el «Cordobés», grandes amigos nuestros al cabo de los días, por serlo de nuestro amigo. Y yo, echando un cuarto a espadas, hablaba también, aunque con malicia como ahora se verá: Hablaba de Historia: de los descubridores y conquistadores españoles, de los Tercios de Italia y de Flandes, de las bravuconadas de nuestros grandes capitanes, valientes como leones y corteses como príncipes de real sangre. Describía sus acciones hermosas como poemas y sus frases cortantes como espadas. Sin decirlo, todos pensaban: «¡Quién hubiera vivido aquellos días!» y sin meditarlo, todos reaccionaban: «¿Es que éstos que vivimos hoy no pueden acaso dar lugar para tantos o mayores sacrificios?». Mis temas fueron siempre una especie de ejercicios espirituales del soldado, sin otro fin que mantener tensa la moral, para lo que pudiera ocurrir… Y así, cuando el momento llegó, estuvimos prestos, ejercitados: a punto.

Una tarde, a primeros del mes de febrero, Olga nos trajo una cuartilla impresa a cada uno. Estaba sellada por el tribunal militar, y en ella se nos comunicaba que en muy breves días seríamos juzgados como reos de sabotaje y agitación política. Nuestra permanencia en la cárcel quedaba aclarada.

Llamé a un centinela.

—¡*Disyurne*!

Éste se aproximó al ventanuco de la puerta.

—Quiero lápiz y papel —le dije— para preparar mi defensa.

Se fue y al poco rato regresó:

—*Lacharni turma escasal eto ni lisia*…: Dice el jefe de la cárcel que esto no está permitido…

Leí con detenimiento mis acusaciones, y las de todos mis compañeros. En un rincón de la celda, vuelto hacia la pared, pretendí abstraerme para meditar. La bullanga de los días anteriores había desaparecido. Cada uno se encerraba con sus propios pensamientos, y los más negros presagios se abatían sobre todos. Aquello no era ya una declaración, como las cientos y cientos que en distintas ocasiones habíamos sufrido: era un proceso legal ante un tribunal militar. Durante tres días fui preparando nuestra defensa. Nadie conocía precedentes de poder solicitar los servicios de un defensor, y yo no estaba dispuesto a ser condenado sin hacerme oír… La prepararía, pues, yo mismo. Una sola cosa me abatía. De toda aquella farsa que se preparaba, lo de menos, lo secundario, eran los nombres de los acusados. Lo más importante era que estos acusados eran oficiales españoles y que, por ellos y en ellos, se juzgaría a España. Si al principio este pensamiento me abatió, después fue mi mejor confortante. España quedaría bien. «Lo juro». Me lo juré ante Dios y ante mi

honor…

El 8 de febrero, a las cinco de la mañana, nos despertaron, afeitaron y vistieron. «Hoy es el día», dijeron. Apenas nos hablamos y confieso que, por primera vez, en aquel momento sentí cómo el corazón se agitaba en su caja mortal. Eran los efectos del madrugón. Me encomendé a Dios. «Que sea, Señor, tu voluntad…».

En la oficina del *lacharni*, tres o cuatro mujeres rusas, de diversa edad, y otros tantos hombres, esperaban turno para ser trasladados como nosotros al tribunal. Eran los primeros presos civiles rusos con quienes tropezábamos y su presencia era interesante. Hablamos con ellos. Victoriano Rodríguez, el antiguo arriero, era ya entonces un políglota excelente y nos sirvió de mediador. Las mujeres, muy pobremente vestidas, llevaban la cabeza cubierta con toquillas. Los hombres parecían carreteros o peones de ínfima extracción. Al fin, tras el examen y el registro de rigor —huellas digitales, comprobación de las mismas con las que obraban en el archivo, etc.—, nos metieron a todos en un coche celular y partimos rumbo al tribunal. Allí, como primera medida, nos encerraron en un sótano. A las cuatro o cinco horas, nos separaron de los rusos empujándonos hacia una oscurísima escalera de caracol, por donde subimos casi a ciegas, al piso superior. Cruzamos unas galerías amplias y bien calentadas y, al fin, nos introdujeron en la sala de la audiencia. Era ésta muy modesta. Nada más distinto a nuestros tribunales con tapices, repujados, alfombras y ujieres de uniforme. En un extremo la mesa vacía del tribunal, de pino mal cortado, como si hubiera sido tallada a hachazos. Sobre ella una pésima litografía, muy grande, de Stalin, con la piel sonrosada y almibarada de las malas reproducciones contrastando con el exceso de tinta negra sobre sus bigotes tremendos. A la derecha del tribunal, una mesa para el intérprete. Delante de la presidencia, una o dos hileras de banquillos para los testigos, y, atrás, en un ángulo, la jaula para los acusados, con taburetes. Salvo los centinelas que montaron la guardia en torno nuestro, en la sala, cuando llegamos, no había más persona que el intérprete, que nos miró con incontenible curiosidad. Nos sentamos y esperamos. Los nervios de la mañana habían ya desaparecido. Todos estábamos serenos, conscientes del momento que vivíamos, pero sin la menor turbación. Por las ventanas veíamos caer la nieve. Caía sin violencia, suave, lenta, interminablemente. Eran las diez de la mañana cuando, al fin, se abrió una puerta y entró el tribunal. Todos eran militares: cuatro hombres y una mujer. Ésta era grande, feísima y basta. Nos pusimos en pie. El presidente —capitán de Justicia Pujof— traía bajo el brazo, encuadernados, los 280 folios del expediente.

—Si no tienen ustedes inconveniente, nos servirá de traductor —dijo Pujof marcando la cortesía— el español Ernesto Rafales.

—Siempre que traduzca con exactitud —dije.

—Así lo hará —respondió Pujof mirándome a la cara.

Acto seguido, el presidente leyó un impreso que decía aproximadamente así: «Yo,

Ernesto Rafales, me comprometo a traducir con la mayor fidelidad, tanto las palabras del tribunal, como las de los testigos, como las de los acusados, incurriendo de lo contrario en las responsabilidades del artículo tal, del código tal de la Unión Soviética».

Rafales, después de traducirlo, se levantó y lo firmó. El presidente lo incluyó al final del expediente. Acto seguido y después de ordenar que nos sentáramos, abrió el libro y, deletreando con cuidado el nombre extranjero, dijo:

—¿Teodoro Palacios Cueto?

Tragué saliva y me puse en pie.

—Yo soy.

CAPÍTULO XVI

EL TRIBUNAL MILITAR

A LAS DIEZ DE LA MAÑANA entró el tribunal. A las cuatro de la tarde sus miembros se ausentaron breves minutos de la sala para comer. A las dos de la madrugada Pujof, ojeroso y malhumorado, nos dijo: «El tribunal se encuentra cansado. Se suspende la vista hasta mañana».

Al día siguiente, 10 de febrero de 1949 —sexto aniversario del cautiverio—, a las cinco de la tarde, nos fue comunicada la sentencia.

La farsa que entre aquellas cuatro paredes se desarrolló es difícilmente superable. Con fría hipocresía, utilizando las cuatro o cinco formalidades rutinarias que no pudieran variar el curso de la prefijada sentencia, y prescindiendo de aquéllas que la pudieran variar, se camufló la ignominia bajo el sagrado manto de la justicia. Sin abogados defensores, sin exigir el trámite de la prueba, aceptando íntegramente las versiones de los testigos de cargo, rechazando de plano nuestros alegatos, sin poner a nuestra disposición testigos de descargo, Rusia puso al desnudo su desprecio a la verdad, la justicia y el pudor.

Uno tras otro —en sucesivos discursos cronometrados que sumaron cinco largas horas y once minutos de extensión— fui rechazando a todos los testigos que nos acusaban, probándoles la «enemistad manifiesta», que en todos los países del mundo es considerada como causa de inhabilidad…

Segovia, Montes, César Astor, el alférez X y varios más desfilaron ante nosotros, volcando baba y destilando veneno, mezclando verdades con mentiras, buscando frenéticos una sentencia capaz de saciar sus fracasos y su rencor…

Yo me había erigido, según ellos, en jefe «fascista» del campo; intentaba levantar a los soldados contra la disciplina de la U. R. S. S.; ejercía un poder hipnótico sobre los mentalmente débiles, y con trucos y procedimientos aprendidos en las escuelas fascistas conseguía sabotear cuantas decisiones e iniciativas tenía el mando ruso para mejorar la moral y el nivel de vida de los pobres soldados. En una ocasión había dicho, y ellos lo habían oído, que hacía mal Norteamérica en probar la bomba atómica sobre el atolón de Bikini, porque el mejor campo de experimentación era el territorio soviético, que debía ser arrasado por la potencia nuclear recién descubierta… En otra ocasión me había dirigido a un soldado de los grupos leales a Rusia y señalándole a una mendiga harapienta que pululaba en torno a las alambradas del campamento de Jarkof, le había preguntado: «Fulano, ¿te gustaría ver así a tu madre?». «Antes querría verla muerta», dijo el soldado. A lo que yo respondí: «Pues

esto es la consecuencia del comunismo…». En otra ocasión, a unos soldados que trabajaban en el campamento, cavando, les había aconsejado que no se agotaran, pues al regresar a España, Franco les necesitaba fuertes. En cuantas ocasiones pudiera, yo intervenía, en fin, para encender una especie de guerra civil en el campamento, por ambición de mando y odio a la U. R. S. S.

(Yo, entretanto, iba tomando nota de todas las acusaciones. Lo de la bomba atómica no era cierto y lo de la mendiga tampoco. La frase de la mendiga pertenecía al capitán Oroquieta, y mi única intervención fue felicitar a éste cuando me la contaron, pues me pareció excelente. Pero de esto no pensaba excusarme, pues sería tanto como aumentar inútilmente, con una víctima más, el número de los procesados).

Tras cada declaración, yo me ponía en pie.

—En todos los países del mundo existen causas legales de inhabilidad para ejercer el cargo de testigo. Una de ellas es la enemistad manifiesta. Yo acuso al testigo de cargo, cuya declaración acabáis de oír, de ser enemigo personal de todos nosotros y de haber mentido cuando señaló que sus relaciones conmigo y mis compañeros son cordiales. Muy por el contrario: el testigo es desertor del Ejército. Su presencia en la U. R. S. S. no se debe a haber sido cogido prisionero, como nosotros, sino a haberse pasado por el frente abandonando sus posiciones militares. Preguntádselo a él, pues en eso basa su mayor timbre de orgullo. Pues bien. Esta hazaña que servirá, sin duda, para reivindicarle políticamente ante las autoridades soviéticas, nadie puede creer que sirva también para granjearle la amistad de quienes le hemos considerado siempre como traidor; como traidor le hemos tratado públicamente y como traidor le calificamos aquí, nosotros, sus oficiales. Por este motivo, tan evidente, de manifiesta enemistad, yo pido solemnemente que sea desechado el testigo por este tribunal en nombre de la justicia…

El presidente, a cada intervención mía de este género, cambiaba cínicamente impresiones con el tribunal y, una y otra vez, repetía:

—Nosotros lo consideramos idóneo, y aceptamos su declaración. Prosiga el acusado con su defensa.

Me defendí, pues, como pude. Acepté lo que era cierto, rechacé (salvo la anécdota de la mendiga) cuanto era falso, y reservé las consideraciones más graves para un discurso final, que iba tomando cuerpo dentro de mí a medida que el proceso avanzaba.

Entre los testigos de cargo estaba José María González. Cuando vi entrar a este último, sentí una congoja en el pecho. ¿Es posible, me dije, que este muchacho vaya a declarar contra mí? No podía dar crédito a mis ojos. Era el mismo que meses antes había dicho ante el mayor Chorne aquella frase tan valiente y hermosa: «Tengo una mancha y la lavo como puedo…». Al entrar nos miró, y no supe distinguir si lo que había en aquella mirada era compasión o angustia, o arrepentimiento. Le tomaron su

nombre, y tras exigirle declaración (la única cierta hasta entonces) de «cordiales relaciones», le cedieron la palabra.

—No tengo nada que declarar —dijo.

—Sin embargo, ha sido citado como testigo de cargo…

—No sé quién me habrá citado para eso. Yo no lo he pedido…

La situación era embarazosa. Comenzaron entonces a preguntarle si eran ciertas las acusaciones lanzadas por los que le precedieron, y a todas contestó que no. Es preciso decir aquí, que los testigos, a medida que terminaban su declaración, no se ausentaban, sino que permanecían allí, en los bancos, presenciando la intervención de los demás. De modo que José María González negó delante de los acusadores, acusándoles a su vez de falsarios. En medio de tanta inmundicia como la que estaba allí reunida, era un descanso para la vista y para el oído, era un sedante para los que creemos en las elementales nociones del bien y del mal, la presencia de este valiente, honesto, magnífico soldado. Recordé, al verle, los versos de nuestro clásico:

La experiencia yo ya hice.
Dicen mal del capitán…
y matan a quien lo dice…

Él estaba dispuesto a matar y a morir, con tal de no traicionar su conciencia de hombre de bien. La presencia de un abogado defensor no estaba prevista en nuestro proceso. Los españoles, dicen, lo improvisamos todo. Pues hasta la defensa de un tercero fue improvisada, magníficamente improvisada, gracias a él.

Su intervención fue un obstáculo muy serio para los acusadores, y los últimos testigos, avisados sin duda del tropiezo, redoblaron el ímpetu de su rencor, agravando las acusaciones y aumentándolas cínicamente. La declaración de uno de ellos, cuyo nombre no quiero dar, por no cargar sobre sus solas espaldas la dureza de alguna de mis expresiones, me dio la pauta para iniciar la contraofensiva. Cuando hubo terminado su tremenda acusación iniciada, como todas, con la manifestación de que sus relaciones con nosotros eran muy cordiales, tomé la palabra y pedí permiso al tribunal para interrogar al testigo. Se me concedió.

—¿Es cierto —le dije— que en el campo de Jarkof el alférez Castillo le abofeteó a usted?

—En mi acusación consta que fui injusta y cobardemente agredido… por él.

—¿De modo que es cierto que le abofeteó?

—Sí.

—¿Y mantiene usted con él, desde entonces, relaciones… «cordiales»?

Titubeó.

—Sí.

—En una de las acusaciones contra uno de mis compañeros, se ha dicho que él le

llamó a usted «Hijo de Tal»… ¿Es eso cierto?

Un gran rumor se extendió entre los presentes.

—Sí. Es cierto…

—¿Y sigue usted manteniendo con él «cordiales relaciones»…?

Un enorme silencio siguió a esta pregunta. Él estaba en pie; parecía mi acusado y yo su fiscal. Si respondía que no, equivalía a aceptar la enemistad, y en este caso, su acusación sería anulada. Al fin respondió:

—Sí. Mis relaciones con él siguen siendo cordiales…

Me volví a la sala, a mis compañeros, al intérprete, al presidente, y señalando al testigo con las dos manos, dije lleno de desprecio:

—¡Éste es el hombre!

El silencio que se produjo fue más expresivo que cualquier alboroto. El impacto producido era evidente. Proseguí:

—No pido, pues, por causa de enemistad, que sea rechazado el testigo, pues es una honra que quienes nos acusan sean hombres de una calaña moral como la demostrada. Quiero, sin embargo, hacer una objeción a su verdadera identidad. El auténtico nombre del testigo no es el que figura aquí en el expediente…

Probablemente yo era el único, o, al menos, me contaba entre los muy pocos que sabían esto. Es el caso que, recién cogido prisionero, seis años atrás, en la primera declaración a que fuimos sometidos, este individuo me confesó haber dado un nombre falso, porque la víspera había radiado, desde el frente de guerra, unos versos que había escrito contra Rusia. Tenía miedo (el miedo fue siempre su único motor vital) de que los rusos reconocieran en él al famoso poeta antisoviético, y, por esta razón, se cambió de nombre. Yo, pasado tanto tiempo, no sabía bien si el nombre utilizado en la actualidad era el verdadero o el falso que dio al ser hecho prisionero.

El presidente se interesó mucho por este cambio de nombre, y mandó anotar cuidadosamente cuanto decía.

—¿Cuál es el nombre que dio en aquella declaración?

—No lo recuerdo con exactitud, pero era uno de estos dos: o Nicasio o Narciso…

—¿Y cuál cree usted que es el verdadero…?

—No lo sé —respondí—. Nicasio… Narciso… Aunque me inclino por el segundo, pues tiene mucho más de Narciso que de Nicasio…

Fue tan inesperado el juego de palabras, que una gran carcajada entre los españoles rompió la tensión, y hasta el intérprete, que estaba bebiendo agua, se atragantó y no pudo traducir del ataque de tos y de risa que aquello le provocó. Mi acusador seguía, como un autómata, sentándose y levantándose, corridísimo…

—*Chivó, Chivó*… —dijo el presidente—. ¿Qué ha dicho?, ¿qué ha dicho…?

El intérprete se lo tradujo como pudo. Y sobre aquel fondo de carcajadas y risas y rumores, inicié el discurso más serio de toda mi vida.

—Señor presidente…

Pujof golpeó la mesa pidiendo silencio, mandó sentarse al testigo acusador, se arrellanó en su silla y escuchó:

—Señor presidente… Yo no soy el creador, como aquí se ha dicho, de un grupo fascista, ni me he erigido en jefe de un pelotón de rebeldes. Me he limitado a mantenerme en mi puesto y ser fiel a mis obligaciones. Para mantener el mando y el cuidado de los soldados, para defenderles contra los abusos de los jefes de campo, y de los engaños y las insidias de los que aquí nos han acusado hoy, sólo he precisado no degradarme voluntariamente, como otros han hecho. Sólo he precisado seguir siendo, en los días amargos, lo que fui en los menos duros. Porque yo no he dejado nunca de ser «su» capitán y mis soldados no han dejado nunca de ser «mis» soldados. Por eso yo he mantenido mi obligación de velar por ellos. Y, en efecto, cuando les veía depauperados y agotados y hambrientos, les decía que no abusaran de sus fuerzas, pues eran muchos los que habían muerto por hacerlo, y a su regreso a España debían estar fuertes. La frase de que he sido acusado es cierta; pero yo ruego al tribunal que considere, e incluso que investigue, las condiciones inhumanas, incivilizadas, crueles, en que se realizaban los trabajos en Jarkof. Yo ruego al tribunal que tenga en cuenta las condiciones en que fue pronunciada. Los soldados trabajaban de once a trece horas en la fábrica de trilladoras, y al regresar al campamento, para conseguir una ración extra de pútrida sopa, les brindaban la posibilidad de ganársela obligándoles a cavar en trabajos suplementarios. El desgaste producido en sus organismos por este exceso de trabajo, era grande y no podría nunca ser saldado con la mísera ración alimenticia que a cambio de ello les ofrecían. Y yo me pregunto: ¿no cumplía yo con mi deber al velar por su salud? De haber un delito en todo aquello, ¿de quién partía? ¿Del que pretendía dulcificar el abuso, o de quien abusaba sádicamente comerciando con el hambre de los prisioneros? Yo emplazo solemnemente a este tribunal a que declare aquel régimen como contrario a todas las leyes internacionales sobre el trato debido a los prisioneros de guerra, que no es otra nuestra condición, aunque en la práctica se confunda con la esclavitud.

Hice una pausa. El silencio era expectante, y, a pesar del cansancio de todos por las largas horas que llevábamos encerrados, se me escuchaba con enorme atención. Proseguí:

—He sido, también, acusado de hacer constante e ininterrumpida propaganda antisoviética. También reclamo la atención del tribunal sobre este extremo. Yo, en efecto, he salido siempre al paso de cuantas infamias han sido propaladas en folletos, periódicos murales o discursos contra mi patria, contra el Jefe del Estado español, contra el Ejército al que pertenezco. He convencido, en privado, a cuantos acudían a mí para buscar una orientación respecto a los equívocos de esta propaganda y, en público, he protestado ante los jefes de campo, y, por escrito, he denunciado a Moscú

estas prácticas indignas. Es decir, he mantenido siempre alzada la protesta contra la propaganda antiespañola que se realizaba y esto lo haré mientras tenga voz para gritar o aliento para mantenerme en pie. Ahora bien, ¿consideráis esta actitud como propaganda antisoviética? Pensadlo bien, porque al condenarme os acusáis a vosotros mismos. Yo no he realizado más política que la que me obligan las insignias de mi uniforme. Si vosotros lo consideráis política antisoviética, eso es cosa vuestra…

Quizá me excedí en el gesto despectivo que acompañó a la última frase. Un leve, inquietante rumor se extendió por la sala…

—No nos engañemos —continué—. No son prácticas fascistas, o propagandas antisoviéticas lo que os preocupa. Hoy estáis juzgando la lealtad a la patria, la fidelidad al Jefe, el respeto a las ordenanzas. Lo habéis camuflado todo bajo una falsa capa de agitación política, actividad delincuente y sabotaje. Pero sabed que lo que hoy juzgáis y vais a condenar son virtudes que en todos los países del mundo se ensalzan, y que en todos los países civilizados se respetan, incluso cuando adornan al enemigo.

«He sido acusado también de falta de lealtad a la U. R. S. S. No entiendo la acusación, no alcanzo el sentido, no acepto ese delito. Vosotros podréis exigir lealtad a vuestros ciudadanos, mas no a mí que no lo soy, ni estoy aquí por mi gusto. A mí no puede exigírseme otra lealtad que la que debo a mi patria. Mi conducta, nuestra conducta, es la que hubierais deseado, para poder enorgulleceros de ella, respecto a vuestros mejores jefes y oficiales prisioneros en Alemania…

»Pero no quiero terminar, sin insistir una vez más en el repudio global de los testigos de cargo que nos habéis traído para acusarnos, como lo hice recusando uno por uno a todos ellos por "manifiesta enemistad". Azuzados por el hambre y las amenazas, los débiles, los traidores, los desertores quisieron congraciarse con vosotros para mejorar su suerte. En esto también se equivocaron: creyeron que en Rusia a los perros los ataban con longanizas y se encontraron con que los metían dentro de las alambradas. Habéis jugado con ellos, desde entonces, explotando las condiciones más miserables del ser humano. Primero exigisteis la traición a los suyos para ganarse una sopa misérrima; después, les prometisteis la libertad a cambio de la renuncia a su nacionalidad: les prometisteis ser hombres, a cambio de romper con sus madres y con su tierra. ¿Dónde está la libertad que les prometisteis a cambio de aquella firma infamante? Ni uno de ellos la ha alcanzado. Comprometidos con vosotros, para que no renunciéis al cumplimiento de lo pactado; desligados de nosotros porque fuimos más fuertes que ellos, les ofrecéis ahora el oro y el moro, a cambio de colaborar en la farsa que aquí se está representando. Habéis especulado con su hambre, habéis especulado con su libertad, ahora especuláis con su conducta infame.

(Nuevo rumor inquietante en la sala).

»Pero ¡tened cuidado! Estáis sentando un precedente histórico al que vosotros mismos os tendréis que atener. Y quién sabe si un día, vosotros mismos, los que me escucháis, seréis cogidos prisioneros y acusados por los desertores de vuestro propio Ejército… No os hagáis ilusiones: las guerras no han terminado…».

El rumor se extendió y alargó como un eco interminable bajo la tormenta. Cuando se hubo apagado aún permanecía en pie, jadeante, mirando al tribunal, al intérprete, a los testigos, que me miraban asombrados, en silencio.

De lo demás que ocurrió en mi torno no puedo precisar los detalles. Llevábamos veintiuna horas levantados, en ayunas, y el cansancio y la tensión me mantenían en estado medio hipnótico. Sólo recuerdo las voces de Castillo y Rosaleny, declarando como leones, más preocupados, en su generosidad, de defenderme que de defenderse.

El presidente del tribunal, en pie, nos leyó la tremenda sentencia. Minutos antes, durante la breve espera producida por la última y definitiva deliberación del tribunal, Ernesto Rafales, el comunista exilado que nos servía de intérprete, nos había mirado con un no sé qué de aliento en su gesto: «No os desaniméis. Vuestra defensa ha convencido al tribunal», parecía querer decirnos…

Pujof deletreó nuestros nombres. El teniente Francisco Rosaleny, el alférez José del Castillo Montoto, Victoriano Rodríguez y yo, condenados a muerte. Mas estando abolida la pena capital, y en sustitución de la misma, a veinticinco años de reclusión en campos de trabajo. Si lo deseábamos podíamos entablar recurso de casación ante el Tribunal Supremo de Kiew.

Seguimos en pie durante un rato sin saber reaccionar. ¿Qué nueva trampa era aquélla de la abolición ¡en la U. R. S. S.! de la pena de muerte? ¿Habrían dicho lo mismo —tres meses antes— a los alemanes ahorcados en la Plaza Mayor de Jarkof? Pero esta vez mis temores carecían de fundamento. Por aquellos días había ocurrido un hecho trascendental. Los largos procesos que los tribunales militares soviéticos tenían entre manos, para juzgar los casos de traición, o de colaboración de la población civil rusa con el enemigo, habían llegado a su fin. Ya no quedaba más que juzgar, condenar y ejecutar las sentencias. Pero he aquí que si se aplicaba la ley al pie de la letra, la población total de Ucrania, y la casi totalidad de las zonas que fueron invadidas por los alemanes, debía ser pasada por las armas, por evidente colaboracionismo con los alemanes. Después de la sangría de la guerra, esta nueva sangría de la posguerra podía ser gravísima, y la economía de las grandes zonas agrícolas e industriales se vería seriamente amenazada. Por otro lado, la mano de obra en los campos de concentración era más que necesaria para trabajar las minas, construir obras públicas, etc., y el Soviet Supremo decidió, como medida de urgencia, abolir la pena de muerte durante el tiempo necesario para que todos estos casos fueran juzgados, sustituyendo así una población premuerta, y por lo tanto inútil, por una población esclava, de gran utilidad.

Yo no lo sabía. No lo supe hasta entonces. Cerré los ojos. Me encerré en mí mismo y con el mayor fervor que pude di gracias a Dios: *Te Deum laudamus*…

Capítulo XVII

LA DELINCUENCIA EN LA U. R. S. S.

A la salida del tribunal, nos dieron una noticia que nos dejó aplanados: los españoles de Jarkof habían sido trasladados a Borovichi, donde, reunidos con los procedentes de otros campos, habían iniciado el camino de regreso a la patria. Sólo quedaban en Rusia los pocos que, voluntariamente, renunciaron a su nacionalidad, y que a partir de aquel instante adquirían la libertad, y los condenados como nosotros.

Regresamos a la cárcel de Jarkof abatidos y confusos. La reacción instintiva de los primeros minutos, de considerarnos salvados gracias a la providencial conmutación de la última pena, fue pronto anulada por el propio raciocinio. ¿Qué iba a ser de nosotros? ¿No hubiera sido mil veces preferible acabar de una vez en manos del verdugo, que ir lentamente envejeciendo al ritmo de los golpes de pico o del azadón como si caváramos, a lo largo de los años, nuestra propia fosa?

¡Veinticinco años! Yo tenía veintinueve al ser cogido prisionero. Cumplí los treinta y siete en la cárcel de Catalina la Grande. Hasta los sesenta y dos… no sería libre. Me pasé una mano por la frente. La naturaleza se rebelaba a aceptar la realidad tal cual era. Ni siquiera podía confortarme limpiamente imaginando la repatriación de mis antiguos camaradas. Los veía llegar a sus casas, caer en brazos de los suyos, volver a palpar la tierra que les vio nacer. Pero la alegría de imaginarlos alcanzando el mayor premio a que puede aspirar un mortal en la tierra, chocaba sádicamente con mi propia realidad y la de mis compañeros de condena, destinados a morir solos y viejos al borde de una alambrada, en el fondo de una mina, tras las rejas de una *lubianka*…

Al penetrar en la cárcel nos dieron unos impresos. Si los rellenábamos serían transmitidos al Tribunal Supremo de Kiew, como recurso de apelación. Una rutina más. Los firmamos. No era clemencia lo que pedíamos, pero queríamos dejar constancia escrita de nuestra protesta contra la injusticia cometida por el tribunal militar. Acto seguido, Castillo y Victoriano Rodríguez fueron trasladados a una celda; Rosaleny y yo, a otra. Al penetrar en ella no pude evitar una sensación de desagrado. No estábamos solos. Tres hombres más, presos comunes, sin duda, compartían con nosotros el encierro. Dos de ellos eran campesinos, de aspecto zafio y ademanes torpes y lentos. Eran rubios, con pelo color de heno y los ojos azules, muy pequeños y hundidos entre los promontorios de las cejas y los pómulos. Los labios eran gruesos y las mandíbulas potentes. El otro era un obrero de una fábrica de tractores y su aspecto era más civilizado.

Rosaleny y yo no sabíamos qué hacer ni qué decir del desagrado que su compañía nos produjo.

—*Drastichi* —dijeron ellos—: Hola…

—*Drastichi* —respondimos.

Yo no había convivido nunca con rusos, pero a partir de entonces el destino me deparó más ocasiones de las que yo quisiera para suplir esta laguna de mis conocimientos. Cada seis, cada diez días, o nos cambiaban de celda, o cambiaban a nuestros compañeros. Era una medida de seguridad, para evitar que pudiéramos hacer amistad con ninguno. A Rosaleny le trasladaron a los pocos días y yo me quedé solo entre aquella gente. Tuve entonces ocasión de conocer la gama completa de la delincuencia en la U. R. S. S.: desde un niño de once años, encerrado por asesinato, hasta literatos y profesores acusados de desviacionismo político; desde mujeres procesadas por conspirar contra el régimen, hasta los terribles y sanguinarios *blatnois*, terror de la policía y la población civil, que en bandas organizadas y armadas infestan los campos, estepas y montañas.

Por aquellos días, las cárceles de la Unión Soviética se llenaron de judíos. Acababa de crearse el Estado de Israel, con el apoyo de Rusia en las Naciones Unidas, y los hebreos rusos, ante el señuelo de reunirse en la tierra prometida, pidieron permiso para emigrar a la patria políticamente renacida. Las autoridades soviéticas aceptaron inicialmente tramitar todas las peticiones, y, cuando tuvieron el archivo completo de los que desearon emigrar, los trasladaron, sí… mas no a Israel, sino a las cárceles y campos de concentración, pues si fueran tan buenos comunistas como decían, no desearían tan fervientemente emigrar… Con muchos de ellos conviví en las celdas, y todos coincidían en la versión de que éste había sido su único delito.

Entre los judíos encerrados, conocí a uno, Abraham Ifimowich, con quien trabé cierta amistad. Era músico y escritor, autor de varios libros de éxito, muy celebrados en Rusia antes de caer en sospecha de impureza política. Hablaba varios idiomas a la perfección y yo me entendía con él en francés mucho mejor que en ruso, que apenas lo chapurreaba.

Entre los tipos curiosos que conocí en la cárcel, estaba un niño de quince años, jefe de una banda infantil criminal; un pequeño de once, depauperado, pretuberculoso, condenado por homicidio a un brigada de la M. W. D., en la ciudad de Kubianski (la misma donde murió dos años antes Molero), y el que, siendo interrogado por Victoriano Rodríguez acerca de cómo siendo tan niño había podido hacer eso, levantó las dos manos, imitando el esfuerzo hecho para elevar un arma de mucho peso, y respondió secamente: «Así…».

Conocí también a varios miembros de la famosísima banda de partisanos, llamados *banderas*, en su pronunciación y fonética española. Esta banda política está

extendidísima por el país. Son guerrilleros independientes que luchan contra el Gobierno central, cometiendo actos de sabotaje, vengando abusos de poder. Están distribuidos en centenares de guerrilleros por el interior del país y los dirige desde Múnich su antiguo capitán: un ucraniano llamado Banderas —de aquí el nombre de los partisanos—. Actúan principalmente en Ucrania, Bielorrusia y zonas limítrofes. Cuando la invasión alemana combatieron a los invasores, y Radio Moscú hizo una gran propaganda de ellos, pero cuando los alemanes se retiraron los guerrilleros no se incorporaron al Ejército rojo, sino que lo combatieron, manteniendo su rebeldía hasta el día de hoy. Desde luego cuentan con una extensa organización económica, que funciona fuera de las fronteras rusas, y son poderosísimos, pues la población civil les respeta y hasta protege. No roban nunca con afán de lucro, sino por mantener encendido el clima de rebeldía e inseguridad dentro de la U. R. S. S. En la cárcel de Ohrms, donde fui trasladado meses después, conviví con uno de ellos en la misma celda. Recuerdo, al entrar y ser interrogado que quién era, el orgullo con que dijo: «¡Soy un *banderas*!». Y recuerdo también el respeto y admiración que se produjo en torno suyo. A los miembros de estas bandas no les condenan nunca a muerte, sino a un castigo aún peor, que sólo puede ser dictado por tribunales especiales: el régimen de *caterga*. Éste no excede nunca de diez años, pero ninguno resiste, sin morir, más de la mitad de los mismos. El horario de trabajo es de catorce horas, en minas de cobre con agua hasta las rodillas. Mientras trabajan llevan arrastrando de los pies una cadena, con un bola de hierro, como esos presidiarios que sólo creíamos que existían en los dibujos de humor, y les hacen dormir en unos nichos donde no hay espacio suficiente para cambiar de postura, ni doblar las piernas. Los carceleros van regulando su salud hasta hacerles morir (sin ejecutarlos), tanto más tarde cuanto más grave sea la condena. El Padre Sabata, italiano, fue condenado a *caterga* y es quizá, debido a su condición de extranjero, de los pocos salvados de este martirio. Él fue quien me informó con detalles estremecedores de este castigo. El *banderas* de Ohrms estaba condenado a la misma pena. Coincidió conmigo en un alto del viaje mientras le transportaban. Tenía sobre su cuenta el incendio de 58 *koljoses*, 18 almacenes y varios homicidios de jefes del partido y miembros de la M. W. D.

También conviví con miembros de la organización llamada *Chorni Kosca*, «Gato negro» de bien distinto cariz. Éstos son *gangsters* de la peor ralea, apolíticos, verdaderos bandoleros. Los manda una mujer, considerada como heroína por todas las organizaciones menores. El pequeño de quince años del que he hablado más arriba, y que era jefe de una organización infantil, la consideraba como el prototipo de los héroes civiles de su país. Estando yo en Jarkof, esta banda asaltó el tren que iba de Moscú a Odesa. Lo hizo en plena estepa, a un centenar de kilómetros del primer centro habitado. Los bandidos iban disfrazados de soldados y obligaron a parar el tren con banderas y señales. Cuando los policías que lo custodiaban descubrieron la

impostura, ya estaban desarmados y maniatados, robadas las mercancías y desvalijados los viajeros de sus equipajes y objetos de valor.

El bandolerismo en Rusia está muy extendido. Recuerdo una noche en pleno verano, en que fuimos enviados para prestar declaración a una oficina situada al otro extremo de la ciudad. Regresamos a pie, cruzando Jarkof de parte a parte. Íbamos Rosaleny, Castillo, Rodríguez y yo, con los centinelas a nuestra espalda, caladas las bayonetas, y el brigada delante señalando el camino, con el revólver en la mano. Eran las diez de la noche, y la temperatura estival, deliciosa. Cruzamos calles, barrios y plazas. Ni una pareja en los bancos, ni unos obreros en la taberna, ni una familia en el balcón, ni unos amigos en tertulia, paseando o gozando de la noche estrellada y el clima tentador. Nadie, ¡nadie! ¿Puede imaginarse el lector la sensación que esto produce, tratándose de una ciudad de un millón de habitantes? La oscuridad, por otra parte era total. Salvo en la Plaza Mayor, el resto de las aceras carecía absolutamente de iluminación. El silencio era grande y sólo se oía el tactac —tac-tac— de nuestros pasos sobre el empedrado. Al entrar en la cárcel, tras dos horas de recorrido, los soldados envainaron sus bayonetas y el brigada su pistola. Tanta precaución parecía excesiva para custodiar a cuatro hombres desarmados como nosotros. ¡No tardamos mucho en saber que no era por nosotros, sino por los bandidos que imperaban en Jarkof, por lo que el brigada andaba pistola en mano y la ciudad entera, a pesar del clima y de la hora, estaba recluida en el interior de sus casas!

Con lo que se va diciendo, el lector pensará que no existe, contra lo que se pudiera esperar de un régimen tan severo, orden público en Rusia. Y pensará bien. No es la severidad lo que mantiene el orden, sino las necesidades satisfechas de la población. A más necesidades no satisfechas, más bandidaje; a más miseria, mayor delincuencia.

La ausencia total de orden público constituyó para mí la mayor sorpresa al enfrentarme con la realidad de la Rusia soviética, como lo constituirá también, seguramente, para el lector. El índice mejor, el termómetro más exacto para calibrar la tiranía en la U. R. S. S. es la increíble desproporción entre la riqueza del país y la miseria de quienes lo habitan y lo trabajan. La riqueza del Estado se traduce en soberbias obras públicas —carreteras, canales, pantanos, puentes, túneles— y fábricas fantásticas, casi exclusivamente dedicadas a la producción de material pesado y de guerra. La miseria del país se traduce por ser Rusia la nación con el mayor índice de mendicidad y criminalidad. Los veinticinco o treinta millones de hombres o mujeres a que asciende la población prisionera de los campos de concentración no están todos encerrados por pura tiranía policiaca… La arbitrariedad, insistimos, no está en tener treinta millones de hombres encerrados en los campos de trabajo, sino en mantener unas condiciones de vida tales que hacen necesarios los campos de trabajo para albergar en ellos a treinta millones de seres, el ochenta por

ciento de los cuales son, en realidad, bandidos.

Aparte de los casos conocidos de referencia, yo he vivido, en los mismos lugares y fechas en que se cometieron, varios casos de desórdenes. En Jarkof, el invierno anterior, uno de los jefes del grupo antifascista alemán pidió, y le fue concedido, permiso para ir a la ópera. Al regresar a pie hacia el campamento fue asaltado por una banda y desvalijado, hasta el extremo que regresó totalmente desnudo y descalzo al campamento, teniendo que ser hospitalizado a punto de congelación. En Jarkof entré una vez en el dormitorio —por ser jefe de almacén el interesado tenía dormitorio— de un viejecito llamado Stavenhagen, mi sorpresa fue grande cuando descubrí, dormida junto al viejo, a una joven mujer. Era la enfermera del campamento que, habiendo terminado sus obligaciones después de la caída del sol, no se había atrevido a regresar a la ciudad por miedo a los bandidos que la infestaban. El propio Luwin, el flamante *lacharni lager* que me quiso pelar, dormía —a pesar de la prohibición severísima de hacerlo— dentro del campo por miedo a regresar de noche cuando sus faenas le entretenían hasta tarde. En Cherbacof, a las puertas mismas del campamento, un camión que venía hacia él para descargar mercancías, mientras esperaba que le dejaran entrar, fue asaltado por cinco hombres armados, el mecánico apuñalado y la mercancía robada junto con el propio vehículo, que salió huyendo antes de que los guardianes del campo se dieran cuenta de lo que ocurría. En Cherbacof, también el año 50, fue asesinada la secretaria general del partido comunista de la localidad (ésta por los *banderas*). La misma propaganda de las radios soviéticas, inventando incursiones de maquis y guerrilleros en el resto del mundo, no se debe tanto al deseo de acusar a esos países, como a la urgente necesidad de engañar al pueblo ruso, haciéndole creer que esos desórdenes, de todos conocidos, son normales y connaturales en todos los países de la Tierra.

Las grandes conspiraciones (Trotsky, 1932; Bujarin, 1938; Beria, 1953) fueron descubiertas y abortadas; pero las pequeñas células independientes, las conspiraciones de menor cuantía, las bandas de cincuenta hombres y un jefe en cabeza, son un mal endémico, permanente, de muy difícil curación: Los bandidos, bien pertenezcan a organizaciones políticas o puramente criminales, son muchos más, numéricamente, que todo el Ejército y la policía juntos.

El Estado comunista es fuerte, pero el régimen interno está en trance de descomposición. Rusia es como un gran cañón de infinito poder, asentado sobre una base de madera comida por la carcoma. O, si se quiere, como dicen los polacos: «Es un gigante con pies de arcilla».

CAPÍTULO XVIII

SERGIEFF

EL PRIMER «BLATNOI» que conocí fue Sergieff, un tipo colosal, digno de ser pintado por Tiziano y cantado en romances populares. Un hermano suyo era general del Ejército rojo pero no lo conocía. En tiempos de la revolución, teniendo él trece años, se lanzó al monte y se hizo bandido, uniéndose a partidas que robaban ganado y asaltaban aldeas. Rebelde, independiente, incapaz de aceptar yugos de nadie, fuerte como un toro, medio salvaje, cruel y generoso a la vez, vivió hasta los treinta y cinco años del robo y del asalto. Su primer contacto con la civilización (si es que la legalidad rusa es más civilizada que la de aquéllos que viven fuera de la ley) lo tuvo al ser detenido y encerrado en la cárcel de Catalina, donde yo le conocí. Si el tipo humano era fenomenal, el episodio en que fuimos «presentados» no lo es menos. Acababa yo de ingresar en una celda nueva. Mis recién conocidos compañeros de cuarto me saludaban con la mayor cordialidad:

—Perro fascista, ¿a qué has venido?

—Aquí no te queremos.

—Friéganos el suelo y te dejaremos vivir.

Yo estaba en la puerta aguantando la rociada. No era la primera vez que me recibían así, pero en pocas ocasiones había encontrado tipos tan mal encarados como éstos. Ninguno de ellos tenía más de veinticinco o veintiocho años. Iban descalzos, por no desgastar las botas, y medio desnudos, pues la calefacción era buena. Pechos, brazos, espaldas y hasta las manos, por su dorso, estaban tatuados. A las claras se veía que eran gente del hampa. El que no tenía una serpiente, llevaba un timón, o un sol, o una mujer dibujada sobre el cuerpo.

—¡Vamos, friega, fascista…!

En esto la puerta se abrió y yo me retiré para dejar sitio al recién llegado. Su apostura, su talle, su arrogancia, impresionó a los tatuados, que me dejaron en paz para rodearle curiosos.

—*Drastichi*…

—*Drastichi*…

—¿Cómo te llamas?

—Sergieff.

—¿A qué estás condenado?

—No os importa.

Tiró el saco de sus bártulos en un rincón y, apartando al que le estorbaba,

comenzó a pasear de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta, sin mirar a nadie. Más que sus espaldas de atleta, o sus manazas de leñador, lo que impresionaba era su altivez, sus ademanes de jefe nato, o capitán de bandidos.

Uno de los chulillos se acordó de mí.

—Ése de ahí —dijo, señalándome con el dedo— es un perro fascista; le hemos dicho que aquí no va a fregar nadie más que él y se ha negado.

Sergieff detuvo sus pasos y se volvió dándome la espalda hacia el que hablaba.

—¿Quién le ha pedido que friegue…?

—Todos.

—Y él, estando solo, ¿se ha negado a lo que pedíais todos?

—Sí.

Sergieff se volvió lentamente para mirarme. Tras él, los tatuados le azuzaban.

—Es un perro fascista. Es un militar fascista.

Me miró con curiosidad y al terminar su estudio de observación, se volvió a los otros, y, como un jefe de tribu antiguo, dictó su sentencia inapelable.

—Ni él ni yo vamos a fregar en esta celda. ¿Está claro?

Respiré. Sergieff empezaba a caerme simpático. Pero la escena no había concluido.

—Acabo de regresar —añadió— de una celda de castigo, donde he sido recluido por negarme a fregar cuando estaba solo. De modo que no voy a fregar aquí, estando tan bien acompañado.

Su argumentación, como se ve, era de una lógica aplastante.

Los chulánganos no acababan de rendirse. El más valiente titubeó.

—¿Y quién va a fregar, entonces?

El *blatnoi* se acercó a él y, casi en volandas, lo sentó en una silla. De un manotazo tiró cuanto había sobre la mesa dejándola desnuda.

—Lo jugaremos al dominó.

La intervención del azar daba un matiz inédito para mí a la pintoresca escena.

—Tú —ordenó señalando a uno de ellos— siéntate aquí a mi izquierda. Y tú, español, ven aquí, enfrente mío.

—No juego, gracias —le dije.

—Jugarás de compañero mío —cortó secamente. Y después añadió conciliador convenciéndome de que la victoria era segura—: Sergieff no pierde nunca.

Empezó la partida. Los dos tatuados jugaban de compañeros, contra Sergieff y contra mí. El primero que tuvo que pasar fue el *blatnoi*. La hilera de fichas acababa en cinco por ambos extremos, y Sergieff no tenía cincos.

—Paso —dijo malhumorado, con voz de trueno.

Jugamos cada uno lo nuestro y al tocarle de nuevo el turno a Sergieff, su rival volvió a ponerle un cinco. Sin más explicaciones mi compañero le dio un tremendo

bofetón, bañándole la cara en sangre.

—¡Cambia la ficha! ¿No ves que yo no tengo cincos?

El otro, atemorizado y con la cara enrojecida del golpe, obedeció.

El *blatnoi* me miró sonriendo. Hizo un gesto como diciendo: «¿No lo ves?» y añadió de viva voz:

—¡Sergieff siempre gana!

Y ganamos, naturalmente. Éste era Sergieff.

* * *

Las partidas de dominó se repetían día tras día y, a veces, hora tras hora. Conociendo los procedimientos de Sergieff, ninguno accedió a jugarse la ropa. Y como dinero no había, para dar interés a la partida decidieron jugar sangre. El que perdía debía hacerse un corte en un dedo y dejar caer —antes de vendarse la herida con un trozo de camisa arrancada— tantas gotas de sangre como fuera el producto de su pérdida. A este precio, a Sergieff no le importaba perder; por el contrario se hacía los tajos más hondos que nadie y hasta regalaba varias gotas de propina, demostrando así su magnanimidad.

Una tarde, uno de los presos cogió una aguja enhebrada y pretendió obligarme a coser su pelliza. No pude contener la ira y se la tiré a la cara. Se me engalló y Sergieff, que decididamente me había nombrado su protegido, le agarró por el cuello diciendo:

—¡Ya ha pasado el tiempo de la esclavitud!

—Es que —titubeó— como él ha estado varios años en campos de concentración y yo soy nuevo, pensaba que él sabría coser, pues yo no sé.

Acto seguido, y como ya nadie tenía un dedo sano, Sergieff propuso que la partida cotidiana de dominó tuviera una novedad: el que perdiera debía realizar algo realmente peligroso: hacer burla al centinela, por ejemplo, en la primera ocasión en que éste entrara en la celda. Se explicó perfilando mejor los detalles de la burla. Ésta consistía en imitar al macho cabrío, poniéndose una mano bajo la barba, y la otra sobre la frente en forma de cuernos, y balar con la lengua fuera apuntando al *disyurne*.

Se realizó la partida y no sé cómo se las arregló Sergieff para que perdiera el mismo que quiso obligarme a coser. El pobre sudaba tinta, mientras Sergieff, doblado de risa, llamaba al centinela a todo pulmón, como si una catástrofe terrible estuviera ocurriendo tras las rejas.

—¡*Disyurne*!

Cuando éste entró, se encontró a un pobre diablo, pálido y muerto de miedo, haciéndole burla en la forma descrita. El centinela se abalanzó sobre él y se lo llevó. No volvimos a verle más.

Sergieff comentó cruel:

—Ahora tendrá ocasión y tiempo de aprender a coser.

* * *

El dominó y las cartas fabricadas por los presos —a veces primorosas obras de artesanía— servían no sólo de pasatiempo, sino que los rusos los utilizaban como ruleta o azar para designar a la víctima que debía realizar determinadas misiones. No creamos que éstas eran siempre tan inocentes como fregar celdas o realizar, en favor de los ganadores, las faenas domésticas. No. A veces, y conozco varios casos exactos, la misión consistía en matar. Si un grupo de hombres decidía eliminar a otro preso por venganza, o por considerarle traidor o chivato, o peligroso para la convivencia de los demás, los rusos dejaban al azar del dominó la elección del matador. Éste se comprometía no sólo a ejecutar la sentencia, sino a presentarse después al puesto de mando, confesar su crimen y entregar el arma homicida. De esta manera se evitaba que el mando, en busca del arma, hiciera registros y descubriera la existencia de otras escondidas.

Los soldados españoles Gil Alpañés e Isidro Cantarino fueron testigos, años más tarde, de una de esas salvajes ejecuciones privadas. El matador, a tres metros de ellos, sacó de pronto un cuchillo y lo incrustó hasta la empuñadura en el corazón de otro preso que se acercaba. Le salió un chorro rojo del pecho, como saldría el vino de una bota de cuero perforada. El asesino, cegado de sangre y borracho de verla, queriendo proseguir su faena, se lanzó sobre Gil Alpañés y lo persiguió, cuchillo en mano, hasta la barraca de los españoles donde se refugió. El asesino bajó entonces la cabeza, dio media vuelta, se fue al puesto de mando y se entregó. Los testigos citados fueron repatriados en 1953 y no me dejarían mentir. Los instigadores no fueron descubiertos jamás.

Los campos de trabajos forzados, según me informaban entre risotadas los rusos de mi celda, eran insoportables de vivir si había en ellos *blatnois*, pues sobre las penalidades normales del trabajo y la privación de libertad, había que soportar las salvajadas de los bandidos, sus luchas a muerte, sus robos y sus venganzas. La situación se agravaba aún más por la paradójica legislación soviética que castiga con la muerte el robo si es a propiedades del Estado, y no castiga, en cambio, el asesinato más que con diez años de encierro. Pero si se tiene en cuenta que la mayoría de los que en el interior de los campos cometían delitos de sangre estaban ya condenados a veinticinco años, y si a esto añadimos que las penas no pueden acumularse si exceden de esta cantidad de tiempo, resulta que quien comete un delito de éstos, no empeora su suerte más que en el papel: es decir, prácticamente su crimen queda impune. Pero si es siempre desagradable la presencia de los *blatnois*, aún lo es más cuando conviven dos o más bandas distintas en un mismo campamento, pues obligan al resto

de los presos a sumarse a una de ellas, recabando su protección, si no quieren ser víctimas de las dos juntas.

José Rodríguez Raigosa, de Vigo, ya citado en estas páginas, presenció una batalla con veintiocho muertos, en uno de los campamentos. Una de las bandas se apoderó de la cocina, que era tanto como apoderarse del arsenal, pues arramblaron con cuantos punzones, hachas y otras improvisadas armas blancas encontraron, y una vez armados pasaron a cuchillo a la casi totalidad de los hombres de la agrupación enemiga.

Como ya hemos dicho, las tropas no pueden penetrar en el interior del campo y se limitan a disparar contra los que huyen o traspasan la raya de la zona *rastrillai*. En casos similares, el agredido tiene derecho a gritar: ¡*Disyurne, pumagai*!, «¡Centinela, protégeme!», y tirarse bajo las alambradas. Los centinelas disparan entonces contra los perseguidores si traspasan la línea, mas no contra el que se ha refugiado buscando protección a los pies de la garita elevada. Pero en este relato, del que fue testigo Rodríguez Raigosa, como uno de los bandos estaba armado y el otro no, huyeron estos últimos en masa hacia las alambradas y los centinelas los acribillaron a tiros, facilitando así la voluntad de sus asesinos.

Sergieff se doblaba de risa, orgullosísimo de su condición, cuando los otros compañeros de celda, entre respetuosos y acobardados, narraban la preponderancia de los *blatnois* en los campos de trabajo.

* * *

Por la noche, cuando la guardia interior de centinelas se hubo retirado, Sergieff cogió un vaso de aluminio y lo aplicó a la pared. Dio unos golpecitos en la piedra y colocó su oído sobre el vaso para escuchar. Yo lo miré hacer con incontenible curiosidad. Cuando oyó que le respondían, situó sus labios sobre el vaso y dijo algo. Al punto le contestaron. Era un teléfono, un verdadero teléfono ingeniosísimo el que utilizaba para hablar con las celdas vecinas. Apenas hubo concluido su primera conversación, repitió la misma operación, pero esta vez sobre el tubo del calefactor para hablar con el piso de arriba.

—¿Dónde está Tatiana? —preguntó.

—Tres celdas más lejos —contestó metalizada la voz.

—Decidle que cante. Se lo pide Sergieff.

Al punto, el golpecillo, cada vez más lejano, de los vasos de aluminio sobre la piedra, me indicaba que la consigna era transmitida de celda en celda, por el mismo sistema de comunicación.

—Tatiana, canta. Te lo pide Sergieff.

Al poco tiempo, de la celda contigua a la primera con la que estableció comunicación, llegó una llamada: «Guardad silencio. Va a cantar Tatiana. Se lo ha

pedido Sergieff».

La consigna había cruzado las dos galerías, y llegaba a su punto de partida. Sobre este silencio expectante, muy bajito, pero con toda claridad, empezó a elevarse la voz de mujer más estremecedoramente bien templada que haya oído jamás. Cantaba una melodía llamada *Sulicó*, bellísima, llena de nostalgia y de tristeza. Las notas, llevadas por aquella voz excepcional, invadían suavemente a las galerías, a las celdas y a nosotros mismos, sumiéndolas y sumiéndonos en una pena infinita. No miento al decir que se me erizaron los cabellos al oírla; tal era la emoción que me produjo. Al final la voz se afinaba, se adelgazaba, hasta perderse como un hilo de brisa en la lejanía.

Cuando Tatiana hubo concluido, Sergieff, inmóvil, como una estatua de piedra, permaneció sentado, a usanza mora frente a la puerta, como si siguiera escuchando en su interior la voz hacía rato apagada.

Éste también era Sergieff.

CAPÍTULO XIX

MORIR RESPETADO O VIVIR DESPRECIADO

CUANDO LLEGÓ EL VERANO yo no tenía más ropa que la calurosísima que me dieron en Jarkof por Navidad, inmediatamente antes de iniciar el traslado desde el campamento hasta la cárcel. Era ropa enguatada, tanto los pantalones como la pelliza; y las botas, asimismo, estaban forradas para poder hacer frente a las bajísimas temperaturas invernales. Yo tenía que escoger entre estar desnudo en la celda, o vestido y calzado con esta insoportable ropa de invierno. Pedí varias veces me concedieran el equipo reglamentario para la estación y no se dignaron contestarme. Decidí, pues, escribir una carta al director de la cárcel, que hiciera mella, y la redacté en los siguientes términos:

«En vista de que la dirección de la cárcel no desea cumplir los reglamentos internacionales sobre la ropa que debe facilitarse a los prisioneros de guerra de acuerdo con cada estación, el oficial que suscribe solicita le sea dado permiso para dirigirse al general Franco, Jefe del Estado español, con el ruego de que le sean remitidos, a través de la Cruz Roja Internacional, un traje de dril y un sombrero de paja».

Firmé la nota y la mandé con el *disyurne* a su alto destinatario. A la media hora la ropa de verano estaba en mi poder.

Para que ya todo fuera incongruente, desconexo e imprevisible, lo único que faltaba es que el Tribunal de Kiew nos absolviera… ¡Y nos absolvió!

En un escrito breve y cortante, me fue comunicada la buena nueva: «La sentencia dictada por el Tribunal Militar de Jarkof es injusta y queda anulada». ¿Necesita el lector que le diga que nuestra alegría sólo pudo compararse a nuestra sorpresa?

Los rusos de mi celda, al conocer la noticia me felicitaron:

—*Domoi…, domoi…*: A casa, a casa.

—¡*Disyurne*! —grité asomándome a los barrotes del minúsculo ventanuco de la puerta—. ¿Cuándo me sacan de aquí?

Lo preguntaba ingenuamente, como con prisa de perder el tren.

Por los días transcurridos no creí que alcanzara a mis compañeros de repatriación, pero llegaría a España pisándoles los talones. Día tras día, mi entusiasmo fue decreciendo. Pasaron las semanas y los meses, y mi incomunicación se mantenía y mi libertad no llegaba. Pero ¿por qué, Dios mío, este juego cruel con la esperanza y el desfallecimiento? ¿No había sido acaso absuelto por el Tribunal Supremo de Kiew? ¿No había sido anulada la sentencia dictada por Pujof?

Recuerdo aquellos meses como los más tristes de mi vida. La incertidumbre, los recelos, el no saber nada de cuanto iba a ocurrir conmigo, la separación de Rosaleny, Rodríguez y Castillo, me sumieron en un terrible abatimiento moral.

Por las tardes, los rusos, después de haber agotado sus energías en peleas, procacidades y juegos, se entretenían en una costumbre ancestral heredada de padres a hijos y seguida generación tras generación, como consecuencias de las largas veladas invernales y familiares junto a las cocinas de las *isbas*: se contaban cuentos.

Habla algunos preferidos por todos, que se repetían casi a diario. Por ejemplo: el conde de Montecristo. La fuga del preso, pacientemente preparada abriendo una caverna a través de los gruesos muros de piedra. La libertad del condenado, la venganza de los que injustamente le encerraron… Todos los detalles de la narración eran escuchados en silencio, y todos, en mayor o menor grado, se sentían protagonistas de la fuga, la libertad y la venganza.

—Felices los pueblos —dijo uno— que tienen cárceles de las que se puede huir…

Y añadió:

—Rusia es un saco gigantesco lleno de bolsas pequeñas: las cárceles. Si sales de la bolsa te quedas en el saco…

Después de los cuentos, venían las canciones. Tatiana, la voz de la invisible Tatiana, solía iniciarlas y después, poco a poco, iba creciendo un rumor de voces de hombres que, tenuemente, la coreaba. Desaparecían entonces las paredes de la cárcel, la obsesión de las rejas, y la música nos llevaba a campo abierto, en un paseo sobre nubes y sin guardianes, camino de mil imposibles, al encuentro de seres entrañables velados por el tiempo y la niebla. A veces, parecía que la música iba a ser interrumpida por un sollozo desgarrador, por una congoja frenética. Pero nunca ocurría así. La tristeza de las voces estaba mucho más allá de la esperanza. Eran remeros de galeras que viajaban por mares imposibles, sin ver desde su encierro las aguas de plata salpicando, rebeldes y libres, el mascarón del tajamar; sin ver las gaviotas remando quietas contra el viento; sin ver las nubes desmelenando el horizonte, ni las islas de fácil arribada donde dicen que el suelo se mueve imitando a la cubierta, si el viaje ha sido largo y duro el temporal. Eran voces de ciego las que cantaban, sin rencor en un diálogo tremendo con la luz.

Un día, la música fue interrumpida por los pasos del centinela. Eran extraños estos pasos, porque a aquellas horas las guardias interiores se han retirado siempre a descansar y sólo quedan velando los puestos exteriores. Los pasos se oyeron desde lejos, tac-tac, tac-tac, acercándose por las galerías, retumbando por los corredores. Al fin, se detuvieron junto a mi celda.

—Capitán Palacios.

De un salto me puse en pie. Mis compañeros me miraron con envidia.

—Todo llega, enhorabuena…

—¿Debo recoger mis cosas?

El centinela sonrió.

—No sea impaciente… Todavía no… *budit*…; pronto.

Salí de la celda —¿por qué no decirlo?— muy nervioso.

Las buenas noticias siempre me han impresionado más que las malas, pues aquéllas no hago nada por contenerlas, mientras que éstas procuro dominarlas acorazándome, aunque me cueste, de indiferencia. El comandante Sieribranicof, de la policía, a quien yo no conocía, quería hablar conmigo. El corazón me dio un vuelco. Sería, sin duda, el encargado de organizar nuestro transporte. Me hicieron pasar a una celda, improvisada por mi visitante como sala de visita. Ernesto Rafales, el mismo intérprete que actuó ante el tribunal militar, estaba presente. Sieribranicof me saludó con una ancha sonrisa de cordialidad.

—Siéntese, por favor.

Nos sentamos los tres en torno a una mesa. Sieribranicof me recordó al correctísimo general que me interrogó en Kolpino a los pocos días de ser hecho prisionero. Tal era su cortesía. Salvo la taza de té que aquél me ofreció y que éste no tenía a mano, el tono, la amabilidad, los buenos modos, eran parecidos a los de aquél.

—Capitán Palacios. Quiero felicitarle. El tribunal de Kiew ha anulado la sentencia del tribunal militar de Jarkof…

—Ya lo sabía.

Pareció sorprenderse.

—¿Cómo lo sabía usted?

—La dirección de la cárcel me pasó una nota del tribunal de Casación comunicándomelo.

—Bien, pues le felicito. En realidad, no le he llamado para interrogarle, sino para charlar simplemente. Le conozco muy bien de referencias y es un placer tener esta ocasión de cambiar impresiones con usted. ¡Estará usted harto de interrogatorios después del proceso…!

—Imagínese —dije sonriendo.

Sieribranicof rió.

—Me lo imagino…

E hizo un gesto como añadiendo: «Estos burócratas en todas partes son pesadísimos».

Me ofreció un cigarrillo emboquillado. La boquilla es larguísima, casi tan larga como un pitillo americano, para que se pueda consumir el tabaco hasta el final sin quemarse los labios. Lo acepté y me dio fuego.

—Usted, en España, tiene mando sobre cuatrocientos setenta y cinco hombres, ¿verdad?

—No, señor. Sobre ciento cincuenta.

Hizo un gesto de extrañeza.

—¿Nada más?

—Nada más.

Movió la cabeza escandalizado.

—Es curioso cómo en España desconocen a sus propios hombres. Aquí, en Rusia, se le daría un mando de mucha mayor categoría y responsabilidad…

No respondí ni una palabra. Prefería que él mismo se diese cuenta de que no me gustaba el giro de la conversación. Se echó a reír.

—Si usted quisiera —añadió— aquí, en Rusia, podría hacer una espléndida carrera… Le estoy hablando en serio…

—Mayor… renuncio de plano a ese ofrecimiento que me hace usted tan gentilmente.

Sieribranicof torció el rumbo de la conversación, buscando otros derroteros. Me habló de Moscú, de sus comodidades, de su prosperidad…

—¿Usted no conoce Moscú?

—Sí. Estuve allá en el campo número 27.

—¡Bah! Eso no es conocer la ciudad. Moscú hay que conocerlo desde dentro. Hay mujeres espléndidas en Moscú… finas, cariñosas…

Hizo un gesto con las manos y los labios ponderando su exquisitez.

—En Madrid también las hay —respondí.

Sieribranicof sonrió complacido.

—Claro, claro…; pero aquéllas no están a su alcance y en cambio las de Moscú, sí.

Hizo una pausa.

—Aquí, en Rusia, ¿no ha conocido usted…, quiero decir si no ha tratado íntimamente a ninguna mujer?

—No.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted prisionero?

—Seis años.

—Parece increíble, realmente increíble. Pues ya sabe, si usted quiere…

—No, gracias —respondí secamente.

Hacía rato que yo había trocado la cordialidad a que me obligaba su inicial cortesía, con una marcada hosquedad. Él mismo, percibiendo la tirantez, cambió de tono y las ampulosas sonrisas que acompañaron a los intentos de soborno, fueron sustituidas por un especial subrayado en el tono de voz a ciertas palabras claramente amenazadoras.

—Usted sabe muy bien —añadió marcando la confidencia—, que muchos hombres que como usted fueron nuestros enemigos, hoy colaboran con nosotros y son muy queridos y respetados por nuestro pueblo… Por el contrario, durante nuestra

revolución, muchos de nuestros más altos valores murieron en las cárceles. Fue un error natural en el nacimiento de un régimen, pero un error. Hoy lloramos su pérdida. Usted mismo, por ejemplo —y recalcó fríamente estas palabras— ¿no considera tristísimo morir en una cárcel, cuando podría dar de otra manera días de gloria a su pueblo?

El juego de Sieribranicof era asqueroso. Yo había sido absuelto. Yo debía ser repatriado. Mi permanencia en la cárcel era, a partir de la absolución, un verdadero secuestro. ¿A qué venía esta nueva maniobra? Si pensaban repatriarme, ¿por qué pretendían sobornar una integridad que ya no les hacía daño? Si soñaban con retenerme, ¿por qué me absolvieron? Repitió su pregunta:

—¿No considera tristísimo morir en una cárcel, cuando de otra manera podría dar días de gloria a su pueblo? Conteste…

Me puse en pie.

—Prefiero mil veces morir respetado a vivir despreciado…

El comandante hizo un gesto de impaciencia. Pidió por dos veces al intérprete que repitiera la frase y empezó a decir algo, pero le interrumpí dirigiéndome a Rafales.

—Diga a este hombre que no le tolero me siga hablando de esa forma. Considero sucio y deshonesto cuanto me está diciendo. Me asquea…

El comandante de la M. W. D. se levantó.

—Voy a ausentarme cinco minutos, para dejarle meditar en cuanto le he propuesto.

—Me sobran los cinco minutos. Mi decisión está tomada —grité indignado.

—Su suerte, capitán Palacios, está en sus propias manos. Usted decidirá…

Y el mayor cruzó la puerta y se fue. Ernesto Rafales le acompañó hasta la salida. Esperó a que los pasos del comandante se alejaran por la galería, y se acercó a mí.

—¡Bravo, amigo, bravo…!

Le miré sorprendido.

Levantó sus brazos y puso sus manos sobre mis hombros.

—¡Me siento orgulloso de ser compatriota suyo! ¡Se lo juro!

Se le llenaron los ojos de lágrimas y los labios le temblaban de emoción.

—Creí que era usted comunista —le dije.

—Sí, lo soy. Y si nos encontráramos en España, seguramente nos mataríamos a tiros, pero por la cara, no por la espalda. Aquí, déjeme que le abrace y le felicite. Mientras le traducía, estuve a punto de traicionar mi emoción. Usted me perdonará si en algún momento he suavizado alguna de sus expresiones. ¿Qué le va usted a contestar?

—¿Pero lo duda usted?

Sonrió.

—No. No lo dudo.

Después se volvió casi de espaldas a mí.

—Un hermano mío —añadió— ha muerto en un campamento de concentración alemán en Viena, Nada me agradaría más que tener noticias de que ha muerto por adoptar una actitud como la de usted…

A los pocos minutos llegó Sieribranicof.

—¿Qué ha decidido?

—Ya le dije que me sobraban los cinco minutos.

Un relámpago de ira cruzó por sus ojos. Se sentó tras la mesa, sacó unos impresos y preparó la pluma.

—¿Usted cree en Dios?

—Eso es cosa mía.

—Pues le voy a abrir un nuevo proceso, del que no le salvará ni Dios.

Empezó a rasgar el papel con unas líneas preliminares. Después se detuvo. Dejó la pluma sobre la mesa. Hizo un nuevo y último intento de captación.

—¿No comprende que con esas ideas no saldrá nunca de la Unión Soviética?

—Si algún día salgo, saldré con ellas. De lo contrario, aquí en Rusia con ellas moriré.

Se encogió de hombros lleno de escepticismo. Y ya sin mirarme, mientras escribía, dijo, muy lentamente, humillando mi bravuconería.

—Tardará cinco años en variar. O diez años. O doce… ¡Pero variará! Es cuestión de tiempo.

Con firmeza, y sin dudarlo, repliqué:

—No será así. Dios, el tiempo, usted y yo… testigos.

Rafales; en pie, estaba palidísimo. Sieribranicof me preguntó el nombre completo, la edad, el lugar de nacimiento…

En el mismo lugar que pensé iba a serme comunicada la libertad, se inició el trámite burocrático para la instrucción de un segundo proceso. Para ese proceso que, según la blasfema expresión del comandante de policía, no me libraría ni Dios…

A las once de la noche me reintegraron a la celda. Aquélla fue la noche peor de toda mi vida. Se diría que la esperanza, la fe, las fuerzas morales que hasta entonces me habían mantenido en pie de rebeldía, me abandonaron en aquellas tristísimas horas. Me sentía olvidado y desvalido. Así como el hambriento lo daría todo por un pedazo de pan, yo lo daría todo —incluso mi libertad— por escribir a los míos y poder decirles: «Voy a morir por no claudicar de cuanto junto a vosotros he aprendido; de las lecciones que me habéis dado; de las verdades que me habéis enseñado. Voy a morir, sí, pero sin claudicar». ¡Ah, si esto pudiera ser, aceptaría gustoso la idea de la muerte! Me resignaría a ella. ¡Pero morir en el más profundo de los anónimos, sin el aliento y la asistencia de mi familia, de mis amigos, sin que nadie supiera por qué moría…! Esta idea me sumía en una tristeza tal que no pude, aun

necesitándolo tanto, dormir. Aquélla fue mi Noche Triste. En torno se abría un abismo sin fin y sin esperanza. Era como una noche eterna, parecida a la muerte, que me rodeaba penetrando su negror dentro de mí. Si la esperanza es la luz del alma, en aquel momento yo estaba ciego. Las últimas palabras de Sieribranicof me golpearon las sienes repitiendo una y otra vez:

«Tardará cinco años en variar. O doce. ¡Pero variará! Es cuestión de tiempo».

¡Señor, qué fácil debía ser morir en España, aunque fuera entre los barrotes de una cárcel, asistido por los amigos y por la familia…!

Pero aquí, ahogado por la consigna del silencio, olvidado, despreciado, era cruel morir. ¡Y vivir… era una prolongada agonía! Sólo valía la pena prolongarla para…

Yo estaba echado cuando me asaltó esta idea. Y me incorporé movido por un resorte.

—¿Valía la pena prolongar la vida para algo?

—Sí —me dije—. Para demostrar a Sieribranicof que hay algo en el hombre que no está en venta. Algo que no puede comprarse con poder ni con mujeres. Algo que «no es cuestión de tiempo», el perder o el conservar. Algo que diferencia a los hombres de los brutos y los hace hijos de Dios: el concepto de la propia dignidad. La responsabilidad del hombre ante su propia conciencia. Recordé la frase del coronel alemán Uhrmacher: «Los rusos lo han doblegado todo. Todo, menos al hombre que sabe doblar su rodilla ante Dios». No. Yo no me doblegaría ante los rusos. Había puesto a Dios por testigo de que no sería así. Y ante Él me incliné, poniendo mi voluntad a su servicio y pidiéndole aliento para mantenerla. Uno de los rusos de la celda me amonestó:

—¡Déjanos dormir! ¡Estás hablando en voz alta!

Me recliné, y a los diez segundos, el sueño confortador me venció.

Capítulo XX

EN EL BANQUILLO

Sieribranicof erró en su blasfema afirmación. Dios, providencialmente, nos libró en el segundo proceso, que tuvo lugar en agosto y en la misma sala del tribunal militar donde, seis meses antes, se había celebrado la vista del primero. Mi intervención fue muy corta. «Veo en la sala —dije— a los mismos testigos de cargo que nos acusaron la primera vez, pero no veo a ninguno de los testigos de descargo que, acogiéndonos al derecho que nos concede la ley soviética, habíamos pedido fueran citados por este tribunal. Mientras éstos no comparezcan, mis compañeros y yo nos negaremos a contestar a ninguna pregunta».

—Los testigos que ustedes piden están muy lejos… —dijo el presidente.

—Para la Justicia no hay distancias… —respondí—. En cualquier caso, el libro del expediente está sobre la mesa, ábralo, léalo, júzguenos y condénenos, pero sin exigir nuestra colaboración. Yo al menos, me niego a ser personaje central de ninguna farsa.

El presidente cambió impresiones con los distintos miembros del tribunal, se levantó y dijo:

—Se suspende la sesión.

Uno de los acusadores preguntó tímidamente:

—Se suspende… ¿hasta mañana…?

—Se suspende indefinidamente —dijo el presidente. Y el tribunal se ausentó, dejando a acusadores y acusados con un palmo de boca abierta.

En la cárcel volvieron a separarnos. Yo tuve más suerte que mis compañeros y fui destinado a una celda bien distinta a las conocidas anteriormente. En vez de gentes del hampa extraída de los subfondos sociales de la delincuencia, mis convecinos fueron esta vez militares soviéticos: los únicos seres civilizados de su país.

Me trataron con extraordinaria cortesía, partieron conmigo los paquetes de comida —pan negro, cabezas de ajo, pescado seco— que recibían de sus casas, y durante el tiempo que con ellos conviví mantuve conversaciones sobre política, economía y temas militares que considero de inapreciable valor para el conocimiento general del país más contradictorio, paradójico e incongruente de la tierra. Entre mis nuevos compañeros recuerdo a un teniente coronel P[9], de Ingenieros, jefe de las fábricas de pan de la ciudad de Jarkof durante la guerra, que al ser ésta tomada por los alemanes no pudo replegarse. Estaba acusado de «colaboracionismo», aunque tenía esperanzas de ser absuelto, pues no había prueba alguna contra él. Recuerdo

también a un tal V., capitán, cuyo encarcelamiento estaba motivado por un revuelo de faldas junto a un cadáver. Tenía relaciones amorosas con una mujer, telegrafista de la ciudad, cuyo marido fue asesinado. Le metieron en la cárcel como sospechoso de haber intervenido en esta muerte. Él lo negaba y no había sido juzgado aún. Había también un teniente de artillería, cuyo nombre no recuerdo, aunque sí la circunstancia de haber estado destinado en Mongolia, en el cuartel general de Zucof, en la guerra civil china al lado de Mao-Tse-Tung. Había, en fin, un capitán de cosacos muy brusco y basto, perpetuamente malhumorado. Todos ellos se consideraban buenos patriotas y militares dignos, pero ni uno solo ocultaba su enemistad hacia el partido, a quien acusaban de esquizofrenia política y causante de la tiranía y la inseguridad de la población civil. «Cuando por las mañanas un ruso oye llamar a la puerta de su casa no sabe nunca si es el lechero que viene a dejar su mercancía o el jefe de Policía que nos viene a detener», les oí decir. Y también: «La mayor mortandad en masa del pueblo ruso no se produjo en la revolución, ni siquiera en la guerra, sino cuando el famoso *dumping* del año 33 en que los mercados de Europa se vieron invadidos por el trigo ruso, a mitad de precio que el del resto del mundo. Aquel año, llamado de “hambre artificial”, las gentes morían de inanición en los *koljoses* y las carreteras. Sólo en Ucrania murieron cinco millones de seres, porque la totalidad de la producción fue exportada para hacer creer al mundo —¡a este precio inhumano!— que la U. R. S. S. vivía en la abundancia».

O bien: «Tenemos una constitución política estupenda. Pero no ha sido cumplida ni un solo día, ni un solo artículo».

Pocos días después de llegar yo metieron en la celda a un campesino.

—*Drastichi*…

—*Drastichi*…

—¿De qué estás acusado…?

—*Colaborasia*: «Colaboracionismo…».

Le volvieron la espalda. Cuando llegó la hora de comer, repartieron conmigo, como de costumbre, sus paquetes de comida y al recién llegado no le dejaron participar en la invitación.

—¿Por qué invitáis a ése —gritó—, que es un fascista y un enemigo, y en cambio a mí, que soy ruso, me rechazáis?

El capitán de cosacos le increpó:

—Porque él es un patriota español prisionero de guerra y tú eres un traidor a tu patria.

¡Qué diferencia entre estos jefes y oficiales del Ejército, y los hasta entonces tratados por mí de la Policía: los Luwin, los Sieribranicof y demás ralea! Me preguntaron cuánto tiempo llevaba en la cárcel de Catalina y se escandalizaron cuando supieron que seis meses. Las cárceles de la Unión Soviética no son sitios de

castigo, sino de paso para ulteriores castigos. Las llamadas *perisilkas* son como estaciones de presos, y las demás, como ésta en que nos encontrábamos, sirven para encerrarlos sólo durante los días que preceden a su juicio y condena. Otra cosa sería un derroche de mano de obra increíble; y ya hemos dicho que la economía de la Unión Soviética se apoya principalmente en la mano de obra esclava de los miles y miles de campos de concentración.

—Es que yo —les dije— ya he sido juzgado y condenado y absuelto, y por segunda vez procesado, sin que haya recaído condena alguna contra mí.

Les conté mi caso, y torcieron el gesto.

—Eso es obra de la Policía —dijo uno de ellos—. Su presencia en esta cárcel, desde el día de la absolución por Kiew, es ilegal. Aquí hay una maniobra. No sé cuál es, pero hay una maniobra. Quizás a la Policía no le interese resolver su caso de prisa. Quizá prefiera esperar…

—Esperar… ¿a qué?

Mi interlocutor se llevó una mano a la barba.

—A que repongan la pena de muerte, por ejemplo…

—¡Je!

Procuré cambiar de conversación. A los veinte días ninguno de ellos quedaba ya en la cárcel. Presos nuevos llegaban, eran juzgados y se marchaban, siendo sustituidos por otros, sin que la permanencia de ninguno se prolongara nunca más allá de tres meses.

En septiembre supe que Rosaleny había tenido un altercado con un centinela y que éste le pegó. Pedí papel y lápiz, e hice un escrito de protesta que ardía Troya. Poco después me dijeron que Castillo había roto de un golpe dos cosas: una tetera de aluminio y la cabeza de un ruso sobre la que descargó la primera. Semanas más tarde me dijeron que habíamos sido degradados, e hice un nuevo escrito que decía: «La Unión Soviética no puede quitarnos un grado que no nos ha dado. Un militar español no puede ser degradado más que por las autoridades españolas y en España precisamente».

Al fin, nos reunieron a los españoles en una misma celda. Al ver a mis amigos me quedé de una pieza.

—¿Qué broma es ésta?

No me entendieron. ¿A qué broma me refería yo? Es el caso que al verlos, después de tantos meses de separación, los encontré tan demacrados y desmejorados que pensé que se habían empolvado como payasos para gastarme una chanza. Pero no. Aquél era su estado natural. Rosaleny no tenía más que orejas, de delgado que estaba. La nariz afilada, los labios transparentes sin sangre apenas, ojeroso y pálido. Su aspecto no me gustó. Los demás no le andaban a la zaga.

—Pues usted no se ha visto en un espejo.

—En la cárcel no hay espejos.

—Más vale. Está usted hecho un asco.

Diez o doce noches más tarde me desperté angustiado como si una fuerza invisible pretendiera ahogarme. El corazón me fallaba. Intenté incorporarme y no pude. Me llevé las manos al pecho.

Victoriano Rodríguez dio un salto y se puso junto a mí.

—¿Qué le pasa?

—Nada. Vete a dormir.

Poco después los otros se despertaban.

—Nada, no ha sido nada. Dadme un cigarrillo. Es todo lo que quiero.

Esta advertencia ocasional, y la permanente de ver la cara a Rosaleny, y oírle toser de forma peculiar y alarmante me movieron a tomar una medida drástica, con la esperanza de mejorar nuestra situación: declarar la huelga de hambre. Todos ellos —Rodríguez, Castillo, incluso Rosaleny, a pesar de su estado— querían ser los protagonistas, por evitar que la penalidad cayera sobre mí y mi organismo, casi tan castigado como años atrás, cuando el campo de reposo.

No lo pude consentir. Yo era el capitán, y lo que para ellos era un acto de generosidad, para mí constituía una obligación. Además estaba seguro del triunfo. El caso de Molero no tenía que repetirse. Había que estar prevenidos. Llamé al centinela. Y le entregué una nota para el director de la cárcel.

«Nuestra situación es lamentable. Estamos depauperados y hambrientos. Antes de morir de inanición y por sorpresa, preferimos poner fin voluntariamente a nuestras vidas. Con esta fecha declaro la huelga de hambre. Es preferible un fin con terror a un terror sin fin».

A la media hora, el subdirector de la cárcel se presentó en nuestra celda. Era un hombre correcto Y serio. Nos miró y estudió como un tratante de feria a un ganado sin venta posible. «Sí, realmente no están ustedes muy boyantes…». Después, aunque rodeándose de «sin embargos» y prudencias, nos confesó que era muy extraño lo que pasaba con nosotros. Ningún preso alcanzaba a estar en la cárcel más de tres meses y a nosotros nos faltaban unos días para cumplir el año de permanencia. «La alimentación de la cárcel —nos explicó— es la mínima que necesita un hombre para vivir… pero los demás reciben ayudas alimenticias de sus familias y ustedes no. La alimentación de la cárcel es casi un puro trámite para salvar unos días entre el juicio y el destino definitivo, pero no es suficiente, desde luego, como alimentación permanente…». Nos prometió ocuparse de nosotros. Y, en efecto, todo hay que decirlo, durante diez días se nos dio alimentación doble. Al décimo fuimos trasladados a Borovichi…

Desde las proximidades del Mar Negro, en que nos encontrábamos, hasta Borovichi, pasando por Ohrms, Moscú y Leningrado, recorrimos una distancia igual

a la que va de Algeciras a Oslo. Un nuevo traslado a través de la inmensidad. ¡La esperanza es lo último que se pierde, y como es compañera inseparable de la ingenuidad, llegamos a pensar otra vez que nos repatriaban! ¿Cuántos kilómetros más nos quedaban aún por recorrer en la helada inmensidad?

De este viaje recuerdo varios episodios. Uno de ellos, la salida de la cárcel de Catalina, donde exigimos nos fueran devueltas las medallas que nos sustrajeron al entrar. La mía era de la Virgen de África. Me la regaló una buena amiga, en Marruecos, antes de salir para Rusia. Castillo y Rosaleny tenían también las suyas al cuello con una cadena. Exhibimos nuestros recibos. El oficial de guardia ni siquiera se sonrojó.

—¿Qué papeles son ésos?

—Los recibos que usted o un compañero de usted nos entregó a cambio de nuestras medallas. Eran de oro y de plata.

Se rascó la coronilla.

—¿Qué representaban?

—Un Cristo, una Virgen con el Niño, un…

—Bueno, pues cuando quieran rezar, le rezan ustedes al recibo. Consérvenlo. No lo pierdan…

Recuerdo también al bajar en la primera estación, en Ohrms, la extrañeza que me produjo ver a todos los otros presos rusos, hombres y mujeres (unos cuarenta), en cuclillas y con las manos en la nuca. El centinela nos mandó colocarnos en la misma postura y así permanecimos todo el tiempo entre la llegada y el traslado a la cárcel. Es preciso decir que, entretanto, los viajeros y la población civil no prisionera paseaba por los andenes, subía o bajaba de los trenes, sin que aquella manada de hombres y mujeres privados de libertad les llamara la atención lo más mínimo. Era un episodio natural que se repetía en los andenes de todas las estaciones todos los días, en toda Rusia. La difícil postura se debía precisamente a no ser confundidos con los seres libres, no mejor vestidos que nosotros, que por allí pululaban. Aquí, en Ohrms, conocí al *banderas* al que me he referido en un capítulo anterior. Era un tipo colosal, que de día trabajaba como instructor de tractoristas en la fábrica de Stalingrado «Octubre Rojo» (tan famosa durante el cerco de Von Paulus) y que durante la noche dirigía las operaciones de sabotaje de la banda clandestina; aquí también estuvimos a punto de ser linchados en una celda, de veinte rusos, pero una parte de los presos tomó muy a pecho nuestra defensa hasta que los ánimos se aplacaron. Al cabo de los días llegamos a Borovichi… Creíamos que nos mandaban a la cárcel cuando, sin saber cómo ni cómo no, nos encontramos ante el Tribunal: el tercer Tribunal Militar encargado, fuera como fuera, por la Policía, de condenarnos a la máxima pena establecida. El episodio es importante y no he de escatimar esfuerzos de memoria para trasladarlo aquí en su mayor pureza narrativa, transcribiendo los hechos tal como

ocurrieron, aun pecando, si preciso fuera, de reiterada premiosidad. Treinta o cuarenta alemanes fueron juzgados el mismo día. Recuerdo algunos nombres: Hans Diesel, comandante jurídico; mayor Cobre, de Infantería… El Tribunal no les entretenía más arriba de cinco minutos. Un judío ruso llamado Barón llegaba cada hora con una lista. En torno suyo se apelotonaban los ya juzgados para conocer su sentencia. Por los nervios y la expectación, la escena me recordaba a los estudiantes rodeando al bedel, con las papeletas de examen, en la Facultad de Medicina de San Carlos.

—Fulano de Tal —decía el hebreo—, condenado a veinticinco años; Mengano de Cual, condenado a veinticinco años…

Uno de los que estaban presentes interrumpió a Barón.

—¡Eh, oiga! Ése que acaba de leer como condenado no ha podido venir por estar enfermo. Debe ser un error…

—Quizá —respondía Barón sonriendo maquiavélico—. ¿Y usted es amigo suyo?

—Sí.

—Pues encárguese de comunicárselo.

—Pero ¿cómo va a ser condenado sin haber sido juzgado?

Barón, imperturbable, seguía leyendo: «Comandante de Artillería Tal, capitán de Aviación Cual, veinticinco años…».

—Pero oiga —interrumpía uno de los condenados—: si yo estoy aquí y ni siquiera he sido llamado ante el juez…

—¡Oh! —exclamaba Barón—. Error imperdonable. Pase usted, por favor, pase usted.

Y el interesado pasaba al Tribunal.

Horas después, este mismo preguntaba:

—¿He sido condenado o absuelto?

—Creo recordar que ya he leído su condena: veinticinco años…

—¡Pero eso era antes del juicio!

Barón se encogía de hombros y abría una sonrisa de sandía que le llegaba de oreja a oreja:

—El orden de los factores… no altera el producto.

Éste era el Tribunal que nos juzgó a las diez de la mañana del 10 de diciembre de 1949. Entramos en la sala. Era ésta tan pequeña que no cabían sentados más de cinco testigos. La mesa estaba presidida por un capitán jurídico y a sus órdenes (otra paradoja rusa) dos comandantes del Ejército. Un teniente hacía las veces de secretario. La sala estaba asquerosa, llena de colillas y escupitajos. Sobre la mesa, la inevitable litografía de Stalin, hecha seguramente por algún enemigo suyo, pues era ridícula.

Apenas entramos, el presidente preguntó:

—Y éstos ¿quiénes son?

—Los españoles de Jarkof —contestó el secretario.

—Ya.

Bostezó, aburrido. Se frotó las manos. Escupió sobre su pitillo, apagándolo con excelente puntería.

—Queda formado el Tribunal —dijo en voz alta. Y después añadió más bajo, dirigiéndose al secretario—: Vamos, vamos, de prisa. De lo contrario no acabaremos nunca…

Y el juicio, del que dependían nuestras vidas, el regreso a la patria o la permanencia en Rusia, comenzó.

Actuaba de intérprete el sargento Felipe Pulgar, uno de los hombres más malvados que he conocido nunca. Era una autoridad en el campamento de Borovichi, y es responsable directo de la muerte de muchos españoles. Gozaba haciendo daño a los demás. A los prisioneros tuberculosos, en vez de recluirlos en un hospital, los mandaba a trabajar a las minas de carbón. Era un resentido social, perverso y duro. Yo no le conocía, hasta entonces, ni de referencias. Cuando entramos le vi con su uniforme de sargento del Ejército ruso, la *rubaska* cerrada al cuello bajo la guerrera desabrochada, el pantalón abombachado sobre las botas de hule, y no pude sospechar que fuera español. Estaba sacando punta a un lápiz y no nos miró al entrar. Era bajito, enclenque, paticorto y enjuto. Los españoles le llamaban «Patarranas». Tenía la tez verdosa, levemente apergaminada, de los enfermos de hígado, y el pelo negro y liso, de hortera celtibérico, estirado y con caspa. Empezaron a entrar los testigos de cargo: los mismos de siempre: Montes, Astor, alférez X y demás comparsas. Los mismos que declararon contra nosotros en el primer proceso un año atrás; los mismos del segundo seis meses antes cuando fue suspendida la vista. Volvían ahora a la carga —¡a la tercera va la vencida!— y, conscientes de que sus primeros golpes no habían bastado para matar a las víctimas, golpeaban ahora más duramente asegurándose de que así no levantaríamos la cabeza. ¡Qué lamentable espectáculo humano el de aquellos seres miserables refocilándose en el dolor ajeno, buscando la sentencia condenatoria como perros husmeando entre basuras! Yo quería basar mi defensa en la ausencia de testigos de descargo, acordándome del éxito de la vista anterior y de los consejos de algunos compañeros rusos de celda, pero no pude hacerlo así, pues los hechos sucedieron de manera bien distinta a como pensábamos. Es el caso que, al acabar su faena estos profesionales de la acusación, se abrieron las puertas y uno tras otro comenzaron a entrar en la sala nuestros viejos camaradas de cautiverio, los oficiales y los soldados que habíamos citado como testigos de defensa. ¡No era, pues, cierto que hubieran sido repatriados como, desde hacía un año, creíamos! ¡Era una infame mentira que nos habían dicho sin otro objeto que abocarnos a la desesperación y a la claudicación! ¡El engaño había sido minuciosamente preparado! ¡Cuantas

autoridades —Pujof, Sieribranicof, el juez del segundo proceso, el director de la cárcel— tenían relación con nosotros habían sido puntualmente aleccionados para hacernos creer que estábamos solos, intentando privarnos con esta torpe maniobra del ánimo preciso para seguir luchando sin doblegar nuestra voluntad!

Nuestros amigos nos miraron al entrar y, aunque no nos saludamos por no comprometernos mutuamente el que más y el que menos nos lanzaba un abrazo con la mirada. Oroquieta, Julio Sánchez, Francisco Sáez, José Giménez, Juan Granados, tomaron la palabra uno a uno en nuestra defensa. Unos, con más calor, otros con más habilidad, hicieron cuanto estuvo en su mano para evitar se consumara la ignominia. Julio Sánchez Barroso, de Valverde, provincia de Cáceres, ¡con qué emoción lo recuerdo ahora! Lo encontré bárbaramente desfigurado, con unos grandes surcos violáceos sobre el rostro, anticipo de la tuberculosis que le llevaría a la tumba años después en Sajtijord. Él fue el que salvó de un grave apuro a Victoriano Rodríguez, procesado a mi lado, cuando este magnífico insensato descolgó por la ventana de su celda aquel mensaje que quedó flotando ante la ventana del mayor Chorno, en Jarkof. Sánchez, de un salto, rompió el hilo y con él el peligro, y me entregó el mensaje. Él era también quien me preguntaba en Potma, como un enfermo sin salvación posible preguntaría al médico cuándo se pondría bueno: «¿Cuándo nos repatrían, mi capitán?». Julio Sánchez negó todas las acusaciones y añadió por su cuenta cuanto le dio a entender su buen corazón en defensa de Castillo, Rosaleny, Rodríguez y yo.

Otro de los testigos, José Giménez, fue el que, en el campo número 27, de Moscú, había dicho aquellas palabras: «Yo no tengo más familia que en España mi madre, y en Rusia mi capitán». Como ya se dijo en su momento, tenía cinco hermanos en Rusia y… (aunque esto sea anticipar algunos acontecimientos) cuando nos volvimos a ver fuera del Tribunal, después de mucho tiempo de separación, se me acercó, como un penitente a un confesor, para decirme:

—No estoy contento. He hecho algunas cosas que no están bien.

—¿Qué has hecho?

—Una de ellas: firmé el documento para quedarme aquí.

—¡José Giménez!… ¿Tú has hecho eso?

Bajó avergonzado la cabeza.

—Sí. Pero… quiero que me perdone.

—El pecado lleva su penitencia, Giménez. Y éste, por ser grave, llevará dos. Una es ésta…

Le cogí paternalmente de una oreja y lo sacudí como a un niño pequeño.

—La otra —añadí— es para hombres de pelo en pecho: rectificar ante el mando ruso y decirles que fue un error.

—Lo haré.

—Ten en cuenta que pueden tomar represalias.

—No importa. Lo haré.

Y lo hizo. Y, gracias a esto, años más tarde pudo repatriarse con los demás.

Su declaración ante el Tribunal fue valentísima y gallarda. Las del capitán Oroquieta y el teniente Altura, como correspondía a excelentes militares y compañeros.

La gravedad y la saña de las acusaciones, lo mismo que el ardor y acalorada gallardía de los defensores, habían puesto el ambiente del proceso al rojo vivo. Durante unas y otras declaraciones llovieron los altercados. Castillo y Rosaleny intervinieron constantemente para rechazar las acusaciones falsas. El sargento Pulgar tomó descaradamente partido al lado de los acusadores, y traducía no ya a su leal saber y entender, sino añadiendo de su cosecha cuanto pudiera perjudicarnos y callando lo que pudiera —que era bien poco— beneficiarnos. Cuando me di cuenta del juego, interrumpí al traductor, diciéndole que no era así. Le llamé falsario e inmoral, y mientras me entretenía en este cruce de palabras con él, Victoriano Rodríguez explicó, en ruso, al tribunal que Pulgar no era fiel en su traducción. Pero el Tribunal quería saber qué diablos estábamos hablando por nuestra cuenta Pulgar y yo, y entonces Rodríguez se convirtió, por unos segundos, de acusado en traductor. Se armó un alboroto tremendo, todos hablábamos a un tiempo, el tribunal reprendió a Pulgar y éste, hecho un lío, lo mismo contestaba en castellano al presidente, que a mí me hablaba en ruso, con lo que ni yo le entendía, ni le entendía el presidente, ni nos entendíamos nadie. Cuando se aclaró el equívoco Pulgar me lanzó una mirada tal, que si los ojos fueran al hombre lo que los dientes a la serpiente, yo debía haber caído seco, allí mismo, envenenado.

Cuando los testigos se retiraron, el Tribunal tuvo una idea realmente innovadora para los administradores de la justicia. Sus miembros, uno a uno, parsimoniosamente, pusieron los revólveres encima de la mesa.

Tan enrarecido estaba el ambiente y tal era la tensión que se respiraba, que lo extraño es que no salieran chispas en vez de gritos de nuestras gargantas. Tenga en cuenta el lector que en el primer proceso de Jarkof yo iba preparado para la defensa y estuve varios días en la celda de la cárcel estudiando los argumentos y hasta la forma de desarrollarlos. Pero aquí en Borovichi, fuimos metidos de sorpresa en la sala del juicio y —sin preparación alguna— me vi obligado a improvisar. Las pistolas sobre la mesa me ayudaron mucho. ¿No lo habían hecho para atemorizarnos? Pues ¡adelante! Para hacer boca comencé mi oración con uno de los argumentos de más fuerza del discurso anterior:

—Bajo una falsa capa de agitación política, actividad delincuente y sabotaje, estáis juzgando aquí la lealtad a la patria, la fidelidad al jefe, el respeto a las ordenanzas. Es decir pretendéis condenar virtudes que en todos los países se ensalzan, incluso cuando adornan al enemigo.

Recuerdo el silencio y hasta el respeto con que estas palabras fueron escuchadas en el proceso que, en Jarkof, presidía Pujof… Pues si a pesar de aquel respeto, allá fuimos condenados, ¿qué no sería aquí, en Borovichi, cuando antes de que hubiera terminado de hablar el propio Tribunal me abucheó? El escándalo empezó cuando el presidente me interrumpió:

—Este Tribunal no necesita lecciones de moral.

—Ni yo sé si el Tribunal las necesita o no, ni yo pretendo dárselas. Estoy hablando en la forma que considero más útil para mi defensa. Para convertir en delito lo que son virtudes, para traducir al ruso como sabotaje lo que en mi idioma es lealtad a la patria (¡Traduzca usted bien esto, sargento Pulgar!) habéis necesitado organizar esta clase de procesos, en que los acusadores son profesionales de la traición y los miembros del Tribunal intimidan a los acusados colocando sus revólveres sobre la mesa de la Justicia…

El escándalo, aunque grande, no llegó a su grado más alto hasta el final:

—Estos procesos parecen ideados por los mayores enemigos del Kremlin, para desacreditar a la Unión Soviética. Y lo habéis conseguido. Vuestras prácticas seudolegales son del más puro estilo trotskista.

Como si al pronunciar esta última palabra hubiera pulsado un cable de alta tensión, el presidente, seguido de sus asesores, pegó un salto en la silla y se puso en pie. Inmediatamente, el centinela que estaba detrás de mí me agarró por los hombros y me sentó a viva fuerza. El presidente pronunció un pequeño mitin, una arenga encendida de patriotismo. Concluyó diciendo que el Tribunal no estaba dispuesto a que se insultara a los Tribunales de la Unión Soviética.

—Yo ruego al Tribunal —dije— que de ahora en adelante considere como no dichas todas las expresiones que considere ofensivas, pero le ruego, asimismo, que no me interrumpa en el uso de la palabra, pues, de lo contrario, contradirá el espíritu y la letra de la propia ley soviética que dice que nadie puede ser condenado sin ser oído. Y yo me negaré a hablar si se me vuelve a interrumpir.

El presidente murmuró algo al oído de sus asesores, que no entendí, y al fin hizo un gesto ordenándome continuar.

—En Occidente existe una vieja norma dentro de la práctica del derecho. Una norma que es garantía de los hombres de bien frente a los posibles abusos de la autoridad, o errores de los jueces. Ésta: «Vale más perdonar a cien culpables, que condenar a un solo inocente». En cambio, vosotros preferís condenar a cien inocentes antes de que se os escape un solo culpable.

Nuevos rumores, nuevas palabras en ruso, nuevos gestos de «es intolerable», «hacedle callar», etc. Entonces me senté y renuncié definitivamente a proseguir mi defensa, que en realidad ni siquiera había iniciado.

A pesar del interés del presidente en actuar de prisa, las declaraciones de los

testigos de ambos bandos, las interrupciones, aclaraciones e incidentes habían prolongado la sesión hasta el extremo de que los jueces, a las cuatro de la mañana, tomaron el acuerdo de suspender la vista hasta el día siguiente. Dormimos dos o tres horas, pues perdimos otras tantas en los traslados de ida y vuelta del Tribunal a la cárcel y de la cárcel al Tribunal. Agotados y casi en ayunas, pues los días de juicio los reos no reciben más alimentación que el pan del desayuno, reanudamos la lucha. Cedí en cuanto al mutismo, pues había varias cosas que no quería se me quedaran dentro, y al recusar a los testigos volví a pronunciar el párrafo más duro del primer proceso.

«No os hagáis ilusiones. Las guerras no han terminado. Y no siempre se sale de ellas victorioso. Lo que hoy hacéis con nosotros, podrían hacerlo con vosotros algún día. Ser juzgados en el extranjero, teniendo como acusadores a los traidores y desertores de vuestro propio Ejército…».

—¿Qué entiende usted por traidor? —me atajó el presidente.

Que me perdonen los juristas y tratadistas de derecho, tan expertos en definiciones, la invasión de su campo, que me vi forzado a hacer. El sargento Pulgar, con su uniforme ruso, sus galones rusos, funcionario ruso, me sirvió de musa inspiradora.

—Por traidor entiendo a todo aquél que se entrega en cuerpo y alma a una potencia extranjera y le presta servicios militares sin consentimiento de su Jefe de Estado.

Y a medida que lo decía, miraba a Pulgar como aclarando: «Éste es mi modelo».

El Tribunal se retiró a deliberar. A los cinco minutos regresó: Como estaba previsto fuimos todos condenados a muerte y en sustitución de la última pena, a veinticinco años de trabajos forzados, por agitación política y sabotaje, los mismos delitos de que hablamos sido absueltos unos meses atrás…

Mes y medio después, estando cumpliendo la sentencia en el campo de la mina de Borovichi, los altavoces del campamento dieron, a bombo y platillo, una noticia:

A petición de los Sindicatos de la U. R. S. S. el Gobierno había decidido restablecer la pena de muerte en todo el territorio de la Unión Soviética para los delitos de traición, espionaje, sabotaje y agitación política. La pena de muerte estuvo, pues, abolida en la U. R. S. S. en etapas escalonadas quince meses escasos. Desde noviembre (aproximadamente) de 1948 hasta los primeros días de febrero de 1950[10]. En este tiempo el teniente Rosaleny, el alférez Castillo Montoto, el soldado Victoriano Rodríguez y yo, fuimos condenados dos veces, en sustitución de la pena capital, increíblemente, venturosamente abolida durante tan breve paréntesis. De no haber coincidido los procesos entre aquellas fechas límites, estaríamos ahora los cuatro bajo tierra rusa, criando malvas y jaramagos.

Capítulo XXI

OTROS ESPAÑOLES EN RUSIA

Una estación, no recuerdo cuál, de una ciudad populosa. Viajeros, soldados, campesinos, mendigos. En un extremo, prisioneros de guerra y delincuentes comunes en cuclillas, las manos en la nuca, esperan la orden de levantarse para iniciar su camino. Sale el tren y disminuye el público. Los presos se levantan y se ponen en marcha. Un mendigo les observa atentamente. Es un viejo harapiento y barbudo. De pronto el mendigo, movido por una fuerza irresistible, se abalanza sobre uno de los grupos de prisioneros.

—¡Españoles, españoles! —comienza a gritar.

Éstos se detienen, asombrados ante aquel anciano miserable que les habla torpemente —pues la emoción nubla su voz— en perfecto castellano.

—¿Quién eres?… —le preguntan.

—Soy un marinero del Cabo San Agustín, de la Compañía Ibarra… ¿y vosotros?

Los rusos empujan a los españoles y apartan al pobre barbudo, que les persigue corriendo.

—Somos prisioneros de guerra.

El mendigo hizo un esfuerzo y alcanzó a la columna que avanzaba al ritmo que marcaban los centinelas.

—¡Llevadme con vosotros! ¡Nadie se dará cuenta de que hay uno más!

Su grito era desgarrador: «Llevadme con vosotros…».

El ruso apartó al anciano de un manotazo. Azuzados por el ¡*Davai*! ¡*Davai*!, los españoles siguieron su camino preguntándose qué haría en Rusia aquel pobre viejo que se decía marinero de un buque español. Su curiosidad fue pronto acrecentada por otra aún mayor. Al llegar al campo de concentración encontraron a otros marinos mercantes retenidos no como prisioneros de guerra ni como delincuentes comunes, sino como seres pura y simplemente secuestrados. ¡Secuestrados como ínfimas partículas de uno de los mayores latrocinios públicos de que se tiene noticia en la historia contemporánea! Mejor dicho: de que no se tienen noticias, pues creo que ésta es la primera vez que la pasmosa historia de estos hombres se publica en letras de molde.

Es el caso que, a mediados de 1937, las autoridades soviéticas, sin explicar el porqué, ni el porqué no, retuvieron en Rusia a un grupo de buques que habían sido enviados a aquellos puertos por el Gobierno rojo español para cargar material de guerra. (No hacía todavía un año que había estallado en España la guerra civil Y

faltaban dos para que ésta acabara con la victoria de las fuerzas nacionales). El *Juan Sebastián Elcano*, que estaba ya cargado con motores de aviación, fue descargado y trasladada la mercancía a otros buques de menor tonelaje y, por tanto, menos valiosos que este soberbio mercante de la Compañía Transatlántica. A medida que llegaban nuevos buques, de cada tres los rusos permitían regresar a dos y se quedaban uno con los más extraños pretextos, tales como errores en la documentación de los barcos o en los permisos de salida y entrada en los puertos. Cuando la guerra civil española terminó, quedaban en los puertos soviéticos los siguientes barcos, todos incautados por Rusia:

El *Cabo Quilates*, de la Compañía Ibarra, y el *Marzo*, de la Compañía Bilbao, en Murmansk, en el mar Blanco, puerto del océano Glacial Ártico; el *Cabo San Agustín*, de la Compañía Ibarra, en Feodosia, Crimea; el *Ciudad de Tarragona* y el *Ciudad de Ibiza* (Compañía Transmediterránea), el *Mar Blanco* (Marítima del Nervión), el *Isla de Gran Canaria* (Compañía Transmediterránea) y el *Inocencio Figueredo*, de la Compañía Gijón, todos ellos en Odesa, el gran puerto del mar Negro.

Que la incautación de estos buques representa uno de los mayores actos de piratería de todos los tiempos lo demuestra el hecho ya apuntado más arriba, de que la mayoría de ellos fueron retenidos no a la España del general Franco, y como botín de guerra, sino al principio de la conflagración civil y al propio Gobierno rojo español, que no sólo mantenía relaciones estrechísimas con Moscú, sino que tenía al frente de sus Brigadas Internacionales a generales del Ejército rojo y estaba protegido por comunistas internacionales de tanto relieve y que papel tan relevante tendrían años más tarde en Europa, como Gallo, esbirro de Togliatti; Carlos Prestes, general del Partido Comunista brasileño; Thorez Tito, que mandó un grupo de Artillería; Telma (cuyo batallón de su nombre tomó parte en los combates del cerco de Madrid); André Marty, conocido internacionalmente como el *Carnicero de Albacete*; Bela Kun, fusilado el año 1938 en Rusia por tomar parte en el movimiento bujarinista; Ana Pauker, que dio nombre a un batallón; Dimitrof, secretario general del Partido Comunista búlgaro y presidente de la Internacional Comunista y más tarde asesinado en Moscú…; etc… La historia posterior de estos buques ha sido la siguiente:

El *Cabo San Agustín* fue incorporado a la Marina Auxiliar de Guerra y fue hundido por un torpedo alemán en el mar Negro. El *Ciudad de Tarragona* hace actualmente la línea de Yalta a Odesa con carga y pasaje, bajo bandera rusa y con el nombre de *Luvof*. El *Mar Blanco* ha sido bautizado bajo el nuevo nombre de *Oriol* y navega con carga entre distintos puertos del mar Negro. El *Juan Sebastián Elcano*, con el nombre de *Volga*, es usado como transporte de guerra en la base naval de Sebastopol, y el *Isla de Gran Canaria* navega igualmente bajo el pabellón soviético, por el mar Negro.

Ésta es la historia de los barcos, pero ¿cuál es la de sus tripulantes? Sin poder dar

crédito a los que oíamos, la fuimos aprendiendo, escuchándola atónitos de boca de los propios interesados, en los campos de concentración. Grande era nuestra experiencia de Rusia; nuestra hostilidad hacia ella bien probada estaba. Pues, a pesar de esto, la historia relatada por los marineros mercantes españoles parecía tan increíble que nos resistíamos a aceptarla como cierta y aún hoy me resistiría a creerla si no hubiera sido corroborada por cuantos marinos encontramos en sucesivos campamentos, a partir de entonces, a lo largo de los años sucesivos y cuya relación completa citaré más adelante.

Una gran parte de los tripulantes de los buques retenidos durante la conflagración civil fue repatriada antes de terminar la guerra española. Los demás, una vez concluida, fueron interrogados acerca de si deseaban permanecer en Rusia, regresar a la España «fascista», como ellos la denominaban, o ser trasladados a otros puntos. La mayoría deseaba regresar a España, pero no se atrevían a decirlo por miedo a ser tachados de enemigos por los rusos, y solicitaron México, Francia y otras naciones como puntos de destino, en la seguridad de que, desde allí, podrían fácilmente incorporarse a su patria. Pero como en Rusia ocurre siempre al revés de lo que se piensa, quienes fueron repatriados fueron solamente los muy pocos que se atrevieron a decir que querían volver a España. (La Policía soviética imaginó que iban a ser perseguidos o represaliados y consideró que esto sería una magnífica ocasión para armar un revuelo de propaganda contra España y su régimen. Pero he aquí que los marinos que —vía Turquía— llegaron a su patria en agosto o septiembre de 1939 fueron incorporados a sus antiguos puestos en las Compañías marítimas, privando a Moscú del gusto de poder armar el escándalo que se proponía). El resto de los marinos fue entretenido todo aquel primer año con esperas o promesas. En Odesa no vivían nada mal y, en casas alquiladas, esperaban pacientemente se resolviera su situación.

El primer incidente serio tuvo lugar en 1940. Toda la tripulación del *Mar Blanco* había sido repatriada y sólo quedaba de este buque el capitán, don Ángel Leturia, que no quiso abandonarlo. Un día, estando el capitán en un establecimiento de Odesa llamado Hotel de Francia, en compañía de Pío Izquierdo, Juan Izquierdo y Julián Bilbao (primero, segundo y tercer maquinista del *Cabo San Agustín*), la Policía se los llevó detenidos, junto con Domingo García, de Puebla de Caramiñal, motorista del *Ciudad de Ibiza*. A los compañeros, que muy sorprendidos preguntaron la causa, les dijeron que los detenidos tenían planeada una fuga para huir a Rumanía en un barquito ruso y que un pope, a quien se habían ingenuamente confiado, les denunció. Esto ocurrió en enero de 1940. Han transcurrido quince años desde entonces y jamás se ha vuelto a saber nada de ninguno de ellos. A partir de aquel instante, la tensión en torno a los marinos españoles se hizo insoportable. Teóricamente estaban en libertad, pero eran espiados, cercados por un mundo de falsos amigos y confidentes. Primero

los desalojaron de las casas alquiladas, concentrándolos a todos en el Hotel de Francia. Después, descaradamente, les obligaron a escoger entre firmar un documento en que declaraban desear quedarse en Rusia o una incógnita inquietante. Los que firmaron el documento fueron automáticamente separados y trasladados a fábricas y *koljoses*, donde siguen y donde morirán. ¿Quién les iba a decir, cuando arribaron a un puerto ruso en 1937, que no saldrían jamás —¡jamás!— de aquella cárcel infinita donde malviven, si es que viven, hace ya dieciocho años? Los que no firmaron el documento permanecieron en libertad unos meses más, hasta que un día fueron sacados de la casa, de madrugada, rodeados por soldados con armas cortas en posición de disparo, metidos en unos vagones cárceles y trasladados a la prisión de Jarkof, donde, en una celda de cuatro por cinco metros —quizás una de las mismas donde yo caería diez años después—, fueron encerrados sin más explicaciones los cuarenta y cinco marinos de nuestra historia.

Uno de los internados logró hablar con el director de la cárcel.

—Yo soy comunista —le dijo—. Y admiro y quiero a Rusia como mi segunda patria…, pero en España tengo mujer y once hijos, ¿sabe usted? Y por eso no puedo quedarme aquí. Ellos viven de lo que yo gano. ¿Por qué no me dejan regresar?

El director de la cárcel contestó que eso no era cuenta de él; que él no sabía, ni le interesaban (pues no era de su incumbencia), las razones por las que estaban encerrados. Que esperaran, pues seguramente se trataba de un error y que algún día se esclarecería su caso.

De Jarkof fueron trasladados, después de veintiún días de viaje en vagones cárceles, a Krasnoyar, al norte de Siberia, en las márgenes del río Yenisei. Veinte días más tarde cruzaron el río y fueron encerrados en otra cárcel, donde se encontraron con doce jefes del Estado Mayor lituano, condenados a régimen de *caterga*, todos los cuales han fallecido ya. También se encontraron con el famoso cirujano de esta nacionalidad Mannaya, que hizo amistad con ellos y decía ser amigo o conocido de un médico español (el doctor Marañón). Pocos días más tarde los metieron en un vapor fluvial llamado *Stalin*, rumbo a lo desconocido. En este barco había cerca de cien niños polacos, con su maestro, que habían sido secuestrados en Polonia (la guerra mundial había comenzado ya) y no sabían tampoco adónde iban…

La dirección del barco era inquietante. El río Yenisei desemboca en el océano Glacial Ártico, y el barco caminaba rumbo a su desembocadura…

Tras varias semanas de viaje cruzaron el Círculo Polar y, trescientos kilómetros al norte del Círculo Blanco, en la ciudad de Dodinka, paralelo 70, fueron desembarcados. El 21 de noviembre de 1941 comenzaron a trabajar en la construcción de una carretera que unía aquel punto con la ciudad de Norilskaya, siempre al norte del Círculo Polar. Tras aquella muralla de hielo, tras aquel desierto de silencio, los únicos testigos de la infame incautación de los buques mercantes

quedaban así aislados.

En los tres primeros meses murieron de frío ocho de los cuarenta y cinco secuestrados, en años posteriores murieron once más, seis cometieron el error de doblegarse a las presiones y amenazas y firmaron el documento acreditando desear quedarse en la U. R. S. S., uno desapareció siendo separado de sus compañeros y no se ha vuelto a tener noticia de él. ¿El mendigo quizá? Los diecinueve restantes, cuando Rusia aumentó, gracias a la guerra, su mano de obra prisionera, fueron sustituidos en el Círculo Polar por otros presos más jóvenes y fuertes, y fueron trasladados al Turquestán, donde, en el campo de Karaganda, se unieron a los españoles de la División Azul, siguiendo desde entonces la misma suerte que nosotros mismos.

Cuando fueron repatriados —diecisiete años después de su secuestro— ninguno había pasado ante un Tribunal civil o militar. Es decir, ninguno había sido juzgado ni condenado por delito político o común de ninguna clase. No eran prisioneros de guerra. No eran refugiados políticos. No eran delincuentes comunes. Eran simplemente seres secuestrados, hombres robados para engrosar la mano de obra esclava que mantiene en pie la economía de la U. R. S. S. Cuentan que, cuando ya de regreso de Norislka y Norilskaya, cruzaron por el río Yenisei el Círculo Polar en dirección sur, se cruzaron con centenares y centenares de barcos y barcazas, y en tierra, con centenares de trenes y camiones cargados con centenares de miles de prisioneros camino de las minas y las obras incrustadas entre los hielos eternos[11].

¿No parece increíble la historia de los marinos? Realmente, es difícil encontrar precedentes de un acto semejante fuera de Rusia. Pero dentro de las fronteras soviéticas la palabra imposible, tratándose de arbitrariedades o absurdos, no existe. Y, en efecto, la historia de los marinos mercantes, retenidos durante diecisiete años y destinados a trabajos forzados en el Círculo Polar, en la Siberia blanca, sin haber sido juzgados, ni condenados, ni siquiera acusados de delito alguno, sino, como se ha dicho, pura y simplemente secuestrados, es paralela a la de los aviadores del ejército republicano español, cuya asombrosa historia pasamos a relatar.

El 9 de agosto de 1938, ochenta y cinco alumnos pilotos del Ejército del Aire del Gobierno rojo español salieron de Sabadell, rumbo a la U. R. S. S., para asistir a diversos cursos de aprendizaje en las escuelas soviéticas. El 17 del mismo mes embarcan en El Havre —tras haberse alojado en el Hotel Parisién, de esta ciudad— a bordo del vapor ruso *Smolny*, que arriba a Leningrado el día 21. Cuatro días después llegan a la Escuela de Kirobabad, en el Cáucaso, donde son recibidos con vítores y aplausos por los alumnos rusos, las autoridades soviéticas y un contingente español de alumnos más antiguos. Antes de llegar en el tren, un funcionario, en nombre del embajador de España, Marcelino Pascua, les retiró el pasaporte español, anunciándoles que sería canjeado por otra nueva documentación. Ninguno pudo

sospechar la celada en la que habían caído. En Kirobabad les suministraron uniformes del Ejército soviético y aceptaron, como pura broma, la rusificación a que, en las clases y recreos, fueron sometidos sus apellidos. Quien se llamaba Pérez fue tratado desde aquel día como Perezof; quien se llamaba Pastor vio transformada la fonética de su nombre por la de Pastorolsky… Allí estuvieron pilotando los famosos *Moscas*, *Chatos* y *Katiuskas*, hasta que un día llegó la noticia de que en España, deshecho y en retirada el Ejército rojo, ocupada la totalidad del territorio por las fuerzas nacionales, la guerra había terminado. Doce días después, el general Orlof, director de la Escuela, se presentó acompañando a una comisión de jefes del Ejército, procedente de Moscú, para averiguar qué destino escogían los aviadores españoles. A los que quisieran permanecer en Rusia el Kremlin les abría generosamente sus puertas. A quienes quisieran volver a España o dirigirse a otros países (así se lo ofrecieron) les serían dadas las máximas facilidades para cumplir su deseo. De los doscientos españoles allí concentrados, sesenta y cinco desearon quedarse en Rusia.

Los ciento treinta y cinco restantes, comprendiendo que aquella solicitud equivalía a la pérdida de nacionalidad y con ella a la de toda esperanza de regresar, pidieron ser trasladados a Chile, México o Argentina. Ninguno se atrevió a decir España para no ser tachado de «fascista». Firmaron las solicitudes correspondientes y esperaron… A partir de entonces, con amenazas veladas, alusiones a la proximidad de Siberia y a que a Moscú no le sentaría bien que quisieran marcharse después de la hospitalidad que habían recibido, etc., misiones diarias comenzaron a presionar sobre los precautivos… Cuarenta más se dejaron convencer atemorizados y renunciaron a marcharse. La Policía estaba satisfecha. De los ciento treinta y cinco esquivos a Rusia ya no quedaban más que noventa y cinco. Un poco más de presiones…, un poco más de tiempo… y de allí —¡voluntariamente!— no se iría nadie. «Es cuestión de tiempo», pensarían, anticipándose a la frase del comandante Sieribranicof…, y comenzó la dispersión. A setenta y cuatro de ellos (los únicos a quienes podremos seguir la pista) los destinaron entonces a una magnífica Casa de Reposo, en las proximidades de Moscú, un verdadero hotel lleno de comodidades, reservado para invitados de lujo o exilados de primera clase. Aquí fueron sometidos de nuevo a la acción política de los dirigentes comunistas. Enrique Líster, Luis Pretel, *El Campesino* y un siniestro caballerete llamado Felipe Pulgar.

Un grupo numeroso decide, para no irritar a la Unión Soviética, quedarse mientras dure la guerra con Polonia, recién iniciada. Treinta y tres, en cambio, se oponen y son automáticamente trasladados, para que no contaminen a los anteriores, a una nueva Casa de Reposo, mucho más modesta ya, destinada a exilados de tercer orden, politicastros fugitivos de tres al cuarto, gentecilla de poco más o menos. Esta segunda residencia se llamaba *Monino*. El descenso de categoría era ya vertiginoso. ¡Qué lejanos parecían aquellos días de la recepción entre vítores y aplausos en la

Escuela Aérea de Kirobabad!

A las tres de la madrugada de una trágica noche, los rusos se quitaron la careta, despertaron a los españoles, les hicieron formar y separaron a siete de ellos. El jefe de la misión, ayudado por un intérprete, leyó sus nombres:

—José Gironés, de Reus; José Goixart, de Lérida; Luis María Milla Pastor, de Madrid; Vicente Monclús Castejón, de Barbastro; Juan Navarro Seco, de Barcelona; Francisco Pac, de Barcelona; Francisco Tares Carreras, de Hospitalet…

Los aludidos, sin poder imaginar lo que les esperaba, creyendo quizá que formaban parte de la primera expedición del retorno, hicieron cuanto les mandaban. Más tarde, y formando grupo independiente, fueron llamados José Ribas Roca, Francisco Llopis Crespo y Pascual Pastor Justón. Subieron en un autocar y fueron conducidos hacia el centro de Moscú. De pronto, el autocar sufrió avería. Demasiada coincidencia. Mientras lo arreglaban, ocho agentes de la M. W. D. subieron al coche. La expedición siguió entonces su camino, y a pocos metros del edificio de la Komintern, uno de los recién llegados mandó detener el vehículo e hizo bajar a los tres españoles citados los últimos en la lista.

—¿Adónde vamos?

—A *Monino*…

—¿Y… los otros?

—Algún día lo sabréis…

Regresaron, pues, a la residencia, confusos y extrañadísimos de cuanto habían presenciado. Pocos días después, por indiscreciones veraces o simuladas de los agentes comunistas que acudían constantemente a visitarles, les dijeron que cinco de ellos, como advertencia o ejemplo para el resto de los aviadores «recalcitrantes», habían sido fusilados. Esto ocurrió en Moscú el 29 de enero de 1940.

El clima se hacía cada vez más oscuro, y los aviadores, que vivían en un régimen de semilibertad, pues, aunque vigilados, podían moverse por la capital con relativa independencia, decidieron poner lo ocurrido en conocimiento de las embajadas extranjeras. Agustín Puig Delgado y Pascual Pastor Justón, con el mayor sigilo, consiguieron ponerse al habla con Mr. Zorlton, secretario de la Embajada de Estados Unidos en Moscú, a quien informaron de lo ocurrido, así como a las embajadas de Italia, Francia, Grecia, Gran Bretaña y Turquía.

Gracias a estas gestiones, los aviadores que contaban con familiares fuera de España pudieron ser reclamados desde el extranjero y lograron salir rumbo a la Argentina José Ribas Roca, José Gallart, Francisco Juliá y unos pocos más. ¡Granos de arena en medio del desierto! Las sospechas, apenas fueron éstos reclamados, recayeron sin pérdida de tiempo sobre los tristes habitantes de *Monino*, y ocho comunistas españoles que se hacían pasar por estudiantes de idiomas se alojaron, para vigilarles de cerca, en su misma residencia. Entre estos ingenuos aprendices estaba

también Felipe Pulgar, el feroz sicario que más tarde mandaría a la muerte a tantos tuberculosos, haciéndoles trabajar —agua a la rodilla— en las minas de carbón…

Los aviadores tomaron entonces una drástica determinación, que llevaron a cabo, y que es sin duda alguna uno de los episodios realmente memorables vividos por los españoles de una u otra procedencia en la U. R. S. S.

En grupos de pocos hombres, tomando cada cual un rumbo distinto, se reunieron a la misma hora, frente a la Embajada francesa. Una vez allí forzaron la vigilancia de la Policía e incluso de las fuerzas armadas de guardia frente al edificio diplomático, se precipitaron hacia el interior, echaron a correr escaleras arriba y, pálidos y jadeantes, se presentaron ante el embajador pidiendo a gritos el derecho de asilo.

El embajador, ante aquella invasión, ante las fuerzas de Policía que acudieron a las puertas de la Embajada, ante los emisarios que recibía de fuera ordenándole expulsar inmediatamente de la zona extraterritorial a aquellos individuos, no sabía qué hacer, ni qué decir, ni siquiera comprendía de lo que se trataba.

Pretendió echarlos fuera, pero éstos se negaron diciendo que era tanto como condenarlos a muerte y que si habían de morir tendría que ser allí dentro, con testigos de cuanto ocurría, pero nunca perdidos y olvidados, junto a cualquier paredón…

Entretanto, el cerco de la Embajada era cada vez más nutrido, y salían enlaces de la Policía a la Cancillería y de la Cancillería a la Policía, informándose mutuamente del hecho sin precedentes…

Al día siguiente los españoles se habían negado a abandonar el edificio. Y el embajador les dio una idea.

—Alistaros —les dijo— en la Legión Francesa. Y yo pediré permiso al ministro de Asuntos Exteriores, señor Molotov, para que os permita salir para incorporaros a la Legión…

—De acuerdo —dijeron todos.

El embajador pidió y consiguió ser inmediatamente recibido por el ministro. A Molotov no le gustó nada la solución y se negó a permitir la salida de los españoles, ni siquiera para incorporarse al Ejército de un aliado de Rusia en plena guerra. Les garantizó, en cambio, que no les pasaría nada si abandonaban la Embajada y se reintegraban «voluntariamente» —¡siempre «voluntariamente»!— a su residencia de *Monino*…

Aseguran los aviadores que ni Molotov, ni el embajador francés, ni ellos mismos, creyeron en la promesa. Pero habían jugado una carta y la habían perdido. Se resignaron con su suerte. Agradecieron la hospitalidad… y salieron.

Todavía en libertad, fueron trasladados a la tercera y última residencia. Un escalón más abajo… y a la cárcel. En esta residencia conocieron a María Ibarruri, hermana de la Pasionaria, viviendo casi al borde de la miseria con una hija suya y una nieta; conocieron también a un médico español —verdadero héroe civil— llamado

doctor Juan Bote García, y a una comunista medio histérica, completamente desconocida por aquel entonces, de muy poca categoría política, llamada Ana Pauker, que tan importante papel desempeñaría años más tarde en Rumanía…

Éste era ya el último escalón de la libertad, y lo bajaron también. El 25 de julio de 1941, de madrugada, la residencia fue acordonada por tropas armadas, y los aviadores —¡los aviadores que habían acudido a Rusia para adiestrarse como miembros de un ejercito aliado y protegido por Rusia!— fueron encarcelados, transportados en vagones cárceles y encerrados en campos de concentración…

Veintitrés días duró el viaje, a través de Siberia, hasta Novosibirsk, donde fueron encarcelados. Luego los internaron más aún, encerrándolos en la cárcel de Krasnovar. Diez años después, reducidos a la mitad por el hambre, la miseria y los malos tratos, tras haber recorrido miles y miles de kilómetros dando tumbos de campo en campo de concentración, y teniendo sobre sus espaldas cinco años más de cautiverio que nosotros, llegaron a Borovichi, donde —en el campo de La Mina, al que fui destinado para purgar mis veinticinco años de condena— les conocí…

En el corazón de Rusia las dos Españas borraron sus diferencias. Allí se abrazaron para siempre. La una comprobó cuanto de Rusia sabía. La otra aprendió cuanto de Rusia ignoraba. Se fusionaron en un abrazo de sangre y sacrificio y, codo con codo, lucharon juntas, sufrieron procesos, soportaron condenas. ¡En los campos de concentración de Rusia terminó para nosotros la guerra civil!

Si alguno de los aviadores cuando llegó a Rusia era sinceramente comunista, la criba a que fueron sometidos les arrancó hasta la última semilla rosada de marxismo. Pasaron el Jordán y salieron limpios…

A uno de ellos, José Romero, le he oído la frase más hermosa y, a la par, más estremecedora que he escuchado nunca a través de mis años de cautiverio. Este muchacho era, es, hijo de una dignísima familia gallega cuya única tragedia era contar entre sus miembros a un hombre de ideas tan avanzadas como las de José en su juventud. Pues este muchacho, arrepentido y contrito de sus ideas y de sus actos, que tan caros pagó, me dijo un día estas palabras tremendas, alentadas por soplos del Evangelio:

—Yo no tengo más que un deseo. Volver a mi padre, arrodillarme ante él, oír de sus labios que me perdona y después morirme.

Al redactar estas líneas Romero habrá seguramente cumplido su propósito.

Capítulo XXII

BUCLES DE ORO Y EL ALFÉREZ CASTILLO

El campo de la mina era llamado así en la jerga del prisionero por estar situado a poca distancia de unos criaderos de carbón donde trabajaban los cautivos. Este campo, con su formidable aparato de alambradas, garitas, perros policías y focos delatores alumbrando la zona *rastrillai,* estaba destinado únicamente a los prisioneros de guerra condenados por los Tribunales Militares rusos. (Los prisioneros no condenados se encontraban en un campo próximo —el famoso número 3 de Borovichi—, donde meses más tarde habría de registrarse la epopeya más grande realizada en Rusia por la masa desesperada de los privados de libertad).

Al campo de La Mina fuimos destinados los cuatro españoles condenados a veinticinco años: Rosaleny, Castillo, Rodríguez y yo. Meses más tarde se unieron a nosotros unos treinta españoles con diversos años de condena sobre sus espaldas. Entre éstos, José Mena, de Morón de la Frontera; Enrique Maroto, de Tarragona; Emilio Rodríguez y José María González, el de «tengo una mancha y la lavo como puedo». También se unió a nosotros, condenado a perpetuidad, el sargento Antonio Cavero, que aún sigue en Rusia sufriendo la arbitrariedad en él cometida al ser calificado como «criminal de guerra», por haber disparado, durante una batalla, contra un prisionero ruso que se fugaba…, con lo cual perdía —ante todas las convenciones del mundo— su condición de «prisionero»…

Cuando ellos llegaron, Rosaleny fue hospitalizado, primero por pleuresía, más tarde por lesión pulmonar contraída en la cárcel de Jarkof; otra dolorosa separación, rodeada de incógnitas.

Cuando ingresamos en este campo, tras quince días de castigo en la cárcel por insolencias pronunciadas en el proceso contra el Tribunal, nos encontramos con cuatro centenares de alemanes condenados por los rusos, como nosotros, a penas que oscilaban entre los diez y los veinticinco años. Su condición era especialmente penosa, pues sus connacionales no condenados acababan de ser repatriados.

En este campamento el alférez Castillo declaró una huelga de hambre que duró diez días y estuvo a punto de llevarle a la sepultura; fue arrastrado por el suelo por negarse a trabajar; fue golpeado dos veces y encarcelado tres. En este campamento, Victoriano Rodríguez escaló diez días consecutivos el tejado de la cárcel y se descolgó por una trampa abierta por él, hasta el interior, para llevar ropas y alimentos a Castillo. En este campamento los españoles asaltaron la cárcel, echando la puerta abajo para liberarme, cuando me encerré en una celda, voluntariamente, por

solidaridad con el alférez.

En este campamento colaboré en la destrucción de un retrato de Lenin que presidía nuestra barraca; robé, de noche y a solas, la correspondencia dirigida por nuestras familias y que los rusos iban a destruir sin entregarnos; organicé un «servicio azul» de donativos secretos para reforzar la alimentación de los enfermos; colaboré con los alemanes en la organización de unos inocentes juegos olímpicos que distrajeran a los soldadicos; declaré una huelga de hambre y escribí dos cartas a Su Excelencia el ministro de Asuntos Exteriores, señor Vichinsky. En este campamento fui delatado por un soldado, y los españoles, a espaldas mías, se juramentaron para matarle, robaron un hacha para hacerlo y los rusos tuvieron que encerrar al delator, como medida preventiva, para protegerle. El traidor era calvo. No tenía en la cabeza más pelo que un niño en el codo. Yo le llamaba en broma *Bucles de oro*.

«El capitán Palacios —escribió en una nota que entregó al jefe del campo— busca móviles políticos y no deportivos en sus juegos “olímpicos”. Le interesa tener a sus hombres fuertes y ágiles para lanzarlos contra la guarnición rusa del campamento…».

Yo, en aquella sazón, tenía más informadores de lo que ocurría en el campo que el propio servicio ruso de Información, y no tardé en conocer el texto, la hora y el modo en que había sido entregada esta nota. Lo que no supe hasta mucho después fue el robo del hacha, cómo fue afilada hasta el punto que partía en dos una hoja de papel de fumar que cayera por su peso sobre el filo; el escondite del arma y la firme decisión de degollar a *Bucles de oro* apenas saliera del hospital, donde había sido recluido por los rusos para protegerle.

Cuando lo supe tuve que enfrentarme con los conjurados, descubrir el arma, devolverla y hacerles, bajo juramento, desistir de su propósito.

Nunca imaginó el traidor, cuando me delataba, que un día le salvaría la vida la misma víctima que él escogió como precio de su infame redención.

En este campamento, en fin, recibimos por tres veces la visita de comisiones especiales llegadas de Novgorod, la capital del distrito, para investigar escándalos, huelgas y encarcelamientos de los españoles.

El primero de los episodios fue el del retrato de Lenin que presidía nuestros sueños. Con el mayor sigilo hablé con dos o tres alemanes cuyos nombres no he de dar, pues siguen en Rusia, y antes de que se cumpliera una semana de nuestra llegada, el flamante retrato durmió en las letrinas. Desde Novgorod llegó una comisión de cinco coroneles para investigar el caso y, para que todas las conclusiones fueran imprevistas, los soviéticos declararon culpable al teniente ruso encargado de la propaganda y reeducación política de los prisioneros, pues, según afirmaron los jefazos, el sacrilegio político no se hubiera llegado a perpetuar si el teniente de marras hubiese hecho de nosotros unos fervientes comunistas, como era su

obligación. El teniente fue sustituido por un tal Culicof, capitán de la M. W. D., quien para evitarse complicaciones, mandó retirar de las barracas todos los retratos de Stalin y Lenin que estuvieran a nuestro alcance; con lo que nuestros sueños y nuestras tertulias fueron desde entonces mucho más agradables.

Pero no eran, bien sabe Dios, las reproducciones litográficas las que marcaban sobre nosotros el peso de la tiranía. En este campo llovieron las presiones, los malos tratos: hasta se afinó, gracias a Pulgar, en aquella triste galera, el placer sádico de la brutal dominación del cómitre de los forzados. Pero es el caso que cuanto más le temían los prisioneros, cuanto más se humillaban éstos para evitar represalias, más se crecía Pulgar y más exigía de ellos. No; no era su autoridad la del hombre que —equivocado o no— se ve obligado por su cargo a imponer la disciplina, sino la de aquél que goza ejerciendo un dominio de propiedad sobre esas «cosas» que respiran y trabajan bajo su vigilancia, llamadas prisioneros.

Desde el primer día —durante el breve tiempo que la totalidad de los españoles del próximo campo de Borovichi estuvieron en el nuestro— yo me guardé muy bien de aceptar su disciplina.

Estaba yo con mis soldados y algunos aviadores y marinos, a quienes hemos dedicado el capítulo anterior, escuchándoles lleno de asombro y de alegría, cuando Ángel López, ordenanza al servicio de Pulgar, y a quien no sé bien por qué lejana reminiscencia llamábamos la *Churrera*, se presentó ante mí y me dijo:

—Capitán Palacios. El sargento Pulgar le llama.

—Dile a tu amo —le respondí— que desde donde yo estoy adonde está él hay la misma distancia que desde donde está él adonde estoy yo. Si quiere algo de mí, que venga a verme.

Yo no deseaba, ni mucho menos, enfrentarme con él, como no deseé nunca meterme en ninguno de los compromisos en que me vi envuelto, pero no podía tolerar, por puro respeto a mi carrera y a mi uniforme, que un sargento español del Ejército ruso se hiciera obedecer, ni siquiera en Rusia, por un capitán del Ejército español. Era cuestión de principios y en esto no había cedido nunca hasta entonces.

A los pocos minutos regresó Ángel López.

—Que Pulgar le concede a usted tres minutos para presentarse ante él. De lo contrario, se tendrá que atener a las consecuencias…

—Repítele a ese imbécil —le dije— que si quiere algo de mí que venga a verme. Y en cuanto a ti, no vuelvas a aparecer por aquí si no quieres salir por la ventana.

Y al capitán Culicof, que me llamó para reprenderme, le hice saber verbalmente que si quería algo de mí, me lo comunicara un ruso, pero nunca un español traidor, pues me producía una peligrosísima alergia, y «Pulgar —añadí— lo es de pies a cabeza». No pasó nada.

La entrevista con Culicof duró diez minutos y el escándalo fue de los más

sonados. Victoriano Rodríguez repitió a los cuatro vientos cuanto había oído. La estrella de Pulgar empezó a declinar y, semanas más tarde, el mando ruso, considerándole incapaz de contrarrestar mi influencia y la de mis compañeros sobre la tropa, ordenó que fuéramos de nuevo separados, volviendo los prisioneros al campo de Borovichi, y quedando en La Mina sólo los condenados…

Se fueron, pues, los españoles. Pero fue tan fructífero el contacto de unos con otros después de tanto tiempo de separación, que de estos meses quedó, de un lado, el Socorro Azul, que tantas vidas de enfermos salvó, y de otro, una moral ardorosa y encendida, capaz de hacer frente a los más formidables avatares, como se demostró en los dos campos vecinos, en los meses inmediatos, como muy pronto se verá.

* * *

Un día, estando formados todos los prisioneros para pasar lista, veo salir del puesto de mando, cojeando y con la cara amoratada, al alférez Castillo, entre dos centinelas. Inmediatamente salí de la formación, desoyendo los gritos del que la mandaba, y me acerqué a él.

—¿Qué te han hecho?

—Me han golpeado, me han arrastrado por el suelo.

—¡Cobardes! ¿Y por qué?

—Por negarme a trabajar.

—Y ahora, ¿dónde te llevan?

—A la cárcel.

—Pues si te encierran a ti —le dije— tendrán que encerrarme contigo.

Y cogiéndole del brazo, sin hacer caso al oficial de guardia que le conducía, penetré con él en la cárcel del campamento.

Era ésta, como las cuevas del Sacromonte, una cavidad abierta en la tierra aprovechando un declive del terreno. La puerta, de mala madera, se abría en el declive y daba a un minúsculo pasillo por el que se entraba a las tres o cuatro celdas de la diminuta prisión.

El capitán Culicof acudió presuroso y me preguntó qué hacía yo allí.

—Lo que se ha hecho con este hombre —le dije— es una cobardía. Algún día lo pagaréis.

—Esto no va con usted, Palacios. Márchese —me dijo el capitán.

—¿No le encerráis —repliqué— por negarse a trabajar? Pues yo me niego también y quiero seguir su misma suerte.

Nos encerraron en celdas separadas. Castillo, previamente, para aumentar el rigor del castigo, fue desnudado. A medianoche ocurrió un hecho insólito. La puerta del pasillo, la que daba al exterior, comenzó a crujir como si alguien presionara fuertemente sobre ella. Al poco tiempo un golpe más fuerte, un crujido mayor y

entraron en tromba, dentro de la cárcel, el sargento Cavero, Victoriano Rodríguez y los soldados Antonio Gómez, Enrique Maroto, José María González y Antonio Jiménez, que, enterados al regreso de la mina de carbón de cuanto ocurría, asaltaron la cárcel con la loca pretensión de liberarnos.

—Estáis locos —les dije desde mi celda—. Esto puede costaros caro.

—Estamos dispuestos a todo —respondieron—. O los sacan de aquí o prendemos fuego al puesto de guardia.

—¡Calma! ¡Es una locura! El mejor favor que podéis hacernos es marcharos y no complicar las cosas.

Intenté por todos los medios convencerles y tuve que apelar a la disciplina para hacerme obedecer. Antes de salir nos preguntaron si queríamos algo. Castillo se limitó a decir que tenía frío. Dos horas después fui despertado por otro crujido mucho más extraño que el anterior. No era violento como el primero, sino suave y cauteloso. Me incorporé y pregunté a Castillo si pasaba algo. Éste me pidió silencio, y al poco rato, en la celda de al lado, oí claramente el runrún de una conversación. Castillo hablaba con alguien.

—¿Quién es? —pregunté, no pudiendo contener mi curiosidad.

—Soy yo, mi capitán —contestó Victoriano Rodríguez.

El caso es que este muchacho, al que ya calificamos otra vez de magnífico insensato, había logrado hacer saltar unos tableros de madera del tejadillo, en el punto en que éste se unía al declive del terreno, penetrando por él a la celda del alférez. Traía mantas y ropa de abrigo para cubrir a Castillo, y allí mismo, dentro de la celda, hizo saltar los tablones del suelo para que, en caso de ser visitado por los rusos, el preso —condenado a régimen de frío y hambre— pudiera esconder la ropa, evitando así ser sorprendido. Trajo unos pitillos, charló un rato con el oficial y sigilosamente volvió a salir por la improvisada gatera, colocando en su sitio los tablones, sin dejar huella de su audaz maniobra. Castillo, envuelto en sus mantas, cubrió su desnudez y se dispuso a dormir.

Al amanecer, el jefe del campamento, que vivía en la ciudad y que había sido informado de lo ocurrido, se personó en la cárcel y me echó de allí con cajas destempladas.

—Váyase a su barraca. Esta vez no va con usted.

Me despedí de Castillo y salí de mi voluntario encierro. Me dirigí a la cocina, regentada por prisioneros alemanes, y pedí a éstos me prepararan una comida especial para el alférez, que condenado a régimen de *strogo*, desnudo y con comida un día sí y un día no, agradecería muy de veras este regalo. Y durante todo el tiempo que estuvo Castillo en la cárcel, Victoriano Rodríguez, a una hora convenida de la noche, se descolgaba por la gatera y llevaba la comida al preso sin que nadie, a lo largo de estos días, lograra sorprenderle. El último día se llevó las mantas, los abrigos y la marmita

vacía. ¡Los rusos se hacían cruces —valga la metáfora— de ver a Castillo salir de un régimen tan brutal de hambre y de frío con la misma fortaleza que el día que lo inició!

Esto ocurría en noviembre de 1950. En marzo de 1951 volvió el alférez a ser encerrado por idéntica razón. Cumplidos los quince días de rigor le enviaron a la barraca, y diez minutos después, tras preguntarle si estaba dispuesto a trabajar, al contestar éste que no, volvieron a castigarlo con quince días más de encierro. Castillo entonces declaró huelga de hambre. Por la noche le sacaron a un interrogatorio y Culicof, brutalmente, volvió a golpearle.

—Que no se entere el capitán —dijo Castillo a un español que sorprendió camino de la cárcel:

Pero el soldado me informó de lo ocurrido y entonces, deseando poner fin a tanta arbitrariedad, hice un escrito dirigido al jefe de campo, Danilof, que decía así: «Con esta fecha declaro la huelga de hambre por tiempo indefinido como protesta por los malos tratos que recibe en la cárcel un oficial del Ejército español, participando a usted que no la daré por terminada mientras no se castigue al que abusa de sus atribuciones o se me dé oficialmente palabra de que actos de esta naturaleza no se repetirán más, rogándole a usted se controle, para comprobar su cumplimiento, la huelga que desde hoy comienzo».

El alférez Castillo tenía escasamente diecinueve años cuando se incorporó a la División Española de Voluntarios. Era entonces un chiquillo de estatura algo menos que mediana, complexión atlética, nervudo, pelo crespo y alborotado, ojos claros y buenos dientes. Tenía la risa fácil y, como buen sevillano, el humor a flor de labio. Acometía las mayores empresas con la sencillez de quien lía un cigarrillo, sin dar importancia a lo que hacía y sin darse él mismo importancia por lo que hacía, aunque muchas veces sus actos recayeron, cuando no se incrustaron de lleno, en puro y cabal heroísmo. En el cautiverio hizo gala de una capacidad de sacrificio difícilmente superada, de una lealtad y disciplina a toda prueba y de una generosidad sin alharacas, pues hacía el bien ocultando su mano para que nadie supiera que lo hacía. Durante la enfermedad de Rosaleny, iniciada en la cárcel de Jarkof y agravada en el campo de La Mina, de donde fue trasladado a un hospital y devuelto más tarde mal curado para ser hospitalizado de nuevo, Castillo hacía trabajos extraordinarios para ganar un aumento en la ración de comida del enfermo. Si yo estaba dispuesto a defender a cualquier español en circunstancias difíciles, nunca lo haría con más gusto que con este magnífico, estupendo oficial.

El teniente Rosaleny, que estaba entonces en La Mina, fue el encargado de llevar el parte y entregarlo personalmente en mano del jefe de campo. Así lo hizo. A la media hora escasa fui llamado a la Oficina de Trabajo, donde me esperaban el jefe supremo, el de la M. W. D., el capitán Culicof y el teniente mayor encargado del

régimen interior del campamento.

Yo fui a esta entrevista muy cargado, dispuesto a no tener pelos en la lengua, y ante el jefe superior acusé a Culicof, que estaba presente, de haber maltratado por dos veces al alférez Castillo. El oficial de la Policía negó, y como no se me diesen las garantías pedidas, abandoné la Jefatura y me fui al puesto de guardia. Allí me dirigí al oficial de este servicio, diciéndole que iba a traer mi petate de dormir ante su propio puesto para instalarme allí y que la huelga fuera debidamente controlada. Éste, que era bisoño, optó por dirigirse al jefe de campo informándole que a la puerta de su cuartelillo se había instalado un demente, que aseguraba no comería ni se movería de allí mientras estuviera vivo o el capitán Danilof no le diera determinadas seguridades.

Danilof vino a buscarme y, con un tono de extraordinaria cortesía, prometió informarse debidamente de lo ocurrido. Me aseguró que en la U. R. S. S. estaba prohibido maltratar a los prisioneros y que, si realmente el alférez Castillo había sido maltratado, se sancionaría al culpable y los hechos no se producirían más. Me di por satisfecho y volví a mi barraca.

Entretanto, Castillo continuaba estoicamente la huelga. Yo medía con ansiedad los días que pasaban y empecé a alarmarme seriamente. Por una parte admiraba su actitud y me enorgullecía por su entereza; pero en el segundo régimen de rigor a que fue sometido, Victoriano Rodríguez no había podido aumentarle, como la vez anterior, la ración de comida. De modo que, al comenzar su huelga de hambre, tenía ya sobre las espaldas quince días de castigo, sin más alimentación que la muy parca que le proporcionaban en días alternos. Al cuarto día de huelga se personó en el campamento una Comisión de oficiales rusos de alta graduación, llegados especialmente de Novgorod, ciudad situada a unos trescientos kilómetros de Borovichi, para inspeccionar las razones de la huelga del alférez Castillo. Contrariamente a lo ocurrido otras veces, la Comisión no falló a favor del rebelde, y ni las amenazas ni los halagos lograban, de otra parte, convencer ni vencer aquel carácter de granito. Los días pasaban, su salud decaía y, al noveno, las noticias de los propios centinelas eran extraordinariamente graves. Castillo era ya una piltrafa humana, su cabeza no regía y todos temían el peor de los desenlaces. Me dirigí entonces al oficial de guardia y pedí permiso para visitar al preso. Me preguntaron las razones y confesé que para hacerle desistir de su propósito. Inmediatamente me autorizaron y condujeron a la cárcel, pidiendo quedarme a solas con Castillo. Lo encontré tumbado sobre el suelo, poblada la barba, demacrado y los ojos desvaídos. Al pronto no me conoció, pero al oír mi voz intentó ponerse en pie y cuadrarse militarmente. No lo consentí y me senté junto a él.

—No comeré.

—Te lo ruego y te lo mando.

Castillo apenas podía hablar. Su mirada era vidriosa como la de un borracho. Su

respiración jadeaba como la de un hombre en agonía.

—Si usted me lo manda… comeré.

—Yo te lo mando, te abrazo y te admiro.

Salí de la celda sin poder contener mi emoción y los rusos se admiraron de que yo consiguiera en tres minutos lo que en nueve días no habían ellos podido lograr.

—Lo que no pueden las amenazas —les dije— lo puede la disciplina.

En la barraca los españoles acogieron la noticia con incontenible alegría. Los últimos días nadie, entre nosotros, se atrevía a hablar de Castillo, como por miedo de que llegara a ser cierto lo que todos llegaron a temer. Yo, entretanto, había tratado de paralizar el campo, declarando la huelga general. Para ello había realizado entrevistas con el mayor alemán Schneider, con el coronel de la misma nacionalidad Stal, y el campo entero se hubiera declarado en huelga pidiendo la libertad del español si la Policía no hubiera recibido un soplo. El día antes de la fecha señalada fueron llamados por la M. W. D. el soldado español Galipe y varios alemanes, a los que se preguntó «qué pasos eran ésos que estaba dando el capitán Palacios». Ellos contestaron que lo ignoraban, e informado inmediatamente por los mismos, el paro hubo de suspenderse.

A los quince días, cumplido su arresto, Castillo, entre abrazos y felicitaciones, regresó a la barraca, y… naturalmente, no fue a la mina. Días más tarde se leyó una orden declarando voluntario para los jefes trabajar fuera del campamento, quedando obligatorio para los oficiales. Pocas semanas después se cerraron las dos minas. Huelga decir que en esta decisión de los rusos influyó, de modo indudable, la actitud férrea de este sevillano de pelo crespo, de ojos claros, de buenos dientes, de estatura algo menos que mediana, fachada todo ello de un temple y un carácter algo más que excepcionales.

Capítulo XXIII

ESCRIBO A VICHINSKY

Por aquel tiempo los rusos habían desplegado una campaña por todo lo alto contra los Estados Unidos, por la supuesta retención en Norteamérica de unos niños rusos. La verdad de la historia es que, durante la ocupación de Alemania, un grupo de familias rusas, niños con sus madres, hermanos y otros parientes que se encontraban en la zona occidental, pidieron refugio en los Estados Unidos. Los rusos los reclamaron y los americanos ofrecieron a estas familias regresar. Pero he aquí que todas ellas se negaron, y las autoridades de los Estados Unidos que les habían ofrecido asilo no se avinieron, naturalmente, a repatriarlos contra su voluntad. Moscú consideró aquello un excelente motivo de propaganda y lanzó al vuelo la más ridícula de las campañas que imaginar se puede. En el campamento proyectaron una· película titulada: *También ellos tienen una Patria*… En ella se veía a los niños de unos *koljoses* rusos saltando a la comba, jugando a la pelota, comiendo en unas magníficas guarderías infantiles, sonrosados, gordinflones y alegres. Y, como contraste, unos niños famélicos, tristes, pretuberculosos, obligados a trabajar en América bajo el látigo capitalista, ante unos señorones con cigarros puros y los dedos ensortijados con brillantes, que así, por lo visto, imaginaban a los plutócratas de Pitsburgh o Detroit. La Prensa rusa, al unísono, tanto *Pravda*, que es el órgano del Partido, como *Izvestia*, que es el órgano del Estado, se sumaron a esta propaganda y reprodujeron, con mucho alarde tipográfico, el discurso que Vichinsky había pronunciado con tal motivo en las Naciones Unidas. Yo, al leerlo, me acordé de·los cinco mil niños españoles que habían sido enviados a pasar unas vacaciones a la U. R. S. S. y que no habían sido devueltos desde 1936. Y, ni corto ni perezoso, escribí la carta que reproduzco textualmente:

«Exmo. Sr. Ministro de Asuntos Exteriores. —Kremlin. Con verdadera emoción leo en la Prensa soviética la reclamación de unos niños que, retenidos en Norteamérica desde 1945, no son entregados a su país y los reclaman ustedes alegando que esos niños tienen una patria. Yo me permito recordar a V. E. que en 1936 unos niños españoles fueron evacuados a la U. R. S. S. y que han transcurrido catorce años desde entonces. Que los reclaman sus madres, que los reclama España entera y que los niños españoles también tienen una patria: España».

Varias semanas después, este escrito me fue devuelto con una nota marginal firmada por el jefe de la M. W. D., Saizer, que decía así: «Los niños españoles no regresarán nunca a la España fascista».

Siempre por escrito, repliqué: «En contestación a su nota marginal, fecha 6 de agosto de 1950, participo a usted: Primero. Que, fascista o no, España es la Patria de todos los españoles, donde existen madres que no olvidan jamás a sus hijos y de la que han salido hijos que no olvidan jamás a sus madres; el repatriarlos es una obligación. El retenerlos, una injusticia. Segundo. Mi escrito va dirigido al señor ministro de Asuntos Exteriores, no a usted.

»Ruégole, por tanto, le dé curso. —Capitán Palacios».

La carta no fue cursada.

Meses después, ya en enero de 1951, volví a escribir:

«Del capitán Palacios, en el campo de prisioneros de Borovichi, al ministro de Asuntos Exteriores, señor Vichinsky, en el Kremlin. Moscú.

»Teodoro Palacios Cueto, capitán del Ejército español de la División Española de Voluntarios, expone a V. E. que habiendo solicitado en repetidas ocasiones el derecho concedido a los demás prisioneros, de acuerdo con los Convenios internacionales, para poder escribir· a su familia y habiéndosele denegado, se le priva del más elemental derecho de humanidad que en TODOS los países se concede a TODO prisionero de guerra. Participa a V. E. que en el siglo XVI Miguel de Cervantes Saavedra, autor del universalmente conocido *Don Quijote de la Mancha*, fue hecho prisionero en la galera *Sol* cuando regresaba de Nápoles a España, por unos corsarios turcos, y vendido como esclavo en un mercado de·. Argel, desde donde pudo escribir todo cuanto quiso, participando a V. E. que en aquella época no existía la Cruz Roja y el Derecho Internacional no estaba tan divulgado como en la actualidad. El que suscribe no concibe que el pueblo que se llama a sí mismo el más “progresivo” del mundo, después de cuatro siglos de “progreso”, le prive de tan elemental derecho, que los bárbaros del siglo XVI concedieron al glorioso mutilado de Lepanto».

Hice dos originales, los firmé, guardé uno de ellos en el bolsillo, que leí a mis compañeros y que fue comentado con la natural algazara, y me dirigí al puesto de mando para entregar el otro al jefe de la Policía, capitán Culicof.

—¿Otra carta al Gobierno?

—Sí, otra carta al Gobierno…

—La anterior no la cursé. Pierde usted el tiempo.

—Ésta llegará —le dije— a su destino.

Culicof sonrió escéptico. Y apenas salí de su despacho, rasgó mi escrito en cien pedazos y los tiró al cesto de los papeles.

A pesar de ello, quince días después el propio Culicof me mandó llamar para comunicarme que habían llegado dos notificaciones a mi nombre: una de Novgorod, diciéndome que la carta sería cursada, y otra del Kremlin, del propio Gobierno, que decía así: «Con esta fecha se recibe su escrito y pasa al estudio del señor ministro».

Culicof se rasgaba las vestiduras, pues no podía comprender cómo diablos y por

qué conducto fueron cursadas estas cartas para que llegaran a su alto destino.

Es el caso que por aquellos días se había presentado en el campamento un curiosísimo general, que venía comisionado por Moscú en visita de inspección. El general era bajito, muy gordo, de tez sanguínea, y como pude comprobar más adelante, tremendamente miedoso. Mientras se paseaba por el campo, miraba, prudente, a un lado y a otro, temiendo que se le acercara un prisionero y le atravesara el vientre de una cuchillada, como en más de una ocasión hicieron los *blatnois* con colegas suyos en similares visitas de inspección.

Yo, que ignoraba estos antecedentes de los *blatnois* dedicados a destripar generales en visita, estuve espiando al jefe de la inspección para aprovechar algún momento en que estuviera solo o, al menos sin la compañía de Saxizer, Culicof u otros jerifaltes del campamento. Cuando éstos se apartaron de él, aproveché la oportunidad que se me presentaba y eché a correr en su busca.

El general, que me vio llegar, me miró espantado, se volvió de espaldas y echó también a correr como alma que lleva el diablo, muerto de miedo. Yo entonces me detuve y, desde lejos, en posición de firme y a gritos le pedí permiso para hablar con él.

El ruso detuvo su incipiente carrera y me preguntó qué quería. Le dije que hablar con él, y creyendo que me lo concedía, avancé unos pasos con tan mala fortuna que el general, siempre temeroso, alzó los brazos y empezó a gritar:

—¡*Idit*!… ¡*Idit*!…: Váyase…; váyase. ¡Hábleme usted desde allí!

Le dije entonces que tenía un escrito para Vichinsky y que, como en el campamento me retenían la correspondencia, le rogaba a él personalmente que le diera curso. Extendió la mano para recibirlo. Yo metí la mía en el bolsillo y me acerqué para entregárselo.

El general, presa de pánico, temiendo que fuera un cuchillo lo que iba a sacar, dio una nueva espantada y apretó a correr; yo corría tras él enarbolando mi carta, hasta que al fin, jadeante, dominó el pánico, me mandó estarme quieto, llamó a un centinela ruso y le ordenó tomara de mis manos el papelito y se lo diera a él.

Cuando vio que era, en efecto, una carta se tranquilizó, me sonrió y prometió, siempre a gritos para que no me acercara más, que le daría curso, como en efecto lo hizo, sin dar cuenta, por lo visto, al capitán Culicof.

—No fue ésta la última carta que dirigí al ministro señor Vichinsky. En el curso de la narración surgirá alguna más de la que hablaremos en su momento oportuno. Nuestra ilusión no era, como es fácil suponer, escribir cartas a los *lacharnis* del Kremlin, sino recibirlas de nuestras familias de España, de quienes no sabíamos nada, de quienes no habíamos sabido nada en los últimos ocho años.

Era lógico que el paso del tiempo hubiera desgajado alguna rama de nuestro tronco. ¿Vivirían todos los que habíamos despedido antes de partir? ¿Luchaban,

gestionaban por nosotros? ¿Nos sabían vivos siquiera? Aquellos italianos que fueron repatriados cinco años atrás, ¿habrían cumplido su promesa de dar noticias nuestras? Todo era dudoso e impreciso. La ausencia de noticias de los padres, hermanos, mujeres e hijos —de quienes desde hacía ocho años lo ignorábamos todo— fue uno de los mayores tormentos del cautiverio.

Por eso, imagínese el lector la confusión que me invadió, el estupor que me produjo recibir confidencialmente el soplo de que sobre la mesa del jefe de régimen interior del campo había varias cartas dirigidas a españoles. ¿Qué significa esto? ¿Es posible, era posible, me dije, que recibiéramos cartas y los rusos las interceptaran por la dificultad de censurarlas, o por mantenernos aislados, privándonos así del único lazo que podía unirnos leve, pero entrañablemente, con el mundo exterior?

Las cartas habían sido vistas después de un reparto de correspondencia, luego era evidente que no pensaban entregarlas. Rogué al alemán que me dio el soplo que las robara, pues él trabajaba en esa oficina, y se negó llamándome loco. Le supliqué entonces, tan sólo, que dejara la ventana del despacho cerrada, pero sin girar los pestillos. Lo hizo, y entonces, sin comunicarlo a nadie, ni siquiera a los más leales, sin más arma que un cabo de vela y unas cerillas, me deslicé, de noche, fuera de la barraca, con la máxima cautela, bajo la amenaza constante que los focos de luz de los centinelas cayeran sobre mí; llegué a la oficina, presioné sobre la ventana y penetré en su interior. Cerré después cuidadosamente, encendí el cabo de vela y comencé a husmear. El corazón comenzó a latirme fuertemente. Había una carta para Oroquieta, otra para Gerardo González y otra para el cabo de mi compañía López Ocaña, y varias tarjetas postales que representaban a la Inmaculada de Murillo, con un lema impreso que decía: «La Patria os saluda». Las guardé en el bolsillo y volví por el mismo sistema a la barraca.

Victoriano Rodríguez trabajaba en un camión encargado del suministro del campo e iba diariamente a la ciudad a recoger el pan al mismo establecimiento donde, cada mañana, llegaba otro camión del campo número 3 para realizar el mismo servicio. Le di, pues, las cartas a Rodríguez. Éste, secretamente, se las dio a los prisioneros encargados de cargar el pan, los cuales las entregaron con el mismo sigilo a sus destinatarios del campamento vecino. La del capitán Oroquieta, Rodríguez la perdió, pero yo había tenido la previsión de leerla y pude reproducírsela casi al dedillo cuando le volví a ver.

En campos posteriores —todo es cuestión de empezar— repetí el robo cuatro veces más, sin que los rusos me sorprendieran nunca. Las lágrimas de quienes recibían las cartas, su emoción y su alegría al leerlas, me compensaron sobradamente del riesgo de conseguirlas.

Pero la irritación de los españoles del campo vecino al saber que se recibían cartas de España y no les eran entregadas fue tal, que dio origen a una de las más

sonadas aventuras de todo el cautiverio.

El plante de Borovichi, llevado a cabo por la masa desesperada de doscientos españoles, puede dialogar de tú a tú con las gestas más sublimes de nuestros mejores tiempos. Pero hay un matiz de infinita ternura que avalora especialmente esta acción desesperada. La rebelión no se produjo contra los malos tratos, los sufrimientos corporales, el hambre o el abuso de poder, sino a causa de un entrañable motivo moral, lleno de belleza y de finura. Lleno de calidad. Los prisioneros, que estaban resignados a morir —en aquella época había muerto ya el 30 por 100 de sus miembros—, no se resignaron en cambio a la retención, por parte de las autoridades soviéticas, de la correspondencia que les llegaba, y no les era entregada, de sus lejanos hogares. Cartas de la madre vieja que escribía un desgarrador «¡hijo mío!», poniendo un beso en cada temblor de la caligrafía. Cartas de la hija, casi desconocida porque había crecido sin sus caricias, lejos de la orgullosa y severa mirada del padre. Cartas de las mujeres, abandonadas casi al pie del altar, a quienes prometieron ser prudentes y regresar pronto. Cartas de los hermanos, cartas de las novias, cartas de esos padres que no podían amortiguar el dolor de la separación con el orgullo de saberles héroes, porque ni esto siquiera conocían de sus hijos.

Los españoles veían cómo los alemanes, austríacos, húngaros, recibían cartas de los suyos. Veían cómo los hombres más enteros se escondían para moquear como chiquillos con un pedazo de papel entre las manos: un pedazo de papel que les devolvía su condición de hombres porque les hacía llorar cuando ya ni ellos mismos sabían si eran seres deshumanizados, mineralizados, reducidos a puro peso, volumen y forma animal. Y acudieron los españoles a Makaro, el *lacharni lager* del número 3, de Borovichi, pidiendo acogerse a este derecho que tan injustamente se les negaba. Y éste les sugirió que elevaran, uno a uno, instancias de súplica a Bousenki, el ministro del Gobierno de quien dependían los prisioneros de guerra. Así lo hicieron todos, pero Makaro se quedó con las instancias y las destruyó sin cursarlas. Hasta que empezaron a intuir, a sospechar que las cartas llegaban, pero que no les eran entregadas. Una prueba inequívoca fue el envío, a través del enlace secreto de Victoriano Rodríguez, de la correspondencia a ellos dirigida que yo había robado de la oficina antes de su destrucción. Otra prueba fue la relación que por el mismo conducto les envié, de unos paquetes que habían llegado a La Mina, y cuyos destinatarios eran españoles de su campo. Yo no pude robarlos por su volumen, pero les avisé para que estuviesen alerta y los reclamaran. Otra prueba, y ésta ya definitiva, fue el encuentro casual del envoltorio de un paquete que había recibido un antifascista alemán, donde, sobre un nombre tachado, los rusos habían torpemente escrito un falso destinatario. Empezaron a estudiar lo que ocultaban las tachaduras, las rasparon y, al fin, reconocieron, reconstruyéndolo, un nombre español. ¡La correspondencia no sólo era, pues, retenida, sino que, cuando venía acompañada de

paquetes o donativos, la entregaban a los soplones o chivatos del campo, como premio, como precio de su infame proceder!

Ésta fue la gota que colmó el vaso. La consigna de que la injuria no sería tolerada corrió de boca en boca, encendiendo los ánimos y espoleándolos a la rebelión. Se juramentaron todos para el desafío, se organizaron para la lucha y el 5 de abril de 1951, como primer escalón de lo que vendría después, cincuenta hombres en pie de rebeldía se negaron a salir al trabajo y declararon la huelga de hambre colectiva. El primer paso de la carrera hacia el desafío había sido dado ya.

Capítulo XXIV

BOROVICHI

Una violenta sacudida de ira colectiva, un viento implacable de rebeldía azotó a los españoles del vecino campamento de Borovichi. Fue un «¡basta ya!» tremendo y desesperado, un alarido surgido de lo más hondo de la conciencia racial, una explosión de virilidad que puso en pie a los que se creían muertos. Y esto no es sólo una metáfora. En el fondo psíquico de los que se rebelaron contra la esclavitud había una voz que les alentaba a proseguir aquella estupenda locura, una voz que, parodiando al filósofo, decía: «Lucho, luego existo». Makaro golpeó impaciente la mesa al ser informado.

—¡Otra vez los españoles! ¿Qué les pasa hoy a los españoles?

El confidente se explicó. El *lacharni*, sin inmutarse, ordenó que encerraran a los rebeldes en la cárcel del campo, e informó rutinariamente a Novgorod, la capital del distrito, de cuanto ocurría.

—Mañana serán menos —se limitó a comentar.

En efecto, siempre que había una huelga colectiva de hambre, el primer día eran muchos los que galleaban presumiendo de valientes, pero en los sucesivos, el número menguaba y al poco tiempo no resistían la prueba sino los jefes de la conspiración. Ésa era la rutina que enseñaba la experiencia, y Makaro era un experto en hacer abortar gestecillos de poca monta.

Pero he aquí que al día siguiente·Makaro dio un salto en su asiento cuando le dijeron:

—Ya no son cincuenta, sino ciento.

Y al tercer día:

—Cien hombres más se han sumado a la huelga. Hoy son ya doscientos los que se niegan a trabajar y a comer.

Como en la cárcel no había sitio para todos los rebeldes, la mayoría permaneció en las barracas.

No puedo decir quiénes se distinguieron, pues es difícil, en justicia, destacar a ninguno cuando tan alto fue el comportamiento de todos. Puede distinguirse un árbol en la llanura, pero en un bosque tupido, ¿sabrá nadie cuál es el mejor?

Muchos enfermos del hospital, enterados de lo que ocurría, abandonaron sus lechos, algunos con altísimas fiebres, y se unieron a los huelguistas. El aviador Pons, muerto poco después, fue uno de ellos. Los médicos acudieron en su busca llamándoles suicidas, pues sumarse a un plante de hambre seres distróficos,

tuberculosos, anémicos, era tanto como sentenciarse a sí propios.

Los que no podían moverse del hospital, por carecer físicamente de fuerza para ello, se sumaron también a la huelga lanzando al suelo los alimentos que les llevaban: «¡No queremos pan ruso —decían—, queremos cartas de casa!». Nunca estuvieron tan unidos, ni tan agrupados, hombres de una raza llamada individualista como en esta acción colectiva en busca desesperada de la muerte.

Al quinto día, penetrar en las barracas equivalía a cruzar las puertas de hospitales de moribundos. Ciento cincuenta hombres (cincuenta más estaban en la cárcel) yacían sobre los camastros, o en el suelo, la respiración jadeante, los ojos abiertos y sin brillo, dispuestos a morir y algunos en estado precomatoso, recibiendo ya las primeras caricias de la muerte… Por las mañanas, los rusos retiraban la comida intacta dejada la víspera al alcance de los huelguistas, y la sustituían por otra nueva. Los conspirados les dejaban hacer sin mirarles siquiera. Ni un acto de violencia, ni un gesto de agresión se había registrado hasta entonces. Los soldados se limitaban a dejarse morir de hambre… ¡Ellos, que en los años del hambre —1943 y 1947— se habían abrazado a la vida, desafiando a la lógica y a la propia repugnancia por puro afán de vivir!

Allí, derrengados por su sacrificio, sin fuerzas para incorporarse, dejando pasar estoicamente las duras horas de vigilia, estaban Ángel Moreno y Félix Alonso, los mismos que descubrieron años atrás, en Makarino, que la carne cruda de lagarto era comestible. Y Pedro Pérez, que, junto con el sargento Blanco, que había muerto años atrás, llegó a comer esos otros animales deslizantes que no pueden nombrarse en Andalucía, No estaban en Borovichi Gil Alpañés e Isidro Cantarina, condenados a veinte años de trabajos forzados por una huelga de hambre realizada tiempo atrás en Odesa y que en una ocasión robaron, mataron y comieron, en menos tiempo que se persigna un cura loco, al propio perro del jefe del campo de concentración. Pero allí estaba Emilio Méndez, que colaboró en el banquete. Y Juan Pizarro, protagonista de la más peregrina de estas gastronómicas aventuras, pues llegó a comer, chamuscada sobre brasas, una piel de reno que, al llegar la época de los deshielos, encontró bajo la nieve.

No era fácil para ellos este sacrificio que se habían impuesto. Mientras transcurrían las horas recordaban a viva voz, en tanto les duró la fuerza para hablar, o al hilo del pensamiento cuando la debilidad los silenció, aquellas increíbles extravagancias realizadas en el año 1947 cuando el hambre era más dura, como dejar un prado «a fuerza de dientes más liso que la carretera», según confesión de Manuel Serrano y el propio Félix Alonso, cuya variedad gastronómica, como se ve, era variadísima.

Con la sola relación de lo que hicieron los prisioneros años atrás para comer, podría escribirse un libro voluminoso. Esto de comer hierba no fue idea mala, pues al

fin y al cabo era rica en vitaminas; pero no fue, en cambio, tan feliz esta otra idea llevada a la práctica por toda una brigada de españoles, entre los que recuerdo a los sargentos Arroyo y Quintela y los soldados Carlos Junco y Antonio Gullón: comerse un bosque. Este banquete se celebró en 1947 y duró cinco días. El bosque afectado se llamaba Tschaika. El médico que les atendió en la formidable intoxicación que este disparate les ocasionó, calificó el móvil como «hambre psíquica», pues cada uno, al saborear las hojas de los árboles que en buena amistad se habían distribuido, afirmaban que éstas sabían a almendras, plátanos, manzanas, encontrando todos las más exquisitas y dispares reminiscencias de sabor al degustarlas y no coincidiendo más que en la afirmación de que eran exquisitas. A los cuatro o cinco días del descubrimiento, el bosquecillo quedaba más desnudo que si se hubiera posado sobre él una nube de langostas. Al cabo de este tiempo comenzaron a notarse un cierto color verde en la piel, y llegaron a creer, tal fue el miedo que les entró, que iban a arborizarse, botanizarse, por simpatía, en brusca metamorfosis hacia lo vegetal. (De una de estas intoxicaciones murió el catalán Mayol).

Ahora el problema era distinto. Entonces, el hambre era natural: la escasez. Y ahora, artificial: la protesta. Aquélla era vencida a fuerza de ingenio. Ésta era provocada a fuerza de tenacidad. El prestigio de Makaro ante sus jefes estaba en juego. Diariamente recibía llamadas de Novgorod pidiendo ampliación de noticias. «O soluciona usted el paro —le habían dicho— o tendremos que acudir nosotros a solucionarlo».

Makaro decidió entonces utilizar la violencia.

En grupos de dos en dos comenzaron a sacar de la cárcel y las barracas a los más caracterizados. Entre los médicos y los sicarios de la M. W. D. les abrieron la boca haciendo palanca entre los dientes con hierros para introducirles la comida y poder después decir a los restantes españoles que sus jefes fueron los primeros en desertar. Pero no sólo no consiguieron su propósito, sino que, al llegar los primeros forzados a la barraca, bañados los dientes en sangre, los labios rotos y la cara desfigurada por la lucha mantenida, el efecto fue contrario al pretendido, pues los amotinados se dispusieron a evitar por la fuerza que los rusos se llevaran a ninguno más. Para ello montaron una guardia de centinelas a la puerta de la barraca. Uno de éstos fue el que dio la voz de alarma.

—¡Los españoles de la cárcel piden auxilio!

Salieron todos al aire libre y comprobaron que, en efecto, los reclusos, agarrados a los barrotes, a grandes voces gritaban:

—Han secuestrado a varios compañeros para martirizarles. ¡Sacadnos de aquí!

Sin medir las consecuencias que tal acción pudiera ocasionar, acudieron los libres en socorro de los privados de libertad, echaron abajo la puerta de la cárcel y sacaron de ella a los prisioneros.

El comandante alemán Hans Diesel, que estaba encarcelado, me contaba meses después cómo le invitaron los españoles a salir, cosa que no hizo, a pesar de haber quedado destrozada su celda, pues los presos arrancaron la puerta para fabricarse armas de madera. «Fue una nueva toma de la Bastilla», me decía, aunque mucho más heroica, pues los que libraron a sus compañeros no eran seres libres, sino prisioneros de una cárcel mayor de la que no podrían evadirse para eludir las represalias de los carceleros.

Una vez juntos libertos y libertadores, encendidos de ira, se precipitaron contra las oficinas del campamento, donde Makaro, inútilmente, intentaba hacer comer al recién secuestrado. El jefe de campo, viéndoles llegar, echó a correr, perseguido por los españoles, y acompañado de toda la guardia rusa interior del campamento, presa de pánico, cruzó la línea de alambradas, refugiándose, junto con su Estado Mayor, tras la zona *rastrillai*. El campamento de Borovichi había quedado en poder de los españoles. Emplazaron los rusos ametralladoras y altavoces en las garitas del exterior y, mientras Makaro telefoneaba pidiendo refuerzos, sus oficiales, a grandes voces, amonestaban a los españoles a rendirse.

Es preciso decir aquí que el campamento estaba situado en plena ciudad: era como un inmenso solar, rodeado de alambradas, entre las calles de un barrio popular del pueblo de Borovichi. Al ver lo que ocurría, multitud de curiosos se apiñaron tras las alambradas, y al poco tiempo, una verdadera muchedumbre, asombrada, presenciaba cómo aquellos hombres en un delirio de locura, se colocaban frente a las ametralladoras, retiraban la ropa del pecho y retaban a los soldados señalando, con gestos y aspavientos, el sitio de su cuerpo donde debían disparar.

Durante todo el día el campo estuvo en manos de los españoles. Los alemanes, encerrados en sus barracones, se abstuvieron de intervenir, comprendiendo bien que dado el estado de ánimo de los rebeldes cualquier chispa podía provocar derramamientos de sangre. Se limitaban a asomarse a las barracas, entre admirados y asombrados.

—*Brave Spanien*!

Muy avanzada ya la noche llegó un automóvil desde Novgorod con el Estado Mayor de la Policía y, en cabeza, el *lacharni uprablenia*, jefe supremo de los nueve *lager* de concentración de toda la zona. Sin atreverse a penetrar en el interior del campo, desde la *vasta* o puerta del cuerpo de guardia pidieron a gritos que nombrara una comisión que, representando a la totalidad de los huelguistas, pudiera exponer cuáles eran las causas de la rebelión. Contestaron los parlamentarios que sólo deseaban mantener correspondencia con sus familias y ser repatriados. Replicaron los rusos que mientras España tuviera un régimen fascista, la repatriación era imposible. ¡Qué tremendo era aquel diálogo entre los emisarios sublevados, dueños de la situación, y sus carceleros invitándoles a parlamentar! No hay pinceles que puedan

recogerlo. Recurrieron primero los rusos a las amenazas, recordándoles la gravedad de cuanto habían cometido. Apelaron después a la persuasión, otorgándoles el perdón si renunciaban a su actitud. Los parlamentarios dijeron que no había halagos ni amenazas capaces de doblegarles. O recibían la promesa formal de que las cartas de sus familiares les serían entregadas, o morirían allí mismo, irremisiblemente, de hambre, cubriendo de ludibrio y de vergüenza a la tiranía que, por una causa como ésta, les obligaba a morir.

—Si queréis la lucha la tendréis —dijeron los rusos.

Y se retiraron.

Volvieron los parlamentarios a sus barracas y describieron lo ocurrido. Presa del frenesí y de la ira, la masa de huelguistas propuso entonces prender fuego a la barraca, encerrarse en ella y morir todos juntos, como hicieron sus antepasados en Sagunto y en Numancia. Reunidos en parlamento, los más sensatos se hicieron oír, decidieron que volvieran a la cárcel los encarcelados y a sus chabolas los libres y que continuaran todos la huelga hasta que los rusos les reconocieran el derecho a recibir cartas de los suyos.

Serían las dos de la madrugada del 13 de abril cuando media docena de policías, protegiéndose en la oscuridad, avanzaron sigilosamente para no ser vistos por los centinelas españoles y secuestraron de la cárcel al teniente Altura, que, amordazado e impotente para defenderse (la huelga de hambre duraba ya ocho días), fue extraído sin que se enteraran sus compañeros, empujado a un pasillo a oscuras e introducido en un apartamiento donde quedó de pronto cegado por unos potentísimos focos eléctricos. Le esposaron, amordazaron y sacaron fuera del campo. Máximo Moral, Gumersindo Pestaña, Félix Alonso, Ángel Salamanca y González Santos fueron víctimas de la misma maniobra, sin que sus compañeros de la barraca se apercibieran de lo ocurrido.

A la mañana siguiente, al despertar y comprobar que estos compañeros habían sido secuestrados durante la noche, fue tal la indignación producida que rompieron ventanas, camas, taburetes, para fabricarse armas de·mano con la que poder defenderse en caso de que los rusos quisieran sorprenderles. A las once de la mañana del noveno día de huelga, un grupo numeroso de rusos, con sus oficiales en cabeza, se acercaron a la barraca.

—¡Que vienen los rusos! —gritó el vigilante desde la puerta.

Y entonces, aquellos hombres —muchos de los cuales estaban en estado de semiinconsciencia a causa de las altas fiebres y la debilidad— salieron a su encuentro dispuestos a cobrar caro su encierro, y los bolcheviques retrocedieron, volviendo a las posiciones del quinto día: tras las alambradas. Hora y media después, reforzados por mayor cantidad de tropas y policías sin armas, consiguieron asaltar el recinto, reducir a la mayoría y llevarse cinco prisioneros más: capitán Oroquieta y los pilotos Julio

Villanueva, José Romero, Hermógenes Rodríguez y Pascual Pastor (que, entre los internados, tanto se distinguieron por su espíritu), y a quienes maniataron, amordazaron y sacaron del campo. A las tres de la tarde, tras nuevo asalto, los rebeldes fueron reducidos. Durante horas y horas los curiosos peatones de la población civil, agrupados frente a las alambradas, vieron cómo docenas de hombres derrumbados por la abstinencia eran extraídos en camillas de la barraca —pequeño Alcázar toledano en el corazón de Rusia— y trasladados al hospital, sin fuerzas ya para andar, ni para resistir después de haber tenido a raya nueve días a la Policía y a la guarnición militar del país que les sojuzgaba.

Unos treinta españoles fueron juzgados en esta ocasión ante los tribunales militares soviéticos y condenados a veinticinco años. El capitán Oroquieta y el teniente Altura hicieron entonces un escrito en el que protestaban gallardamente por la sentencia dictada contra sus hombres y reclamaban para sí el alto honor de ser juzgados y condenados como sus compañeros. Esto es fácil leerlo…, pues Oroquieta y Altura sabían muy bien que los rusos les atenderían, como les atendieron en efecto, condenándoles a reclusión en campos de trabajo.

Cuando, años más tarde, a miles de kilómetros de distancia de aquel punto, llegaba un español al *lager* de castigo, los allí reunidos, prisioneros de otras nacionalidades o jefes soviéticos de campo, le preguntaban con admiración: «¿Sois vosotros los de la huelga de Borovichi?».

Yo no estuve en este episodio, pero me enorgullecí al conocerlo; como hoy al dedicar a sus protagonistas, desde estas líneas, mi admiración y mi homenaje.

Capítulo XXV

MUERE STALIN

De España se ha dicho que, en tiempo de los romanos, una ardilla podía llegar del Pirineo a Gibraltar saltando de rama en rama. Tal era el espesor de sus antiguas selvas. De Rusia puede afirmarse que, no entonces, sino hoy, se viaja desde Moscú, en la Rusia occidental, hasta Vladivostok en el Pacífico, ambiciosamente asomado sobre el mar del Japón, sin salir de un mismo bosque. A través de su espesura, a lo largo de los siete días que duró nuestro viaje, llegamos a la región de Svarlof, en la vertiente asiática de los Urales. Tan espeso era el bosque, que el sol difícilmente atravesaba el techo de las coníferas para alcanzar el suelo, salpicado de movedizos gusanos de luz; que no otro era el efecto de las breves manchas de sol filtradas entre las ramas cuando el viento le abría un fugaz camino. Tan sólo al cruzar los grandes ríos, el paisaje se abría de horizontes y la luz llegaba al interior de nuestros vagones. Cruzamos el Volga, cuyas aguas mueren en el Caspio, que es un mar prisionero. Cruzamos el río sobre un puente gigantesco. Desde el tren veíamos los barcos cruzar, bajo nosotros, los altísimos ojos de luz del puente. Cualquiera de ellos podía viajar desde el mar Caspio a la capital de la Unión Soviética a través del canal Volga-Moscú; y algún día podrían venir del mar Negro, a través de ese otro portentoso canal en construcción que une el Don con el Volga. Desde nuestra altura veíamos, en sus orillas, los puertos madereros, no más pequeños que muchos de nuestros puertos de pesca sobre el Cantábrico. Como una ironía, en solanas abiertas al bosque, veíamos también, blancas y ordenadas, listas para documentales cinematográficos de propaganda, pues no es otra su misión, las «casas de reposo para obreros», tal es su nombre, aunque nunca son visitadas más que por gerifaltes del Ejército o el Partido. Una canoa o un balandro arribaba a sus muelles abriendo ante nosotros recuerdos o deseos de otros mundos inexistentes por lejanos e inaccesibles. Pasamos por la ciudad de Kirof, bautizada con el nombre de aquel secretario del partido comunista que en 1938, cinco años antes de nuestra captura, fue asesinado en Leningrado, cuando la rebelión de Bujarin hizo temblar los cimientos de Stalin todopoderoso. La comitiva no se detuvo en ella, pues no iban nuestros vagones, como otras veces, enganchados a un tren de servicio regular, sino que todo él era una cárcel rodante, camino de los Urales, la antesala de Siberia. Tan sólo se detuvo en dos ocasiones para enganchar nuevas máquinas que ayudaran a cruzar los puertos de esa cordillera que marca el límite entre la Europa que dejábamos atrás y el Asia que se avecinaba.

¡Cuántos kilómetros habíamos recorrido desde el día en que fuimos hechos

prisioneros! ¡Cuántas hojas de calendario habían volado ante nosotros! Desde que nos capturaron en el frente de Kolpino, las ciudades o campamentos de Leningrado, Cheropoviets, Moscú, Suzdal, Oranque, Potma, Jarkof, Orhms, de nuevo Leningrado y Borovichi habían sido los hitos —penetración en el espacio soviético— de un viaje sin fin. La muerte de Mussolini, de Hitler, de Roosevelt, el triunfo del laborismo, la división en zonas de Alemania, el puente aéreo sobre Berlín, la coronación de la reina Isabel de Inglaterra, los vetos de las Naciones Unidas y el primer choque de los antiguos aliados con el mundo comunista en Corea eran —incrustación en el tiempo — las hojas sueltas de nuestro calendario de cautivos. El espacio y el tiempo colaboraban contra nosotros a medida que discurrían los años y los trenes nos acercaban, entre bosques sin luz, a Siberia, al gran mundo del silencio de donde no se regresa. Habíamos sido cogidos prisioneros en una guerra en que Occidente era aliado de Rusia. El mundo se había desdoblado desde entonces, como un guante puesto al revés que al fin se enderezara. Otra guerra —Corea— en la que Occidente y Rusia eran —tras los bastidores— beligerantes hostiles, había estallado ya. ¡Y nosotros, entretanto, seguíamos cautivos!

Cuando, de tarde en tarde, caía un espejo en nuestras manos descubríamos sorprendidos las huellas del paso del tiempo sobre nuestra piel. La blanca cabellera del capitán Oroquieta y la hija de José Alberto Rodrigues, el portugués incorporado a nuestra División, eran para nosotros como un aviso del transcurrir de los años.

—¿Qué edad tiene ya tu hija? —le preguntaron un día al portugués.

—Once años —contestó rápidamente.

Y después, llevándose ambas manos a la frente, se corrigió:

—No. No. Ya tiene diecinueve años. El mes que viene cumple veinte.

—¿Has pensado —le dijeron— que quizás ahora, sin saberlo, puedes ser abuelo?

Rodrigues, estupefacto, como si un mundo nuevo se abriera ante él, se resistió tímidamente replicando:

—No es posible. ¡Era tan pequeña!…

Y sobre nosotros, de improviso, el paso del tiempo se hizo corpóreo, bajó sobre nuestras frentes como un espíritu malo.

Al filo de una frase, en unos minutos, aquel día, envejecimos nueve años.

Al llegar a nuestra residencia, el *lacharni lager* me dijo:

—Sea prudente. De aquí no se sale más que a otro campo donde no se ve la luz más que dos veces al año.

—Estoy a oscuras desde el 10 de febrero de 1943 —respondí.

El ruso me enfocó la luz de su mesa escritorio sobre los ojos.

—Ésta no es la luz que yo necesito —dije.

El teniente Rosaleny, el alférez Castillo, el sargento Cavero, José María González Maroto, Victoriano Rodríguez, Jesús Gómez, el soldado Bello y yo declaramos,

apenas llegados, la huelga de brazos caídos, sumándonos —aunque tardíamente— a la acción, recién conocida por nosotros, de Borovichi. «Puesto que no se nos conceden los mismos derechos que a los demás prisioneros, tampoco nos consideramos con los mismos deberes», escribimos. Y el mando ruso me mandó llamar.

—Hemos decidido hacerle a usted jefe de todos los españoles de este campo.

Yo era allí el oficial más antiguo. De modo que respondí:

—Ya lo soy.

—Queremos decir —corrigió— que vamos a reconocerle oficialmente este mando, con lo que no estará usted obligado a trabajar.

La maniobra era demasiado inocente. Sólo pretendían desligarme de mi compromiso con los oficiales y soldados, «comprando» mi voluntaria holganza a cambio del trabajo de mis compañeros.

—Me reconozcan o no mi posición —respondí—, no estoy dispuesto a trabajar en manera alguna.

El ruso movió la cabeza indicando su desagrado.

—Pero vamos a ver —me dijo—. ¿Es que, acaso, no hay manera de entablar buenas relaciones con usted? ¿Es que acaso, no quiere nada con nosotros?

—Exacto.

—¡Vete! —me dijo irritado.

Y añadió en seguida:

—Hacia la barraca, no. Hacia la puerta.

Y me trasladaron al campo de castigo número 4, de Rewda.

Mal recuerdo histórico tenía esta región. Aquí fueron pasados por las armas todos los miembros de la familia imperial. Hasta los niños de pecho más lejanamente emparentados con el Zar. Hasta las ramas bastardas de los Romanof…

Apenas llegué, el jefe de campo, que tenía informes míos, me mandó llamar para advertirme que en sus dominios estaba prohibida la política.

—No sabe cuánto lo celebro —le dije—. Las presiones políticas siempre han sido para mí lo más duro de soportar del cautiverio.

—Entiéndame —se precipitó a decir rectificándose—. ¡La política que está prohibida es la suya, no la nuestra!

En este campamento estuve seis largos meses completamente solo, quiero decir, sin un solo compañero español. Al cabo de este tiempo llegaron destinados a Rewda dieciséis compatriotas, actores todos del formidable episodio de Borovichi. Entre ellos recuerdo a los sargentos Francisco González Moreno y Filiberto Sánchez; Modesto Fernández, Hermógenes Rodríguez, Edelio Fernández, Salvador Tebas, José Fernández, Emilio Sainz de Baranda y Emilio Méndez, que tan alto dejó siempre el pabellón español.

El *lacharni lager*, que, en honor a la verdad, era un hombre correctísimo y cordial, me mandó llamar:

—¡Le suplico a usted —me dijo— que no me los alborote!

Y me lo decía con tal acento de veracidad que reuní a los españoles.

—Si se plantea la cuestión del trabajo —les dije— y decidís salir, me parecerá bien. Si decidís no salir, me parecerá mejor. Yo no salgo.

—Nosotros tampoco —contestaron todos como un solo hombre.

Y desde aquel instante el conflicto se planteó. La Policía me responsabilizó de su negativa y empezó a correr entre todos los prisioneros el rumor de que me iban a trasladar a un nuevo campo de castigo, alejándome para siempre de mis compatriotas. Los españoles, al saberlo, se aterraron. Y aprovechando la ocasión de estar yo ausente, dando clases de idiomas a tres alumnos extranjeros —pues esta costumbre la mantuve desde los días lejanos del Suzdal—, se reunieron y tomaron la determinación de salir a trabajar para evitar mi separación.

—Está bien —les dije—. Pero me vais a permitir que, en vuestro nombre, consiga algo de los rusos a cambio de vuestro trabajo.

Ni corto ni perezoso me presenté ante mi amigo el capitán W. S.

—Vengo —le dije— a devolverle el favor que le debo por su exquisita cortesía para conmigo.

—¿De qué se trata?

—Los españoles saldrán a trabajar… siempre que usted acepte determinadas condiciones.

La cara del *lacharni* (que era lo menos *lacharni* que se puede dar, pues más que oficial de la M. W. D. parecía un marista camuflado bajo uniforme soviético, tan bueno era) se iluminó al recibir la noticia. El recuerdo de Borovichi y el temor de que se pudiera producir un plante parecido, le venía quitando el sueño desde que los dieciséis españoles llegaron a sus dominios.

—¿Qué condiciones son ésas? —preguntó el ruso.

—Helas aquí —le dije—. Primera, autorización para escribir a nuestras familias. Segunda, instauración del descanso dominical del que no gozan los demás prisioneros. Tercera, supresión de las reuniones, presiones y persecuciones políticas. Cuarta, retención en el campo de los que, a juicio mío, estén enfermos o merezcan descansar.

—Acepto —me dijo el jefe de campo—. Desde mañana podrán ustedes escribir a España, descansarán los domingos, se quedarán en el campo los enfermos y yo le prometo que sobre el grupo español no se ejercerá ninguna clase de presión.

De las cuatro condiciones establecidas, la última me interesaba especialmente. Entre los recién llegados estaba Salvador Tebas, de Almería, que tenía amputados todos los dedos de uno de los pies por congelación, y el talón en estado lamentable a

consecuencia de lo mismo. Cuando salía a trabajar sobre la nieve sufría dolores violentísimos que hacían especialmente dura su vida. Estaba también Edelio Fernández, que había perdido casi totalmente un ojo a causa de una nefritis. El exceso de trabajo le producía constantes recaídas en su vieja enfermedad del riñón, produciéndole intoxicaciones de urea que le atacaban la vista, con amenaza de ceguera. Estaba también Elviro Fajardo, en estado de mucha debilidad…

Siete meses duró nuestra privilegiada situación. En este tiempo yo escribí una «Historia de España» para el uso de los soldados cautivos, que fue muy difundida.

Al cabo de estos siete meses de bonanza, el buen capitán que teníamos de *lacharni* fue destituido, por débil, y reemplazado por un comandante llamado Duetginov, y a quien la tropa denominaba el *Burán* nombre de un ciclón que azota las estepas de Siberia, que no respetó lo estipulado por su antecesor. Era el recién llegado uno de los jefazos que intervinieron en la acción de Borovichi, donde estaba destinado cuando se produjo la huelga. No había borrado de su memoria la carrera en pelo a través del campo, perseguido por los libertos de la cárcel, después de la toma de «la Bastilla» por sus compañeros, y aprovechó su nombramiento para vengarse de aquella humillación. Renacieron las presiones, las persecuciones, los halagos a los débiles, los premios a los chivatos, los encarcelamientos y castigos, y el aire volvió a hacerse irrespirable. José Casado me escribió una carta tan admirable como imprudente que decía:

«Para cualquier acción nos tiene como siempre a sus órdenes. Sólo esperamos nos comunique el día “D” y la hora “H”. El resto corre de nuestra cuenta».

De todos los campos vecinos, cada español que era trasladado llevaba consignas o recogía noticias que auguraban más o menos veladamente la preparación de un segundo Borovichi…

El ambiente estaba cargado de electricidad y sólo faltaba la chispa que hiciera descargar la tormenta. En estas circunstancias Vichinsky pronunció dos discursos que los rusos repartieron profusamente entre nosotros. En uno de ellos afirmaba que en Rusia no quedaban ya prisioneros de guerra, sino criminales de guerra. En el otro solicitaba de los Estados Unidos la inmediata repatriación de los prisioneros chinos y norcoreanos.

Yo escribí entonces dos nuevas cartas al ministro soviético de Asuntos Exteriores, en tales términos que hoy, al releerlas, no acierto a comprender mi osadía sino como consecuencia del estado de ira colectiva en que estábamos sumidos[12].

Consecuencia inmediata de mis cartas fue requerirme a mí mismo para salir a trabajar. Me negué, naturalmente. Y fueron tales las amenazas y tan inquietantes los rumores que corrieron respecto a las represalias que tomarían conmigo, que vinieron a verme a mi barraca multitud de compañeros de todas las nacionalidades, entre los que recuerdo al mayor Conte Chorinsky y al doctor Gall, de Viena, para suplicarme

que cediera, con argumentos tan prudentes como amistosos. Intentaron también presionar sobre mis soldados para que éstos influyeran en mí. Ninguno de los míos se atrevió a hacerlo, pero se juramentaron diciendo que lo de Borovichi sería miel sobre hojuelas y pan pintado en comparación con lo que harían si alguien osaba tocarme un pelo de la ropa.

Al recibir los rusos mi última y tajante negativa para salir al trabajo, me quisieron hacer firmar el recibo de una orden en que me daban cuenta del arresto que, como primera medida, se me imponía. En el impreso que me enviaron al efecto había unas iniciales que decían: «B-P», y me negué a firmarlo, pues aquellas iniciales podían significar *Boienia-Prestuknik*, que significa «criminal de guerra». El ruso me increpó diciendo que aquellas iniciales significaban *Boienia-Pleni*, que significa «prisionero de guerra». Pero yo insistí en mi negativa de firmarlo y, por lo tanto, de darme por enterado del arresto mientras no se pusieran las palabras por su nombre, evitando cualquier equívoco que pudiera significar, en cualquier momento, el reconocimiento de una condición humillante que yo no tenía. Cedieron al fin, me di por notificado y me encerraron en la cárcel del campamento.

Automáticamente toda la minoría española se declaró en huelga, exigiendo mi libertad. Al tercer día, alarmados, los rusos me soltaron. Pero aumentaron los malos tratos, renacieron los castigos brutales; mi organismo, agotadas todas sus reservas, volvió a caer en la postración de años anteriores y la esperanza de regreso iba siendo ahogada, aunque ninguno lo dijéramos, en lo más profundo de nuestras conciencias.

Ante estas perspectivas era mejor morir… Y ésta era nuestra situación cuando el 6 de marzo de 1953 se produjo un acontecimiento sensacional que transformó de pronto todas las perspectivas de Rusia, la gran cárcel del mundo. Inesperadamente llegó a nosotros la única noticia capaz de variar de plano el curso de la política soviética, el sistema de vida de sus hombres y, de rechazo, nuestra propia situación.

Con la costumbre tan española de confundir lo nimio con lo trascendente, un compatriota vino corriendo a comunicarnos la nueva:

—¡Ha muerto Pepito! ¡Ha muerto el *Bigotes*!

Quería decir que el césar rojo de todas las Rusias, nuevo Gengis Kan de nuestros días, había muerto. Quería decir que Josef Vissarionovich vulgarmente conocido con el sobrenombre de Stalin, que significa acero, en su palacio del Kremlin había dejado de existir.

Capítulo XXVI

¡NO ERAN FUERTES COMO TOROS!

Nueve médicos certificaron ante el país la defunción de Stalin. Durante tres días estuvo expuesto su cuerpo en la Casa del Partido. Al tercero fue solemnemente inhumado en la Plaza Roja, en el Mausoleo de Lenin, junto a los restos del Gran Padre. Mientras en Moscú se realizaba esta ceremonia, en todas las repúblicas soviéticas, desde el estrecho de Behring hasta las costas del mar Negro, desde el Báltico hasta las fronteras de Manchuria, se guardaron tres minutos de silencio. Mi amigo el holandés Henry Claques murmuró algo al oído de un compañero durante este solemne momento de obligada mudez y fue cosido a tiros por un centinela que le sorprendió desde su garita elevada.

Fueron tres días de extraordinario rigor; homenaje póstumo a la mayor tiranía que recuerdan los siglos. Al cuarto día el panorama de la Unión Soviética se transformó. La desaparición del tirano quebró el paisaje político. Malenkof suprimió el terror como base de sustentación del régimen. Como primera medida reconoció un cierto margen de propiedad privada a los campesinos; autorizó a los obreros que eran trasladados de región a llevarse consigo a sus mujeres e hijos, suprimiendo así el crimen de romper, brusca y definitivamente, la relación familiar, como ocurría en tiempos de Stalin; suprimió las exportaciones masivas de bienes de consumo, que favorecían las importaciones de acero a costa del hambre de la población civil; transformó parte de las fábricas dedicadas hasta entonces a la exclusiva producción de material de guerra, destinándolas a la fabricación de motocicletas, bicicletas y aparatos eléctricos o mecánicos de uso doméstico; prohibió los castigos corporales, como las celdas de frío, las camisas «retorcidas» que rompían los dedos de manos y pies, o los brutales monos de goma, que se hinchaban de aire, como un neumático, produciendo tal presión sobre el cuerpo que hacía estallar las venas o quebrar la caja torácica; dictó nuevas normas para la instrucción de expedientes que llevaran anejos la pérdida de libertad y decretó una amplísima amnistía que alcanzó al 50 por 100 de la población civil prisionera.

Desde el primer instante, Malenkof hizo cuanto estuvo en su mano para que el país percibiera el cambio, no sólo por el alejamiento del espíritu tiránico, sino por mejoras prácticas y efectivas en su nivel de vida y sus costumbres.

La elección para el cargo de jefe del Soviet Supremo de un hombre como Vorochilof, representante del ala moderada de la aristocracia política, mucho más caracterizado como militar que como hombre del Partido, fue interpretada como un

deseo de moderación; el encarcelamiento del ministro de Justicia y del fiscal general, por haber martirizado al grupo de médicos y catedráticos encarcelados por Stalin (a quienes hicieron firmar un hipócrita reconocimiento de haber dado muerte «científica» a prohombres del ala izquierda comunista como Sdanof y Dimitrof), como un deseo de hacer justicia; y la reposición de los médicos en sus puestos, como una victoria de la legalidad contra la arbitrariedad.

Mentiría si no dijera que la sensación de alivio que en el país y, de rechazo, en nosotros mismos produjeron estas medidas fue considerable. Durante semanas y meses, los ríos, las carreteras, las líneas férreas fueron canales de desagüe de la población rusa prisionera. Más de diez millones de hombres y mujeres rusos regresaron a sus hogares alcanzados por la amnistía. Fue un éxodo al revés, una inmigración de fronteras adentro, una fantástica dispersión de los concentrados. Desde Rewda, los españoles presenciamos el paso de trenes y caravanas de camiones repletos de libertos que regresaban de Siberia. Poco tiempo después, los prisioneros de guerra les seguimos los talones, al ser destinados a campos de reposo, con la obligación de comer, engordar, dormir y no trabajar, para estar fuertes y presentables cuando llegara la hora de ser repatriados. Querían los rusos que en nuestros países, al vernos repuestos y gordos, se dijera como en efecto se dijo, frívolamente, en algunas ocasiones: «¡No les tratarían tan mal los comunistas cuando vienen fuertes como toros!», olvidando que los que no eran fuertes como toros murieron en el cautiverio…

Francisco Alonso, de Mieres, murió en Tamboff; Salvador Amador, de Madrid, en Novi Charcof; Felipe Bernabé, de Barcelona, en Clearkor; Eustaquio Calderón, de Santander, en Vorochilograd; Pedro Candelas, de Madrid, en Odesa; Justo Callejo, de Los Corrales de Buelna, congelado en Jarkurski, Siberia; Antonio Domínguez, de Alicante, en Krasny Luch; Pablo Domínguez, de Cambarros, en Cheliabinsk; Juan José Domínguez Milán, de Alicante, en Donbas; Francisco Egido, de Plasencia, en Karaganda; Justo Fernández, de Barcelona, en Rostov; Paulino García, en un punto desconocido de la región de Vologda; Pablo García, de Madrid, en Vorochilograd; Eustaquio Guerrero, de Azuaga, en Moldavia; Pedro Gómez, de Arnedo, Logroño, en Karaganda; Pablo Herranz, de Madrid, en Cheliabinsk; Francisco Hernández, de Canarias, en Bovoroski; Antonio Mariño, de Asturias, en Krasny Luch; Francisco Marín, de San Fernando, en Vorochilograd; Antonio Mata, de Lora del Río, en Krasny Luch; Mayol, de Cataluña, en Macarino; Vicente Medina, de Guadalajara, en Krasny Luch; Paulino Moreno, de Logroño y Julián Navarro, de Ciudad Real, en Asbest Kyus; Núñez, de Valladolid, en un campo de Budapest; Antonio Paz, de Canarias, en Krasny Luch; Manuel Ramírez de Madrid, en Bovoroski; Luis Rueda, de Sevilla, y Francisco Ruiz, de Benejúzar, en Krasny Luch; Antonio Ruiz, en Macarino; Trías, de Cataluña, en Karaganda; Juan José Vázquez, en Karaganda también…

No he citado aquí a los que murieron en los campamentos de Jarkof y

Cheropoviets por haberlos ya dado en sus lugares correspondientes (capítulos IV y XIV). No he citado tampoco a los prisioneros que murieron con anterioridad a nuestra captura, ni a los que, por estar heridos, fueron rematados en el campo mismo de batalla al ser hechos prisioneros, ni a los clavados con bayonetas en sus colchones —como coleópteros de una salvaje colección— que yacían malheridos en el hospital de sangre de mi sector. Entre unos y otros, aunque esta relación es forzosamente incompleta, deben citarse: el asturiano Juan Vigil; Otilio Sánchez, de Santander; los madrileños Arturo Gutiérrez de Terán, Cirilo Gaztiriam, Nicasio García, Luis Arija y Antonio Cuesta; el catalán Castelló; el gaditano Antonio Gallardo; Nicolás López, de Jaén; Francisco Naranjo, de Morón de la Frontera; Juan Salazar, Antonio Martín y Juan Vázquez, los tres de Sevilla; Leandro Cano, de Cuenca; Arturo Díaz Dancón, Mazañes y José Pérez, ambos de Isla Cristina, y Rico, de Extremadura.

Hay que citar, por último, a Antonio Domínguez, de Tarancón, que murió en Sajtijord; a mi fiel amigo Julio Sánchez, de Valverde, Cáceres, también en Sajtijord; y Felipe Víctor Estrada, de Portugalete, que no pudiendo resistir la tristeza de su vida se suicidó en Chakitil, cerca del río Don.

Fuimos, pues, trasladados, a un campo de recuperación, pero ni este deseo de que engordáramos pude yo hacer —¡qué sino el mío!— de acuerdo con la voluntad de los rusos. Mientras mis compañeros se ponían fuertes en aquel tan deseado y tan necesario reposo, yo me derrumbé físicamente, las fuerzas me abandonaron y en vez de ser trasladado de campo en campo, bien pudiera decir que lo fui de lazareto en lazareto, de hospital en hospital. La tensión, la lucha, la necesidad de mi presencia entre los soldados, habían disminuido, y quizá sólo fuera esa tensión moral, «la obligación de no morir», lo que hasta entonces me había mantenido en pie. Ahora, en cambio, atemperada la tensión, me sentía morir. Los soldados hacían largas colas en la puerta del hospitalillo para venir a verme. Como tenía una inapetencia total, me preparaban ellos mismos platos exquisitos, que cocinaban con productos comprados en la ciudad. Por no comerlos, pues mi organismo no aceptaba sino líquidos, me hacía el dormido y a veces me dormía realmente, y allí, al pie de la cama, vigilando el ritmo de mi respiración y de la fiebre, me esperaban hasta que despertaba para forzarme a comer. «¿Será verdad que nos repatrían?», me decían con la duda en los ojos. «¡Claro que sí! —les contestaba—. ¡Yo ya me veo en el vagón de regreso!». Pero se lo decía por no desanimarles. En el último escondrijo de mi sinceridad yo no creía en la repatriación. Una duda tremenda me asaltaba La tenía incrustada en el cerebro y me desvelaba de noche entre las fiebres. Malenkof habla decretado la repatriación…, pero… ¿duraría mucho tiempo Malenkof en el poder? De la misma manera que la muerte de Stalin transformó tan radicalmente nuestra situación una muerte repentina de Malenkof, un golpe de Estado triunfante, una maniobra del ala izquierda, en aquel entonces postergada, del Partido, ¿no podría dar al traste con esta

última y definitiva esperanza de nuestras vidas? El dilema se resumía así: ¿Qué se produciría antes, nuestro retorno o la muerte y caída de Malenkof?

Los procesos a que fuimos sometidos en Jarkof y Borovichi coincidieron, milagrosamente, entre dos fechas no más separadas que año y medio entre sí: las que marcaban la supresión y la reposición de la pena de muerte en la U. R. S. S. para determinados delitos. Si los procesos se hubiesen realizado un mes antes o un mes después de estas fechas topes, hubiéramos hecho el péndulo con nuestros cuerpos bajo la horca, como los alemanes de Jarkof, en la plaza principal… Y ahora, entre la muerte de Stalin y un viraje hacia la política anterior…, ¿iba a realizarse nuestro regreso? ¿Iba a producirse, por segunda vez, aquel milagro?

A medida que se repatriaban los prisioneros de otras nacionalidades, decrecía nuestra esperanza. Alemanes, austríacos, daneses, finlandeses, búlgaros, rumanos, holandeses, franceses… fueron saliendo del campo de Cherbacof, camino de sus patrias. Y nosotros no. A muchos de ellos les dimos las direcciones de nuestras familias para que les escribieran en nuestro nombre y todos ellos lo hicieron en términos conmovedores. ¡Qué estupenda muestra la suya, de compañerismo! ¡Qué regalo para nuestras familias saber que vivíamos aún y que existía la posibilidad, probada por su regreso, de una pronta repatriación!

España, a partir de aquel tiempo, se vio bombardeada por cartas y noticias directas de lo que allí ocurría, transmitidas por repatriados de 25 nacionalidades. Las Embajadas, Legaciones o Consulados de nuestro país en Inglaterra, Alemania, Francia, Holanda y otras naciones fueron visitados por muchos de estos leales amigos que viajaban libremente por Europa… Y si años atrás, cuando la repatriación de los italianos, España supo que vivíamos, ahora añadió a este puro conocimiento la noticia, aunque vaga y confusa, de que no habíamos dejado malparado el pabellón español.

«Muy estimado señor —decía Gerhard Hildebrand en carta fechada en Altenkirchen (Westerwald), Frankfurter Strasse, 43 y dirigida al padre del teniente Castillo—: Me presento como prisionero recientemente liberado en el año 1953 en los campos de concentración soviéticos. Conocí a su hijo José en el campo de concentración de Borovichi… El pequeño grupo español que se distinguió por su temperamento y composición social tan fuerte, ha contado siempre con mi admiración ilimitada. No creo que la nación española sospeche algo de esta lucha heroica en la cual están hoy todavía empeñados estos soldados contra la violencia y·la represión. Los mejores amigos de su hijo eran un tal capitán Palacios y el teniente Rosaleny. Yo he visto con mis propios ojos diariamente cómo Palacios y su hijo llevan una vida ascética y ejemplar. Algunas pruebas de la capacidad de resistencia más duras, y del famoso orgullo español contra las arbitrariedades de nuestro verdugo soviético como nos han dado Palacios y Castillo, no me serán

olvidables…

»Del aspecto exterior creo que (Castillo) no ha cambiado mucho. Su espeso pelo ondulado, su color de la piel, siempre buena, y sus sanos dientes, le dan un aspecto siempre juvenil. Siempre le he dicho que una vez regresado a su patria puede tener en cada uno de los diez dedos una mujer. Palacios, al contrario es, a base de otra naturaleza, el prototipo del asceta clásico, aunque muy delgado. De Rosaleny se puede decir que es un hombre guapo, con el aspecto de un hombre del Sur, pero siempre está muy pálido. Ha estado muy enfermo, con neumotórax… Su hijo, que dejó mucho tiempo de trabajar para los rusos y no era convencible ni con fuerza ni con promesas, trabaja solamente para ganar algún dinero y lo usa exclusivamente para mejorar las condiciones de vida del pobre enfermo Rosaleny. Es el cuadro más hermoso y raro de una amistad abnegada y desinteresada. Con el sentimiento de todos los españoles y alemanes, el capitán Palacios, querido por todos, fue separado de los demás españoles y transportado a otro campo… Tengo que añadir aún que es debido solamente al modo de vivir tan espartano, nunca desfalleciente, y siempre modelo de estos tres oficiales que se tenía que mirar con admiración la actitud de todo el grupo español… que vivía en condiciones mucho más difíciles que nosotros».

El comandante austríaco Nicolás Conte Chorinsky escribió desde Graz, Austria, Strassoldogase 1, al ministro de la Guerra español: «El 15 de octubre regresé de la Unión Soviética con unos 600 prisioneros de guerra austríacos. En el campo de Cherbacof cerca de Jaroslav, se encuentran aún 69 españoles junto con 1000 prisioneros de casi veinticinco naciones a los cuales las comisiones soviéticas han declarado con frecuencia que están amnistiados y que pronto serán repatriados. Como por nuestra amarga experiencia todos dudamos de las promesas de los rusos, me veo obligado a dar a V. E. la información necesaria con el ruego de que la transmita a su vez a los padres de los interesados. Para aumentar las criminales torturas de tan largo cautiverio, los españoles no mantienen correspondencia con sus familias ni reciben ayuda material alguna. Le ruego en nombre de todos los prisioneros injustamente retenidos que exija su repatriación. Entre ellos (los españoles) se encuentra el capitán Teodoro Palacios, buen amigo mío. Este capitán es respetado y querido por todos los prisioneros de cada país y también temido por los rusos debido a su firme actitud. Nosotros le hemos dado el sobrenombre de “el último caballero sin miedo y sin tacha”. Desgraciadamente su salud no es muy buena. Sin haber contraído enfermedad alguna está muy delgado y débil y con frecuencia tiene fiebre».

Desde Múnich la Cruz Roja bávara transmitió a la española noticias facilitadas por Elmar Ulrrich, 14, Untererthal bei Hammelburg Bayern: «En noviembre de 1943 —dice el informador— llegué al campo 7150 de Gyasowez. Allí se encontraban alrededor de cincuenta prisioneros de guerra de la División Azul». Prosigue describiendo el trabajo y medios de vida de numerosos campos, y al llegar al de

Tschaika dice que los españoles «allí sufrían el hambre de tal manera que se veían obligados a comer ranas, tortugas, gusanos y hierba. Cuando la estación de las setas —añade puntualizando—, la situación mejoraba…». Refiriéndose a los aviadores y marinos internados dice: «Estos hombres están de un modo absolutamente contrario al derecho de gentes y se les obliga a adoptar la nacionalidad soviética. Solamente dos lo han hecho hasta ahora. Los españoles oponen a estas presiones vergonzosas una fiereza nacional y un patriotismo ardiente. Uno de ellos declaro a un oficial de la M. W. D.: *O mi patria, o dos metros cuadrados de tierra para mi tumba*».

La enumeración de las cartas y notas informativas de los repatriados extranjeros hablando de nosotros sería interminable. No quiero, sin embargo, dejar de reproducir las más calificadas, o aquéllas que aluden, como la última, a episodios recogidos en páginas de este libro, reforzando así, con los nombres y direcciones de testigos de otras nacionalidades, citas que pudieran parecer desmesuradas o increíbles. Albert Einsiedler —Kaiser Friedrich St. Bonn, Alemania— da su nombre y dirección para que cualquier persona que quiera tener datos directos de lo allí ocurrido se cartee con él. Y dice: «Yo tuve el honor de compartir el cautiverio con los oficiales de la División Española de Voluntarios que quedaron atrapados en Rusia. Son unos tipos humanos espléndidos… Tienen una serenidad maravillosa. Eran los capitanes de nuestra comunidad…». Y cita los nombres de Castillo, Altura, Molero, Rosaleny, Oroquieta y el mío. Su declaración fue recogida en el *Diario de Mallorca*, pues fue a esta isla a reponerse de su cautiverio.

El catedrático de la Universidad de Madrid don Anselmo Romero Marín escribió a mi familia al regreso de un viaje por Alemania: «Providencialmente coincidí en un pueblecito alemán, Niedermendig, próximo a la abadía benedictina de Maria Laack, con el doctor Uhrmacher, que siendo coronel médico cayó prisionero en Stalingrado. Excuso decirle la emoción con que escuché las noticias que me dio de nuestros compatriotas, entre ellos de su querido hermano. Habla de él con verdadera admiración y afecto por su entereza de carácter y exquisita corrección. Un día el comisario político del campo de concentración les echaba en cara que eran unos mercenarios que no sabían por qué luchaban. A esto le contestó su hermano: "En efecto, cuando salimos de España no sabíamos por qué luchábamos, pero ahora… si que lo sabemos". Otro día, ante la misma pregunta, contestó secamente con fina ironía: "Los españoles somos muy correctos, y como ustedes nos visitaron en 1936, hemos venido a devolverles la visita". Pueden ustedes estar orgullosos de él, como yo lo estaba, aun sin conocerlo, al oír estas anécdotas que revelan su magnífico temple de ánimo». La dirección del doctor Uhrmacher es: am Festungsgraben 12, Oldenburg, Alemania.

Desde Viena un austríaco que fue alumno mío en las clases de idiomas que organicé en la casi totalidad de los campos donde estuve, pide que se calle su

nombre: «Cuando usted da una noticia en un periódico, yo quiero pedir usted que no nomine mi nombre porque yo estoy en la región que está ocupada por los soviéticos y mi madre está muy enferma que yo no puedo salir. Yo conozco su hermano Teodoro tres años personalmente. He oído mucho de le y sé que su camino todos los diez años de cautiverio fue recto y en espíritu de un capitán del Ejército espaniol. Él está condenado a veinticinco años porque él no ha trabajado para los soviéticos. A pesar de su sentencia y muchas otras represalias, él ha luchado siempre contra los enemigos nuestros. Por su coraje y bravura le nominábamos el Gigante. Para mí está entre los amigos del tiempo más profundo de toda mi vida». Este gran compañero añade algo que no puedo citar sin emoción: «Ahora yo quiero pedir usted por algunos libros simples porque aquí in Viena no está en venta literatura espaniola y yo quiero perfeccionar mi conocimiento en la lengua que aprendí con le».

El mismo Albert Einsiedler, que publicó su nota en el periódico mallorquín, alude al escribir a mi familia a mi improvisada Universidad…: «Disculpe por favor mis faltas de lengua. He olvidado casi todo lo que me ha aprendido Teodoro. Espero que usted a pesar de mis faltas comprienda por lo menos el sentido de lo que he balbuceado en una lengua que no sé hablar correctamente. Siento mucho que no puedo hablar bastante el español para exprimir todos mis sentidos que me conmueven escribiendo una descripción del tiempo pasado junto con mi amigo Teodoro Palacios en el campo de Suzdal. En aquel tiempo él era cumplido de una confianza admirable y de una firmeza de fe y carácter inflexible. Su humor y su conducta eran el sostén para sus compañeros españoles y también alemanes en la tristeza de la prisión.

»He conocido nunca un hombre que amaba con tanta fidelidad y tanto fervor su patria y su familia. Él ha soportado su destino con un porte digno a la tradición grande de los suyos. ¡Siento de todo mi corazón con su angustia y su dolor por la suerte incierta de Teodoro Palacios!»[13].

* * *

«La suerte incierta», dice en su carta Einsiedler. «Por nuestra amarga experiencia no nos fiamos de los rusos», escribe el comandante Conte Chorinsky… Pues si ellos, ya en sus casas, dudaban de nuestra suerte… ¿qué no dudaríamos nosotros que habíamos visto partir, uno tras otro, a todos los grupos de nacionalidades, salvo el nuestro?

Yo estaba, por aquella sazón, con altas fiebres, recluido en el hospitalillo del campo de Cherbacof. Llevaba muchos días sin ingerir otra cosa que té azucarado, pues mi organismo rechazaba cualquier otra alimentación. Mi debilidad era extrema y el tormento moral de las dudas y las desesperanzas me consumía tanto como la fiebre. Me sentía morir. Entre sueños recordaba a un anciano venerable, a quien conocí en Jarkof, en la cárcel de Catalina. Era un hombre fuerte, a pesar de su edad; andaba

muy derecho y tanto su ademán como su blanquísima y larguísima barba, tipo *mujik*, que le llegaba hasta el pecho, colaboraban en darle un aspecto noble y gallardo. Este hombre había sido condenado por zarista en 1923, a veinticinco años de trabajos forzados. Pocos días antes de que Castillo, Rosaleny, Rodríguez y yo le conociéramos, se habían cumplido los veinticinco años de su condena y fue puesto en libertad. Nos explicó su estupor al sentirse libre, su torpeza para tomar el tren; su incapacidad para entablar conversación alguna con sus compañeros de viaje. Cuando llegó a Moscú un policía le detuvo y le informó que había sido condenado a veinticinco años más de reclusión. Lo trasladaron a Jarkof y allí, recién llegado, le conocí.

Envuelto entre las nieblas del sueño le recordaba yo ahora como una advertencia de nuestro incierto futuro. Quería quitarme su recuerdo de encima, borrarlo de mi memoria, pero se diría que las fiebres me lo habían incrustado en la frente, donde le tenía prisionero. El viejo zarista no se apartaba de mí. Le veía, casi le palpaba y le oía, diciéndome compasivo: «¿Os han puesto en libertad? ¡A mí también me pusieron en libertad!». Noté en mi delirio cómo se sentaba al borde de mi cama, hasta creí percibir cómo se hundía el lecho bajo el peso de su cuerpo. Yo tenía calor, mucho calor. Todo mi cuerpo ardía con la fiebre. ¿Estaba dormido? ¿Estaba despierto? Entreabrí los ojos y los volví a cerrar: el viejo estaba realmente allí, a mi lado, sentado al borde de mi cama vestido de blanco. «¿Existe la libertad? —me decía—. ¿Qué es la libertad?» y, tomándome las manos, me las esposó. Noté físicamente cómo presionaba mis manos y sentí el frío de los hierros sobre las muñecas. Tuve miedo. Por primera vez en el cautiverio tuve un miedo pavoroso. Me revolví entre las sábanas hice un esfuerzo para incorporarme y, al fin, lo conseguí.

—¿Quién eres? —pregunté débilmente.

La sombra blanca separó sus manos de las mías.

—Soy Pavlova, la enfermera. Estás delirando.

Se incorporó sobre mí y posó su mano sobre mi frente.

—Tienes mucha fiebre.

Y añadió:

—*Spas… spas…*: Duérmete, duérmete.

Y, al fin, me dejé vencer por el sueño y por su voz.

Capítulo XXVII

POR LA PUERTA GRANDE

Un día, uno cualquiera del mes de marzo de 1954, fui metido en un vagón-hospital para iniciar un nuevo traslado de «repatriación». El hecho carecía de novedad y de interés. Cuando salimos de Oranque, haría ya siete largos años, camino de Potma y del infierno de Jarkof, ¡también nos dijeron que íbamos a ser repatriados! Para mí, dado el estado de extrema postración y debilidad en que me encontraba, el viaje representaba una molestia más. Hacía ya un año que había muerto Stalin. Desde entonces, traslados de repatriación habíamos tenido tres: de Rewda a Cherbacof, de Cherbacof a Vorochilograd, y este último, en el que ahora nos encontrábamos.

Cruzamos el Nieper muy próximo ya a su desembocadura. Estábamos en plena época de los deshielos y grandes icebergs se deslizaban lentos, arrastrados por la corriente. Al quinto día de viaje el olfato nos anunció inequívocamente la proximidad del mar. El tren disminuyó la velocidad de su marcha y en proporción inversa comenzaron a acelerarse nuestros corazones. En el vagón se hizo de pronto el silencio. Se diría que un ángel misterioso hubiera iniciado un diálogo con cada uno, abstrayéndole, abstrayéndonos de toda conversación. Como si nuestros muertos (los que no sabíamos muertos) nos hablaran en voz baja y nos sonrieran.

(¿Será posible, Dios mío —me dije—, lo que me está gritando la sangre? ¿Será verdad lo que intuyen mis sentidos?).

El tren, muy lentamente, comenzaba a entrar en el puerto de Odesa. El corazón quería escapárseme del pecho, salirse de mí y correr delante de la máquina.

Al fin, un frenazo; el choque, en cadena, de los vagones al pararse y la leve inercia de nuestros cuerpos hacia delante.

Cuando pusimos pie en tierra, ya dentro del puerto, pues el ferrocarril se habla adentrado hasta los muelles, un barco limpio, blanquísimo, estaba amarrado ante nosotros. En letras grandes y negras llevaba un nombre al costado: *Semíramis*. Apenas oíamos las voces de los rusos mandándonos formar, cursando órdenes, confrontando nuestros nombres con el de las listas que llevaban. Todo nuestro ser estaba pendiente de la suavísima vibración del buque aquel y del vapor —como un aire con ínfimas olas transparentes— que salía por la boca de su chimenea quebrando la quietud del cielo. De pronto una bandera comenzó a izarse en el pabellón más alto. Era una bandera blanca con la mancha roja de una gran cruz…

—La Cruz Roja —dijo alguien muy bajo—. Es la bandera de la Cruz Roja…

Sentí un calor muy suave que me subía al rostro, temblándome la sangre,

desbordándose por los ojos y corriendo por las mejillas. Apoyé mis brazos en los hombros de los soldados más próximos, pues mis piernas comenzaban a temblar y no me sostenían. En torno mío varios soldados, palidísimos, lloraban. No he visto nunca seres más pálidos que aquéllos. Parecían muertos de pie. No había gritos ni abrazos. Lloraban en silencio, mansamente, incapaces de pronunciar palabra alguna. De pronto la larga columna humana (pero… ¿estábamos formados? ¿Quién y en qué momento nos habla formado?) se estremeció toda ella de la cabeza a la cola y se puso en marcha. A través de dos rusos que iban pronunciando nuestros nombres, fuimos pasando uno a uno y alcanzando la pasarela que unía la cárcel infinita con la nave de la libertad.

En cubierta una mujer francesa, distinta a todas las mujeres que habíamos visto en los últimos once años, iba confrontando en una lista nuestros nombres. Anotaba una cruz y sonreía uno por uno, a los que entraban en sus dominios, con un gesto lleno de compasión y de bondad. Tendría unos cincuenta años, el pelo cano, los ojos muy claros. Iba levemente maquillada. Vestía un traje sastre, azul, y sobre el pecho llevaba la insignia de la Cruz Roja. Nunca olvidaré aquella bondad que derramaban sus ojos, contagiando a los libertos su confianza y su fe. Pocos minutos después preguntó por mí. Quería saber si yo era realmente el capitán Palacios.

—Tengo órdenes —me dijo— de no zarpar sin usted.

—Pues yo mismo soy yo mismo —dije trabucándome—. ¡Zarpe usted, por favor!

Notamos de pronto un suave balanceo.

—Ya han levantado la pasarela, mi capitán…

Los soldados hablaban muy bajo, casi en secreto, como con temor a ser oídos.

—¡Ya han soltado las amarras!

—¡Ya levan anclas!

Suavemente el buque comenzaba a separarse del muelle. Primero fue una franja casi imperceptible de mar. Después se fue ensanchando y el muelle, de pútrida madera, separándose de nosotros como si fuera él quien se apartaba. Y era cierto, ¡cierto, Dios mío! Era Rusia que se alejaba, que se desgajaba de sus presas. De pronto un mugido tremendo rasgó los aires. El barco salía por la bocana del puerto. Por segunda vez ululó la sirena. Fue un grito imponente, como si el barco hablara por nosotros mismos. Después, otro. Sin poder contenernos, sin que nadie diera la consigna de hacer aquello, subimos a la cubierta.

No hacía todavía unos minutos que un soldado, palidísimo y con una expresión indescriptible de angustia, me había dicho:

—¡No me fío, mi capitán, no me fío! Ésta es una nueva maniobra…

Y es que nuestros cerebros y nuestros corazones, macerados como estaban por el dolor, parecían refractarios para la alegría, incapaces de aceptar la más mínima porción de felicidad. Hasta que las sirenas nos despertaron del letargo. Comenzamos

entonces, como nuevos Lázaros, redivivos, a salir de nuestros escondrijos, a hablar en voz baja, poblando la cubierta. Cuando al fin la idea de la libertad se abrió paso en nuestras mentalidades, todavía lentísimas y torpes, todos a uno, como si respondiéramos a un resorte instintivo, a un movimiento común, nos arrancamos las gorras soviéticas, que acababan de darnos para el transporte, y haciendo con ellas símbolos del cautiverio, las lanzamos al agua. Ésta se puso negra y las gaviotas comenzaron a revolotear encima, curiosas por saber qué eran aquellos instrumentos que habían poblado repentinamente el mar.

* * *

¡Qué difícil me resulta escribir estas líneas! He de hacer un imposible, casi doloroso esfuerzo mental, para desdoblar el curso paralelo de dos relatos: el de cuanto acontecía en torno mío y el que fluía torpe, dificultosamente, dentro de mí. En realidad, si he de ser sincero, yo no sé si los recuerdos que guardo del viaje de regreso son radicalmente míos, impactos en mi memoria de episodios realmente vividos por mí, o los he ido componiendo después con retazos de vagas impresiones personales y relatos lejanos. Es como si en un muerto renaciera de pronto la sensibilidad y comenzara a percibir en torno suyo rumores y reflejos. No sabría nunca cuáles pertenecían aún al mundo de las sombras y cuáles eran ya fruto de su actividad consciente.

En aquella resurrección nuestra, el *Semíramis* era la barca de Caronte al revés, o el buque del Viaje infinito, la gran comedia de Sutton Vane, viajando entre las dos orillas de la vida y de la muerte.

Guardo la noticia remota de la primera onda europea de radio, captada por el receptor del barco, al servicio de los viajeros. Era Radio París. Guardo el vestigio —también remotísimo— de un soldado, gritando, por los pasillos: «¡París, París!», para que se acercaran sus compañeros a oírle. Y al preguntarle yo qué tenía él que ver con París, cuando siempre hablaba mal de los franceses me contestó: «Yo, en Galicia, iba todos los domingos desde mi pueblo al pueblo vecino nada más que para pitar a su equipo de fútbol y hacerle perder. Pues si oigo la radio del pueblo vecino· me echo a llorar ahora mismo de alegría». Y es que los broncos soldados lugareños habían adquirido conciencia de europeidad.

También recuerdo, con la impresión de lo que no se sabe si se ha vivido o soñado, la sonrisa franca, abierta, sin odio, de un desertor que hasta el último instante había conservado un enorme cuchillo escondido entre sus ropas para defenderse, pues los rusos habían dicho, en su última campaña desplegada, que yo había dado orden de matarlos apenas salieran de las aguas territoriales. ¡Qué lejanos me parecían aquellos días, tan recientes, en que la Policía soviética del Partido, descontenta con la orden gubernamental de repatriación, había hecho lo indecible para que cuantos fueron

débiles o traidores, cuantos habían intervenido por hambre en los famosos grupos artísticos de Jarkof, y habían actuado como testigos de cargo contra nosotros, se quedaran voluntariamente en Rusia!

Toda mi actuación anterior durante el cautiverio, en que no hice otra cosa que cumplir lisa y honestamente con mi deber, la cambiaría por la de estos días en los que empeñé mis fuerzas y mi salud por rescatar físicamente, corporalmente, a estos pobres hombres para la paz de sus tierras y de sus hogares. «Perdón para todos» había sido mi consigna. Y uno a uno los fui llamando para animarles, alentarles.

«¡Os van a ahorcar en las plazas públicas!», decían los agentes comunistas. Y uno de ellos exclamó: «Prefiero morir en España que vivir en Rusia». Y allí estaban ahora muchos de ellos, serenamente apoyados sobre la borda de cubierta, mirando cómo el tajamar de proa rompía las olas abriéndose un camino entre la espuma: Junto a ellos, los pilotos aviadores, retenidos quince años en la U. R. S. S.; los marineros mercantes, diecisiete años secuestrados; un pequeño grupo de los que, siendo niños, fueron transportados a Moscú para unas vacaciones dieciocho años atrás… y los bravos soldados, ya peinando canas, de la División.

Me acerqué a uno de los «niños».

—¿Qué edad tenías al llegar a Rusia?

—Siete años.

—¿Y ahora?

—Veinticinco.

—¿Recuerdas algo de España?

—Nada.

—Y tus padres, ¿los recuerdas?

—No.

—¿Nada?

—Nada… Bueno, sí… —añadió azorado—. Recuerdo la voz de mi madre.

Hubo un silencio.

—¿Y recuerdas lo que te decía?

—No. No lo recuerdo…

Estaba empezando a anochecer. La costas de Turquía, salpicadas de minaretes y fortalezas antiguas, se estrechaban sobre nosotros hasta el punto que parecía íbamos a rozar la tierra por ambos costados.

—Este brazo de mar —me dijo— es más estrecho que el Volga…

—Estamos en el Bósforo —aclaré.

—¿En dónde?

—En el Bósforo.

—¡Ah!

Guardamos largo rato silencio. ¿Cómo sería su mentalidad? ¿Cuál sería su

educación? Quería hacerle una pregunta clave. Al fin le interrogué.

—Oye, muchacho, ¿tú crees en Dios?

Me miró sorprendido.

—¿En quién?

En la costa, miles y miles de lucecitas comenzaron a encenderse.

Horas después parecía que el firmamento todo, con sus estrellas, hubiera caído sobre el mar, llenándolo de reflejos. Estábamos entrando en aguas de Estambul.

* * *

A las nueve y media de la noche un trueno ensordecedor hizo vibrar los cristales de todo el buque. Se diría que la santabárbara de un guardacostas vecino hubiera estallado; tal fue el estampido de un grito tremendo lanzado por los repatriados en cubierta. Una lancha motora, salida del puerto de Estambul, venía a nuestro encuentro con un grupo de españoles presidido por el embajador de España: heraldos todos ellos de la Patria para darnos el primer abrazo del retorno. Subieron a cubierta y la tropa estuvo a punto de malherirlos, tal fue el entusiasmo con que les recibieron. Veinte minutos después a duras penas pudieron llegar al recinto cubierto donde los oficiales cuadrados muy solemnemente, les esperábamos. El embajador de España en Estambul nos dio uno a uno la mano y después nos abrazó…

—Recibid —nos dijo— el primer abrazo de España.

Estaba muy emocionado. La voz le temblaba al hablar.

Nosotros no sabíamos quién era nadie. Después supimos que los recién llegados, presididos por el embajador, señor Fiscowich, eran el director de Política Europea, señor Aniel-Quiroga; el delegado español en la Cruz Roja Internacional, duque de Hernani; el coronel G. del Castillo; el delegado nacional de excombatientes, teniente coronel García Rebull; el médico de la Armada señor Belascolaín; el doctor Nogueras, jefe de los Servicios Facultativos de la Cruz Roja; el padre lndalecio y el padre Caballero, «paters» que fueron de la División Azul; el inspector de Policía señor Armero y los periodistas Adolfo Prego, de la Agencia Efe; José Luis Castillo Puche, de la Dirección General de Prensa; Bartolomé Mostaza, de la Editorial Católica y *La Vanguardia*, de Barcelona; Salvador López de la Torre, de *Arriba*, y Torcuato Luca de Tena, de *ABC*.

Al pronto nos parecieron seres extraños. Hablaban muy alto y gesticulaban mucho. Nosotros les parecimos Lázaros resurrectos. Decían que no nos entendían, pues hablábamos muy bajo, como con miedo de oír nuestras voces, y que no movíamos los labios al hablar.

Entonces supe que mi padre había muerto ocho años atrás.

Hora y media después, el buque, anclado en el Bósforo frente a Estambul, parecía vacío: tal era el silencio que lo envolvía. Los soldados, sentados sobre cubierta,

apoyados unos sobre las espaldas de otros, escribían a los suyos la primera carta después del cautiverio. Sólo se oía el teclear de las máquinas de los periodistas transmitiendo a sus diarios o agencias las primeras impresiones del encuentro.

¡Con qué emoción leerían los nuestros aquellas líneas!

«¡Vuelven tal como se fueron! Éste, con su acento gallego; aquél con el deje inocultable del canario, del mallorquín o del vasco, con una dosis formidable de buen humor y con toda la sencillez y modestia de quienes no necesitan fingir fanfarronamente imaginadas heroicidades. Su espíritu ha sido absolutamente impermeable a cualquier influencia. Vuelven como se fueron. Esto es lo primero que me piden insistentemente que diga en esta crónica, y de lo que yo, por haberlo comprobado, doy fe.

»Las madres, las esposas que dentro de pocas horas verán hecho realidad el que parecía sueño imposible, no abrirán las puertas a un extraño, a un hombre cambiado, a un espíritu nuevo encarnado en el cuerpo antiguo del que se fue. Vuelven como se fueron. Ésta es, a mi entender, la más importante de las noticias de las que, atropelladamente, y sin tiempo de coordinar las ideas, voy escribiendo. Vuelven como se fueron, quizá con más arrugas en la frente y canas en las sienes, pero con su acento peculiar, con su temperamento idéntico, con sus recuerdos vírgenes. Y si alguna variación ha habido en ellos, es sólo la de saber gritar ¡Viva España! con una profundidad, con un ardor, con un estremecimiento tal como se puede comprobar sin acertarlo a describir. Como lo hicieron, en fin, llenando con sus ecos de estupor el Bósforo, cuando el embajador de España, las lágrimas en los ojos, subió la escalerilla del barco para darles en nombre de la Patria, el primer abrazo del retorno»[14].

Apenas el embajador hubo dejado el *Semíramis*, yo me acosté y permanecí en la cama, salvo brevísimas escapadas, hasta el amanecer del último día. Era preciso estar fuerte para el momento tan esperado y tan temido del encuentro con la vida. Mucho fue lo que sufrimos en los últimos doce años. La ciencia no ha encontrado aún termómetros para medir el dolor, pero dudo que exista una comunidad de hombres blancos en nuestro siglo que haya sido víctima de tantos, tan continuados y tan hondos sufrimientos morales y físicos como los de este grupo de premuertos que viajábamos ahora hacia la orilla de eso… ¡nada más que eso!… la vida… ¿Cómo explicar aquella sensación de inquieta placidez, de alegre tristeza · que me invadía a medida que el *Semíramis* rebasaba las costas de Grecia, alcanzaba las de Sicilia y se adentraba por mares que ya tenían el mismo color y la misma luz que los nuestros? ¡Como esas semillas que germinan milagrosamente después de varios siglos, al tomar contacto de nuevo con la tierra, el agua y el sol, yo percibía en mi sangre y en mi cerebro cómo la vida iba renaciendo dentro de mí! ¿Viviría aquella muchacha de ojos negros que conocí en mis tiempos de estudiante de Medicina, aquélla que tenía por nombre como un símbolo lo que la vida me había negado siempre; aquélla que se

llamaba Paz?

Este pensamiento se convirtió muy pronto en una obsesión. No había duda, ¡era la vida que renacía en mí, repitiendo el milagro de las semillas!

El proceso de readaptación en mis compañeros era muy semejante al mío. A veces, con los nervios, se oían gritos desgarradores. Los soldados, con los nervios rotos, soñaban con escenas vividas años, meses o simplemente semanas atrás. También una vez yo me llevé un susto, y de los gordos. Llegué a creer que una flotilla de submarinos rusos había cercado al *Semíramis* y le obligaba a variar de rumbo. Fue una mañana, casi al amanecer del 2 de abril. El bueno de Victoriano Rodríguez, sin llamar a la puerta ni pedir permiso para entrar, se precipitó en mi camarote, la cara desencajada, los ojos a punto de llorar y sin decir otra cosa que: «Mi capitán, mi capitán, salga, salga…».

—¿Qué te pasa, Rodríguez?

No podía pronunciar palabra, tal era la emoción que algo, que yo ignoraba, le producía.

—Salga…, salga…

Salí tras él, y al doblar el segundo pasillo tuve que detenerme y apoyarme contra la pared, pues todo el cuerpo se me dobló ante la inesperada emoción. La radio, puesta por los soldados al máximo de su potencia, entonaba solemnes, lentos, tremendos, los compases del himno nacional. ¡Por eso, me llamaba Victoriano Rodríguez! Logré sobreponerme y, en posición de firme, la cabeza muy alta, respirando hondo para deshacer la congoja que como una mano crispada me atenazaba el pecho, escuché hasta su término las notas dulcísimas y marciales de la Marcha Real de mi infancia y mi primera juventud: el himno nacional de la guerra y de la paz. Salí a cubierta para airearme.

El día era glorioso. Se diría que la naturaleza se había esforzado en colaborar en nuestro propio alborozo; que se había vestido de gala para presenciar el encuentro; que había prestado su mejor transparencia al aire para que divisáramos antes las costas tantos años soñadas. Los soldados se sentían desbordados por aquel caudal de luz y de color. Y es que en el aire, y en la transparencia dicha, y en el color increíble del mar, y hasta en la brisa que venía desde tierra a nuestro encuentro, había, tanto como en nosotros mismos, un alborozo infinito de resurrección.

Radio Barcelona se oía perfectamente, los soldados se mantenían apiñados junto al receptor o bajo los altavoces que daban a cubierta escuchando la emisión de música popular que nos dedicaba. España se acercaba a cada golpe de ola. Entonces, cuando ya se adivinaba la costa, levemente velada todavía por un exceso de sol, Radio Nacional de Barcelona anunció a aquellos hombres, tremendos y sencillos, que iban a escuchar, adelantadas en el tiempo, las voces de los padres y los hijos y los hermanos que les esperaban en tierra. Nunca he sentido mayores latigazos morales

azotando mis nervios, poniéndolos en tensión como arcos a punto de disparo. Había que ver aquellos hombretones tallados a martillazos por las circunstancias más duras que puede alcanzar la humana imaginación, doblarse por la congoja al reconocer la voz de los suyos.

«Atención al soldado tal», decía la radio. «Va a hablarle su padre…». Y el soldado se plantaba de un salto al lado del altavoz con una actitud que no hay pluma que la describa ni pinceles que la reproduzcan; las piernas en aspa para guardar el equilibrio, los brazos y los dedos abiertos como antenas que quisieran percibir los más pequeños efluvios, la cabeza echada hacia delante, que no hacia abajo, como si fuera a saltar sobre el altavoz y hacerlo pedazos en caso de que no surgiera por él la voz anunciada. Los segundos que transcurrían entre el aviso al soldado y las primeras palabras del ser querido se hacían eternos. Hasta que al fin una voz velada por la emoción empezaba torpemente a balbucear:

—Hijo… ¡Hijo mío!

Y el soldado, como un autómata, respondía con voz de trueno:

—¡Padre!… ¡Padre!

—Hijo…, éste es el día más grande de mi vida… Que Dios te bendiga… Aquí, a mi lado, está tu madre, que te quiere hablar…

Acto seguido se oían unos sollozos ininteligibles, y la voz del padre concluía:

—… que no te puede hablar.

Otro de los mensajes decía:

—Soy tu hermano Pablo. La víspera de que te cogieran te regalé una petaca porque era tu santo. ¿La tienes aún?

—¡Si! —gritaba el soldado.

Y todo convulso y tembloroso sacaba su petaca milagrosamente salvada de mil cacheos y requisas, y nos la enseñaba. Mejor aún, se la enseñaba al altavoz, seguro de que a través de aquella máquina que hablaba, su hermano la podría ver.

Algunos de los mensajes eran patéticos.

—Pero si yo no tengo a nadie —decía un repatriado, estupefacto al oír, junto con su nombre, la noticia de que alguien le iba a hablar. Y una voz de mujer:

—Soy Marta. Tú no me conoces. Soy la viuda de tu hermano Luis, que murió hace ocho años. A su lado aprendí a quererte como a un hermano. Nuestro hijo mayor se llama como tú.

Y aquéllos que no fueron vencidos por las privaciones, el hambre, las persecuciones; los que retaron a Makaro en Borovichi y a Duetginov en Rewda; hombres entre los hombres, valientes donde los haya, estaban ahora doblados —no metafórica, sino físicamente doblados—, encorvados por los sollozos.

Yo no sé qué entraña reacción psíquica movía a la mayoría de los que oyeron la voz de los suyos a dialogar con ellos, sin pararse a pensar si éstos les oían o no. Uno

de los camareros griegos del barco me hizo esta observación.

—¿Se ha fijado?… ¡confunden la radio con el teléfono!

—No lo confunden… —respondí—. ¿O es que acaso usted no cree que le han oído los de Barcelona? ¡Claro que le han oído! ¡Ese padre ha tenido que oír cómo su hijo le respondía!

El camarero debió pensar que yo estaba loco de remate, pero un soldadito andaluz terció dándole la explicación definitiva.

—Ya sabemos que esto no es una emisora… Pero ¿y los ángeles? ¿Para qué diablos cree usted que sirven los ángeles?

Y describió con un gesto, que envidiaría al mejor actor, a toda la corte celestial haciendo un puente aéreo para trasladar a tierra las voces de los resucitados.

Hubo madres que tuvieron coraje y consiguieron hablar, la voz entrecortada, para sus hijos. Pero el momento de mayor emoción colectiva fue el de la hija, la única hija (creo) que habló.

—Papá, ya verás ahora qué feliz vas a ser… Mamá está aquí, pero no puede hablarte… No hemos dejado ni un día de rezar por ti… Mamá está muy guapa… Ya verás. Y yo también…

El aludido, al apartarse del altavoz, sufrió un desvanecimiento, y al reponerse (¿cómo puede expresarse todo esto con palabras?), entre las nieblas del despertar, creía que ya estaba en su casa. Hubo que desengañarle diciéndole que aún faltaban unas horas, pero que ya se veía, gloriosa de luz, la costa en el horizonte.

Y es que aquéllos que se resistieron con fortaleza infinita a ser vencidos por la muerte, se dejaban ahora, con total mansedumbre, vencer por la ternura.

El *Semíramis* disminuyó la marcha; las hélices perdieron velocidad. La costa, radiante de sol, se perfilaba nítida y perfecta frente a nosotros. Minutos más tarde, Barcelona, engalanada y bellísima, estaba ya encima. La estatua de Colón, con su gran dedo apuntando al mar; las agujas de la Sagrada Familia, de Gaudí; el perfil de la catedral gótica; el palacio de la Exposición, iban siendo reconocidos por los repatriados catalanes, que lo explicaban, alborozados, a sus compañeros. Las gaviotas, en número incalculable, habían salido a nuestro encuentro y rodeaban el *Semíramis*, dándole, respetuosas, escolta de honor. Ellas fueron las primeras en llegar, pero tras ellas, a medida que nos acercábamos, vimos un mundo infinito de chalupas, piraguas, canoas, balandros, embarcaciones de todo tipo movidas a remo, a viento, o a motor que se acercaban a nosotros en santa misión de abordaje. Fue una hermosísima avalancha de voluntarios «embajadores de complemento» que se le escaparon a España, y, probablemente, a las autoridades portuarias, como heraldos impacientes de la ciudad de Barcelona.

Cuando al fin el buque dobló por la boca del puerto, era tal la multitud que ocupaba el malecón, las rocas, el muelle, los tejados, las terrazas, que no se veía la

tierra bajo tan estupendo hormiguero. Un tremendo alarido de la muchedumbre se confundió entonces con las salvas de los cohetes, el repicar de las campanas y el latido, más fuerte que todo, de nuestros propios corazones.

Ya dije más arriba que era muy difícil para mí narrar lo que ocurría en torno mío y lo que acontecía dentro de mí. El buque, a medida que avanzaba lentamente, como un rompehielos, entre aquella masa de embarcaciones que le rodeaba, parecía un manicomio flotante. Soldados había que pegaban saltos de un metro de altura una y otra vez, sin una razón inmediata que lo motivara; otros se colgaban de los cables o trepaban por los palos, o paseaban a sus más íntimos a hombros. Los más gritaban, gritaban, presas de un frenético entusiasmo, de un delirio colectivo, colgados como racimos del punto del barco que estuviera más próximo a tierra. Yo, en cambio, estaba como adormecido para toda manifestación exterior. Una intensa placidez me invadía; la sangre corría por mis venas acelerada, pero sin turbarme. Una grande, hermosa, balsámica serenidad me llenaba de paz y de quietud interior.

Junto a mí se detuvo un soldado, apoyándose en la baranda. Iba hablando solo, como si hubiera perdido el juicio. Lloraba de alegría, reía, se mordía las uñas. Le recordé siete años atrás. ¡Nunca un hombre, al filo de una frase, pudo hacerme más daño del que él me hizo! Fue en Jarkof, en 1947…

—Todos los prisioneros han sido repatriados, todos, salvo nosotros —me dijo—. ¡Y usted tiene la culpa!… ¡Usted, que nos ha obligado a enfrentarnos con los rusos! ¡Muchas gracias, capitán Palacios!

Fue un mazazo en el pecho el que recibí al oírle. Porque él no era de los traidores, sino de los buenos…

Muy suavemente, doliéndome cada palabra, le respondí:

—Yo no sé si moriremos todos en Rusia; puede que sí… Pero acuérdate de esto. Si algún día regresas conmigo a España, no entraremos por la ratonera. Entraremos por la puerta grande.

Ahora, al cabo de los años, el destino nos volvía a juntar. Le agarré de un brazo y tuve que elevar la voz para hacerme oír, entre el repicar de las campanas, las sirenas del puerto, los estampidos de los cohetes y los vivas ininterrumpidos de la masa enfebrecida que nos esperaba en el muelle.

—¿Te acuerdas? —le dije—. ¡Ésta es la puerta grande que te decía en Rusia!

Con los ojos arrasados por las lágrimas, se volvió a mí y me sonrió. No me dijo nada, ni hacía falta que lo dijera.

Vertiginosamente, sobre aquel fondo de apoteosis, comenzaron a desfilar dentro de mí momentos cumbres del cautiverio. La larga columna de heridos tropezando sobre la nieve, avanzando a golpes de culata hacia la cárcel infinita; el primer interrogatorio en Kolpino, cuando me negué a declarar desnudo, porque aquello atentaba contra mi dignidad; el diálogo con el general cortés, la primera celda, el

cruce del Ladoga a 40 grados bajo cero. ¡Cheropoviets, con sus caníbales blancos!; Suzdal, con los italianos —los que descubrían frescos bizantinos en las paredes de su cárcel; los que morían por descubrir una flor—; el ángel sin piernas, a saltos de batracio, murmurando tras nuestras rejas la *Canción del legionario*; mi negativa a trabajar ante los perros y las metralletas…; el encuentro en Oranque con los rojos españoles; su huelga y mi escrito a Moscú defendiéndoles…

Dicen que en los minutos que preceden a la muerte todo el pasado se derrama sobre el hombre. De mi sé decir que esto ocurre también en las muertes al revés, al renacer a la vida.

Recordé Potma, cuando me arrancaron la bandera de la manga y lancé al suelo la guerrera, diciendo: «¡Así ya no la quiero!».

Recordé Jarkof, la huelga de hambre, la conspiración para eliminarme, la muerte de Molero, el sabotaje contra el grupo artístico. Y el proceso: «No nos engañemos… Hoy estáis juzgando aquí la lealtad a la Patria, la fidelidad al jefe, el respeto a las ordenanzas…». Y la cárcel de Catalina. Y a Sergieff, colosal. Y la voz de la invisible Tatiana. Y Ohrms; y Borovichi. Recordé a Victoriano Rodríguez escalando de noche la celda de Castillo para darle de comer; y a Castillo al noveno día de su huelga. Y mi robo de la correspondencia. Y las cartas a Vichinsky… Y el episodio numantino de la huelga en el campo vecino… Y Rewda, donde los soldados me pusieron en libertad; y Cherbacof, con la muerte rondándome la plaza…

Y a medida que los recuerdos se agolpan en mí, una paz infinita, una morbosa serenidad, una quieta satisfacción me envolvía… y me arropaba, traspasándome en pura, ingenua, total felicidad…

¡Qué estremecedoramente hermosa fue la puerta grande de Barcelona! ¡Qué tremendo recibimiento el de esta nobilísima ciudad! Todavía no habíamos doblado, como hicimos más tarde, la rodilla ante la Virgen de la Merced, Patrona de los cautivos, sobre las mismas losas en que se arrodilló Cervantes al ser liberado de sus cadenas. Todavía no habíamos recorrido las calles, como haríamos minutos después, viendo a las madres con sus pequeños en brazos metiéndolos por las ventanillas del coche para que nos tocaran… Todavía, la multitud dislocada, sin más orden ni concierto que el que le incitaba la propia pasión del encuentro, no se movía en peligrosas oleadas ante la escalerilla por donde descenderían los primeros repatriados; ni la cadena que los Guardias de Seguridad intentaron establecer a la muchedumbre había sido desbordada. Ni mis compañeros de viaje habían caído todavía en aquel mar de efusión donde serían arrastrados en volandas por los suyos hasta donde hubiera espacio suficiente para abrazarse y darse a conocer. Allí estaban la novia de los once años de espera y la madre anciana, y la hija crecida y hecha mujer en ausencia del padre, y los hermanos orgullosos y las mujeres que vistieron, sin serlo, tocas de viuda. Los soldados repatriados caerían bien pronto en sus brazos,

queriendo recuperar las caricias perdidas, revivir los momentos no vividos…

El barco estaba a punto de atracar. Aún no había visto yo, entre la multitud, emerger un cartel con mi nombre y el de mi tierra. Minutos después lo vería oscilar sobre las cabezas de los más próximos, enarbolado por mis hermanos, aquellos junto a los que recibí, en Potes, mi primer bautismo de fuego…

Todo esto: el abrazo entrañable, estrecho, apretado, con los hombres de mi sangre; el recuerdo al padre fallecido en mi ausencia; la respuesta a mi pregunta: «¿Vive María Paz?», por la que hoy es —en la paz— mi legal y cristiana compañera; todo esto no había sido aún vivido por mí; pero estaba ya en mí, hecho anticipado presente, en ese momento patético en que el *Semíramis*, atraído por las estachas, chocó suavemente contra el muelle de la Patria.

LA PRIMERA EDICIÓN de este libro se terminó de imprimir en mayo de 1955.

Doce años y seis meses después, el 19 de noviembre de 1967, el Diario Oficial del Ministerio del Ejército publicaba la siguiente orden:

CRUZ LAUREADA DE SAN FERNANDO

«Como resultado del expediente de juicio contradictorio instruido al efecto y de conformidad con lo propuesto por la Asamblea de la Real y Militar Orden de San Fernando y por el Ministro del Ejército, S. E. el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos Nacionales se ha dignado conceder la Cruz Laureada de San Fernando, como comprendido en los artículos 49 —casos 1.º y 2.º—, 50 —caso 3.º—, 51 —casos 6.º y 12.º— y 54 —casos 1.º y 5.º— del Reglamento de la mencionada Orden, al capitán (hoy teniente coronel) de Infantería D. Teodoro Palacios Cueto por su heroica actuación en el combate librado el día 10 de febrero de 1943 en el sector de Krasni Bor, del frente ruso, para la defensa de la posición guarnecida por la Unidad de la División Española de Voluntarios que aquél mandaba.

A continuación se relatan sucintamente los méritos del citado capitán en la acción de referencia.

MÉRITOS

El 10 de febrero de 1943, fuerzas rusas compuestas por las Divisiones 72, 73 y 63, dos Batallones de morteros de 80 mm., dos de anticarros de 76 milímetros, uno de carros medios y pesados y, además, numerosos grupos independientes de Artillería de 124 y 203 mm. (en total 187 baterías), más la aviación, rechazaron una ofensiva sobre el sector de Krasni Bor que defendían los Batallones primero y segundo y 250 del Regimiento de Infantería núm. 262. El capitán Palacios mandaba la 5.ª Compañía del segundo Batallón, cubriendo un amplio frente de cerca de dos kilómetros.

Informado de la inminencia del ataque, el capitán Palacios adoptó cuantas disposiciones eran precisas para defender con la mayor eficacia su posición, ordenó el municionamiento, tuvo en cuenta los más mínimos detalles sobre la situación de las armas, distribución de ranchos en frío y descanso del personal, exhortó muy especialmente a todos a que cumplieran con su deber Y concretó que la orden era de resistir hasta morir.

A las siete de la mañana del día 10 comenzó la preparación artillera, con una intensidad y violencia extraordinarias, que duró dos horas, en la que tomaron parte 187 baterías enemigas y dejó destruidas toda clase de defensas. Durante esta preparación el capitán Palacios ordenó la protección de sus armas automáticas para

evitar su destrucción, cosa que fue conseguida gracias a sus disposiciones.

Después del primer periodo intensivo de la preparación, iniciaron el primer ataque los carros de combate y la infantería rusa, que fueron rechazados. Sucesivamente se fueron produciendo nuevos ataques que en oleadas fue lanzando el enemigo, con abrumadora superioridad de medios y hombres. A pesar de la denodada resistencia de las fuerzas españolas, a las diez treinta horas habían sido aniquilados el primer Batallón, que defendía el terraplén de la línea férrea Moscú-Leningrado, y ocupado todo el flanco derecho de la 5.ª Compañía. Del Batallón 250 sólo se conservó una posición a cuatro kilómetros aproximadamente de la que ocupaba el capitán Palacios, que con los supervivientes de su Compañía quedó cercado totalmente por el enemigo.

En estas condiciones continuó resistiendo los incesantes ataques del enemigo, al que causó numerosísimas bajas y le impidió usar la carretera que desde Kolpino penetraba en la retaguardia hacia Krasni Bor, cuya utilización por el enemigo hubiera puesto en grave riesgo el frente propio. Los rusos atacaron una y otra vez, apoyados por carros de combate, artillería y aviación. Esta última fue utilizada ante la resistencia que oponía el capitán Palacios, que les impedía ocupar la carretera de Kolpino, punto clave del ataque enemigo. La intensidad del ataque hizo que quedasen destruidas todas las armas automáticas. Fueron aniquiladas totalmente la 1.ª y 2.ª Sección. En la posición del capitán Palacios quedaron diez hombres pertenecientes a la Plana Mayor, y treinta de la 3.ª Sección más cuatro recuperados de otras Secciones. De éstos, treinta fueron bajas por heridos o muertos al principio del combate, y aun de los catorce que quedaron al final sólo tres no padecieron heridas, siendo los demás heridos menos graves o contusos. En total hay que calcular en el noventa por ciento las bajas sufridas por la 5.ª Compañía.

Durante el combate, el capitán Palacios utilizó todos los recursos de su ingenio y conocimientos para mantener la moral de sus tropas, siempre estuvo en los sitios de mayor peligro y demostró poseer un valor heroico y extraordinarias dotes de mando, que hicieron posible tan prolongada resistencia. A las dieciséis treinta horas, agotadas las municiones hasta el último cartucho, tras haber causado un elevadísimo número de bajas al enemigo y después de nueve horas de combate, fue hecho prisionero con su pequeño número de supervivientes, en cuya situación permaneció durante once años, hasta su regreso a la Patria, dando en todo momento ejemplo de las más altas virtudes castrenses.

Madrid, 17 de noviembre de 1967».



TORCUATO LUCA DE TENA (1923-1999). Escritor y periodista español. Hijo de Juan Ignacio Luca de Tena. Es autor de numerosas novelas: *Edad prohibida* (1958), *La mujer de otro* (1961), *La brújula loca* (1964), *Pepa Niebla* (1970), *Los renglones torcidos de Dios* (1979). También ha publicado poemarios y ensayos.

Notas



[1] Es claro que no hablaba en serio. La frase equivale a lo que los franceses llaman una «boutade». En cualquier caso significaba la orden de resistir. <<



[2] Nota del Editor: Todas las palabras rusas que se han intercalado y se intercalarán en páginas sucesivas van escritas tal como fonéticamente sonaban a los oídos españoles. Su ortografía es, pues, buscadamente arbitraria. <<

[3] Lo era, cuando estas páginas fueron escritas. <<



[4] La Convención de Ginebra a que se refiere es la del 27 de julio de 1929, revisada posteriormente el 12 de agosto de 1949. (Artículo 49, Sección 3.ª). <<



[5] El doctor alemán Uhrmacher hace alusión a esto en la carta citada en el capítulo XXV. <<

[6] Entre la correspondencia recibida por la familia del capitán Palacios, durante el cautiverio de éste, figura una carta escrita por un italiano que, al ser repatriado, dio noticias de los españoles que allí quedaban. Su nombre es Philippo Turola, y en ella da noticias de cómo fue confeccionada esta tarta. Dice así (sin variar la sintaxis): *Se secaba el pan negro y se le volvía en polvo. Luego se hacía una crema con grasa y azúcar. Se amalgamaba el polvo de pan con té y azúcar, y se hacían capas alternadas de esta «pasta» y esta «crema». No crean que sea un dulce exquisito, pero para la condición en que nos encontrábamos, bueno. Aún más si piensas en las privaciones que teníamos que hacer para ahorrar pan, grasa, azúcar*. La carta está fechada en Padova, el 17 de enero de 1947. <<

[7] Esto es exactamente lo que aconteció muchos años después cuando Kennedy decretó el bloqueo de Cuba. <<



[8] Se llaman así en honor de su jefe político: Stephan Banderas, que muchos años después fue asesinado, huido ya de Rusia, con una pistola de gas. <<

[9] La más elemental prudencia obliga a silenciar sus nombres. <<

[10] Nota: La primera abolición se realizó en 26 de mayo de 1947. A partir de febrero de 1950 se restableció para unos delitos, manteniéndose la abolición para otros. Meses antes de morir Stalin estaba totalmente repuesta. <<

[11] La relación completa de los 45 marinos mercantes secuestrados en el Hotel Francia, de Odesa, con posterioridad a la desaparición del capitán del *Mar Blanco*, es la siguiente:

MARINOS QUE SE QUEDARON VOLUNTARIAMENTE EN LA U. R. S. S.:

Demetrio.

Juan Mariño.

Francisco Mayor.

Páez.

Rogelio.

José Torrides.

TOTAL: 6

MUERTOS CONGELADOS EN EL CÍRCULO POLAR:

Francisco Arroyo.

José Ascueta.

Eusebio.

Enrique Martínez.

Julio Martínez.

Rosendo Martínez Ermo.

Navarro.

José Plata.

TOTAL: 8

FALLECIDOS POSTERIORMENTE EN ODESA, KARAGANDA, ETC.:

José Diz

Manuel Dopico

Antonio Echaurre

Emilio Galán Gavalera.

Francisco González.

Guillermo.

Ricardo Pérez.

José Poyán.

Secundino Rodríguez de la Fuente.

Francisco Ruiz García.

Juan Serragoitia.

TOTAL: 11

DESAPARECIDOS:

Agustín Llona.

TOTAL: 1

UNIDOS A LOS DIVISIONARIOS EN NUESTROS PROPIOS CAMPOS:

Avelino Acebal Pérez.

Pedro Armesto Saco.

Ángel Castañeda Ochoa.

José Castañeda Ochoa.

Juan Castro López.

Juan Conesa Castillo.

Manuel Dávila Eiras.

José García Santamaría.

José García Gómez.

Juan Gómez Mariño.

Antonio Leira Carpente.

Pedro Llompart Bennassar.

Francisco Mercader Saavedra.

Enrique Piñeiro Díaz.

Ramón Sánchez Gómez.

Cándido Ruiz Mesa.

Ramón Santamaría García.

Vicente García Martínez.

TOTAL: 19

SUMA EN TOTAL: 45 <<

[12] TEXTO DE LA PRIMERA CARTA: *Teodoro Palacios, capitán del Ejército español, de la División Española de Voluntarios, juzgado y condenado por los artículos 58, 11 y 14 como prisionero de guerra por agitación política y sabotaje manifiesta a V. E. que no sale de su asombro después de leer sus manifestaciones hechas en la O. N. U., y que renuncia enérgicamente al título de criminal de guerra que V. E., tan gentilmente, le otorga. — En estos días en que la Unión Soviética desarrolla una gran campaña propagandística sobre la así llamada paloma de la paz, participo a V. E. que la paz no se hará en Europa mientras no repatriéis a todos vuestros prisioneros, pues si Rusia no les deja regresar al Occidente, todo el Occidente, algún día, vendrá a por ellos. Ruego a V. E. que en nombre de la Humanidad se nos repatríe con la máxima urgencia*.

TEXTO DE LA SEGUNDA CARTA: *He leído el texto íntegro del discurso pronunciado por V. E. en las Naciones Unidas en pro de la inmediata repatriación de los prisioneros de guerra chinos y coreanos. Dice V. E. que Acheson ha sido mal informado por sus secretarios. Me permito sugerir, si V. E. no ha sido también mal informado por los suyos. Me permito recordarle que en la Unión. Soviética, un grupo de españoles sufre cautiverio sin precedentes, retenidos por el Gobierno de que V. E. forma parte. Yo le ruego que esos mismos argumentos empleados en la O. N. U. para la repatriación de los prisioneros chinos y coreanos, los emplee también en el seno de su propio Gobierno para la repatriación de los prisioneros de guerra españoles retenidos en la Unión Soviética – No es lícito emplear la alta tribuna de las Naciones Unidas con fines de propaganda. En la actualidad a nadie se convence con propaganda si la propaganda no está acompañada por hechos reales. La realidad de los hechos es bien distinta a cuanto se desprende de las palabras de V. E. en las Naciones Unidas respecto a los prisioneros de guerra…* <<

[13] Los originales de las cartas parcialmente reproducidas se encuentran en el Ministerio del Ejército español y en poder de María Palacios Cueto, La Casona. Potes, Santander. <<

[14] T. Luca de Tena, *ABC*, marzo de 1954. <<